



Frances
Whiting

El arte de
caminar sobre
trampolines



SUMA
de libros

Frances Whiting

El arte de
caminar sobre
trampolines



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para John, Max y Tallulah

PRÓLOGO

Su piel.

Mis manos conocían el camino que había recorrido.

Cicatriz en forma de coma en la rodilla izquierda: accidente con el *dragster*, el «Diablo rojo», 1974; puntos de sutura justo encima de la ceja derecha: corte con la quilla de la tabla de surf, Cabarita, 1982; tatuaje casero azul marino con perfiles desvaídos en la muñeca izquierda: de tiempos del colegio, mi nombre.

Conozco esta piel, conozco su tacto, conozco su olor, la conozco centímetro a centímetro.

Joshua Keaton.

Se gira hacia mi lado en el océano de una cama del Hotel du Laurent, desasosegado y caliente bajo la frialdad de las sábanas.

Noto en el estómago pequeñas oleadas de náuseas y me duele la cabeza con cada palpitación en las sienes, señales, sé, de una resaca que, como diría Simone, tumbaría incluso a un búfalo.

Me escapo de la cama, entro en el cuarto de baño, miro con ojos de mapache el espejo y veo a la chica que ha hecho esto.

Tengo algo en el pelo, una cosa pequeña, de color rosado y redonda.

Confeti.

De ayer en la iglesia, de cuando salimos a la calle y nos vimos rodeados por mujeres con sombrero y niños que se apretujaban entre perneras de trajes de raya diplomática.

Mi padre me había acariciado la mejilla justo antes de entrar. «Todo irá bien, Lulu, tranquila», me había dicho, y así había sido.

Al entrar en la iglesia, Josh se había girado hacia mí y, justo en aquel momento, todo había desaparecido —las velas de sándalo, los ramilletes de minúsculas rosas prendidos a los bancos— y me encontraba de nuevo delante del mostrador del pequeño supermercado de Snow, donde Josh y yo nos quedamos mirándonos, con una sonrisa pasmada en nuestros rostros de dieciséis años.

Había recorrido el pasillo gracias a la fuerza de aquella mirada, había caminado hacia Josh con la determinación de que, de aquel día en adelante, para bien o para mal, pensaría única y exclusivamente en el futuro hacia el que nos dirigiáramos, en vez de permanecer aferrada a los detalles de los lugares donde habíamos estado.

Vuelvo a la cama y Josh se mueve hacia mí, descansa la cabeza sobre mi pecho, donde empieza a subir y bajar al ritmo de mi respiración, sus rizos oscuros atrapados entre mis dedos, sus brazos buscándome en la penumbra, sus ojos adormilados abriéndose de repente de par en par, horrorizados.

—Lulu —dice—, ¿qué demonios?

Se sienta en la cama, rígido, y sale de su boca un torrente de palabras que llueve sobre nosotros como el confeti de ayer.

Porque, a pesar de haberme despertado entre las sábanas revueltas de los recién casados al lado de Joshua Keaton y esa piel que tan bien conozco, yo no era su esposa.

PRIMERA PARTE

Existe un momento de pánico en el que el tiempo se paraliza, en el que queda suspendido como farolillos chinos sobre la calle, y durante ese instante puedes incluso engañarte y creer que todo irá bien si logras mantener la calma.

Hubo una discreta llamada a la puerta, un golpe seco, breve, como una tos, seguido por otros mucho más fuertes, puños aporreando la madera.

Metí a Josh —que andaba agitado de un lado a otro de la habitación del hotel y tropezaba constantemente con la sábana blanca que mantenía pegada al pecho, como si con ello pudiera esconder de algún modo lo que había hecho, lo que habíamos hecho— en el cuarto de baño.

—Josh —dije, sujetándolo por los hombros en un intento de que permaneciera quieto el tiempo suficiente como para poder mirarlo a los ojos—, tenemos que mantener la calma. Estoy segura de que Annabelle está ahí fuera y hay que buscar la manera de explicarle qué haces aquí antes de que entre y nos mate a los dos.

Josh abrió los ojos como platos cuando comprendió la realidad de la situación.

Pero era demasiado tarde: ambos oímos abrirse la puerta de la habitación y acto seguido la llegada del ciclón Annabelle.

Asomé la nariz y la vi junto al amedrentado encargado, que tenía en la mano un manojo de llaves maestras y que cerró la puerta rápidamente intentando hacer el menor ruido posible.

—Joshua. —La voz de Annabelle, rebosante de gélida gentileza, atravesó la habitación—. Sal de ese cuarto de baño ahora mismo, y Tallulah, ¿podrías salir tú también, por favor?

Fue el «por favor» lo que marcó la diferencia.

Conocía a Annabelle Andrews desde que ella tenía doce años; la había visto enfadada, la había oído resoplar, subirse por las paredes y gritar como una energúmena cuando las cosas no salían como ella quería; la había visto llorar, tumbar de un puñetazo a un tipo en una discoteca porque se había mostrado grosero con ella, dejar sumidos en un valle de lágrimas a varios chicos más, pero nunca, jamás, la había visto mostrarse educada.

Petrificada, empujé a Josh hacia fuera para que se enfrentase con ella y me encerré dentro.

En cuestión de segundos, después de unos cuantos gritos y de un golpe fuerte que debió de dar la puerta al cerrarse, se hizo el silencio.

Me tumbé en el suelo y dejé que la frialdad de las baldosas me acogiera mientras el aire acondicionado del hotel zumbaba levemente en el fondo. Cerré los ojos y recordé.

Lo recordé todo.

Yo tenía doce años cuando Annabelle Andrews entró pavoneándose en mi vida a través de la clase de séptimo, pasando completamente de la hermana Escolástica, que intentaba presentárnosla de la manera habitual.

—Muy bien, chicas, aquí tenéis a la última incorporación a la familia del St. Rita, Annabelle Andrews, que ha llegado a nuestra preciosa Juniper Bay procedente de Sídney donde..., Annabelle, todavía no te hemos elegido sitio.

—No pasa nada, hermana —replicó Annabelle—. Me sentaré aquí.

No: «¿Podría sentarme aquí?». Ni: «¿Se sienta alguien aquí?». Sino: «Me sentaré aquí».

Annabelle Andrews dejó los libros en el pupitre contiguo al mío, sonrió de oreja a oreja, tomó asiento y reivindicó su derecho sobre mí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en voz baja mientras la hermana Escolástica

aleteaba a nuestro alrededor, visiblemente molesta por haber visto truncado su proceder habitual.

—Tallulah —le respondí también en voz baja.

—¿Tallulah qué?

—De Longland —dije—. Pero nadie me llama Tallulah, todo el mundo me llama Lulu.

—Tallulah de Longland —dijo lentamente, ignorándome y dejando que las eses se repantigaran con pereza en su boca antes de dictar sentencia.

—Un nombreglamurolloso—declaró.

A Annabelle le gustaba enganchar entre sí partes de palabras, ensartarlas para formar otras nuevas, crear un idioma propio. Con el tiempo, acabó permitiéndome compartir con ella aquel idioma, y, si se me ocurría alguna palabra que le gustara en especial, exclamaba con acento británico y en tono burlón:

—¡Tallulah, esto esbrillambroso!

El idioma de Annabelle se convirtió rápidamente en una forma de hablar entre nosotras que excluía a todos los demás, y eso a Annabelle le iba de maravilla.

—Al fin y al cabo —como me decía una y otra vez mientras tiraba de mí para alejarme de Stella Kelly y Simone Wilson, que hasta la llegada de Annabelle habían sido mis mejores amigas—, ¿para qué perder el tiempo con gente que es, seamos francas, Tallulah, tanaburrordinaria?

Al finalizar aquella primera mañana, durante la cual Annabelle se mantuvo firme —firmemente sentada, en realidad— y se negó a moverse de la posición que había ocupado a mi lado, su lugar se dio por hecho.

Nunca jamás me llamó Lulu, siempre Tallulah, y a partir de aquel momento nos convertimos, para bien o para mal, en amigas íntimas.

Cuánto la quería.

Erdiverticiosa.

A veces me pregunto si Annabelle me eligió simplemente por mi nombre. En un lugar lleno hasta los topes de vulgaridad, entre una abundancia de Traceys Stewart y Lorraines O'Neill, Tallulah de Longland era lo más*glamurolloso* que podía encontrar en el colegio St. Rita para jóvenes señoritas o, como decía Annabelle, el colegio St. Rita para jóvenes lesbianas.

El caso es que me escogió a mí, por motivos que nunca llegué a comprender muy bien, y desde que empecé a frecuentar la casa de Annabelle y a vivir el fantástico caos que reinaba en su interior, con las dramáticas declaraciones de su madre, Anne, y la presencia de su padre, Frank, dando vueltas despistado por allí, no dejé de temer que todo aquello me fuera arrebatado.

Temía que Annabelle me pillara; que abriera esos ojos verdes de gata que tenía y viera que yo no pertenecía en absoluto a aquel lugar.

Pensaba que un día se despertaría, se daría cuenta de que yo era una intrusa y me devolvería de un puntapié, con las Traceys y las Lorraines, al lugar que realmente me correspondía. «¡Dios mío, Tallulah! —imaginaba que exclamaría—. ¡No me había dado cuenta de lo*tediocre* que llegas a ser!».

Pero no lo hizo y, al final, en algún momento del recorrido que hacíamos cada día al salir del colegio, durante el cual discutíamos a qué casa iríamos a pasar el resto de la tarde, dejé de esperar que lo hiciera.

Incluso ahora me cuesta pensar en Annabelle sin pensar también en su casa. Conocida en la zona como «la casa del río», estaba protegida por unas gárgolas gemelas que flanqueaban la verja de entrada, tenía un tejado cuyo perfil desaparecía lentamente bajo un manto de ramas entrelazadas y un jardín que se extendía hasta alcanzar la orilla del río.

—Vivo en una selva —declaraba Annabelle con un suspiro cada vez que nos plantábamos frente a la verja.

Y tenía razón, aunque su afirmación ignoraba el hecho de que entre la vegetación había una casa que, por mucho que estuviera desmoronándose, era preciosa, y que, entre aquellos muros que le daban aspecto de colmena, estaban los padres de Annabelle, Frank y Annie.

Todo el mundo los conocía, claro está, puesto que la llegada de los Andrews a nuestra pequeña ciudad costera había sido como si alguien hubiera soltado una manada de pavos reales en nuestros jardines delanteros. La gente no se cansaba de repetir que ambos eran artistas conocidos «de Sídney», como si aquello estuviera en el extranjero; lo cual, imagino, podría ser perfectamente cierto.

Mi primera visita a la casa del río fue un viernes por la tarde al salir del colegio, y recordarla es como pulsar la tecla de repetición en un DVD. Empieza con Frank, que abre la puerta, hace una reverencia y me dice:

—Tú debes de ser Tallulah. ¡Pasa, pasa, te he preparado unos pastelitos *lamington* redondos! ¿Qué te parece?

¿Que qué me parecía?

Me parecía que Frank Andrews era el hombre más maravilloso que había conocido en mi vida. Tenía ese atractivo de la vieja escuela de Hollywood; su cara, como la de todos los varones Andrews, era como un mapa de carreteras machacado por el uso, con surcos profundos y perfiles irregulares, senderos y arrugas entrecruzados que caían como de un precipicio desde los pómulos.

Lucía un bronceado en un tono nogal intenso, era alto y delgado, sus musculosos brazos y piernas enfundados siempre en camisetas de tirantes blancas de Bonds y pantalones cortos de color verde oliva, ambos, igual que Frank, salpicados de pintura.

—Si cuando me muera te dejo en la indigencia, Annie —había dicho un día mientras estábamos todos tumbados en el césped de la casa del río—, te concedo permiso para que cortes cualquiera de mis extremidades y la vendas como un original de Frank Andrews.

—¿Solo una, Frank? —había replicado Annie.

Frank se echó a reír y se bajó hasta los ojos la gorra de marinero que Annie decía que llevaba soldada a la cabeza.

Era guapo, Frank Andrews, y creo que seguramente me enamoré un poco de él desde el instante en que abrió la puerta y ofreció a una insegura niña de doce años los peores *lamingtons*—y redondos, que no cuadrados— que había probado en el transcurso de su corta vida.

Aquella primera tarde, Frank, Annabelle y yo nos sentamos a la mesa para comerlos, Annabelle poniendo los ojos en blanco con exasperación cada vez que engullía un bocado y él arrugándolos por las comisuras con una expresión maliciosa.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan, Belle? ¿Tú qué opinas, Tallulah de Lovely?

—Opino que están muy buenos, señor Andrews —dije. Y Annabelle resopló con sarcasmo.

Frank me dedicó una de aquellas sonrisas contraídas.

—Cuando te parezca bien —dijo—, puedes llamarme Frank.

Cada vez que me tropezaba con él por aquella casa —y así era siempre con Frank, la sensación no tanto de verlo, sino de chocar con él de forma inesperada—, me decía alguna cosa que me hacía sentir realmente bien; me llamaba Tallulah de Lightful o Tallulah de Lovely, y Annabelle decía «Más bien Tallulah de Mente», y los tres nos echábamos a reír como hienas.

No recuerdo haber conocido a Annie aquel primer día, y supongo que no la conocí entonces, porque imagino que cualquiera se acuerda a la perfección de su primer roce con Annie Andrews.

Annie, con su cabello cobrizo sujeto con pasadores y pañuelos. Annie, con aquellos broches en forma de escarabajo y aquellos brazaletes enrollados como serpientes en

los brazos. Podías, como decía siempre Annabelle, oír a Annie mucho antes de que hiciese su entrada, y Annie siempre parecía estar entrando en escena, incluso cuando simplemente volvía del cuarto de baño.

Lo único discreto en Annie era la voz, baja y ronca; a veces, para escucharla, tenías que inclinarte sobre ella, inclinarte sobre su Annie-sidad.

«A los hombres les encanta, Lulu», me comentó una vez en la casa del río, y no me cabía la menor duda. Aun en el caso de que Annie no estuviera con Frank, aun en el caso de que no hubiese contraído matrimonio con la realeza del arte australiano y que su boda, celebrada en 1964, no hubiese sido portada de *Women's Weekly* bajo el titular «La imagen perfecta», aun en el caso de que luego no hubiese recreado aquella portada en uno de sus cuadros, sustituyendo la cabeza de Frank por la de un pavo real y la suya por un anzuelo de pesca, Annie habría encontrado la manera de no pasar desapercibida.

En Juniper Bay, sin duda alguna, no pasaba desapercibida.

—¿Así que has ido a casa de los Andrews? —me preguntó mi padre, Harry, aquella noche durante la cena, uno de los habituales festines con que nos deleitaba mi madre: cordero asado, patatas a las finas hierbas, puré de calabaza con mantequilla, boniato gratinado, guisantes aromatizados a la menta, zanahorias con miel, panecillos, mantequilla y salsa de carne, rematado todo ello con un *crumble* de ruibarbo con doble ración de nata. («Sinceramente, Lulu, es un milagro que no estés *pantagruenorme*—solía decirme Annabelle—, un milagro de verdad»)—. ¿Y...?

—¿Y qué? —dije, poniendo los ojos en blanco con exasperación, una repetición del gesto que había hecho Annabelle aquella misma tarde.

—¿Y te han embadurnado con miel y te han hecho aullar a la luz de la luna? ¿Te han metido en un antro de esos donde se fuma opio? ¿Te han... —Harry jadeó un instante— agujereado las orejas?

Era la única chica en todo el St. Rita sin agujeros en las orejas; Rose nunca había permitido que me los hicieran. Siempre decía, con palabras que al final habría deseado no haber pronunciado nunca, que hacían que las chicas parecieran «prostitutas de Kings Cross»... Rose, que jamás había estado en el Cross y mucho menos había visto una prostituta vendiendo allí su mercancía.

—Muy gracioso, Harry —dijo Rose, que llegaba con más patatas, pero detrás de las bromitas de Harry estaba el chismorreó que se había disparado por todo Juniper Bay desde que los Andrews habían hecho su aparición.

Era como si hubieran soltado una familia de gatos exóticos por la zona. Y su llegada era lo más interesante que había sucedido por allí desde que, en los años cincuenta, el mar arrastró hasta Wattle Beach una maleta llena de dólares americanos; «dinero de la mafia», decía por aquel entonces todo el mundo, emocionado incluso por cómo sonaban aquellas palabras.

Se hablaba de los Andrews como de «la familia artística más destacada de Australia» y sus diversas ramificaciones estaban salpicadas de pintores, escultores, arquitectos, dramaturgos y poetas. Eran famosos para bien y para mal. Gente que en su vida se había parado delante de un cuadro sabía perfectamente quién era la familia de Annabelle.

El padre de Frank, «Craggy Jack» Andrews, era uno de los paisajistas más respetados del mundo y se había hecho merecedor del honor de tener un sello de correos australiano con su imagen. Célebre era la frase de Annie cuando un periodista la entrevistó con motivo del fallecimiento del artista: «Bueno, al menos podremos seguir dándole un lametón en la nuca».

La madre de Frank, Christa, que todavía vivía y que, en su estudio de paredes encaladas, aún seguía encaramándose a tambaleantes escaleras para arrojar desde allí pintura a los gigantescos lienzos que disponía en el suelo, era famosa por derecho

propio tanto por su obra como por acoger de nuevo, una y otra vez, a Craggy Jack, cuando volvía a llamar a la puerta, avergonzado y compungido, después de alguna de sus frecuentes desapariciones.

Fergus, el hermano mayor de Frank, se dedicaba a dirigir documentales y viajaba por el mundo siguiendo la pista de especies raras y en peligro de extinción, de tribus perdidas y, según contaba Annie, de mujeres fáciles.

No había, por lo visto, mucha sintonía entre Annie y su cuñado. En una ocasión, Annabelle me contó que había habido un frenesí de cartas entre abogados y que casi habían llegado a los tribunales como consecuencia de un comentario que Annie había hecho a un periodista con referencia al famoso hermano de Frank: «Oh, sí, Fergus es maravilloso, tiene una manera especial de aventurarse por lugares remotos y aún por descubrir, de fecundar a todas las mujeres que encuentra». Frank había obligado a Annie a disculparse públicamente y todo se había solucionado pero, según Annabelle, cuando llegó Navidad, Fergus había enviado unas cuentas de cristal desde Ghana para toda la familia... excepto para Annie.

Annabelle sabía imitar a Fergus a la perfección. Es como si aún estuviese viéndola, en cuclillas en el jardín de su casa, con la mirada fija en una cámara inexistente y diciendo: «Así que ¿dónde podrán vivir los wahi-wahi si la arena invade sus tierras, asoladas por la sequía?», mientras yo me mondaba de risa tumbada en el césped.

Ir a casa de los Andrews era como visitar un país extranjero; en vez de pasarnos el rato gritando por culpa de alguna de las eternas travesuras de mis hermanos gemelos —arañas de mentira en los zapatos, polvos pica-pica en los sacos de dormir—, nos sentábamos descalzas en el salón y escuchábamos música de la colección de discos de Frank.

—Lo que se escucha ahora en este fragmento, chicas, es la superposición, tan característica de Coltrane, de tres acordes en uno, ¿lo oís? —nos decía, moviendo la cabeza al ritmo de la música.

Annie llegaba con su copa de vino y se ponía a bailar; si Annabelle estaba de buen humor, se le sumaba y yo me quedaba sentada en la alfombra asimilando la escena, mirando a Frank, Annie y Annabelle y preguntándome cómo había llegado hasta allí.

En comparación, mi familia me parecía increíblemente aburrida, un hecho del que no había sido consciente hasta que Annabelle entró en mi vida. Incluso Simone y Stella, a quienes conocía desde pequeña, pasaban a ocupar un segundo plano cuando estaba Annabelle; al lado de su intensidad, mis viejas amigas parecían fotografías en sepia de sí mismas.

Hasta la llegada de la familia Andrews, yo tenía suficiente con mi mundo, pero en el de aquella gente había atisbado algo tremendamente irresistible: la promesa de más cosas. Harry y Rose lo intuyeron también enseguida, y, después de mi primera visita a la casa de Annabelle, Rose insistió en que mi amiga viniera a la nuestra, una idea que me tuvo toda la semana inquieta.

Pero pronto descubrí que mi preocupación carecía de fundamento. Annabelle se enamoró de mi casa en cuanto puso el pie en ella. Le encantaron mis padres, la cocina de Rose. Incluso Mattie y Sam, mis hermanos de seis años, catapultas gemelas de todo tipo de travesuras.

—Quiero ir a tu casa, Tallulah, venga, vayamos a ver a Harry y a Rose —decía.

—No, ya fuimos ayer. ¿Y por qué no podemos ir a la tuya?

—Porque, Tallulah, como bien sabes, es posible que ni siquiera la encontremos.

Nunca comprendí por qué a Annabelle le gustaba tanto venir a mi casa; a mí me parecía de lo mástediocre.

Pero, años más tarde, cuando pensaba en el hogar de mi infancia, lo añoraba. Cerraba los ojos y regresaba a mi calle, a los caminos de acceso a las casas y a los surtidores que ejecutaban piruetas en los jardines. Olía el aroma del césped recién cortado y oía

la voz de mis hermanos pequeños gritándonos a Annabelle y a mí para que fuéramos a jugar con ellos.

—Hola, Lulu; hola, *Annasmell*, ¿queréis jugar a la pelota?

No me gustaba nada que llamaran «Annasmell» a Annabelle, pero ella reía y gritaba también para responderles:

—No, gracias, nosotras no jugamos con minimenores.

A la salida del colegio, enfilábamos Plantation Street, pasábamos por delante de casa de los Dean, de los Hunter y de los Delaney y llegábamos a la mía, una casa que, para mi sempiterna vergüenza, tenía un cartel enorme en la entrada que rezaba: «FONTANEROSDELOGLAND:DESATASCAMOSHASTAALCANZARLAEXCELENCIA».

La primera vez que Annabelle vio el cartel, pensé que iba a darle un *histerinario*.

—¡Dios mío! —chilló—. «Desatascamos hasta alcanzar la excelencia»... Esto tiene que ser una broma. «Desatascamos hasta alcanzar la...». ¡Ay, Dios mío, que me meo!

Al final, al ver que yo no reía tanto como ella, dejó de desternillarse y se sentó en la acera.

—La verdad es que está muy bien —comentó.

Me senté a su lado y me pasó el brazo por los hombros.

—Tallulah —dijo—. No me río de ti. Solo pienso que, en caso de que necesitara un fontanero, me gustaría uno que, bueno, que, ya sabes, que pudiera desatascarme hasta alcanzar mi excelencia.

Rompimos a reír a carcajadas y mi vergüenza quedó reducida a dos puntitos colorados en las mejillas.

Entramos en casa, donde mi Rose nos esperaba con el té preparado, canturreando y risueña, y todo transcurrió estupendamente.

Nuestra casa tal vez fuera en apariencia como cualquier otra de Plantation Street —con la excepción de que la nuestra tenía delante un cartel gigantesco para anunciar el negocio de fontanería de Harry—, pero, detrás de la verja, la situación era un poquitín más compleja.

Rose sufría ansiedad y depresión. La ansiedad se manifestaba en forma de ataques de pánico que la dejaban confinada en un rincón con ojos asustados, y cuando la sombra negra de la depresión le rugía al oído como un perro rabioso, rompía a llorar sentada a la mesa de la cocina y se mesaba el pelo con las manos enharinadas, mientras Harry deambulaba de un lado a otro sin cesar y con impotencia.

—Vamos, Rosey —le decía—, ánimo. Lulu te preparará ahora mismo una buena taza de té, ¿verdad, cariño?

A veces funcionaba, Rose levantaba la cabeza y se secaba las mejillas.

—No sé cómo me aguantas, Harry —decía.

Pero, otras veces, se limitaba a quedarse sentada, perdida, hasta que mi padre, con sus manos enrojecidas de fontanero, se le acercaba.

—Lo sé, cariño, ya lo sé —le decía.

Y le daba besos en la cabeza e intentaba encontrarla entre sus enormes brazos.

—Ella no tiene ninguna culpa, Lulu —me decía Harry cuando yo, con ocho años de edad, me quedaba, perpleja, en el umbral de la puerta de su habitación—. Saldrá cuando pueda. Mientras, ¿por qué no jugamos una partida de Monopoly? Tú y yo solos.

La familia de Rose, me contó Harry, se rompió siendo ella una niña.

No era una familia sólida y estable como la nuestra, me explicó, sino un hogar repleto de tuberías con fugas y tablas del suelo que crujían al pisarlas, de gélidas corrientes de aire y de puertas descolgadas de sus bisagras que nadie se molestaba en reparar.

Un caos, decía Harry, un auténtico caos, y, cuando Rose huyó de ella, con tan solo trece años, nadie corrió a buscarla.

—Menos mal —decía Harry.

Yo odiaba escuchar detalles sobre la casa de donde había salido Rose, odiaba a la gente que vivía en ella y que ni siquiera se había tomado la molestia de intentar localizarla, odiaba que alguna de las cosas que le habían hecho a ella nos influyera a nosotros de un modo u otro.

Rose acabó colocada en una familia de acogida, en la que dos hermanas ya maduras la flanquearon de inmediato en su espléndida cocina y le enseñaron los secretos de las medidas, del tiempo, de incorporar la cantidad justa de mantequilla. La cogieron de la mano y con ellas aprendió a remover con la cuchara de madera, a dosificar con el cucharón, a batir, a trabajar la masa, a glasear.

La salvaron, como decía ella.

Por las noches, las tres se juntaban en el salón alrededor de una mesa grande de roble cubierta de patrones que Rose tenía que cortar, de alfileres que prender a telas, de cintas y botones que coser. Procuraban dar algo que hacer a sus inquietas manos y fue allí, en aquella casa, donde Rose empezó a poner nombre a sus trajes favoritos.

«Shirley», dijo el día en que eligió el vestido a topitos con los hombros al aire que lució para su primer baile; «Maria», anunció para la discreta chaqueta negra del uniforme que se ponía para trabajar los sábados por la mañana en el departamento de artículos de mercería de David Jones; «Morag», refunfuñaba al nombrar el vestidito plisado de color blanco que las hermanas insistían en que se pusiera para acudir a sus clases semanales de tenis.

Cuando yo era pequeña, entraba a escondidas en su habitación y curioseaba la caja que guardaba en el fondo del armario y en la que atesoraba tres de sus vestidos preferidos. Entre hojas de papel de seda blanco estaban Audrey y Constance, así llamados en homenaje a las dos hermanas que pusieron en su mano las tijeras de sastrería, y Grace, que llevaba el día que conoció a Harry.

Grace me encantaba: tenía el color amarillo de los ranúnculos, cuello de bebé y una ristra de botones de perla desde el escote hasta la cintura, a partir de la cual caía con una vaporosa falda plisada. Grace tenía dos grandes bolsillos y en uno de ellos seguía, aún, un pañuelo de color rosa con la letra R bordada en una esquina por una de las hermanas. Yo siempre lo cogía, me lo acercaba a la nariz y luego lo doblaba con cuidado para guardarlo de nuevo en el bolsillo.

Olía a mi madre cuando se sentía feliz.

El verano en que conocí a Annabelle, el interior del armario de Rose estaba ocupado por Phoebe, Greta, Betty, Alexis, Madeleine, Lauren y Kitty, que, colgados en sus perchas acolchadas, parecían un desfile de atractivas coristas.

Rose siempre llevaba simples variaciones de aquellos vestidos, cuyo estilo alteraba para ir adaptándose al paso de los años, aunque los nombres no cambiaban nunca, y acabaron convirtiéndose en algo tan familiar para mí como una hermana. Grace, Audrey y Constance siguieron siempre allí, sin tocar e insustituibles, doblados entre capas de papel de seda para que mis manitas pudieran acariciarlos y hacerse infinitas preguntas.

Adivinaba el humor de Rose por el vestido que llevaba puesto. Phoebe y las demás chicas para los días buenos; una sucesión de vestidos sueltos y sin forma para los malos. A los vestidos sueltos y sin forma decidí llamarlos Doris. No recuerdo cuándo los bauticé con aquel nombre, solo sé que a veces, cuando Rose llevaba muchísimo tiempo sentada a la mesa de la cocina, yo me tumbaba en la cama y me consolaba a mí misma diciéndome: «No pasa nada, solo está teniendo un “Doris Day”».

Una noche, cuando Annabelle llevaba ya un trimestre entero en el St. Rita, me dijo si quería ir a dormir a la casa del río, y al llegar descubrí que Frank había extendido en el césped de atrás dos sacos de dormir con colchoneta incorporada y había dejado a su

lado una lamparita de butano.

—Será mágico, chicas, ya lo veréis —dijo, mientras entraba y salía de la casa para suministrarnos almohadas, libros y bolsas de patatas fritas.

Refunfuñamos, lo recuerdo, y nos quejamos por las picaduras de mosquitos y los palitos que se nos clavaban en el culo, pero Frank tenía razón.

Nos tumbamos bajo un manto de estrellas y, más tarde, cuando la luna se alzó por encima de nosotras y las zarigüeyas empezaron a corretear de un lado a otro de la valla, nos confesamos secretos en voz baja.

—Papá bebe —dijo Annabelle, con la cabeza recostada sobre mi hombro.

—Ya lo sé, lo he visto.

—No, Tallulah, tú le has visto beber una copa de vino, pero a veces bebe mucho más.

—No lo sabía.

—Ya. Odio que haga eso, y mamá también.

—¿Y qué hace cuando bebe? —musité, asustada de antemano por la respuesta.

—Canta.

—Eso tampoco es tan malo.

—Sí que lo es. Canta, baila y recita a gritos sus estúpidos poemas, y luego empieza a coger objetos por toda la casa y habla y habla sobre ellos: «Mira esta estatua, Belle, mira esta flor...».

—Oh.

—Es vergonzoso, Tallulah, lo es... y mucho.

—¿Y qué hace tu madre?

—Dice: «Eres un tonto, Frank», y se va a la cama.

—¿Y tú?

—Yo espero a que caiga y luego me voy también a la cama.

Annabelle se removió inquieta a mi lado y vi que las palabras salían de sus labios en forma de pequeñas bocanadas de escarcha.

—Tallulah —dijo Annabelle—, ¿por qué llamas a tus padres Harry y Rose? Yo a los míos los llamo Frank y Annie porque son..., bueno, porque no entran dentro de lo que se considera la tipología normal de padres, ¿no te parece? Pero me resulta raro que tú también lo hagas.

Me giré hacia ella y quedamos la una frente a la otra, con las cabezas casi pegadas, y le expliqué que mis padres tampoco podían incluirse dentro de la tipología normal de padres.

Le conté lo de la depresión de Rose y que nunca —a excepción de su afición a la cocina— había sido una madre que pudiera incluirse dentro de la tipología normal de «madre», sobre todo después de la llegada de los gemelos, cuando, durante mucho tiempo, dejó de ser una madre del tipo que fuera.

Le conté que había tenido que encargarme sola de los gemelos y que fue por aquel entonces cuando empecé a llamarla Rose y que, en consecuencia, mi padre se convirtió en Harry.

A continuación, respiré hondo y le conté lo del armario de mi madre.

—Rose les pone nombre a los vestidos.

—¿Qué?

—Que les pone nombre, a todos.

Le conté lo de las chicas —Phoebe, Kitty, Gretta— y que Rose le otorgaba una personalidad a cada nombre, que se inventaba historias sobre de dónde venían y qué cosas habían visto.

Se lo conté y esperé, con los ojos cerrados, a que me diera su opinión.

—Ostras —dijo—, es realmente *asombroso*.

Nuestro aliento se quedó bailando en el aire.

—Y, entonces —preguntó, acurrucándose contra mí—, ¿quién te gusta más?

El St. Rita tenía un patio en el centro del edificio, y en el centro del patio había un gigantesco nogal de macadamia con varios bancos descoloridos situados en ángulo bajo su sombra para que los arrugados uniformes pudieran tomar asiento.

«Quedamos en el árbol», decían las chicas, y, si alguna cosa pasaba en el St. Rita, lo hacía obligatoriamente debajo de aquellas ramas.

Un día, entre clase y clase, esperaba a Annabelle sentada en uno de esos bancos, cuando aparecieron delante de mí dos pares de piernas sin medias.

Stacey Ryan y Jacki Goldsmith.

Las hermanas piraña.

—Hola, Lulu —dijo Stacey.

—Hola, Lulu —repitió Jacki.

Bajé la vista.

—Mira —dijo Stacey—, estaba preguntándome si podrías ayudarme con un problemilla que tengo.

Siempre que nos cruzábamos con Stacey y Jacki, Annabelle bajaba la voz e imitaba a Fergus: «Con estos animales en concreto, no debes dejar nunca que huelan tu miedo, ni mirarlos a los ojos; todo lo contrario, tienes que ofrecerles el culo como muestra de sumisión».

A pesar de que la voz de Stacey, cortante como un cristal, me había taladrado el oído, sonreí al recordar sus palabras.

—El tema es —prosiguió— que este fin de semana voy a esa famosa fiesta y dudaba en si ponerme o no a Lucy, pero luego he pensado que tal vez me quedaría mejor Amanda, ya que es mucho más divertida, pero Jacki opina que debería elegir a Ashley porque siempre se pone celosa si la dejo encerrada...

Tardé un minuto en digerir lo que me decía, otro minuto para comprender que se estaba burlando de mi madre y un minuto más para preguntarme quién se lo habría contado.

—Y bien —preguntó Stacey—, ¿tú qué opinas, Tallulah? ¿Cuál debería elegir?

Me quedé mirándola, consciente de que, después de la hora de comer, el colegio entero sabría algo más sobre mi familia, sabría detalles sobre mi madre loca y sus vestidos que parecían coristas, sobre sus manos enharinadas y sus lloros.

—Stacey —dije—, mi madre es estupenda prácticamente siempre, pero...

Una mancha difusa de plisado color chocolate y brazos oliváceos clavó a Stacey contra el árbol. Los ojos verdes de Annabelle Andrews echaban chispas.

—De hecho, Stacey —dijo—, la madre de Annabelle también te ha puesto nombre.

—¿En serio? —replicó Stacey en tono desafiante.

—Sí —continuó Annabelle—: Puta Imbécil de Mierda.

Stacey se debatió entre los brazos de Annabelle y Jacki, que se había quedado paralizada a mi lado, se limitó a cambiar el peso del cuerpo sobre la otra pierna y abrir y cerrar la boca como un salmón enloquecido.

—Y, si alguna vez se te ocurre mencionarle a alguien algo de todo esto —le dijo Annabelle a Stacey al oído, empleando un tono amenazante—, haré que te metas la lengua por el culo hasta que te quede bien limpio, ¿me he explicado bien?

Stacey asintió y se mordió el labio.

—Perfecto —dijo Annabelle, soltándola—. Me alegro de que todo esté solucionado.

Me dio la mano y me arrastró para marcharnos de allí.

—«Haré que te metas la lengua por el culo hasta que te quede bien limpio» —repetí más tarde—. «Haré que te metas la lengua por el culo hasta que te quede bien limpio».

La hostia, Annabelle, ¿pero tú quién eres? ¿Uno de los hermanos Kray?

Estábamos en mi casa reproduciendo lo que había pasado; cuando imité a Jacki como un pez que se había vuelto majara, Annabelle se tumbó en mi cama, muerta de risa.

Tardamos un par de minutos de trabajo detectivesco en llegar a la conclusión de que Mattie y Sam debían de haberle contado lo de Rose al hermano pequeño de Jacki, Ben, y, luego, nos costó diez céntimos por cabeza conseguir que reconocieran haberlo hecho.

Aquella noche pensé en Annabelle, cuando había aparecido como un ángel vengador con su calzado escolar Bata, y en cómo, en ningún momento, se me había pasado por la cabeza que habría podido ser ella la que hubiera divulgado aquel secreto tan especial sobre mi familia.

—Júralo —había dicho la noche que pasamos bajo las estrellas.

—Juro que nunca jamás contaré lo de Frank —respondí—. Ahora te toca a ti.

—Juro que nunca jamás contaré lo de Rose —contestó ella—. Y ahora, elige.

Annabelle había dicho que cada una tenía que escoger una estrella del cielo y hacer el juramento por ella.

—A la derecha —dijo, y señaló el cielo—, ¿ves esa pequeña allí a la derecha, cerca de la Osa Mayor, esa que se ve un poco borrosa? Esa es la mía.

Yo señalé otra.

—Y esa es la mía —contesté.

—Vale —dijo Annabelle—. Y ahora, cojámonos de las manos.

Aquella noche, arrodilladas sobre la hierba húmeda, nos miramos a los ojos y prometimos que nunca jamás nos traicionaríamos.

Recuerdo que sentí sus manos aferradas a las mías, que cerré los ojos y que realicé mi promesa con total seriedad.

Nunca me planteé que pudiera llegar un día en que todo cambiaría; que, de hecho, todo estaba ya cambiando justo debajo de nuestros pies, mientras caminábamos de una casa a otra.

Debajo del hormigón empezaban a formarse pequeñas ondas sísmicas que acabarían agrietándolo y separándonos, como sucedía con las placas tectónicas que habíamos estudiado en clase de Geografía. Yo no tenía ni idea de que bajo nuestros pies había placas que se agrietaban y se movían; ni siquiera percibía su movimiento.

Servicio de habitaciones.

Así que ya estaba.

No podía pasarme el resto de mi vida tumbada en las baldosas del suelo de un cuarto de baño del Hotel du Laurent. No podía poner el cartel de «No molestar» en la puerta y vivir allí encerrada los años que me quedaran, convertida en una de esas leyendas urbanas de las que la gente habla durante una cena: «La mujer de la habitación 27».

Tendría que levantarme, vestirme y acostumbrarme a mi nuevo yo, a esa que, por lo visto, consideraba aceptable despertarse al lado del flamante novio de otra después de su noche de bodas.

Dios.

—Un momento —grité.

Y descolgué el albornoz que había en una percha, me lo anudé, salí del cuarto de baño y me abrí paso entre los escombros que cubrían el suelo de la habitación.

Abrí la puerta y me encontré con la cara sonriente de una mujer de unos sesenta años que me hizo pensar en Rose, pequeña y regordeta, cargada con un montón de toallas blancas limpias.

—Servicio de habitaciones —repitió—. ¿Es buen momento o prefiere que vuelva más tarde?

Eché un vistazo a los restos del naufragio. «¿Qué debe de pensar esta gente de nosotros?», me dije.

—¿Me concede un cuarto de hora? —le pregunté, mi voz cortaba como un cristal—. Creo que me dará tiempo suficiente para dejarle libre la habitación.

—Por supuesto —dijo, sin dejar todavía de sonreír, y añadió—: ¿Está bien, cielo? Parece que haya visto un fantasma.

—Estoy bien, gracias —respondí, y me pregunté cómo lo sabría, me pregunté cuánto tiempo habría pasado tendida en el suelo, medio despierta y medio soñando, recibiendo la visita de los fantasmas de mi infancia.

Cerré la puerta, empecé a recoger mis pertenencias y dejé que regresaran.

Cuando Annabelle cumplió trece años, Fergus le envió como regalo una navaja Swiss Army. Lo más impresionante es que era suiza de verdad, nada que ver con las navajas que tenían los chicos que conocíamos, que eran del supermercado de Snow, a tres manzanas de casa.

—Guau —dije cuando me senté en la cama de Annabelle para observar con detalle las superficies rojas brillantes y la perfecta cruz blanca—. ¿Y qué hace?

Abrió uno de los accesorios.

—Esto —dijo— sirve para limarte las uñas. —Hizo lo mismo—. Este es para cuando vas de camping y te olvidas el abrelatas, y este —desplegó otro y apareció una hoja larga y afilada— es para cortarte de oreja a oreja si alguna vez vuelves a ir al cine con Simone y Stella y sin mí. Es broma —añadió, sonriendo al verme la cara de susto.

Pero, incluso ahora, tantos años después, no estoy del todo segura de que lo fuera.

Para lo que sí utilizó esa hoja afilada fue para grabar dos «A» entrelazadas en la parte inferior de la mesa de la cocina de mi casa, cincelandos sus dos iniciales en la madera mientras yo vigilaba la posible llegada de Rose con el fin de que ella pudiera guardar rápidamente la navaja en su regazo y decir: «Unos bollos estupendos, señora De Longland».

Era, me dijo, mientras tallaba la madera de pino, *verdaderamente* importante dejar tu huella en la vida, a lo que yo podría haberle replicado, incluso entonces, que en su caso no necesitaba ninguna inscripción para lograrlo. A Annabelle le encantaba

sentarse detrás de aquella mesa, repasar con los dedos la doble A, comer las galletas de Rose y mirar con exasperación a Mattie y Sam cuando se escupían entre ellos las migajas.

—De verdad que sois de lo más *repugnantosos*—refunfuñábamos ambas.

Luego subíamos a mi habitación, nos sentábamos en la cama con las piernas cruzadas y pasábamos horas clasificando las minúsculas cuentas de colores que me había regalado Rose y que guardaba en una caja, y ensartándolas por un hilo para fabricar pulseras que lucíamos en los brazos en verano.

Nos sentábamos la una frente a la otra en esa cama y nos pintábamos con sombras de ojos brillantes y coloretes en crema, nos recogíamos el pelo de todas las maneras posibles y nos contemplábamos en el espejo esas caras a las que todavía no nos habíamos acostumbrado.

Nos tostábamos al sol en el jardín de mi casa, tumbadas en biquini, los ojos ocultos detrás de gafas de sol de plástico, la piel burbujeante debajo de impresionantes capas de aceite de coco, poniéndonos en pie de un salto cuando Mattie y Sam nos remojaban con la manguera.

En casa de Annabelle, en verano, bajábamos corriendo en biquini hasta el invernadero que había al fondo del jardín y nos lanzábamos de cabeza al río, gritábamos como locas cuando sus gélidos dedos nos acariciaban la piel y más aún cuando Annabelle juraba que acababa de ver pasar por nuestro lado una rata de río. Yo salía corriendo del agua y Annabelle me perseguía, rodábamos por el césped, entre risas y gritos, y nos retábamos mutuamente para ver si éramos capaces de volver a meternos.

Si me quedaba a pasar la noche, jugábamos al escondite por el laberinto de habitaciones de la casa del río, armadas con velas blancas que proyectaban sombras gigantescas sobre las paredes, y gritábamos cuando Frank aparecía de pronto en la oscuridad; en una ocasión, para regocijo de Annabelle, incluso me hice pipí encima del susto.

Los fines de semana y en vacaciones, íbamos en autobús hasta Wattle Beach, que estaba a quince minutos de casa, pero era otro país.

Frecuentaban la playa chicas surfistas con cabelleras doradas que brillaban bajo el sol, patinadores principiantes pululaban alrededor del chiringuito volteando sus monopatines, se veían chicos rebozados de arena que emergían de furgonetas Kombi en compañía de chicas que habían mentido a sus madres y no les habían dicho que estaban allí, y niños con tiras de zinc que les protegían la nariz y que se lanzaban continuamente al agua.

A veces, había invitado a Simone y a Stella a venir con nosotras, pero Simone siempre acababa diciendo alguna cosa que molestaba a Annabelle, Stella inevitablemente se echaba a llorar y luego pasábamos el viaje en el autobús de vuelta a casa mirando por la ventanilla y sin cruzar palabra.

De modo que casi siempre iba a Wattle Beach solo con Annabelle, y eso era lo que ella quería.

Cogiendo el autobús para ir a Wattle, yendo continuamente de casa de una a la de la otra, con Annabelle saltando las escaleras de acceso a mi casa de dos en dos y gritando: «Hola, señora De Longland, ¿hay algo de comer? ¡Estamos *hambrónicas!*», con Sam y Mattie sonriendo de oreja a oreja y dando volteretas por el suelo del salón, con Annabelle añadiendo mis iniciales a las de ella bajo la mesa, nuestros días y noches acabaron solapándose para transformarse en semanas y meses, en estaciones enteras.

Luego, el verano en que ambas cumplimos catorce años, Frank nos hizo un regalo.

—Frank nos está construyendo una casa en un árbol —le expliqué una tarde a Rose a la salida del colegio—. Dice que ahora que estamos convirtiéndonos en señoritas —reí como una tonta— necesitamos nuestro refugio sagrado.

Rose tomó asiento y me ofreció una bandeja llena de galletas Iced VoVo. Llevaba puesta a Greta, una bata confeccionada con un tejido de algodón con relieve a rayas rosas y blancas, y su aspecto recordaba también al de una Iced VoVo.

Volví a reír.

Rose se quedó mirándome.

—¿De qué te ríes?

—De ti —dije con una sonrisa—. Te pareces un poco a una de estas galletas, Rose.

Rose miró la bandeja.

—Y tú —replicó—, tú pareces una galleta Tim Tam.

Ambas nos quedamos mirando entonces el uniforme color chocolate oscuro del colegio St. Rita para jóvenes lesbianas y nos echamos a reír.

—¿Qué es esto que he oído por radio macuto de que Frank Andrews está construyéndoos una casa en un árbol? —dijo Harry, que acababa de llegar a casa del trabajo y entró en la cocina en busca de alguna cosa que comer.

—Harry, las herramientas —dijo Rose de manera automática, señalando hacia el exterior de la casa y meneando la cabeza mientras Harry recogía del suelo la caja de herramientas—. No sé cuántas veces le habré pedido a tu padre que no meta las herramientas en casa —dijo—. ¡Harry, las botas!

Harry, que había llegado de nuevo al umbral de la puerta, se miró los pies.

—Disculpa, cariño —dijo, y salió otra vez de casa.

Rose y yo nos sonreímos.

—Y bien —dijo Harry después de entrar descalzo y retirar una silla—, ¿qué me cuentas de esa casa en un árbol?

—Pues que Frank piensa construínosla —le expliqué—. Dice que, ahora que nos hacemos mayores, Annabelle y yo necesitamos un lugar al que poder huir... Frank cree que todo el mundo necesita un lugar al que poder huir.

—¿Y me lo dices a mí? —replicó Harry—. ¿Cuándo puedo mudarme?

—Lo siento, Harry —contesté—, será solo para Annabelle y para mí, *seráasombrable*.

—¿De verdad? —añadió Harry—. A lo mejor tendré que ir a echarle un vistazo para ver si Frank necesita algún tipo de ayuda con la fontanería. Seguro que esta extravagancia tendrá agua corriente caliente y fría para vosotras, ¿no? —preguntó en tono guasón.

—Habrás de todo —respondí—. Annie la llama «la locura de Frank».

—Pues seguro que sabe de lo que habla —intervino Rose, mientras mordía una galleta.

A veces, Greta podía ser una auténtica bruja.

Pero Annie Andrews no solo sacaba de quicio a Rose, parecía que Juniper Bay entera estaba alterada con su presencia... y eso que no sabían ni la mitad de la historia, cosa que yo sí conocía.

Mucho antes de Frank, Annie Andrews había sido Anne Grunker, un nombre, me contó, que odiaba tantísimo que, desde el instante en que se vio obligada a escribirlo con su rolliza manita de niña de cinco años, decidió deshacerse de él.

Cuando iba al colegio, le había insistido a su cada vez más perpleja madre, Ruth, para que etiquetara sus libros de texto con «Anne G», se había negado con obstinación a responder a su apellido siempre que pasaban lista y, a los diecisiete años, había conocido a un chico italiano, guapísimo pero tonto, llamado Roman Barantis, un nombre que a Annie le había parecido tan fascinante que se había casado con él.

En una ocasión me había enseñado una foto descolorida de Roman Barantis que Annie guardaba en el interior de la funda de plástico de uno de los álbumes con espiral que conservaba en un baúl y nos habíamos sentado juntas a contemplar al que fuera su marido durante solo seis semanas.

—¿Cómo era? —le pregunté, y Annie había acariciado la cara de la fotografía con la punta de los dedos, como si el gesto le ayudara a recordar.

—Era encantador, la verdad es que estaba loco por mí... Naturalmente, su madre se puso hecha una fiera cuando lo abandoné...

—¿Y Roman? ¿Cómo se lo tomó?

Annie cerró el álbum y lo puso de nuevo en el baúl.

—¿Cómo quieres que lo sepa, Tallulah? No se lo pregunté.

Annie Barantis había dejado atrás su matrimonio una mañana cualquiera, con nada más que el periódico que había recogido en la entrada de casa y el apellido de su marido.

Ambas cosas acabaron resultándole de utilidad en su nuevo mundo.

En el periódico encontraría un anuncio publicado por los estudios Cove en el que solicitaban modelos y, años más tarde, Mick Porter, que alcanzaría fama mundial con su serie «Desnudos del Cove», recordaría el momento en que Annie Barantis, con su metro ochenta de altura, hizo su entrada en el estudio, dejó caer en el suelo su abrigo de terciopelo verde e instaló sus redondas posaderas en el taburete.

Según contaba, él se volvió a sus alumnos y anunció: «Señoras y señores, Eva ha entrado en el jardín».

Si Mick Porter pronunció realmente o no aquellas palabras carecía de importancia, pues entraron de todos modos a formar parte del folclore de Annie, junto con el día en que remitió al entonces ministro de Sanidad un tubo con una muestra de su propia sangre para protestar contra la carencia de servicios sanitarios para mujeres y la historia de que había convivido abiertamente con la escritora Marie-Claire Lyons a principios de los sesenta.

—Eso lo publicaron en la portada del *Weekly*, Lulu —me dijo.

Su nuevo nombre la convirtió en una mujer atrevida. Annie Barantis decía y hacía cosas que Anne Grunker jamás se habría planteado, como asistir a una barbacoa en casa de Mick Porter una tarde de octubre en la que conoció a Frank Andrews, que estaba borracho como una cuba e iba manchado de pintura por todas partes.

El *Weekly* pregonaría la historia para acompañar la portada de la boda: «Fue un encuentro de mentes y corazones, en el que Annie y Frank establecieron su vínculo afectivo con los famosos kebabs de langostinos de Mick Porter y el contagioso *I Had a Hammer* de Peter, Paul and Mary como telón de fondo».

Annie, sin embargo, tenía su propia versión:

—Nos pusimos hasta las cejas, follamos hasta no poder más en el sofá de Mick y, al día siguiente, nos fuimos a vivir juntos.

Y durante mucho tiempo la unión entre Frank y Annie Andrews —que cambió el «Barantis» por el más conocido «Andrews» en menos tiempo del que se tarda en dar cuenta de una bandeja de bollos calientes, como diría mi madre— fue, a todas luces, buena.

Frank, que siempre había sido un poco problemático en un sentido u otro, como una ola en un lago en perfecta calma, se volvió, a decir de todo el mundo, más estable, y cuando nació Annabelle dos años después de que se celebrara la boda se sintió, como él mismo declaró, «feliz como un cohete».

—Cuando te cogí en brazos eras como una estrellita de mar rosada y arrugada —le gustaba decirle a Annabelle una y otra vez—. Y te dije: «Todo irá bien, pequeña, soy todo tuyo».

Y lo era, lo cual estaba muy bien, porque, a pesar de llevar el sello del nombre de su madre, Annabelle nunca fue realmente de Annie.

—No creo que esté hecha para ser madre —declaró Annie en una entrevista que le hicieron en la radio y que todos escuchamos en el tenebroso salón de la casa del río—. Fue algo que nunca deseé, nunca tuve esa ansia que demuestran algunas mujeres, que parece que les brote leche del pecho solo con ver un bebé. Mi verdadera pasión desde los veinte hasta los treinta y tantos años siempre fue mi trabajo, mis pinturas, y,

como bien sabes, durante ese periodo de tiempo la demanda no hizo más que crecer y crecer. Pero siempre he tenido un vínculo especial con mi hija y, para mí, lo que más me sorprende es el cariño que he ido cogiéndole con los años. No sé si podría llamarse amor de madre, pero es lo suficientemente intenso, creo, para que lo sea.

Al oír aquello, Annabelle había abandonado la estancia dando un portazo. Annie se había levantado, emitido un suspiro y gritado:

—Dije intenso, Belle, intenso.

En el transcurso de aquella entrevista, Annie explicó también que apenas se veía con su familia.

—El problema es que ellos son Grunker y yo no.

Nunca llegué a saber lo que los Grunker opinaban de Annie. Como muchas otras cosas en la vida de su hija, su familia había ido desdibujándose, las visitas navideñas y las llamadas para felicitar los cumpleaños se habían vuelto cada vez más infrecuentes hasta desaparecer por completo.

Los Grunker vivían la vida con tranquilidad, encadenaban la temporada de fútbol con la de críquet. Domingos en la playa y chisporroteo de salchichas, con su ritmo interrumpido solo muy de vez en cuando por algún periodista deseoso de conocer cosas sobre Annie.

—Nos sentimos muy orgullosos de ella —decía con educación Ruth Grunker antes de cerrar la puerta y regresar a una vida en la que no estaba su hija.

Era un acuerdo, que yo supiera, que satisfacía a todo el mundo.

—Pino de Oregón —anunció Frank—. Conífera de California... Nada elegante, nada pijo, simplemente bueno para trabajar, flexible, que te da lo que necesitas.

Acarició la madera mientras Annabelle y yo intercambiábamos miradas, luego sonrisas.

—Pero la belleza de esta madera en particular es que también es robusta de verdad, capaz de soportar cualquier tipo de clima, todas las circunstancias, toda clase de ataques... Incluso los de dos adolescentes —añadió con una sonrisa.

Estábamos sentadas sobre un banco de trabajo en el cobertizo de Frank, con las piernas colgando y observándolo a través de las minúsculas partículas de polvo que flotaban en el aire.

—De modo que —Frank juntó las manos en una palmada y el polvo bailó— esta es la madera con la que pretendo construir vuestra casa en el árbol, chicas, y tampoco pienso construirla en un árbol cualquiera. Ahora, permitidme que os muestre dónde la montaremos —dijo, abriendo la puerta y haciendo una reverencia.

Nos guio por el jardín de la parte posterior de la casa, silbando y apartando ramas para poder pasar por debajo, hasta que se detuvo delante de un mango cargado de frutos situado junto a la valla que delimitaba el terreno.

—Supongo que es una broma, papá —dijo Annabelle—. ¿Y las zarigüeyas, y los murciélagos?

Nos quedamos los tres junto al árbol, Annabelle y yo observando con mirada insegura sus sombrías ramas verdes y negras.

—Por eso no te preocupes, Annabelle —dijo Frank con una sonrisa—, ¿pero qué me dices de los mangos?

En manos de Frank, la casa del árbol cobró vida en forma de un nido raro y salvaje que parecía brotar de las ramas, abarcaba el árbol en toda su amplitud y se elevaba para que el sol se filtrase a través de las formas de lunas y estrellas que había recortado en las paredes.

Era, claro está, una obra de arte, un original de Frank Andrews fuera del alcance de cualquiera que no fuese Annabelle o yo.

—Necesitaremos una mesa.

—Hum... y dos sillas.
—Y algunas estanterías, para nuestras cosas.
—Y velas.
—Rose no me dejará tener velas.
—A ver, Tallulah, ¿pero tú qué eres? ¿Una niña de seis años?
—Lo único que digo es que a Rose no le gustará que tenga velas aquí arriba.
—¿Y se enterará?
—No.
—Pues, entonces, velas, y comida, por supuesto.
—De acuerdo... Chocolate, claro, y patatas fritas.
—Sí, y piruletas..., y galletas con virutas de chocolate, hojas de menta, botellas de leche...
—¿Y ratas?

Annabelle se quedó mirándome.

—Bueno, yo no pienso comérmelas, Tallulah, pero si de verdad te apetecen...

Las risas hicieron temblar las ramas.

La casa del árbol se convirtió, tal y como Frank había vaticinado, en nuestro refugio, el lugar perfecto donde Annabelle y yo nos cobijábamos al salir del colegio, después de superar los grupillos de chicos del St. Joseph que habían empezado a reclamar nuestra atención cuando pasábamos por su lado, sin saber que las placas tectónicas empezaban a moverse bajo nuestros pies al tiempo que el sujetador de deporte nos producía picores debajo del uniforme.

Estábamos, tal y como la hermana Escolástica nos había anunciado en clase de Sociales con una radiante sonrisa, «eclosionando a la condición de mujer, floreciendo y transformándonos en inflorescencias jóvenes y perfectas». Las chicas de la clase se esforzaron por contener la risa como buenamente pudieron, sobre todo cuando empezó a alertarnos sobre los peligros de la «polinización».

—Conoceréis abejas —nos advirtió, y Annabelle gimoteó a mi lado, conteniendo en silencio su histeria— que intentarán robaros el néctar.

—Santo cielo —murmuró Simone desde la fila de atrás.

El discurso «Conoceréis abejas» de la hermana Escolástica estaba destinado a pasar a los anales de la historia del colegio St. Rita y, año tras año, las alumnas seguirían repitiéndolo entre risas mucho después de que su creadora se hubiera ido para siempre.

Pero, cada vez que volvía a mirar la fotografía de la clase de aquel curso, llegaba a la conclusión de que las homilias hortícolas de la hermana Escolástica, por turbadoras que resultasen, eran correctas: una fila tras otra de chicas con rostros inmaculados, ojos brillantes, sonrisas encantadoras, como un jardín.

Como Annabelle.

Estaba colocada en la última fila —su altura dictaba el lugar que ocupaba en la fotografía anual del St. Rita— y destacaba, como siempre, por situarse un poco distanciada de todas las demás, como si estuviera en la escena por pura casualidad. Tenía las manos apoyadas con despreocupación en las caderas, los hombros echados hacia atrás, la cabeza inclinada hacia delante, con sus ojos verdes de gato mirando fijamente a la cámara. Sus labios se mostraban carnosos, rojos y serios, aunque se torcían levemente en las comisuras, y me pregunté, al recordar lo que le había dicho Annie aquella misma mañana al marcharse —«Intenta sonreír en la foto de este año, cariño. Me encantaría tener una foto tuya en el colegio en la que no parecieras un presidiario en el corredor de la muerte»—, si había estado haciendo un pequeño esfuerzo.

Llevaba el sombrero hacia atrás, el uniforme algo arrugado y la corbata floja alrededor del cuello, transgresiones que más adelante le acarrearían problemas.

Tenía la piel olivácea de Frank y los rizos salvajes de Annie, no pelirrojos, como su madre, sino castaños, y siempre que la miraba en aquella foto pensaba en las «inflorescencias jóvenes y perfectas» de la hermana Escolástica y me preguntaba cómo había llegado a pensar en su día que yo podía tener alguna posibilidad.

Simone y Stella también salían en la foto: Simone, con las coletas oscuras que terminaría cortándose en cuanto acabara el colegio, dirigiendo hacia la cámara aquella mirada penetrante que los telespectadores conocerían tan bien años más tarde, y Stella, rolliza y encantadora, mirando también a la cámara pero con una sonrisa ansiosa y el distintivo de «Delegada» prendido al pecho.

Yo, como siempre, estaba situada delante y en el centro, sujetando una pizarrita con el nombre de nuestra clase y el año, con pinta, como siempre, de estar avergonzada de tener aquel papel. Aparecía allí porque era menuda, la chica más bajita de la clase, relegada a aquel puesto porque también era la más pulcra y aseada.

No sabía lo que era llevar el uniforme arrugado, ir despeinada o con la corbata floja. Rose me acicalaba y almidonaba hasta casi matarme: mi cara aparecía enmarcada por dos trenzas doradas, largas y perfectas, recogidas con cintas de color marrón chocolate, mi sonrisa dejaba ver todos los dientes, un sarpullido de pecas me iluminaba la nariz y mis ojos, del mismo tono marrón chocolate del uniforme, miraban fijamente a la cámara.

Años más tarde, en el último año de instituto, Joshua Keaton me dijo que quería ver mis fotografías de octavo, estudió aquella foto en concreto con suma atención y declaró que parecía una barrita de chocolate Crunchie.

—Me entran ganas de comerte toda —dijo.

Y yo me saqué las cintas de color chocolate del cabello y le dejé hacer.

Justo en el momento en que acababa de recogerlo todo, llamaron de nuevo a la puerta. Abrí y me encontré con la mujer sonriente del carrito de la limpieza.

—¿Ha tenido una buena estancia, cielo? —me preguntó.

No tenía ni idea de cómo responder a esa pregunta. Y, por lo tanto, me limité a devolverle la sonrisa y le dije que, si quería, podía quedarse con las revistas que había comprado.

Cerré la puerta, corrí hacia el ascensor para bajar y recé para que no me viera ningún asistente a la ceremonia. Cuando pasé por delante del comedor donde estaba planeado que se celebrase el desayuno del día siguiente de la boda, lo hice casi al sprint.

No había nadie, naturalmente, no había nada que celebrar y nadie habría tenido estómago para tragar ninguna cosa, y mucho menos huevos.

Se abrió la puerta del ascensor y pulsé con manos temblorosas el botón para bajar al aparcamiento. Cerré los ojos hasta que volvió a abrirse y caminé a paso ligero hasta el coche, con la maleta dando botes para seguir mi estela. Cuando entré, lloraba ya a lágrima viva, lagrimones enormes, y me pregunté dónde podía ir.

A casa no, todavía no.

Pensé en Simone y Stella, las únicas dos personas que conocía que no habían estado en la boda y que tal vez comprenderían lo que había hecho.

Por alguna razón, había conseguido mantener la amistad con ellas durante toda la secundaria y mucho más, un tiempo durante el cual Simone había cambiado de apellido para pasar a llamarse Severet y se había convertido en el arquetipo de las lesbianas, y Stella había cambiado de apellido para casarse con un McNamara y se había convertido en el de las católicas.

Habíamos seguido unidas a pesar de haber desertado de ellas en favor de Annabelle, por quien ninguna de las dos sentía un especial cariño, sobre todo después de la fiesta

de mi decimosexto cumpleaños, la noche en que Annabelle hizo gala de un comportamiento territorial similar al de los animales que protagonizaban los documentales de Fergus.

Me incorporé a la autopista y rememoré aquella noche. Seguro que cuando le contara a Simone lo que acababa de hacer con el marido de Annabelle abriría una botella de champán.

Un mes antes de cumplir los dieciséis, Rose decidió que ya iba siendo hora de que las dos familias, la mía y la de Annabelle, se conocieran «debidamente».

—Lulu —me dijo una mañana al salir de la cocina y mientras se secaba las manos con un paño—. Creo que estaría bien invitar al señor y a la señora Andrews a tu fiesta de cumpleaños.

—Frank y Annie —puntalicé.

—¿Cómo dices?

—Frank y Annie, así es como los llamo —continué con una sonrisa autosuficiente que pretendía darle a entender a mi madre que, por mucho que ella viviera en nuestra calle, intentando desatascar sus angustias, yo, Lulu, me movía en círculos mucho más sofisticados.

—Ah, ¿sí? —dijo—. Bueno, pues pienso que deberíamos invitar al señor y a la señora Andrews a cenar a casa para celebrar tu decimosexto cumpleaños, y pienso también que podrías invitar a Simone, a Stella y a alguna chica más del colegio.

—Pero Rose...

—Nada de peros, Tallulah.

Derrotada, le dediqué una mirada de desdén, me largué corriendo a mi habitación, cerré la puerta y empecé a apuntar los nombres de las lesbianas menos pesadas del St. Rita que podía invitar a la fiesta.

Simone y Stella, naturalmente, con quienes, por mucho que Annabelle pusiera objeciones, pasaba todavía algún que otro rato.

«¿Pero por qué tienes que ir a casa de Simone?», gimoteaba Annabelle. «Si vienes a la mía, Frank nos dejará pintar estrellas en el techo de mi habitación». O: «No vayas de compras con Stella y ven conmigo al cine. Sabes que, si vas con ella, te obligará a comprar algo totalmente *inapropiable*».

Siempre había confiado en que las cuatro pudiéramos ser amigas, pero Annabelle y Simone se resistían y se vigilaban como gatos desconfiados cuando coincidían en la misma estancia.

Stella, evidentemente, se alegraría de que viniese Annabelle; Stella siempre se ponía contenta cuando venía alguien, fuera quien fuera, y el día de la fiesta irrumpió en mi habitación como un perro labrador sobreexcitado.

—¡Feliz cumpleaños, Lulu! Hola, Annabelle —dijo—. ¡Cielos, estás muy guapa, Annabelle, me encanta ese top que llevas!

—Hola, Lulu, feliz cumpleaños —dijo Simone, que apareció detrás de ella—. Hola, Annabelle, ¿ya estás aquí? Qué sorpresa.

Annabelle, que se encontraba tumbada en la cama, enfurruñada, ni siquiera se tomó la molestia de responder. Se limitó a mirarme y decir:

—¿No piensas abrir tu regalo?

—No puedo —dije—. Rose dice que tengo que abrirlos todos juntos.

—Pues yo quiero que abras el mío ahora.

—No puedo hacerlo —repetí.

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —preguntó Rose, que entró en la habitación en aquel momento haciendo gala de aquel misterioso don para materializarse saliendo de la nada que poseía desde que yo era pequeña.

—Oh, Tallulah se queja de que le haces abrir todos los regalos a la vez, cuando lo que en realidad desea es abrir el mío ahora mismo —contestó Annabelle, exhibiendo a su

vez su propio don, que era el de hablar por mí.

—Oh, por el amor de Dios, Lulu —dijo Rose—, si tan importante es para ti, ábrelo ahora... Y luego bajad, chicas, las demás estarán al llegar.

Annabelle se sentó en la cama con una sonrisa satisfecha y abrió el regalo.

Era una foto de las dos, cogidas del brazo, mirando a la cámara con una enorme sonrisa, y en el marco de madera había tres palabras grabadas: «Mejores amigas*parasiemternamente*».

—«*Parasiemternamente*» —les explicó Annabelle a Simone y Stella con suma dulzura— es una palabra que hemos inventado Tallulah y yo, una combinación de «para siempre» y «eternamente», y, de hecho, tiene más fuerza que ambas por separado. ¿Y vosotras? —añadió muy risueña—, ¿qué le habéis traído? ¿Un pintalabios, tal vez?

Me fijé en el labio inferior de Stella, que estaba temblando, y en la mirada furiosa que Simone le lanzaba a Annabelle, y al instante supe que el paquetito que Stella tenía en la mano contenía «Pink in the Afternoon» de Revlon.

Abajo, la situación no fue a mejor, ni mucho menos.

Había llegado un grupo variopinto de jóvenes lesbianas del St. Rita, pero apenas les hice caso porque, ansiosa, volqué toda la atención en la conversación que mi madre y Annie estaban manteniendo en la cocina.

El asunto era que sabía que a mi madre no le gustaría Annie, y no solo porque Annie me hubiera contado que no le caía bien a prácticamente ninguna mujer.

—Las mujeres me odian, Tallulah —me había confesado un día en la casa del río—. Siempre piensan que me voy a enrollar con sus maravillosos maridos... De verdad, como si con uno no fuera ya suficiente.

Siguió a aquello la característica risa tintineante. Me sumé a ella y le dije:

—Pues a mí sí que me gustas, Annie.

Me sonrió.

—Tiempo al tiempo, Lulu.

Pero sabía que a Rose no le gustaría Annie, porque en el mundo de Rose el amor se entendía como tejer ponchos con flecos a tus hijos en invierno, coser a mano el dobladillo del uniforme para que quedara perfecto, aunque tuvieras que estar despierta hasta las tantas, despedir a tu marido por las mañanas después de haberle ofrecido un buen desayuno caliente. En el mundo de Rose, el amor tenía que ver con la economía doméstica y Rose sabía que Annie despedía a Annabelle por las mañanas con solo algo de suelto para que se comprara alguna golosina y que, a veces, incluso esto se le pasaba por alto.

Y, en cuanto a Annie, no tenía muy claro si mi madre le gustaría o no: Annie nunca prestaba atención a la gente el tiempo suficiente como para poder formarse una opinión sobre ella.

Fingí que tenía sed y entré en la cocina sin hacer ruido. Y fue un alivio escuchar la risa de Annie.

—No, de verdad, Rose —estaba diciendo—, estoy encantada con la amistad de las chicas y con cómo cuidas a Annabelle, ella adora ese té que sirves por las tardes. A veces me pide que le prepare el pastel arcoíris que le haces tú, pero me temo que yo no soy ese tipo de madre.

Otra vez la risa tintineante, seguida por la voz de Rose, que cortó la superficie de la encimera de la cocina como un pájaro látigo en la selva.

—¿Y qué tipo de madre eres?

Contuve la respiración.

—Una madre reticente —respondió Annie con una sonrisa.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —anunció Rose más tarde, cuando entró con la tarta en el salón—. Los dulces dieciséis y todavía sin un beso.

—Y mejor que sea así —dijo Harry.

—Antes tendrían que superar su bigotillo —comentó Annabelle, y todo el mundo se echó a reír.

Me incliné para soplar las velas y mi deseo, que llegó sin previo aviso y de forma inesperada, casi me dejó sin lo poco que me quedaba de aire en los pulmones.

«A veces desearía que Annabelle me dejara en paz».

Me sentí culpable en el mismo instante de formularlo.

«No lo has pensado en serio —me dije—. No lo has pensado en serio».

Pero una pequeña parte de mí, esa que no podía ni respirar cuando ella estaba a mi lado..., esa parte sí lo había pensado en serio.

A Annabelle no le gustaba que me alejara mucho de ella: cuando iba a cualquier sitio con Simone y Stella, pasaba luego días enfurruñada; si quería volver sola a casa para pasar tiempo con mi familia sin ella de por medio, se presentaba igualmente en la puerta media hora después; si iba de compras sin ella, aborrecía lo que pudiera haberme comprado y me exigía que lo devolviera para ayudarme entonces a elegir otra cosa; si en clase reía con cualquier otra chica, de inmediato quería saber de qué iba el chiste.

Me apabullaba.

Pero ni siquiera las abrumadoras atenciones que me dispensaba Annabelle me prepararon para la arremetida que significó Joshua Keaton.

La campanilla de la puerta del supermercado de Snow tintineó cuando entré con Mattie y Sam y los solté para que rebotaran como una bola de *pinball* por toda la tienda.

—Comportaos —dije— o no os compraré ningún helado.

Corrieron hacia el congelador con la intención de poder pasar una desmesurada cantidad de tiempo discutiendo sobre los distintos méritos del polo Paddle Pop de plátano con respecto al bombón helado Have a Heart. Cerraban y abrían la puerta de cristal continuamente, y, a pesar de que dejaban escapar el aire frío, me sobrevino de repente una oleada de calor.

Camiseta azul celeste, un cuerpo largo y esbelto que se afilaba hacia el interior de unos bermudas de color azul marino, brazos bronceados apoyados contra el cristal.

Sonrió, se retiró un caos de rizos oscuros de la frente y nos dio un rápido repaso a los tres antes de fijar la mirada solo en mí.

—¿Ves algo que te guste? —dijo.

La pregunta se quedó flotando en el aire y siguió allí hasta que Mattie anunció, con carácter informativo:

—No puede comer helado, está a régimen.

Sam asintió.

—Y se lo toma muy en serio —añadió amablemente.

El chico de la camiseta azul celeste se echó a reír.

—¿De verdad? Pues a mí me parece que está perfecta —dijo.

Y así fue como nos conocimos Joshua Keaton y yo. El calor que desprendíamos estuvo a punto de derretir todos los helados del congelador.

—Me llamo Josh —dijo él, sus ojos, oscuros y moteados, estaban clavados aún en los míos—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Tallulah... Lulu.

—Estupendo, Tallulah-Lulu —replicó con una sonrisa—. Nos vemos.

Y se marchó, con la campanilla de la puerta del supermercado de Snow dejando constancia de su ausencia.

—Ja, ja, le has dicho que te llamas Tallulah-Lulu —dijo Mattie con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cierra el pico, Mattie —repliqué yo, arrastrándolos hacia el mostrador.

—Lulu tiene novio, Lulu tiene novio —empezó a canturrear Sam dando vueltas a mi alrededor y, justo en aquel momento, Josh entró de nuevo en la tienda.

—¿Es cierto eso que dicen? —preguntó—. ¿Tienes novio?

—No —respondí.

—¿Y quieres uno?

Luego, después de que Josh nos acompañara hasta casa, empujando su bicicleta y sin dejar de hablar en ningún momento, y de que siguiera hablando una vez dentro, donde dejó a Rose encantada cuando aspiró el magnífico aroma de una bandeja de macarrones que acababa de preparar y a Harry impresionado al demostrarle que sabía qué era un serpentín, volvió a preguntármelo.

—Y bien, Tallulah-Lulu —dijo, arrastrando las palabras y haciendo con ello que en la mejilla derecha apareciera un diminuto hoyuelo—, ¿quieres un novio? Porque, de ser así, estaría interesado en proponerme.

Reí sin poder evitarlo; reí por la estupidez de aquella frase, reí por él, por nosotros, por mí, por estar en la cocina de mi casa en compañía del chico más guapo que había visto en mi vida.

—Hablo en serio —declaró.

Me acercó un dedo a los labios, se inclinó y me besó.

Mattie y Sam estaban jugando a la Guerra de las Galaxias en el jardín, Harry y Rose se

encontraban arriba y yo me apoyaba contra la mesa, con los ojos cerrados, dejando que las manos de Josh se deslizaran por mi cuello, me acariciaran los hombros, me tocaran la cara.

Me abarcó la mejilla entera con la mano y me atrajo hacia él. El beso se hizo más apasionado y no sé cuánto tiempo duró aquel primer beso, pero sí que sus manos, su boca y su lengua hicieron que hasta el último centímetro de mi piel de chica católica, pura e inmaculada, deseara ser polinizado allí mismo, sobre la encimera de Rose.

Más tarde, cuando todas las madres salieron a sus respectivos jardines para llamar a sus hijos y decirles que entraran en casa, cuando empezaron a entonar a coro el sonsonete de «Cait-lin», «Aman-da», «Chris-topher», que indicaba el final del tiempo de juego, Josh, en la puerta de casa, me dijo:

—Y bien, ¿me das el trabajo?

Moví afirmativamente la cabeza.

—Excelente —dijo.

Enfiló el camino de acceso a la casa y recogió la bici que había dejado apoyada detrás del cartel de Harry.

—Pues nos vemos mañana —gritó, y desapareció calle abajo.

No podía ni creer la suerte que había tenido.

Aquella noche, tumbada en la cama sin poder dormir, pensé en lo curioso que era que la noche anterior me hubiera acostado sin novio, que fuera una chica que, como había dicho Rose en mi fiesta de cumpleaños, no había recibido nunca un beso.

Pero, por lo visto, ya tenía novio. Me habían besado y, a pesar de mi total falta de experiencia previa, sabía que me habían besado bien.

Sonreí en la oscuridad al pensar en la conversación que había mantenido la familia durante la cena.

Harry y sus bromas: «Tallulah Keaton, suena muy bien, cariño». Rose y sus preocupaciones: «No seas tonto, Harry, si acaban de conocerse». Y los niños y su sonsonete, «¡Lulu y Josh, en lo alto de un árbol, B-E-S-Á-N-D-O-S-E!», aporreando la mesa para seguir el ritmo hasta que Rose se había visto obligada a decirles que acabaría atándolos al árbol en cuestión si no se callaban de una vez.

Annabelle había llamado, pero le había pedido a Rose que le dijera que ya me había ido a la cama. No me apetecía compartir todavía lo de Josh con ella. Aunque sabía que no podría mantenerlo en secreto eternamente; era imposible desde cualquier punto de vista.

Cerré los ojos, me abracé por la cintura y pensé que, si de verdad tenía novio, si de verdad «Joshua Keaton» —atraje su nombre hacia mí con todas mis fuerzas— era mi novio, tendría que encontrar la manera de llenar todos los huecos que pudieran crearse entre él y Annabelle, hallar el modo de ser suficiente para ambos.

—¡Imposible! —gritó Annabelle al día siguiente, de camino al colegio—. ¿Así que estabas en el supermercado de Snow y apareció ese chico y te preguntó si querías ser su novia? Me tomas el pelo, Tallulah... ¿Y cómo se llama?

Dudé unos segundos antes de responderle, deseosa de guardármelo todo para mí un momento más.

—Joshua Keaton —dije, y me quedé a la espera.

No iba a poder soportar que se riera de algún modo de aquel asunto, que cambiara el orden de las letras de su nombre o le pusiera un mote que me obligara a poner mala cara cada vez que le oyera pronunciarlo.

No iba a poder soportar que me lo estropeará.

—Joshua Keaton —anunció—, suena de lo más *intrigante*. Y ahora suéltame hasta el último detalle de lo que pasó, quiero saberlo todo.

Aliviada al ver que no se burlaba del tema, le conté todo lo que había averiguado acerca de Joshua Keaton, que no era mucho, retazos de información recopilados entre los juegos de Mattie y Sam, los ofrecimientos de galletas de Rose, la conversación sobre coches de Harry —«¿Qué opinas sobre el nuevo Holden, Josh?»— y los besos.

Sabía que tenía diecisiete años, que vivía un par de barrios más allá del nuestro con su madre, Pearl —no había mencionado la presencia de un padre—, y que había estudiado en el instituto de Ralston Road, pero lo había dejado el año anterior para aprender el oficio de mecánico.

Sabía que era un enamorado del surf, que tenía un trabajo a tiempo parcial en DNA Motors, que le gustaba, y que su jefe se llamaba Mel, y no le gustaba.

Eso era, en resumen, todo lo que sabía sobre Joshua Keaton aquella mañana, de camino al colegio en compañía de Annabelle.

Pero, más adelante, a medida que los días fueron convirtiéndose en semanas, y las semanas en seis meses a partir de la fecha en que nos conocimos —Josh se tatuó mis iniciales en la muñeca con una navaja y tinta azul para celebrar el acontecimiento, y Harry lo tachó de «cabrón imbécil» cuando lo vio—, podría haberle contado muchísimas cosas más.

Podría haberle contado que medía un metro ochenta y dos centímetros y medio de altura, que ese medio centímetro de más o de menos le llevaba de cabeza, que tenía un mechón de pelo blanco debajo de sus rizos, pero que tenía que levantarle el cabello de la nuca para descubrirlo; podría haberle contado que no sabía silbar.

Podría haberle contado que le gustaba el St. Kilda Football Club, los perros San Bernardo, los *noodles* vietnamitas con cualquier cosa, que le besaran la espalda, las olas en Duranbah y Chrissie Amphlett, «la segunda mujer más sexi del mundo, Tallulah-Lulu».

Podría haberle contado que su padre se había largado a la marina mercante tres semanas después de que él naciera, y que la primera vez que se emborrachó había intentado llamarlo al buque *Melbourne*, y que le había dicho a gritos a la telefonista que tenía que hablar con Davie Keaton por una cuestión de seguridad nacional y que, después de que la mujer le colgara el teléfono, había tenido que sentarse en un columpio de Ralston Park y no había parado de llorar.

Podría haberle contado que, cuando me narró esa historia y lloró, fue como si en su interior estuviera lloviendo.

Podría haberle contado que tenía hiperlaxitud articular en los pulgares, que, cuando tenía trece años, le escribió una carta a Peter Brock diciéndole que quería ser su copiloto y que después había dormido muchísimas semanas con la fotografía firmada que había recibido a modo de respuesta guardada bajo la almohada.

Podría haberle contado que sabía a almendras, que olía a limones y que el lugar más suave de su piel estaba por todas partes.

Pero da igual.

Supongo que lo descubrió por sí misma.

Lo preparé todo para que se conocieran en Wattle Beach, lejos de los ojos curiosos de Harry y Rose o de Frank y Annie. Hacía calor, uno de aquellos días en que el asfalto brilla bajo los pies y los hombros se te ponen rojos antes de que les dé el sol.

Yo estaba nerviosa, la inquietud me provocaba incluso picores, y Annabelle me cogió por el brazo y me dijo:

—Por el amor de Dios, Lulu, ¿quieres relajarte de una vez? No pienso comérmelo.

Bajábamos por los peldaños de hormigón pintados de verde que daban acceso a la

playa cuando noté que se movía con inquietud, que me presionaba levemente la muñeca con la mano.

—¿Es ese?

Era Josh. Corría por donde rompían las olas, sus largas piernas abriéndose paso entre niños que se iniciaban en el surf encima de colchonetas hinchables y de madres con bebés instalados a horcajadas en la cadera, la tabla bajo el brazo, las gotas de agua atrapadas en sus rizos, la camiseta de licra marcándole pectorales y abdominales. Y llegó a nuestro lado. Sonrió y dejó la tabla en el suelo.

—Hola, Tallulah-Lulu —dijo, inclinando la cabeza para rozarme los labios con su boca salada—. ¿Cómo está hoy mi chica?

Sacudió todo el cuerpo y la piel desprendió goterones de agua. Levantó la barbilla en dirección a Annabelle.

—Hola —dijo.

Y eso fue todo, y en aquel momento no hubo nada, en aquel primer encuentro no hubo nada —por muchas veces que lo rememorara posteriormente, cuando comprendí que había tenido su importancia—, nada que disparara una alarma, nada que me diera a entender que, mientras me besaba a mí, estuviera saboreándola a ella, nada que me susurrara al oído que fuera con mucho cuidado.

No hubo nada excepto nosotros tres, las risas, la conversación y el buscar espacio en la toalla para disfrutar de un sol espléndido.

El verano en que cumplí dieciséis años, Josh hizo suya a mi familia: ayudó a los niños a construir en el jardín su famoso volcán explosivo (piedras, barro, arena, ramas, una manguera y muchísimos problemas), le sujetó la escalera a Harry mientras limpiaba los desagües del tejado, se sentó a la mesa de la cocina de Rose, con las manos unidas bajo la barbilla y una sonrisa de oreja a oreja que le creaba hoyuelos, a la espera de que le dieran de comer.

Rose había dicho que mientras hubiera colegio solo podíamos vernos una noche a la semana y los fines de semana, cuando terminara los deberes.

Le explicó a Josh que era importante que sacara bien el curso, que no necesitaba distracciones y él, por supuesto, lo era. Josh había sonreído, había asentido y había seguido apareciendo igualmente por casa casi cada noche antes de cenar.

En cuanto Rose oía el crujido de la bicicleta sobre la hierba y el clic de la verja, me miraba con exasperación y suspiraba, pero tanto Josh como yo sabíamos que era imposible que rechazara la presencia de un chico hambriento en su mesa.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —le preguntaba, y Josh asentía porque le resultaba más fácil hacer eso que explicarle que Pearl Keaton ni siquiera levantaba la vista el tiempo suficiente de su pitillo y su crucigrama como para percatarse de su ausencia.

Pearl vivía envuelta en una nube de humo y sentada en el sofá, con el crucigrama abierto sobre una mesa cubierta de huellas circulares de tazas de café y acompañada por un cenicero de color verde botella rebosante de colillas.

—Hola, pareja —decía cuando Josh y yo pasábamos cogidos de la mano por delante de ella de camino a la habitación—. ¡Y comportaos allá arriba!

Yo me daba cuenta de que Josh esbozaba una mueca, una mueca provocada por la tosquedad de su madre, por su despreocupación, por el nudo siempre flojo de su bata, por los pies encajados en el interior de unas zapatillas gigantescas en forma de perrito.

—¿Por qué no te has vestido, mamá? —le preguntaba—. Sabías que iba a venir Tallulah.

—Discúlpame, Don Perfecto —replicaba ella—. No te importa, ¿verdad, encanto?

Y yo negaba con la cabeza, abochornada en nombre de todos.

Pearl trabajaba como cajera en el TAB, tenía una amiga llamada Caroline con la que

acudía los viernes por la noche al fútbol, su horario era partido para poder darle un techo a su hijo y le había contado que cuando su padre, Davie Keaton, se hizo a la mar, no fue una gran pérdida.

Tal vez no lo fuera, pero cuando veía lo a gusto que estaba Josh con mis padres, lo satisfecho que se sentaba a la mesa y cómo saboreaba todo lo que decía Harry, me preguntaba si estaba en lo cierto.

Me disgustaba ir a casa de Pearl Keaton porque aborrecía las mentiras que tenía que contarles a Harry y Rose si iba allí.

Odiaba las habitaciones con olor a cerrado y el linóleo lleno de manchas, la inevitable trifulca en la cama de Josh cuando subíamos al cuarto y él forcejeaba con mi ropa mientras yo lo hacía con mi sensibilidad católica.

Ahora me parece ridículo, pero estábamos en 1982 y yo era una colegiala católica de dieciséis años, y, cada vez que Josh me tocaba, en mi subconsciente se despertaba la imagen de Eva entregándole a Adán la puñetera manzana y condenando con ello a la humanidad para toda la eternidad.

Tenía miedo de pecar, me preocupaba la posibilidad de que Josh perdiera el interés por mí si le permitía llegar «hasta el final», me daba pánico quedarme embarazada y verme obligada a huir como Lisa Fitzgerald, que se había desterrado con una abuela en Longreach, que se había marchado de la ciudad con el bebé escondido en el coche como una fugitiva.

«No querrás acabar como Lisa Fitzgerald», decían a sus hijas las madres de todas las calles de nuestro barrio, como si le hubiese sucedido la cosa más atroz del mundo, como si hubiera pillado la lepra o hubiera sido víctima de la trata de blancas.

Pensaba en Lisa, en el vago recuerdo de una chica alta con gafas y risa estridente, y me preguntaba cómo habría «acabado». Me preguntaba si Lisa sería consciente de que se había convertido en el arquetipo del celibato en el St. Rita y de que yo me acordaba ella cada vez que Josh me tocaba.

Cuando estaba abrazada a él, con nuestros miembros tan pegados como dedos entrelazados, me sentía dividida entre el deseo de Josh y el conocimiento de que las buenas chicas no hacían aquellas cosas y las chicas malas acababan en Longreach.

—Por Dios, chica —me dijo Annabelle una mañana—, tanto resoplar y jadear me parece nauseabundo. ¿Por qué no follas con él y acabas de una vez por todas con el tema?

—No quiero hacerlo todavía.

—¿Por qué? Tampoco es para tanto.

—Mira, Annabelle, me gustaría que dejaras de insistir al respecto y, de todos modos, ¿por qué le das tanta importancia? —le pregunté—. Tú tampoco lo has hecho.

—Pues sí que lo he hecho y, si quieres que te diga una cosa, tampoco es nada del otro jueves.

—¿Que has follado?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Mark Morris.

—¿Que has follado con Mark Morris?

—Sí, en su coche.

—¿Que has follado con Mark Morris en su coche?

Ni siquiera sabía que conociera a Mark Morris, el segundo capitán del equipo de rugby del St. Joseph, con la excepción de decirle de vez en cuando: «Que te jodan, Mark», cuando él gritaba alguna estupidez a nuestro paso.

—Mira, Tallulah —dijo—, por mucho que me apetezca quedarme aquí y escucharte

repetir todo lo que yo digo, la verdad es que tengo un montón de deberes pendientes. Seguimos caminando de vuelta a casa, pero Annabelle empezó a hacerlo con aquellos andares raros y exagerados que ponía en práctica de vez en cuando, meneando las caderas y balanceando la mochila delante de mí, como un péndulo.

Bajé la cabeza y fijé la vista en el suelo, con la confusión escociéndome como un sarpullido, y, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, de un líquido caliente, salado e infantil.

Por mucho que Annabelle balanceara la mochila y fingiera que aquella era simplemente una conversación más, tanto ella como yo sabíamos que no era así.

Seguimos caminando en silencio hasta que ella se detuvo de pronto, dejó descansar la mochila y dijo:

—¿Por qué montas este numerito?

—No estoy montando ningún numerito, no he dicho nada.

—*Precixactamente*, Tallulah. Mira, yo no tengo por qué describirte todas las cosas que me pasan en la vida, ¿no? Del mismo modo que estoy segura de que tú no me cuentas hasta el último detalle de lo que pasa entre Josh y tú.

Continué cabizbaja, con miedo a mirarla, con miedo a mirar a aquella nueva Annabelle que no solo había mantenido relaciones sexuales, sino que además había empezado a esconderme secretos.

Llegamos a la esquina donde normalmente discutíamos sobre si «¿A tu casa o a la mía?» y me marché enseguida a casa sin ella y, luego, fui directa a mi habitación.

—Lulu —gritó Rose—, ¿no bajas? En la mesa hay fruta y galletas.

Pero enterré la cabeza bajo la almohada, consciente de que era incapaz de comer nada.

Aquella noche, Josh me llevó al cine en un coche que le habían prestado.

De vuelta a casa, aparcamos en la calle contigua a la mía y él empezó a besarme, a sobarme los vaqueros y a desabrocharme el cinturón.

—No, Josh —dije.

—¿Por qué no, Tallulah-Lulu? —murmuró, con la boca pegada a mi cabello.

—Porque no estoy preparada.

—Joder, Lulu. —Exhaló un prolongado suspiro—. ¿Y esta vez qué pasa?

—No pasa nada, Josh. Simplemente que no quiero.

Tamborileé con inquietud sobre el volante.

—¿Y cuándo querrás?

—No lo sé —respondí—. Deja de preguntármelo constantemente.

Se pasó la mano por la cabeza.

—Podría hacerlo con muchas otras chicas, ¿sabes?

—De acuerdo —repliqué rabiosa, y abrí la puerta—. Pídeselo a cualquiera de ellas entonces.

—Tal vez lo haga —dijo, después de que yo cerrara de un portazo.

Pero no lo hizo. Al día siguiente vino a verme con un ramo de claveles que había comprado en la gasolinera camino de mi casa y se excusó.

—Sé que no debería presionarte —dijo, rascándose la oreja—. ¿Quieres que nos casemos? ¿Crees que te ayudaría?

Rompí a reír a carcajadas y lo abracé. Le dije que no era necesario.

Para ir hasta Craybourne Island tenías que cruzar un dudoso puente al llegar a Wattle Beach. El puente parecía combarse cada vez que pasaba un coche y, durante el día, los niños saltaban pegando gritos desde la barandilla como si fueran estrellas de mar. Había estado en Craybourne muchas veces, cuando era pequeña en excursiones de un día con Harry y Rose y, más tarde, hecha un bocadillo entre Mattie y Sam y con el

maletero cargado con la neverita, las sombrillas y sillas plegables.

Había estado allí en excursiones con el colegio que se repetían cada año y cuyo objetivo era estudiar los famosos cangrejos soldados de Craybourne. Había estado con Stella y Simone de camping cuando teníamos doce años. Había estado con Annabelle, que se refería a la isla como Cray-rollo, pero aquel día, mientras cruzaba el puente en coche al lado de Josh, tuve la sensación de no haber visto aquel lugar en la vida.

El puente traqueteó bajo el coche, como siempre, las embarcaciones flotaban en el puerto a la espera de hacerse a la mar, pero allí, sentada en el coche nuevo de Josh, con las manos unidas en el regazo y frotándome los pulgares entre ellos, la escena no me resultaba nada familiar.

Entró en el aparcamiento del Half-Moon Motel, con el neón que alumbraba un cuarto creciente cada pocos segundos.

Josh apagó el motor y se inclinó hacia mí.

—¿Te parece romántico, Lulu? —dijo—. Te he traído a la luna.

—Es muy bonito, Josh —respondí, intentando encontrar algo más que decir—. Muy lunar.

Era el día de mi decimoséptimo cumpleaños y había mentido a Harry y a Rose, les había dicho que iba a pasar la noche en casa de Annabelle. «Annie me ha preparado un pastel», les había dicho, casi esperando, creo, que me pillaran por la escasa probabilidad de mis palabras.

Josh me besó, hasta la campanilla, sumergió las manos por debajo de mi camiseta y oí su voz que decía:

—Entremos.

Lo seguí, cabizbaja, muerta de miedo ante la posibilidad de que algún conocido —o, peor aún, algún conocido de mi madre— pudiera verme allí, rondando por el vestíbulo del Half-Moon Motel en compañía de Josh Keaton.

—Con toda la intención —dijo Annabelle al día siguiente cuando se lo conté..., aunque ni mucho menos le referí todo.

—¿Qué?

—Que rondabas por allí con toda la intención.

Estábamos tumbadas boca arriba en su cama, riendo.

—¿Con toda la intención de qué? —le pregunté.

—Con toda la intención, señorita —dijo muy seria—, de ser follada.

Nos desternillamos de la risa.

Pero aquella noche no sucedió tan solo lo que Annabelle y yo habíamos resumido en cuatro risas en su cama.

Ni mucho menos.

—Ven aquí —me dijo Josh.

La media luna del exterior se encendía y apagaba de forma intermitente y cada pocos segundos veía sus brazos morenos extendidos, sus manos abarcándome la nuca, atrayéndome hacia él.

Recorrió el perfil de mi boca con un dedo, me cogió la mano y la deslizó con pereza por mi cuerpo hasta alcanzar el borde de la falda.

—Espera —dijo con una sonrisa, y saltó de la cama.

Abrió la bolsa de deporte que había dejado en el suelo y extrajo de su interior una vela, su radiocasete y una cinta.

Dejó la vela encima del tocador que había junto a la cama y la encendió. La llamita trazó bellas sombras en la pared y, a continuación, introdujo la cinta en el radiocasete.

—Esto lo he preparado para ti —dijo, sin dejar de sonreír.

Cerré los ojos cuando regresó la cama y percibí su aliento sobre mi cuerpo, las manos recorriéndolo, los dos riendo a carcajadas al descubrir que el contacto me ponía la piel de gallina.

—Eres preciosa, Tallulah-Lulu —dijo.

—Y tú también —reliqué.

E hicimos coro con el mar y aquella cinta con dieciséis temas variados para interpretar nuestra banda sonora.

Stella, Simone y yo llevábamos años reuniéndonos en Gottardo's Café: a mí me encantaba porque el café era excelente, a Simone le encantaba porque el propietario ponía siempre canciones de Dean Martin y a Stella le encantaba porque le encantaba cualquier lugar donde pudiera escaparse de sus hijos por un rato y respirar con libertad. Al salir del hotel las había llamado y les había pedido que nos viésemos allí; era el único sitio que se me había ocurrido y las dos únicas personas en las que había pensado.

El trayecto en coche desde Juniper Bay hasta la ciudad era de hora y media, tiempo de sobra para reflexionar sobre lo que había hecho, para avergonzarme hasta la médula y para ponerme nerviosa a más no poder.

Tiempo de sobra para reflexionar sobre lo estúpida que había sido por haber creído que podría volver atrás y salir airoso de la experiencia.

El pasado era otro país y solo lo visitaba gente tremendamente imbécil.

Estacioné el coche en el aparcamiento de Gottardo's.

Hacer daño siempre era una posibilidad, pero me costaba creer que hubiera sido yo quien lo había hecho. Había sido yo, y nadie más, quien había vuelto a poner aquel puñetero casete y presionado la tecla.

—Eres una imbécil, una imbécil rematada —le dije a mi imagen reflejada en el espejo retrovisor—, si los casetes ni siquiera existen hoy en día.

Stella y Simone ya habían llegado cuando entré y tomé asiento. Riley, el hijo de Stella, de tres años de edad, estaba acurrucado debajo de la mesa.

—Lo siento, Lulu —dijo Stella—, el niño quería venir. —Riley empezó a lamerme la pantorrilla—. Se cree que es un gato —prosiguió Stella—. Me vuelve loca, no responde si no lo llamo Mr. Socks, tengo que darle la leche en un cuenco y...

—Joder, Stella —dijo Simone, interrumpiéndola—, no le animes a continuar así, recuerda cuando Grace se pensaba que era un caballo y terminaste apuntándola a un club de equitación.

—No la apunté, Simone —replicó Stella—. Simplemente la llevé allí y la dejé que trotara un poco por el potrero...

—¿Pero oyes lo que estás diciendo, Stella? —preguntó Simone, removiendo el café con la cucharilla—. ¿No te das cuenta de que suena ridículo? Bueno, se acabó el hablar de niños, me muero de ganas por oír detalles sobre la boda. Vamos, Lulu, suéltalo todo.

Me quedé mirándola y pensé que, ni en sus sueños más descabellados, Simone se habría imaginado lo que yo estaba a punto de contarles.

—He hecho una cosa atroz —dije en voz baja.

Simone me miró.

—¿Qué has...? ¿Qué sucede, Lulu?

La vergüenza me abrasaba la piel y me forzó a taparme la cara con las manos, a presionarme con fuerza los ojos al notar que se me llenaban de lágrimas que lograban escurrirse entre los dedos.

—¿Qué pasa, Lulu? —preguntó Stella.

Se levantó y rodeó la mesa para quedarse a mi lado. Me acarició el rostro.

—Tranquila —dijo, dándome unos golpecitos cariñosos en la cabeza y empleando la voz con la que debía de haber consolado a sus cinco hijos durante sus diversos ataques de ansiedad infantil—. Todo irá bien, Lulu, sea lo que sea, todo irá bien.

Me derrumbé contra ella, aplasté la cara contra su vestido y confié en que, de un modo u otro, la bondad de Stella Maria Patricia Mary McNamara lograra calar en mí.

—Lulu —dijo Simone bruscamente—, ¿qué narices has hecho?

—Me he acostado con Josh Keaton en su noche de bodas —susurré contra el vientre

de Stella.

—¿Qué? —dijo Simone.

—Que me he acostado con Josh Keaton en su noche de bodas con Annabelle —le confesé al ombligo.

—Lulu —dijo Stella en tono bondadoso—, si no te escuchamos correctamente no podremos ayudarte.

—Tallulah —espetó Simone—, no oímos ni una jodida palabra de lo que nos estás contando.

—DEACUERDO—dije a voz en grito—,MEHEFOLLADOAJOSHUAKEATONENSUNOCHEDEBODAS.

Stella se llevó la mano a la boca y Simone, que sin lugar a dudas esbozaba una sonrisa, dijo con calma:

—Oh, Lulu, me parece que Annabelle te arrancará los ojos.

—Miau —dijo Riley desde debajo de la mesa.

Cuando llegué a casa, sonaba el teléfono, pero lo ignoré y me tumbé en el sofá con un cojín tapándome la cabeza.

Oí que saltaba el contestador automático, luego la voz de mi padre.

«Hola, este es un mensaje para Lulu de Longland», anunció, haciéndome sonreír a pesar de no tener ganas. Aunque le hubiera dicho incontables veces que, si saltaba el contestador, podía hablar con total normalidad, siempre empezaba con un tono formal, como si fuera a hacer un discurso en la sede de las Naciones Unidas.

«Lulu, soy tu padre, ¿qué tal fue el banquete? Siento no haberme podido quedar, pero seguro que todos os lo pasasteis muy bien. —Hice una mueca y pensé: “La verdad es que nosotros dos sí...”. Y añadió a continuación—: Mira, siento molestarte, pero resulta que tu madre está un poco de capa caída. Cuando llegué a casa después de la boda me la encontré vestida con Doris. He pedido cita con el médico, pero, si pudieras hacer un hueco en tu agenda y pasar a vernos la semana que viene, sería estupendo. Gracias, cariño. Este es el final del mensaje para Lulu de Longland de parte de Harry de Longland, su padre».

—Oh, Harry —dije, con la boca pegada al cojín.

Me levanté, me sequé los ojos con el dorso de la mano, me retiré el pelo de la cara, tal y como le gustaba a Rose, y justo cuando subía a cambiarme volvió a sonar el teléfono.

«Lulu —dijo una voz que conocía bien y que me detuvo en el quinto peldaño—. Siento no haberte llamado antes, pero hemos tenido retrasos de todo tipo, como es habitual, aunque la situación ya está otra vez encauzada e intentaré localizarte de nuevo más tarde. Confío en que todo vaya bien. ¿Qué tal la boda? Tengo ganas de que me lo cuentes. Bueno, cuídate y te llamo luego».

Ben Moreton.

Mi novio.

—Lo siento, Lulu —me había dicho hacía un par de semanas—, pero sigo sin comprender por qué quieres ir a esa boda.

Me había quedado observando el conocido perfil de sus hombros y su cuello, encorvados mientras preparaba la maleta sobre la mesa que había junto a la ventana, clasificando por colores camisas y corbatas.

—Ben —dije—, ya lo hemos hablado, Annabelle y Josh son amigos míos de toda la vida y no sé por qué no entiendes...

Se giró en redondo y las palabras ya salían de su boca.

—Tienes razón —dijo—, no... no entiendo por qué has decidido ir a esa boda cuando podrías venir a Hong Kong conmigo. ¿Por qué, Lulu? ¿Por qué? ¿Para que esa mujer vuelva a humillarte una vez más? ¿Para que Josh te mire con esa cara de estúpido

engreído y decirte que estás encantadora? ¿Para que Annabelle te habló con ese ridículo idioma vuestro y las dos finjáis que tenéis aún doce años y que no ha pasado nada terrible y horroroso en todo este tiempo? ¿Es por eso?

Me levanté, pasmada y sin palabras. Ben guardó en la maleta un último par de calcetines azul marino.

—¿Es por eso, Lulu? —Cerró la cremallera de la maleta—. Porque, si es por eso, me alegro de verdad de poder largarme a Hong Kong, puesto que estoy cansado, cansadísimo de este tema.

Y había salido de la habitación dando un portazo.

Lo había oído bajar y salir a la calle dispuesto a ser secuestrado, imaginaba, por cualquier otra mujer incapaz de creer en la suerte que había tenido al descubrir que en la ciudad existía un hombre agradable y completamente normal, que casi nunca levantaba la voz, ni soltaba tacos, ni peleaba y que, además, separaba las prendas blancas de las de color cuando le hacía a ella la colada.

Una mujer inteligente.

—Lo siento —le dije en voz alta a la habitación, que se había quedado extrañamente en silencio como consecuencia del ataque de rabia de Ben—. Lo siento mucho.

Pero no lo suficiente, o no era lo bastante inteligente, como para no ir.

Y ahora Ben estaba allí, en el contestador, intentando solucionar lo de la pelea, lo de la incómoda despedida en el aeropuerto, haciendo un esfuerzo supremo para preguntarme incluso sobre la boda, mientras que yo..., ¿qué había hecho desde que Ben se había ido?

El recuerdo de la noche de bodas reapareció inoportunamente en mi cabeza.

Vi de nuevo a Josh a través del ojo de la cerradura de mi habitación en aquel hotel, contoneándose en el pasillo, sonriéndome al abrirle yo la puerta, inclinándose hacia mí y canturreándome la letra de uno de los temas de la cinta con dieciséis canciones que en su día preparó para mí.

—No, no, no —me dije en voz alta, intentando borrar la imagen con insistentes gestos de negación y poniéndome, decidida, a preparar las cosas para ir a visitar a Harry y a Rose.

Pero Josh seguía cantando y dio un paso hacia mí.

—NO—dije, meneando la cabeza y dejando sobre la cama un par de zapatos.

Normalmente, me bastaba con una bolsa de fin de semana, pero esta vez preferí la maleta pensando en la posibilidad de que fuera a quedarme allí por más tiempo.

Volvió a sonar el teléfono y corrí a descolgarlo, segura de que era Harry que llamaba para preguntarme si pensaba ir o no a su casa, ansiosa por tranquilizarlo y decirle que sí, naturalmente, cuando saltó el contestador y escuché una voz completamente distinta.

«Tallulah —dijo Annabelle Andrews—, me preguntaba si no habrías podido esperar a que el confeti tocara el suelo antes de follarte a mi marido».

Me quedé allí clavada, irracionalmente segura de que Annabelle era capaz de detectar cualquier movimiento a través de las ondas.

«Sé que estás ahí, Tallulah —continuó con voz serena—. Coge el teléfono, enseguida».

Cerré la maleta y salí corriendo.

El trayecto de hora y media desde el apartamento que compartía con Ben en el centro de la ciudad hasta Juniper Bay se prolongó eternamente y lo realicé mirando sin cesar por el retrovisor para ver si alguien me seguía, pero lo único que me persiguió durante todo el viaje fue mi sentimiento de culpa.

Enfilé Plantation Street y creo que jamás en la vida me había sentido tan aliviada por estar de nuevo en casa, por saber que cruzaría la verja, pasaría por delante del cartel —que se pintaba de nuevo cada pocos años—, subiría las escaleras y me encontraría

exactamente con todo lo que me esperaba. Por mucho que Rose se hallara en ese otro sitio donde vivía a menudo, un lugar con estancias en penumbra en las que ninguno de nosotros podía entrar, seguiría habiendo un ramo de flores frescas en el vestíbulo, la tetera estaría caliente y las botas de trabajo de Harry descansarían, con los cordones atados, junto a la puerta de atrás. Eran cosas que conocía tan bien como la colcha de felpilla rosa de mi cama y el montón de ramitas que encontraría debajo, depositadas cuidadosamente por Mattie y Sam, por muy mayores que ya fueran. Aunque estuvieran los dos en Camberra en un intercambio de un trimestre de duración, como parte del grado de fisioterapia que estaban cursando, aquella primera noche en casa palpé automáticamente la superficie de debajo de la colcha para ver si mis robustos hermanos de veintidós años me habían dejado un regalo.

Llevaría una semana en casa cuidando de Rose y escondida detrás de los conocidos muros de mi casa, cuando Harry decidió abordarme en el jardín.

—¿Qué pasa, cariño? —me preguntó, apoyándose en el rastrillo.

—¿A qué te refieres, Harry?

—Mira, cariño —dijo—, acabo de ver a la madre de Annabelle en la tele.

—¿En la tele? —repetí como una tonta.

Harry se quedó mirando un buen rato el rastrillo.

—Sí, cariño..., diciendo que tú has destrozado el matrimonio de Annabelle. Esta noche saldrá en el programa ese de Maxine Mathers.

Ahora ya me miraba, y vi que se acariciaba la nuca con una mano, un gesto que delataba de modo inequívoco su preocupación.

Dios.

Mi padre no se merecía aquello. Primero Rose y ahora su hija, sorprendida como un conejo bajo los focos de la televisión nacional.

Pero ya poca cosa podía yo hacer; lo hecho, hecho estaba, y era evidente que no tenía salida. Lo mínimo que podía hacer ahora, por lo tanto, era ayudarlo con Rose.

—Todo irá bien, Harry. —Sonreí—. Ya conoces a Annie, siempre es muy melodramática... Será mejor que entre en casa a ver qué tal sigue Rose.

Era poco, lo sabía, pero era lo menos que podía hacer, de modo que lo dejé en el jardín con un ansioso signo de interrogación dibujado en la cara.

Rose se encontraba sentada detrás de la mesa de la cocina, encogida.

—Hola. Rose —dije. Tomé asiento a su lado y descansé la mano sobre la manga de Doris—, acaban de florecer los narcisos, ¿quieres salir a echar un vistazo?

Miró al frente, con las manos pulcramente unidas en su regazo. Le cogí suavemente la cabeza para que la acomodara sobre mi hombro y le acaricié el cabello. Permanecimos un buen rato sentadas sin decir nada, un silencio que solo interrumpió un suspiro entrecortado de Rose.

Hurgué en el interior de mi saco de trucos de magia en busca de alguno que pudiera ayudarla, palabras e imágenes aprendidas de pequeña, el fruto de haber pasado horas interminables sentada junto a una madre callada.

—¿Qué te parece si canto, Rose? ¿Te gustaría que te cantara una canción?

Un leve movimiento, el de los hombros de Rose pegados a los míos.

Empecé a cantar en voz baja una vieja canción, *Dream a Little Dream of Me*.

Nos apaciguó a las dos; olvidar el mundo exterior siempre resultaba fácil cuando Rose y yo estábamos a solas, cuando soñábamos en la cocina.

Más tarde, después de conseguir que Rose se sentara con Harry en el banco del jardín, con sus hibiscos rojos descoloridos y los setos de los bordes desaparecidos, asolados por el paso de los años y por el picoteo de pájaros de todo tipo, me senté en la cama y, horrorizada y fascinada a la vez, observé en el televisor el parpadeo

constante de los ojos maquillados con kohl de Annie.

Un vídeo con imágenes de la familia Andrews y una voz en off que decía:

Se trata de una de las dinastías más antiguas y más conocidas de Australia, respetada internacionalmente en todos los ámbitos artísticos.

Pero las pasiones que impulsan el singular y talentoso clan de los Andrews pueden también dividirlo y esta noche, en exclusiva para Channel Nine, Annie Andrews, esposa de Frank Andrews y ganadora de un premio Archibald, hablará por primera vez sobre los escándalos que acosan a la principal saga artística de Australia.

Al finalizar el vídeo, una única fotografía en blanco y negro de Annabelle y mía ocupó la pantalla.

Sonó el teléfono junto a mi cama. Era Simone.

—No estoy segura de qué va a decir exactamente esa hippy —a Simone no le caía muy bien Annie—, pero espero que puedas también contar tu versión de la historia.

No tenía intención de hacerlo, pero, de surgir la ocasión, sabía por dónde empezar: ese primer verano cuando los tres, Annabelle, Josh y yo, compartimos el calor del sol.

Huy, huy, huy, huy, huy, huy! —exclamó Annabelle mientras correteaba por la arena caliente—. No alcanzo a comprender por qué insistes en bajar aquí los fines de semana —dijo, extendiendo la toalla.

—Nadie te obliga a venir si lo aborreces de esta manera, Annabelle —repliqué—. La verdad es que no sé por qué vienes.

Pero sí lo sabía, las dos lo sabíamos.

Annabelle venía conmigo porque, de no hacerlo, yo iría de todos modos a la playa con Simone o con Stella, y no estaba dispuesta a permitirlo. Y por eso no le quedaba otro remedio que sentarse a mi lado, olisquear con desdén los aromas del verano —a bronceador Hawaiian Tropic y a chicos, básicamente— y trazar una línea en la arena a nuestro alrededor, literalmente.

—¿Has visto esto? —le gruñía a cualquier surfista de pelo alborotado que, atraído por sus rizos de sirena, se acercaba tranquilamente a nosotras y que instantes después acababa alejándose, con las mejillas encendidas y escociéndole más aún que la sal sobre la piel—. Esta línea significa no pasar, no molestar y no hablar con nosotras. Y la dibujo porque sé que a los surfistas os cuesta muchísimo entender el inglés.

—Annabelle —decía yo, indignada y entusiasmada a la vez por su forma de expresarse tan grosera—, no tendrías que hablarles así.

—Oh, si les encanta —replicaba, y se encogía de hombros y se desperezaba en la toalla, como un gato embadurnado de bronceador, haciendo gala de una comprensión de la psique masculina que el resto de las chicas de la playa, que nos bañábamos en aceite de coco sin tener ni idea de nada, tardaríamos años en asimilar.

El único macho que tenía permiso para cruzar la línea era Josh, evidentemente.

Annabelle, intuyendo tal vez que yo presentaría más batalla en favor de él que la que pudiera haber hecho en favor de Stella y Simone, nunca había mostrado la menor intención de excluirlo. Todo lo contrario, en cuanto aparecía, se apretujaba y le hacía sitio. A lo largo del verano, la relación entre los tres fue estrechándose —picnics, canciones, borracheras de Fruity Lexia en el parque, chistes y griterío bajo el sol— hasta que todas las líneas se volvieron confusas y empezó a hacerse difícil discernir dónde comenzaba y terminaba cada uno de nosotros.

La relación entre los tres era, naturalmente, demasiado estrecha.

Rose se daba cuenta de ello y fruncía el entrecejo cada vez que los tres subíamos en tropel a mi habitación; Annie también y decía: «Annabelle, ¿por qué no te buscas tú un novio de esos que arrasan con la nevera?»; incluso las hermanas Piraña lo notaban.

—Disculpe, hermana —dijo un día Stacey en clase de francés, levantando la mano y mirándonos sin rodeos a Annabelle y a mí—, pero algunas chicas nos estábamos preguntando: ¿qué es un *ménage à trois*?

Las filas de chicas vestidas de color chocolate rieron con disimulo cuando, *Encore Tricolore* en mano, la hermana Eltrees, la monja más joven e inestable de todo el St. Rita, se detuvo en seco y parpadeó.

—Oh, no estoy segura del todo, pero me parece que es algún tipo de pastel.

Lo cual resulta gracioso, supongo, si tenemos en cuenta que al final Josh se hizo con el pastel y se lo comió.

La única persona que no se daba cuenta de ello era yo y, si acaso lo notaba, negaba el asunto y escondía la cabeza en la arena.

Además, había tantos momentos que nos pertenecían exclusivamente a Josh y a mí —risas, suspiros y promesas que eran tan solo nuestros— que no tenía tiempo para preocuparme por lo que pudiera suceder entretanto.

Era el verano antes de que Annabelle y yo empezáramos el instituto, el año que instalaron una pista de patinaje justo al lado del aparcamiento de autocaravanas de

Wattle Beach, un lugar que se convirtió en punto de encuentro de las familias por las tardes, donde madres con ojos en la nuca vigilaban las cabriolas de sus hijos y bronceados padres se contaban historietas en las bandas.

Más tarde, cuando el cielo se llenaba de estrellas, el DJ proclamaba: «Y, ahora, jóvenes enamorados, no seáis tímidos y elegid pareja para la sesión de baile», y los chicos de más edad daban vueltas en círculo por la pista y giraban sobre sí mismos y bailaban con patines.

Annabelle aborrecía patinar en pareja y corría a instalarse detrás de la barrera, donde se quedaba enfurruñada y ahuyentaba a los chicos que se le acercaban como si fueran las molestas polillas que se sentían atraídas hacia las luces rojas, verdes y azules que colgaban alrededor de la pista.

Pero a mí me encantaba.

Me gustaba sentir el brazo de Josh en la espalda, con una mano posada sobre mi hombro y la otra entrelazada con la mía, me gustaba dar vueltas y vueltas unidos hasta que él, con un ágil movimiento, se colocaba delante de mí y me empujaba contra la barrera.

Y, pegado a mí, me susurraba:

—Te quiero, Tallulah-Lulu.

E incluso las estrellas suspiraban.

Un tranquilo domingo por la tarde, Annabelle y yo nos tumbamos en las toallas a tomar el sol justo al lado del muelle de Craybourne Island.

Y Josh apareció de repente, su cuerpo alto y moreno proyectó una sombra sobre nosotras, dejó la tabla en el suelo y se sacudió, despidiendo gélidas gotas de agua que aterrizaron en nuestra piel.

—¿Puedo tumbarme, chicas? —preguntó con una sonrisa y, sin esperar respuesta, se arrodilló y dejó caer su frío cuerpo encima del mío.

—Hola, pequeña —me murmuró al oído—, hueles tan bien a coco que me entran ganas de comerte entera.

Se me puso la piel de gallina y me estremecí a pesar del sol que hacía.

—Cuidado con la arena —gimoteó Annabelle.

Josh se apartó de encima de mí y se apretujó entre las dos. Annabelle y yo nos giramos hacia él.

—Annie está nominada para el Archibald —anunció Annabelle.

—¿El qué? —murmuró Josh con la boca pegada a mi cuello.

—El Archibald —repitió Annabelle—, aunque cabía esperar que un filisteo como tú no supiera de qué se trata.

—¿Un qué?

—Un filisteo. Se utiliza para referirse a una persona que no valora el arte, que es hostil a los logros artísticos... A una persona inculta, con escasa educación, un palurdo, vamos.

Sonrió.

—Te pasas, Annabelle —dijo Josh—, me parece un poco excesivo.

—Pero cierto, Joshie —sentenció en tono de broma—, es triste, pero es la pura verdad. Annabelle se giró y se quedó boca arriba.

—Y, ahora —continuó—, mientras le explico los detalles a Tallulah, ¿por qué no te metes de nuevo en el agua y te meas en el bañador en compañía de todos tus amigos surfistas?

Josh se levantó de un brinco y alzó a Annabelle en brazos como si fuera un bombero que rescata a una víctima.

—¡Me parece que la que quiere ir a nadar un rato eres tú, Annabelle! —dijo, riendo a

carcajadas.

Annabelle se retorció para liberarse, chilló y echó a correr; sus largas y bronceadas piernas levantaron una nube de arena y Josh salió en su persecución. Los esbeltos cuerpos proyectaban sombras que recordaban la imagen de dos insectos palo.

De dos gemelos.

Me senté, me protegí los ojos del sol y los vi desaparecer a lo lejos hacia la orilla, los vi caer al suelo y forcejear en la arena, vi que Annabelle lograba escabullirse, enderezarse, vi que echaba a correr hacia el agua y se zambullía, un arco perfecto de piel aceitunada y el destello de un biquini blanco.

Josh siguió su ejemplo, se sumergieron juntos en el agua, y yo continué en la toalla a la espera de que emergieran de nuevo a la superficie, un tiempo que me pareció una eternidad.

Aquella noche, Josh y yo nos tumbamos al amparo de una jacaranda que había junto al río y nos hablamos bajito.

—Josh —dije.

—¿Sí, Tallulah-Lulu?

—¿Quieres que me compre un biquini blanco?

Al día siguiente, de camino a casa al salir del colegio, Annabelle se me adelantó un poco, cogió un palo y se entretuvo pasándolo a lo largo de las vallas de todas las casas.

—No iremos a mi casa —dijo—, de modo que mejor que te ahorres la sugerencia.

—Pues tampoco me apetece ir a la mía.

—¿Doris? —preguntó Annabelle en clave.

Hice un gesto de asentimiento.

—¿Annie? —pregunté yo.

Y ella también asintió.

—En estos momentos está especialmente dramática —dijo, y suspiró.

—Malditas mujeres —dije, agarrando un extremo del palo y tirando de ella—. Venga, hace mucho calor, vamos al río.

La gente, normalmente, se abstenía de nadar en el río que serpenteaba por Juniper, que pasaba por debajo de nuestros puentes y remataba nuestros jardines, que chapoteaba tranquilamente a nuestros pies.

Decían que estaba contaminado, que en sus aguas nadaban anguilas negras gigantescas que podían envolverte las piernas con su viscoso cuerpo, arrastrarte hacia sus profundidades y hacerte desaparecer para siempre.

Jessica McCarthy juraba que su padre, pescador de oficio, había visto en una ocasión un pez de dos cabezas saltar por encima de sus aguas y Sarah Scott explicó a un corrillo de impresionables niños de octavo que su hermano y sus colegas, que practicaban el esquí acuático en el río casi todos los fines de semana, a menudo se deslizaban con sus esquís sobre los cuerpos de vacas muertas flotando.

—Debe de ser como el salto de esquí —había comentado alegremente Annabelle, echando a perder el gran momento de Sarah.

Pero Annabelle y yo habíamos descubierto un rinconcito del río que no estaba todavía habitado por anguilas carnívoras ni bovinos descompuestos. Quedaba a la derecha del club de remo, un embarcadero de madera grisácea que se adentraba en el agua.

La superficie de la parte inferior de la estructura tenía conchas afiladas pegadas a ella y centenares de minúsculos peces plateados nadaban por debajo de las inestables tablas, se apiñaban para seguir un rumbo y, acto seguido, viraban con exactitud hacia otro.

Allí podíamos quedarnos tranquilamente en ropa interior y tumbarnos en la orilla de

aquellas aguas poco profundas, al amparo de las tablas, y disfrutar de los destellos de sol que se filtraban entre ellas mientras las pequeñas olas —las *solichuelas*, como las llamaba Annabelle— flirteaban con los dedos de nuestros pies.

Era el único lugar cuya existencia no habíamos revelado a Josh y al que tampoco le habíamos llevado nunca.

Era como si hubiera un acuerdo tácito entre nosotras, un lugar secreto que compartíamos y al que acudíamos cuando hacía demasiado calor para estar en la casa del árbol, a la que de vez en cuando habíamos permitido subir a Josh, y la playa nos parecía que estaba demasiado lejos.

—Pareces una sirena —le dije a Annabelle aquella tarde en la que a ninguna de las dos le apetecía enfrentarse a su madre.

—Y tú —replicó con una sonrisa, y añadió—: Y no sabes cómo me gustaría serlo.

—También a mí —comenté—. Podríamos largarnos de aquí nadando.

—A algún lugar donde nadie pudiera encontrarnos —remató ella. Y entonces añadió—: Frank y Annie no paran de pelear por eso del Archibald.

—¿Por qué?

Annabelle suspiró, sumergió la cabeza en el agua, reapareció unos segundos más tarde y se retiró el pelo de la cara.

—Porque Frank no quiere que la nominen.

—¿Por qué?

—Dice que los motivos que la llevan al concurso no son los correctos. Que imagina que solo participa por la publicidad y por el dinero.

—¿Y de cuánto dinero estamos hablando?

—De veinte mil dólares, creo.

—No está nada mal.

—Lo sé, y Annie empieza entonces con que los necesitamos de verdad, que últimamente Frank apenas produce nada —la obra de Frank siempre había sido un poco como Frank, desordenada y esporádica—, y que quién se cree él que paga el colegio, que si tiene idea de lo duro que es que estar siempre a la altura del apellido, que...

Annabelle continuó, se perdió por completo en el universo de Annie con su voz tintineante como sus brazaletes.

Escurrí un poco el agua del cabello y las gotas me resbalaron por la espalda.

—Pero, aun así, sigo sin entender por qué Frank está tan enfadado. El Archibald es un premio prestigioso, ¿no te parece? No es precisamente que vaya a participar en un concurso de acuarelas ni nada por el estilo... —Annabelle soltó una carcajada—. Aunque creo que todo iría mejor si fuese eso.

—¿Por qué? —pregunté—. No lo capto.

—Pues porque, si quieres participar, hay un montón de reglas y condiciones, y una de ellas es que tienes que conocer a la persona que vas a pintar y que esta, además, ha de ser famosa en su campo, es decir, en la política, en el mundo del arte, o desempeña un trabajo *multimuchísimo* importante.

Sumergió de nuevo el cuerpo en el agua, con la cabeza inclinada hacia atrás, apoyándose en los codos.

—Y el problema es... —dije, muy despacio.

—El problema es que, si Annie tuviera que elegir a alguien a quien retratar, a alguien a quien conociera bien y que fuera, además, una persona muy respetada en su campo, lo más normal, evidentemente, es que hubiera escogido a mi padre.

—¿Y no lo ha hecho? —pregunté tontamente.

—Pues no —respondió Annabelle—, ha elegido a Fergus.

Me quedé sorprendida; creía que Fergus no era una persona del agrado de Annie. Siempre que se mencionaba su nombre, Annie murmuraba para sus adentros y

Annabelle decía que seguía cabreada por no haber recibido en su día las famosas cuentas de cristal.

Pero Frank lo adoraba.

En las paredes de la casa del río había fotografías de él de pequeño, siguiendo a Fergus en sus aventuras, cargado con sus cámaras, copiándole la manera de vestir, frotándose la barbilla con la mano, colocándose el pelo detrás de las orejas igual que él, hasta que Frank se hizo mayor y logró por fin reconocerse en su propia piel.

Fergus le enviaba postales a Annabelle desde lugares que enseguida corríamos a localizar en el atlas; le mandaba plumas y tocados, y sobres con aromas extraños, vestigios de una vida muy alejada de Juniper Bay.

Una noche, mientras mirábamos uno de los documentales de Fergus Andrews en casa de Annabelle, Annie entró en la habitación.

—¿Qué estáis mirando, chicas? —preguntó.

—El último documental que me ha enviado tío Fergus —respondió Annabelle.

—¿Cómo se titula?

—¿A ver...? *Alisterus Scapularis, el rey de los loros.*

—«El rey de los mamones», más bien.

—Annie —dijo Frank, que entró justo en aquel momento—, vaya cosas dices.

—Oh, vamos, Frank, sabes tan bien como yo que cada vez que Fergus recibe un galardón por sus documentales, estos se vuelven más pretenciosos.

—Lo que sí sé —replicó Frank— es que Fergus tiene mucho talento, es muy trabajador y no se merece ser objeto de tus burlas.

Annie se volvió para mirarlo con sus ojos de gitana.

—Tienes razón, Frank —dijo—, no se lo merece. Las reservaré para su hermano menor.

Annabelle y yo intercambiamos miradas y seguimos con «El rey de los mamones».

La verdad es que a mí tampoco me gustaba mucho Fergus.

Lo conocí tiempo atrás, cuando pasó varias noches en la casa del río. Durante la cena no hizo más que hablar sobre sí mismo, nos enseñó fotografías y recuerdos para que todos nos quedáramos boquiabiertos de admiración y en ningún momento vi que se interesara por cómo le iba la vida a su hermano, y eso que no paré de observarlos al uno y al otro.

Recuerdo que hacia las nueve de la noche se levantó y se desperezó.

—Lo siento, chicos, supongo que estoy todavía con el horario suazi —dijo.

Un comentario que, a pesar de que por aquel entonces yo solo tenía catorce años y desconocía aún la palabra, comprendí que era una gilipollez.

Subió las escaleras para ir a la habitación de invitados y se detuvo justo debajo de un lienzo enorme que Frank acababa de terminar, un anárquico estallido de colores y collage que un día alcanzaría en Sotheby's un valor desorbitado.

—Muy abigarrado, ¿no? —comentó.

Por aquel entonces, Annie llevaba muy mal el éxito de Fergus y que estuviera tomándole la delantera a Frank que, según ella, tenía más talento que «toda aquella tropa junta».

El trabajo de Frank era realmente exquisito: pinturas, cuadros y grabados con tal nivel de detalle, con tanta belleza, que a la gente le costaba creer que fueran obra de la mano del hombre. Pero Frank era impredecible, siempre andaba corto de tiempo y tenía el estudio repleto de encargos inacabados, razón por la cual, en los círculos artísticos más despiadados, lo conocían con el mote de «Frank, el medias tintas».

A Frank le interesaban hasta tal punto los pequeños detalles —«¡Tallulah, Annabelle, rápido, venid aquí y mirad qué telaraña más maravillosa!»— que prácticamente nunca se le pasaba por la cabeza considerar la visión global de las cosas y, las pocas veces que lo hacía, descubría que estaba completamente al margen de la misma.

Pero esa vez fue Annie quien decidió dejarlo al margen cuando, un mes más tarde, puso rumbo a las islas Salomón, donde Fergus estaba filmando su último documental. La partida fue típica de Annie: impredecible y precipitada.

—Échale de vez en cuando un ojo a Annabelle, Tallulah —me dijo el día antes de su marcha mientras preparaba la caja de madera enorme y plana donde transportaría sus pinturas y pinceles—. Y a Frank..., bueno, pensándolo bien, a Frank échale dos ojos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera, Annie? —le pregunté.

Cerró la tapa y me miró.

—Es evidente que no eres artista, Lulu —dijo—, de lo contrario sabrías que la que acabas de formular es una pregunta sin respuesta. —Sonrió y me dio unas palmaditas en la mejilla con su siempre tintineante mano—. Estaré fuera todo el tiempo que necesite para obtener el resultado deseado, ¿te parece bien, mi pequeña sufridora?

—De hecho, me refería a cuánto tiempo estarías fuera ahora, pensando en que Annabelle tiene que comer pronto —le espeté a modo de réplica, sorprendiéndome a mí misma al descubrirme enfadada y sin entender muy bien por qué.

—Es perfectamente capaz, Tallulah —replicó Annie—, de prepararse la comida solita.

La mañana que Annie partió de viaje a las Salomón llovía a cántaros y la tormenta rasgaba el cielo disparando sus flashes y dejando una instantánea de la partida: Frank descalzo y esperando junto al taxi con un gran paraguas de color negro.

Con Annie ausente, cayó sobre la casa del río un manto de tranquilidad, como la lluvia que humedece el terreno después de una larga y sofocante temporada de calor.

Por las mañanas, Frank saltaba de la cama para ocuparse de su hija que, según decía mientras correteaba por la casa para plancharle el uniforme y prepararle macarrones con queso, necesitaba sentirse «querida, alimentada, vestida y calzada, por ese orden».

Durante el resto de aquel verano, e incluso entrado ya el otoño, Annabelle pasó en nuestra casa prácticamente todos los fines de semana, con Josh y ella compitiendo a empujones por un lugar en nuestra mesa, y con Rose, sobre todo cuando iba vestida con Alexis, despotricando para sus adentros sobre Annie.

El ritmo de nuestra vida cambió y se estabilizó con la nueva pauta, hasta que la ausencia de Annie alcanzó los dos meses y luego, después de una llamada de Fergus, se prolongó toda una eternidad.

Fue un sábado por la noche después de cenar —lo sé porque Harry y Rose estaban viendo reposiciones de *Parky*—; Annabelle se presentó en casa, le abrí la puerta y se sentó sin decir palabra en el sofá.

Una de las cosas positivas de la enfermedad de Rose era que la convertía en una persona tremendamente tolerante con las conductas extrañas de los demás y que aceptaba sin rechistar cosas que cualquier otro habría cuestionado. De modo que, en vez de preguntarle a Annabelle qué hacía en nuestra casa, se limitó a moverse un poco para que pudiera acomodarse en el sofá.

Cuando *Parky* acabó, las dos subimos a mi cuarto.

—Annie no va a volver —me dijo—. Fergus ha llamado a papá y le ha dicho que él y mamá —escupió casi la palabra— se han enamorado y que necesitan quedarse una temporada en las islas Salomón para «aclarar las cosas» —remató, haciendo con las dos manos el gesto de las comillas para dejar patente su opinión con respecto a aquel concepto en concreto.

—Dios mío, Annabelle —dije—, es espantoso.

Y me lancé a abrazarla.

—No —dijo, apartándose—. No me importa, Tallulah, de verdad que no. Si mi madre quiere comportarse como una puta con ese cabrón vestido de caqui, pues allá ella. Frank y yo estamos mucho mejor así.

«Frank»..., el corazón me dio un vuelco.

—¿Y él cómo está?

—¿Y eso ahora a quién le importa, Tallulah? —dijo, completamente agotada.
Y se quedó dormida trece horas seguidas en el suelo de mi habitación.

Pero tú abandonaste a tu hija Annabelle cuando ella cursaba el último año de bachillerato, ¿no es eso? —estaba preguntándole Maxine Mathers a Annie, consiguiendo, no sé cómo, transmitir una actitud condenatoria y compasiva al mismo tiempo.

Acababa de colgar el teléfono después de hablar con Simone y me había quedado sentada en la cama, mordiéndome las uñas e hipnotizada ante aquel choque de trenes en el que se había convertido la entrevista a Annie, viendo cómo abría los ojos de par en par a la vez que se inclinaba abruptamente hacia delante, sorprendiendo de tal modo a Maxine Mathers que se quedó replegada en su asiento.

—Me parece muy interesante —dijo lentamente Annie— que utilices el término «abandonar».

—¿Por qué lo dices, Annie? —preguntó Maxine, con la mano bajo la barbilla y sus facciones recompuestas para dar a entender que se estaba divirtiendo.

—Porque yo no abandoné a mi hija, Maxine, por mucho que te empeñes en expresarlo con tanto dramatismo, sino que me instalé en las islas Salomón durante unos meses con el fin de pintar un retrato, que es a lo que me dedico y que, por cierto, hago muy bien. Annabelle se quedó con su padre, y confío en que ese periodo sirviera para enseñarle que podía valerse por sí misma y que las mujeres no tienen por qué dejar de ser quien son después de convertirse en madres.

—Pero te marchaste con el hermano de su padre —continuó presionando Maxine mientras yo apuraba mi uña.

Annie suspiró.

—No me marché con él, me lo follé —replicó, y mientras, imagino, la centralita de Channel Nine se colapsaba con llamadas, añadió—: que precisamente es otra cosa que también hago muy bien.

Maxine Mathers, roja como un salmonete limpio y atónito, se volvió hacia la cámara, con su rostro en busca de una expresión a la altura de las circunstancias.

—Después de la pausa —anunció—, Annie continuará hablando en exclusiva para *Today, Tonight and Tomorrow* sobre la compleja relación que mantiene con su hija Annabelle y sobre la angustiada traición de una amiga de la infancia.

Me levanté y apagué el televisor. Sabía de sobra cómo acababa esta parte de la historia.

Cuando aquella noche me fui a dormir, reflexioné acerca de las palabras de Annie, que transmitían la sensación de que creía haberle hecho un favor a su hija al abandonarla.

La verdad es que las ruedas de la casa del río siguieron girando durante un tiempo, y que Annabelle nunca declaró haberse sentido abandonada; de hecho, la mayoría de las veces se comportaba como si la ausencia de Annie fuese una bendición: «Se acabaron las velas de pachuli apestando por toda la casa».

Quizá...

«Annabelle Andrews, por favor, acuda a ver a la madre Patricia. Annabelle Andrews, al despacho, por favor». La voz de la hermana Ángela retumbaba por la megafonía del St. Rita en busca de Annabelle. Yo me había pasado la hora de la comida intentando dar con ella y, al final, la había localizado detrás de la gruta artificial construida a modo de capilla que daba amparo a la Virgen María, San José y el Niño Jesús.

—Mierda —dijo, dándole caladas a un pitillo y caminando nerviosa de un lado a otro—. Mierda, mierda, mierda.

Tenía el uniforme torcido y un hilillo de sangre en la mejilla, húmedo aún.

—Dios mío, Annabelle —dije—, ¿qué ha pasado?

—Las hermanas Piraña —respondió—. Han dicho que Annie era una puta, algo que tú y yo sabemos que es verdad, porque ¿cómo, si no, se puede describir a una madre que se larga con tu tío y manda a tu padre cartas estúpidas que él ni siquiera lee, sino que se limita a amontonar debajo de la mesa...?

Temblaba, tenía la cara manchada, respiraba de forma entrecortada por la boca y por la nariz expulsaba goterones espesos de moco.

La obligué a sentarse para que pudiera apoyar la cabeza contra la pared de la gruta, busqué un pañuelo de papel en el bolsillo y se lo acerqué a la nariz.

—Sopla —dije, pasándole un brazo por los hombros.

Cogí unas toallitas húmedas del bolso —aparte de ser la única chica de todo el St. Rita con las orejas immaculadas, era también la única que llevaba encima productos de higiene personal: «Nunca se sabe cuándo podrías necesitarlo, Lulu», decía Rose— y le limpié la sangre.

—Y bien —dije, intentando animarla—, ¿y cómo ha quedado el otro tipo? Y, entre las lágrimas, esbozó una sonrisilla torcida.

—Frank se ha ido —me comunicó Annabelle una semana después, volviendo a casa al salir del colegio.

—¿Qué quieres decir con eso de que se ha ido? —le pregunté—. ¿Adónde?

—No tengo ni idea —respondió, y aplastó la colilla contra el suelo—. Ni lo sé, ni me importa.

—Alguna idea debes de tener sobre dónde puede haber ido. ¿A buscar a Annie?

—¿Qué? No, no seas tonta, Tallulah. ¿Cómo quieres que sepa cómo llegar a las islas Salomón si ni siquiera se entera de por dónde pasa el autobús?

—¿Y cuánto hace que se fue?

—Dos días.

—¿Dos días? —grité—. ¿Y has informado a la policía?

—¿Has informado a la policía? —repitió—. No seas tan *melodramocional*, Tallulah.

—Annabelle —dije—. No *soy melodramocional*. Si de verdad Frank se ha marchado, deberías habérmelo dicho, o habérselo dicho a Harry y a Rose... Annabelle, no sé..., ¿estás segura de que se ha ido?

—¿Qué quieres decir con eso de si estoy segura de que se ha ido? Se ha ido, Tallulah, y con ello quiero decir que no está aquí, que no está en casa, que el miércoles, cuando llegué, lo llamé y lo llamé y lo llamé y miré habitación por habitación y no estaba, vamos, que ya no está, que *hadesapanecido*...

—Pues algo tendremos que hacer —dije—. En primer lugar, te instalarás aquí en mi casa hasta que aparezca Frank..., que aparecerá; en segundo lugar, tendremos que decírselo a Harry y a Rose; y en tercer lugar, nos pondremos en contacto con tu madre y le diremos que mueva su culo gordo y penoso y que vuelva de inmediato.

Annabelle rio.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —pregunté—. Esta situación no tiene nada de divertido, Annabelle, no es ninguna broma...

—Has dicho «culo» —dijo Annabelle, sin dejar de sonreír—. Y tú nunca dices palabras de ese estilo.

—De hecho, he dicho «culo gordo y penoso» —aseveré, corrigiéndola.

Rose preparó la cama para Annabelle en la habitación de invitados, revoloteó de un lado a otro vestida con Phoebe, sacudió las almohadas y abrió las ventanas para que «corra un poco el aire».

—Gracias, señora De Longland —dijo Annabelle.

—De nada, preciosa. Y ahora venid, chicas, y ayudadme con las sábanas —dijo Rose, ondeando el algodón blanco en el aire.

Por la noche, cuando los niños se fueron a la cama, Harry y Rose nos pidieron a Annabelle y a mí que nos sentáramos un momento con ellos en el salón.

—No en la cocina —le hice ver a Annabelle—. Debe de tratarse de algo serio.

Rose entró con una bandeja y vestida con Alexis.

—*Tremendarriblementeserio* —susurró Annabelle.

Rose dejó en la mesa la bandeja con té y galletitas.

—Annabelle —dijo con amabilidad—, ¿tienes alguna idea de dónde podría haber ido tu padre?

Annabelle hizo un gesto de negación.

—Ya sé que no quieres que llamemos a la policía, pero tanto Harry como yo pensamos que, si tu padre no aparece mañana, o si por entonces no hemos tenido noticias de él, deberíamos hacerlo.

Annabelle miró por la ventana.

—Si está herido o si anda metido en algún problema —prosiguió Rose con delicadeza—, estaría mal por nuestra parte no haber hecho nada. Supongo que lo entiendes, ¿verdad, cariño?

Annabelle asintió con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—De acuerdo —dijo Rose—, todo aclarado, pues, y ahora, el otro asunto que debemos tocar es el de tu madre.

Annabelle se agitó con incomodidad en su asiento.

—Tu madre debería estar al corriente de lo que ha pasado, Annabelle, y me gustaría que me dieras permiso para llamarla —dijo Rose con determinación.

Y, sorprendiéndome, Annabelle volvió a asentir.

—De acuerdo —afirmó—. Y ahora, ¿puedo irme ya a la cama?

Aquella noche, subí a mi habitación pensando en Frank.

El romance entre Fergus y Annie lo había dejado destrozado. Era incapaz de terminar las cosas. Subía la escalera y, a medio camino, daba la vuelta y volvía a bajar; dejaba la colada a medio tender, las puertas a medio abrir, la comida a medio hacer y su apodo, «Frank el medias tintas», le encajaba ahora mejor que nunca.

Pero había algo más, una melancolía que parecía haberse cernido sobre él, una tristeza silenciosa que lo acompañaba irremediabilmente cuando vagaba por las estancias de la casa del río en busca de un rincón donde pudiera sentirse en su hogar.

Un sábado por la mañana había ido hasta la casa del río para ver si a Annabelle le apetecía salir a dar una vuelta en bici y me había encontrado a Frank sentado en los peldaños de acceso a la casa.

—Hola, Tallulah de Lightful —dijo al verme.

—Hola, Frank —dije yo. Le besé en la mejilla y la barba incipiente me arañó la piel—. Necesitas un buen afeitado.

—¿Tú crees? —preguntó, pasándose la mano por la cara.

Estuvimos un rato sentados en los peldaños, yo mirando a Frank, Frank a la nada.

—Bueno —dijo, incorporándose—, mejor que saque la ropa que tengo tendida antes de que se ponga a llover.

El cielo estaba azul y despejado.

—No creo que vaya a llover, Frank —le hice notar.

—Siempre llueve, pequeña —replicó, y entró en la casa.

Pasé la noche inquieta, atrapada entre el descanso y los sueños.

Palabras e imágenes trazaban círculos en la oscuridad: Frank riendo con Annie, tumbados los dos en el césped; Frank encorvado sobre un cuadro con el pincel detrás

de la oreja; Annabelle diciéndome: «Papá bebe»; Annie diciéndome: «A Frank échale dos ojos»; y luego mi propia cara, mi propia voz diciendo: «Frank dice que ahora que estamos convirtiéndonos en señoritas necesitamos nuestro refugio sagrado».

Me senté en la cama y, cuando oí el rugido del viento al otro lado de la ventana, se me ocurrió dónde podía estar Frank.

En el exterior, la oscuridad empezaba a ceder paso a la luz. Me levanté y caminé de puntillas por el pasillo hasta el cuarto de mis padres.

—Rose —susurré, arrodillándome junto a su lado de la cama—. Rose —intenté por segunda vez.

Rose se giró.

—¿Lulu? ¿Qué pasa, cariño? ¿Es Annabelle? ¿Está bien? ¿Y tú, estás bien?

Vi que iba a encender la luz de la mesilla de noche, pero le sujeté la mano.

—No hagas ruido, Rose —dije—. Me parece que ya sé dónde está Frank.

En silencio, salió de la cama y me siguió hasta el pasillo.

—¿Qué pasa, Lulu? —preguntó, mirando de soslayo el reloj que marcaba la hora de la familia—. Son las cinco y media de la mañana.

—Me parece que ya sé dónde está Frank —repetí.

—¿Que sabes dónde está? ¿Y se encuentra bien? Creo que deberíamos despertar a tu padre.

—No —dije, sin levantar todavía la voz—. A Frank no le gustaría, en absoluto, y tampoco que lo supiese Annabelle.

Rose me miró fijamente.

—¿Y qué pretendes que hagamos tú y yo, Lulu?

—Que vayamos a buscarlo en mi bici.

Imaginaba que Rose no podría, o no querría, conducir, y pensé que ir en bicicleta sería más rápido que a pie.

—¿Ahora?

—Sí, antes de que se despierte todo el mundo.

Rose asintió.

—Ve a vestirme —me ordenó— y espérame delante de casa.

Fui a mi habitación para ponerme una camiseta y un pantalón corto. En momentos como ese me alegraba de que Rose fuera mi madre. No había preguntado dónde íbamos ni, como habrían hecho casi todas las madres, me había montado ningún escándalo. Habíamos pasado tantos momentos de locura con ella que no podía ponerse ahora a cuestionar los míos.

Me calcé, más tranquila ahora que sabía que Rose iba a acompañarme. Si alguien podía ayudar a Frank, era mi madre. Cuando llegué con la bici a la parte delantera de la casa, ya estaba esperándome, junto al cartel y vestida con Phoebe.

Se subió la falda y se montó a sentadillas en la bicicleta, con las margaritas del estampado bailando sobre los radios.

—No hacía esto desde que tu padre venía a buscarme al trabajo —dijo riendo—. Había olvidado completamente lo divertido que es.

Sonreí, subí a la bici y me concentré en mantener el equilibrio, la abracé y aspiré su olor igual que Harry debió de hacer muchos años atrás.

—¡Sujétate bien, Rose, que viene una esquina! —chillé.

Nos inclinamos hacia un lado y a punto estuvimos de volcar, gritamos y reímos como un par de tontas, casi deseando haber caído al suelo.

—¡Ha estado cerca! —dijo Rose, sin parar de reír—. ¡Ya nos veía a las dos hechas un fiambre!

Reí a carcajadas al ver de repente a Rose convertida en la niña que debió de ser en su día.

Cuando nos acercamos a casa de Annabelle, bajé el ritmo y solté los pedales hasta

detener la bicicleta junto a la verja vigilada por la pareja de gárgolas, que nos miraron enseñando los dientes y mostrando la tripita.

—Buenos días, Lulu y Annabelle —dijo Rose, saludándolas.

—Muy graciosa, Rose —dije, apoyando la bicicleta contra la valla—. Vamos.

Dejamos atrás la casa y el cobertizo y, cuando empezamos a descender hacia el río, Rose me cogió del brazo para que aminorara el paso.

—¿Estás segura de que está aquí, cariño?

—Casi segura —respondí cuando puse el pie en el primer peldaño de la escalera de caracol que Frank había construido sin necesidad de utilizar un solo clavo. «A un árbol nunca hay que hacerle ningún agujero», nos había explicado, «sería como taladrarle el alma»—. Subiré a ver.

Con el viento azotándome las piernas, ascendí hacia el lugar donde Frank nos había construido el nido, a la sombra de las ramas que lo sujetaban entre sus garras nudosas.

Cuando llegué al último peldaño, me impulsé hacia el agujero abierto en el suelo, me encaramé con la cuerda que colgaba hasta la terracita y miré por una ventana.

—Frank —dije en voz baja—. Frank, soy yo, Tallulah, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. Solo el susurro de un viento que aumentaba cada vez más y el sobresalto que me provocó el chillido de un murciélago al levantar el vuelo.

—¿Annie? —dijo Frank—. ¿Eres tú, Annie, mi niña?

Cuando pienso en aquella noche, pienso en el viento que la azotaba y en el extraño viaje que fue el descenso de Frank desde la casa del árbol.

De entrada, se mostró reacio a salir. Sus ojos pasaron sin prisas de Rose a mí y regresaron luego a Rose, y en ese momento se abrieron de par en par solo un instante.

—Ah —dijo entonces—, una compañera de viaje.

Y se dejó llevar.

Rose me mandó a casa para decirle a Annabelle que lo habíamos encontrado y después Christa, la madre de Frank, lo acogió en su casa, con la manzana del árbol de su padre, con la sombra de Craggy Jack tambaleándose de nuevo en el umbral de su puerta.

Aseó a Frank y dejó que se le pasase la borrachera y, años después, en el transcurso de una entrevista que Christa concedió cuando salió a la luz una serie de cuadros que Frank tituló «En casa de mi madre», comentó que, cuando llegó a casa, lo mandó directamente a su habitación y le dio un pincel.

—Es la medicina ideal para los hombres Andrews —dijo.

No explicó cuál era la de las mujeres Andrews, pero el día después de que Frank se instalara en casa de su madre, Annie se presentó para reclamar a su hija.

—¿Qué tal está tu padre? —le pregunté unas semanas después del regreso de Annie. Annabelle se encogió de hombros.

—Bien.

Estábamos sentadas en el supermercado de Snow, a la espera de que llegase Josh.

—¿Está trabajando en algo?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes, Annabelle, te escribe constantemente.

—También te escribe a ti, Tallulah, de modo que ya conoces la respuesta a esa pregunta.

—¿Piensas ir a verlo pronto? A lo mejor podría acompañarte. Podríamos ir en vacaciones.

—No.

—¿Por qué no vas a verlo, Annabelle?

—Porque no quiero —contestó—. Y deja ya de insistir en el tema.

—No quiero —dije—. Pienso que sería bueno para él que fueses a verlo.

—Pues no quiero verlo —zanjó Annabelle, levantando la mano—. Fin de la conversación, Tallulah.

Suspiré y miré por la ventana para ver si aparecía Josh. La última carta de Frank me quemaba en el bolsillo.

Querida Tallulah de Lightful:

Las cosas en casa de Christa van todo lo bien que se puede esperar.

Me vigila como un halcón y se abalanza en picado sobre mí en cuanto me ve titubear, una prerrogativa de madre, por mucho que ya haya cumplido los cincuenta y siete.

He vuelto a pintar. He empezado una nueva serie que creo que te gustará, y a Annabelle también. Me parece cautivadora, si me disculpas la falta de modestia.

¿Qué tal está Annabelle?

No es mi deseo cargarte con todos los males de nuestra familia, y tampoco pretendo que te conviertas en nuestra intermediaria, pero, ya que no me responde a las cartas, ¿podrías decirle lo siguiente de mi parte?

¿Podrías decirle que pienso en ella cada día y que lo último que hago cuando cierro los ojos es darle un beso de buenas noches desde aquí?

Dile que no he bebido ni una gota.

¿Sabías que el nombre de Tallulah tiene sus raíces en los indios norteamericanos, en la tribu de los choctaw, de la región del Misisipi?

Significa «aguas saltarinas» y, viéndote en la piscina, me parece de lo más acertado.

Adiós, amiga mía.

Pase lo que pase, no dejes nunca de saltar.

Frank X

Solo te pido que escuches mis argumentos, Lulu, por favor —estaba diciendo Simone—. Es lo único que te pido.

Nos encontrábamos sentadas en la terraza jardín del Royal Albert, en Juniper Bay, con el sol filtrándose por el enrejado sobre las mesas y el suelo cubierto de posavasos empujados sin miramientos bajo las patas.

Adoraba el Royal Albert, había sido mi local toda la vida. Era una reliquia construida en ladrillo y empapada en cerveza, donde las camareras llamaban «corazón» a la clientela y seguían dejando las copas heladas sobre los tapetes eternamente mojados que cubrían la barra en toda su longitud, mucho después de que los demás hoteles de la zona hubieran renovado el mobiliario y hubieran pintado las paredes de un color llamado cappuccino.

Había estado sentada en los taburetes de su «Salón para señoras» con Rose, y también con Sam y Mattie, bebiendo un líquido rojo y espumoso con la ayuda de una pajita resbaladiza, mientras Harry compraba patatas fritas para todos y bebía cerveza hasta que Rose le decía: «Ya basta, Harry».

Había bailado con Annabelle en su ya desaparecido salón «Cabaret», había gritado las letras de las canciones que más nos gustaban, con su cara pegada a la mía y la suya emborronada y preciosa bajo las luces azules y rojas.

Josh y yo nos habíamos besado bajo los toldos verde oscuro, habíamos pasado allí noches sofocantes de sudor, amor y un exceso de vodka, aun siendo menores de edad.

Y ahora estaba de vuelta allí, sentada enfrente de Simone, productora ejecutiva y presentadora de *Our Time, Our Stories*, una de las jóvenes lesbianas con mayor éxito profesional de toda la historia del St. Rita.

Our Time, Our Stories no era *Today, Tonight and Tomorrow*, no tenía nada que ver con esas escenas en las que sorprendidos hombres de negocios corruptos abren la puerta de casa y se encuentran con el fogonazo de los flashes y una imparable morena que les pregunta: «¿Podría, por favor, decirme a quién le ha arruinado la vida y dónde ha ido a parar todo el dinero, señor Stevens?».

El programa consistía en un viaje mucho más agradable narrado personalmente por Simone que, con voz melodiosa, invitaba semanalmente a los espectadores diciéndoles: «Vengan conmigo, soy Simone Severet, y celebraremos nuestro tiempo, nuestras historias».

Y ahora intentaba convencerme para que apareciera en él.

—El problema es, Lulu —estaba diciendo Simone—, que normalmente esos temas de «Mujer se folla a exnovio en su noche de bodas» no los tocamos ni con pinzas. Lo siento —añadió, al ver la cara que se me quedaba—, pero nunca lo haríamos. En este caso, sin embargo, creo, y lo digo muy en serio, que tenemos una historia válida, y quiero que cuentes tu versión de la misma.

Le di un trago a la copa de vino y pensé: «Ven conmigo, soy Simone Severet, y pretendo engatusarte para que hagas algo que no quieres hacer».

—No se trata tan solo de una historia de amor, o de traición —dijo—, sino de una historia de dinastías, de lo que sucede cuando entran en conflicto las clases sociales.

Mis cejas se dispararon hacia arriba de forma involuntaria.

—A ver si me explico, tú mira el retrato conjunto de la familia. Por un lado tenemos al entrañable Frank, una institución en este país, una auténtica institución, que da tumbos por la vida con su vino tinto y su maravillosa pelambreira. Luego está Annie, enfundada en sus horrorosos caftanes, y después tenemos a Fergus, que trata de meterse en las bragas de cualquier cosa que aparezca casualmente en el foco de su cámara.

—Simone apuró la copa—. Y, por supuesto, tenemos a la encantadora —enarcó una

ceja— Annabelle.

Le di otro trago al vino y pensé, no por primera vez, que Simone necesitaba realmente superar la fiesta del día de mi decimosexto cumpleaños.

Stella tenía la teoría de que Simone y Annabelle nunca conseguirían llevarse bien porque eran demasiado parecidas.

—Son prácticamente la misma persona —me dijo un día en clase de biología, después de una de sus típicas peleas—, el mismo animal, razón por la cual se sienten amenazadas cuando coinciden en un mismo lugar.

—¿Tú crees que esa es la razón, señor David Attenborough? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí —respondió Stella—. Piensa en ello, Lulu, las dos son muy buenas en todo y mandonas, muy pero que muy mandonas.

Simone interrumpió mis pensamientos al inclinarse hacia mí y al asaltarme su aroma, eterno, a vainilla, a almizcle y a otras mujeres.

—Lulu, ¿estás escuchándome? Pues bien, para mí, la parte más fascinante de todo el asunto no es la familia en sí, puesto que Australia está llena hasta los topes de familias de artistas que se dejarían la vida con tal de demostrar que pintan mejor que nadie. No, lo que me interesa es lo que sucede cuando dos chicos de barrio —Josh y tú, naturalmente— acaban enmarañados en sus redes, dos bellos Ícaros que en su vuelo se aproximan en exceso al sol.

—Por Dios, Simone —dije—, creo que me gustaba más lo de «Mujer se folla a exnovio en su noche de bodas».

—De acuerdo —espetó, prescindiendo por completo de su tono persuasivo y de todo tipo de farsa—, pues iremos con eso.

Nos recostamos en los asientos y nos sonreímos.

—En serio, Lulu —dijo Simone—, ten claro que esta historia durará. Créeme, lo sé, tiene los cinco grandes escritos en letras mayúsculas.

—¿Los cinco grandes?

Simone empezó a desplegar los dedos, como si le disparara a la mesa una ronda de balas.

—Fama. Dinero. Amor. Sexo. Traición. Solo si Annabelle hubiese asesinado a alguno de los dos esa noche la historia sería aún más rimbombante.

—Pues siento haberte decepcionado —dije.

Al levantar la vista me encontré con un chico que titubeaba delante de nuestra mesa. Llevaba una camiseta donde podía leerse: «Despedida de soltero de Bernie», y donde estaba estampada la cara de otro tipo, seguramente Bernie, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—Tú eres esa tía, ¿no? —dijo—. La que se lio con el marido de su amiga. —Se giró y gritó a sus amigos, que estaban apiñados en la barra—: ¡Hey, que aquí está la tía esa, la putilla esa de la tele!

—Dios mío —dije, bajando la vista hacia la copa de vino mientras Simone posaba una gélida mano sobre el brazo del chico.

—¿Cómo te llamas, colega? —le preguntó.

—Dougie —respondió él.

—Pues muy bien, Dougie, me parece que te has confundido un poco entre mi amiga y yo. La que sale en la tele soy yo, tal vez conozcas mi programa, *Our Time, Our Stories*. Dougie entrecerró los ojos, intentando ubicarla.

—Mira, no es mi intención ser maleducada, pero mi amiga y yo estamos en medio de una conversación muy importante, de modo que me gustaría invitaros a tus amigos y a ti a una ronda y te anotaré también el número del responsable de deportes de mi canal para que ponga a vuestra disposición unas entradas para ir al fútbol, ¿te parece bien?

—Excelente —respondió Dougie, y al ladear la cabeza se manchó la camiseta con un

poco de cerveza—. Ex-ce-len-te.

—Perfecto —añadió Simone, y anotó el número en un papel que depositó acto seguido en un bolsillo del chico—. Y ahora ve y dile al camarero que la siguiente ronda la pago yo.

Simone y yo permanecemos observando cómo se alejaba, conscientes las dos de que cualquier posibilidad que ella hubiera tenido o no de convencerme para hacer aquello se marchaba con él.

Pero Simone nunca daba su brazo a torcer.

—Lulu —empezó a decir de nuevo.

Levanté la mano para acallarla.

—Se acabó, Simone —dije, y suspiré—, fin de la discusión.

En el coche, durante el camino de vuelta a casa, pensé en todo lo que había dicho Simone para intentar convencerme... y en la decepción que se llevaría Dougie a la mañana siguiente, cuando se despertara, con los ojos secos y punzadas en las sienes, y encontrara la nota de Simone en el bolsillo. Con los ojos ásperos como papel de lija, leería: «Querido Dougie, vete a la mierda. Maxine Mathers».

Simone y yo habíamos hecho las paces y, por el momento, ella se había batido en retirada. Pero con Stella era otra cosa. No había vuelto a tener noticias de ella desde aquella cita en Gottardo's, en el transcurso de la cual les confesé mi crimen.

Aquel día se había marchado rápidamente, después de recoger a Riley, que seguía maullando bajo la mesa, y, cuando la vi salir tan presa del pánico, imaginé que se pondría a rezar por mí en cuanto llegara a casa.

Stella McNamara-de soltera-Kelly: seguramente la única alumna del St. Rita que se había planteado muy en serio hacerse monja hasta que puso los ojos en William «Billy» McNamara, durante el baile de fin de curso de los hermanos franciscanos.

Cualquier idea que pudiera haber albergado sobre una vida de castidad se fue al traste al son de *Like a Virgin*, de Madonna, en el instante en que Stella tuvo su inmaculada intuición.

—Voy a casarme con él —nos dijo en voz baja a Simone y a mí (Annabelle se había negado en redondo a asistir al baile: «¿Por qué tendría que estar dando vueltas por ahí esperando a que me sobe cualquier delincuente *juven-villeno* de granos?»), mientras esperábamos fuera a que viniera a recogernos el señor Kelly—. Voy a casarme con Billy McNamara.

Simone resopló, pero yo le repliqué, también en voz baja:

—¿Y cómo lo sabes?

A lo que Stella respondió, embelesada:

—Lo sé, y ya está.

Y, por lo visto, lo sabía, puesto que el día en que ella cumplió dieciocho años, Stella Kelly y Billy McNamara se plantaron delante del altar de la capilla del St. Rita y se prometieron amarse en la salud y la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza y durante la, por suerte, breve carrera de Billy como cómico monologuista.

Cada jueves por la noche, Stella nos arrastraba a Simone y a mí hasta el Royal Albert para que le diéramos apoyo y reía como una histérica y se clavaba las uñas en las piernas por debajo de la mesa viendo cómo Billy moría de mil formas distintas en escena y daba golpecitos al micrófono mientras repetía una y otra vez: «¿Funciona?».

Stella y Billy habían sobrevivido a aquello y también a dos abortos y cinco hijos que el cielo les había enviado, y ni una sola vez habían vacilado ni habían mirado por el rabillo del ojo cualquier otra cosa que la vida pudiera ofrecerles y habían pensado «quizá».

Por lo tanto, aquel día en la cafetería comprendí perfectamente que Stella se llevara la mano a la boca y dijera: «Pero, Lulu, ¡si era su noche de bodas!».

La última vez que la había visto tan turbada había sido cinco años atrás, cuando Simone le comunicó que era lesbiana y me llevó con ella en busca de apoyo inusual. Habíamos comentado con antelación cómo contárselo a Stella, habíamos sopesado el mejor enfoque, habíamos hablado sobre las distintas maneras de sacar el tema a relucir en la conversación, hasta que al final tomamos la decisión de revelárselo con suma delicadeza y con el máximo respeto a sus creencias.

Razón por la cual casi no podía creérmelo cuando el día en que nos sentamos las tres en Gottardo's y pedimos la consumición Simone se giró hacia Stella y dijo:

—¿Toc, toc?

—¿Quién es? —respondió alegremente Stella.

—Una lesbiana, ¿quién quiere pastel?

Stella se había bebido de un trago el vino que acababan de servirle, había reído con titubeos y se había echado a llorar. Stella siempre lo hacía cuando no se sentía segura de sí misma. Annabelle la llamaba la «vieja fiel». Era un poco cruel, y yo prefería el otro mote que Annabelle le había puesto a Stella: Virginia Intacta.

Yo sabía que Simone era lesbiana desde el día de la fiesta de su decimoctavo cumpleaños, que se celebró en un lugar de nombre ambiguo, el «Salón del lago de los cisnes» de la planta superior del Royal Albert. Tengo una foto en la que aparece cortando el pastel y flanqueada por sus padres, Bob y Viv, tres pares de manos aferrados al cuchillo, Bob con un traje con los botones a punto de explotar, Viv resplandeciente envuelta en plumas de color lavanda.

Me quedé hasta el final, hasta que la banda, agotada, interpretó con escaso entusiasmo *Lady in Red* para las pocas parejas que aún quedaban más o menos en pie.

Simone y yo estábamos fuera, en la terraza, apurando nuestras copas.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunté.

—Sí, ¿y tú?

—Sí, pero deberías estar ahí dentro bailando —contesté—. Es la última canción.

—No hay nadie con quien bailar —replicó.

—Tienes donde elegir, Simone —dije—, hay chicos ahí que se dejarían cortar un brazo a cambio de bailar contigo.

—No quiero —insistió.

Y entonces le formulé la pregunta que había revoloteado en mis labios durante todo el bachillerato, en el transcurso del cual las chicas del St. Rita se emparejaban con los chicos del St. Joseph o, si decidían seguir caminos menos trillados, se enrollaban con los del Ralston Road High. Había habido besos robados y corazones rotos, los ojos de Stella y Billy se habían encontrado bajo una bóveda de estrellas falsas, Josh Keaton había llegado en bici, Lisa Fitzgerald se había marchado a Longreach y, durante todo aquel tiempo, Simone, una preciosidad con cara de duendecillo y unos pómulos tan esculpidos que incluso se podría esquiar por ellos, se había mantenido al margen, sin mostrar interés aparente por nadie.

—Simone —dije—, ¿te ha gustado alguna vez alguien?

—¿Te refieres a gustarme-gustarme? —preguntó.

—Sí.

—Sí.

—¿Quién?

—Penny Watkins.

—Oh —dije.

—Oh —repitió ella, y se produjo una pausa durante la cual el tiempo se detuvo, y, cuando miramos hacia el interior del local, vimos a Penny, que enlazaba las manos por detrás de la nuca de su novio, Scott, y se balanceaba medio borracha al ritmo de la música, con la cabeza apoyada contra el pecho de él y la parte posterior de la falda metida entre las bragas.

Simone y yo nos echamos a reír.

—La verdad es que mucho estilo no tiene —observé, y Simone me sonrió.

—Pues bien, ahora ya conoces mi secreto. Soy una lesbiana vieja y gorda.

—No eres gorda, Simone —dije, y era la verdad.

Simone era homosexual, yo no lo era, y decidimos dejar pasar unos años antes de contárselo a Stella.

Ahora Stella me evitaba, no respondía a mis llamadas o hacía que fuera Billy quien contestara al teléfono; Billy, que me decía indeciso: «Lo siento mucho, Lulu, pero por algún motivo que desconozco Stella no quiere hablar contigo. ¿Va todo bien entre vosotras?». Billy McNamara debía de ser la única persona en toda Australia que no había visto el desdichado episodio de *Today, Tonight and Tomorrow*.

—Todo va bien, Billy —repuse—, dile simplemente a Stella que me llame cuando pueda.

Me telefoneó unos días más tarde.

—Lo siento —dijo Stella con sequedad—. Siento mucho no haberte devuelto las llamadas.

—No pasa nada —contesté—, ¿qué tal estás?

—Bien, muy bien.

—Y, ahora, dime cómo estás de verdad, Stella —repliqué, sumergiéndome en nuestra manera de hacer de siempre.

—Oh, Lulu, ha sido horroroso. A Patrick y a Thomas los mandaron del colegio a casa por culpa de una gastroenteritis, Grace ha empezado de nuevo con lo del caballo, la hermana Margaret quiere que la llevemos a un psicólogo y debo prepararle a Clare el disfraz para el festival de ballet del viernes, algo que, naturalmente, no he tenido ni tiempo de hacer.

—De eso ya me encargo yo —afirmé de manera automática—. ¿De qué va este año? ¿De abeja, perro, de traviesa ninfa del bosque?

Stella rompió a llorar.

—Mira, Lulu —dijo—, soy una mala persona... He estado todo este tiempo juzgando tu actitud y sin devolverte las llamadas, y tú te comportas como si no hubiera pasado nada.

—Tranquila, Stella —dije, pero me interrumpió.

—No, Lulu, no puedo estarlo. Soy espantosamente mojigata, lo sé, no puedo evitarlo. Creo que es porque mis padres eran muy religiosos, supongo... ¡PATRICK, SACAINMEDIATAMENTE LAS MANOS DEL CUELLO DE TU HERMANO! Me pasaba las vacaciones en los campamentos de la parroquia, donde nos machacaban con lo del pecado mortal y nos hacían dormir con las manos fuera del saco de dormir.

No pude evitar sonreír, sonreír por Stella que, por lo visto, había pasado gran parte de su juventud acostada en la cama sin moverse y rezando encarecidamente para que no se le descarriaran las manos.

—No pasa nada —dije—, de verdad que no pasa nada. —Me senté en el taburete que había junto a la mesa del teléfono—. Me alegro de que quieras seguir hablando conmigo.

—Por supuesto que quiero.

—¿Así que has rezado por mí? —dije bromeando y conociendo de antemano la respuesta.

—Sí.

—¿A qué santo?

—A Judas.

—¿Y ese quién es?

—El de las causas perdidas.

—Ya.

—¿Lulu?
—¿Sí?
—Creo que deberías confesarte.
—No creo, Stella.

—Perdóname, padre, porque he pecado —dije en voz baja en la oscuridad—. Hace...
¿Cuánto tiempo había pasado desde que no hacía aquello? ¿Colocarme delante de un desconocido y susurrarle mis secretos? No lo hacía desde que era pequeña, cuando intentaba ver en la penumbra la cabeza inclinada del cura, aunque sabía que era el padre Duffy y que fingía no conocerme.

Pero, ahora, el sacerdote que tenía enfrente se movió con inquietud en su asiento. Seguramente estaría acostumbrado a que la gente entrara de repente en su iglesia casi por capricho, para rezar una oración y ansiar desesperada la redención.

Yo, en cambio, no había elegido esa iglesia al azar. Conocía bien St. Joseph y sabía muy bien cómo podía envolver con sus fríos brazos de arenisca a una niña que encendía febrilmente velas por una madre que veía desaparecer poco a poco. A veces, cuando Rose tenía muchos días Doris seguidos, caminaba las siete manzanas que separaban mi casa de aquella iglesia y su silencioso abrazo.

Me arrodillaba en los bancos de madera, cerraba los ojos y rezaba: «Dios mío, haz que Rose se ponga buena. Dios mío, haz que Rose se ponga buena». Repetía la frase una y otra vez, me balanceaba sobre las rodillas al ritmo de las palabras y confiaba en que, si las repetía muchas veces, alguien acabaría escuchándolas.

«Dios —había incorporado a modo de apéndice—, imagino que seguramente estarás muy ocupado, así que si hay alguien más ahí, algún santo que no tenga tanto trabajo como tú, no me importaría en absoluto que fuera él quien me ayudara». Una niña de ocho años haciendo cambalaches con su concepto de cielo.

Y ahora estaba de nuevo allí, sin saber muy bien por qué; tal vez, simplemente, porque Stella lo había querido.

Y tal vez, también, porque nada hasta el momento, ni las lágrimas que había derramado hasta pensar que me había quedado completamente seca, ni las cartas de disculpa que había escrito y había desechado, ni las marcas que me había dejado en la piel clavándome las uñas, nada me había hecho sentir ni tan siquiera una pizca mejor. Había hecho una cosa de la que jamás me habría imaginado capaz, el sentimiento de culpa me corroía día y noche y estaba segura de que nunca, jamás, llegaría a superar la vergüenza de aquel acto.

Resultaba irónico que hubiera pasado años sin pisar una iglesia, años durante los que había tratado de despojarme del sentimiento de culpa que arrojaba a sus hijas, y que ahora fuera precisamente eso, y en grandes cantidades, lo que me hubiera empujado a entrar de nuevo allí.

El sacerdote emitió un leve sonido gutural.

De acuerdo.

Mejor lanzarse a ello.

—Hace bastantes años que me confesé por última vez —dije, recordando cómo funcionaba el ritual—. Mis pecados son los siguientes.

El ambiente era gélido. A mis espaldas, noté los movimientos de alguien, seguramente un voluntario que se ocupaba de las flores.

Cerré los ojos, me los froté.

—Sí —dijo el sacerdote.

No tenía ni idea de cómo continuar.

—Hace poco..., bueno..., lo que ocurrió fue que..., que cometí fornicación —¿sería eso una palabra?—, es decir, que estuve con un hombre casado, padre —dije.

El sacerdote asintió.

—En su noche de bodas.

Incluso en la penumbra, vi que el sacerdote enarcaba de golpe las cejas.

—Estoy muy disgustada por lo que he hecho, padre —dije, hablando de manera atropellada, y el frío ambiente se volvió de repente angustiosamente caluroso.

El sacerdote posó la mano sobre la mía.

—¿Y por qué lo hiciste, hija? —dijo con delicadeza.

—No lo sé —le respondí, tapándome la cara con las manos—. No sé por qué lo hice.

Aunque lo sabía, por supuesto.

Durante las últimas semanas de colegio, Annabelle mudó de piel y dejó de ser la chica que siempre había sido cuando yo no miraba. Una nueva y quebradiza capa enmascaraba su suavidad. A medida que fue avanzando el curso, empecé a verla cada vez menos; no siempre volvíamos juntas a casa y, cuando lo hacíamos, ella caminaba algo más adelantada y yo no conseguía alcanzarla.

No quería hablar de Frank, que seguía lamiéndose las heridas bajo el techo de su madre, y tampoco comentar nada de Annie, que vivía escondida en la casa del río y que, al menos por el momento, había olvidado su romance con Fergus.

Annabelle me había pedido que estuviera presente cuando Annie volviera a casa, y, mientras esperábamos junto a la entrada a que llegara el taxi, probablemente mantuvimos la última conversación que rascó más allá de la superficie.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —respondió ella—, solo un poco nerviosa.

—¿Te alegras de que vuelva a casa?

—No lo sé, supongo que sí, además de estar muy cabreada con ella.

Nos echamos a reír y bebimos un trago de Coca-Cola.

—¿No prefieres esperar dentro?

—No, quiero verla salir del coche.

—¿Por qué?

—Porque quiero ver qué cara pone, Tallulah.

—Vale —dije, poco segura.

Pero, en el instante en que Annie salió del coche y Annabelle retrocedió un paso, supe que la expresión de madre pródiga que esbozó para saludar a su hija no fue la adecuada.

Annie llegó tal como se había marchado, con prisas, cerrando de un portazo el taxi y recorriendo el camino de acceso a la casa a grandes zancadas cargada con sus pinturas y sus bolsas llenas de pareos, collares de conchas y dos faldas hawaianas, una para Annabelle y otra para mí.

Aceleró el paso para aproximarse a su hija y abalanzarse sobre ella.

—Estás preciosa, cariño —dijo—. Te he echado de menos a diario.

Miré a Annie a la cara y supe que era cierto.

Pero eso no ayudó gran cosa.

Entramos y Annie deshizo las maletas para mostrarnos sus tesoros, mientras nos contaba historias sobre los lugares donde había estado, pero no con quién, y nos regaló las faldas hawaianas.

—Gracias, Annie —dije, examinando la hilera de caracolas, blancas y perfectas, cosida a la cinturilla de la falda—. Vamos a probárnoslas, Annabelle.

Annabelle me lanzó una mirada furiosa y comprendí que había cometido un error.

—No, gracias, Tallulah —contestó, tirando la falda al suelo.

—Oh, vamos, Annabelle —dijo Annie—, pruébatela. ¿Qué vas a hacer si no con ella?

Annabelle se levantó y miró a su madre a la cara.

—Había pensado en quemarla —respondió con frialdad—. No quiero que quede nada de nada de ella.

Annie se llevó las manos a la cabeza.

—¿De modo que esto va a ser así? —dijo.

—Lo empezaste tú —replicó Annabelle.

Y se fue.

Después de aquello, las dos cohabitaron bajo el mismo techo, Annabelle proporcionándole a su madre solo leves atisbos de su persona, obedeciendo en silencio las órdenes domésticas y respondiendo cuando tenía que hacerlo.

Annie lo intentó.

Lo vi en el transcurso de mis escasas visitas, pero la ausencia de Frank palpitaba en la casa por mucho que Annie intentara reparar los daños que había causado.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado prolongar este maratón de mal humor, Annabelle?

—le preguntó Annie un día desde el umbral de la puerta de la habitación mientras estábamos las dos estudiando—. Porque tengo mejores cosas que hacer que pasarme la vida lidiando con una adolescente testaruda.

—Pues no lo hagas —respondió Annabelle, tumbándose boca abajo en la cama—. Haz lo que te venga en gana, como siempre.

—Haz algo, Lulu —dijo Annie—, antes de que no me quede otro remedio que volver a esas islas de mierda.

Pero yo no podía hacer nada; también notaba que Annabelle se me escurría entre los dedos.

La echaba de menos.

Pero entre tener que estudiar para los exámenes, ayudar a Rose con Mattie y con Sam y dejarme consumir por Josh y su determinación de fundirse hasta con el último centímetro de mi piel, me pasó de largo gran parte del drama que se desarrollaba en la casa del río y no la eché de menos todo lo necesario.

—¿Qué le pasa a Annabelle últimamente? —me preguntó Josh una noche de camino al autocine después de que los tres hubiéramos pasado una tarde calurosa y desagradable pululando por el supermercado de Snow—. Está más pesada de lo habitual.

—Se encuentra bien —respondí—. Tienes que recordar que su vida no es lo que se dice estupenda en estos momentos: tenemos los exámenes a la vuelta de la esquina, Frank se ha ido y Annie y ella se pasan el día peleándose. Odio ir a esa casa cuando no hacen más que reñir.

—A diferencia de nosotros —dijo él con una sonrisa cuando cruzamos la entrada—, que somos amantes, no púgiles.

Más tarde, entre la primera y la segunda película, me susurró al oído:

—¿Ves? Ya te lo dije.

Íbamos a viajar.

Primero a Indonesia, para que Josh pudiera practicar el surf en Uluwatu, luego a Japón para que yo pudiera ver los cerezos en flor y, después, a Europa, para que los dos pudiéramos verlo todo.

Mientras yo estudiaba para mis exámenes, Josh analizaba las guías Lonely Planet y elaboraba la ruta, averiguaba cuál era el mejor momento para ir, qué necesitaríamos llevarnos, qué trabajos podríamos realizar para irnos costeando el viaje.

—Aprenderé a decir «Te quiero» en diecisiete idiomas —afirmaba— y luego te enseñaré a decirlo a ti.

Josh se hizo cargo de todo. Lo único que tenía que hacer yo era comunicárselo a Rose y a Harry. Porque a diferencia de Pearl Keaton, que se daría cuenta un día, al mirar entre su cortina de humo, de que su hijo se había ido, decírselo a mis padres era otra cosa.

Harry empezaba a desconfiar de Josh, le preocupaba que fuéramos demasiado en serio, demasiado jóvenes, por mucho que él, con solo diecinueve años, se hubiera enamorado hasta las trancas de una chica con un vestido amarillo ranúnculo que crujía con un leve frufú cuando caminaba.

Y Rose..., no quería ni imaginarme a Rose sin mí. Llevaba una larga temporada bien

—hacía meses que Doris no aparecía—, pero Rose era impredecible. Me necesitaba a su lado mientras deambulaba por la casa preparando pasteles y estofados, mientras tejía jerséis para Harry y para los chicos, por si se le escapaba algún punto.

De modo que empecé a posponer el anuncio y Josh comenzó a impacientarse.

Llegó la última semana de curso y yo seguía sin decirles nada.

Josh y yo, a orillas del río.

—¿Se lo has comentado ya a tus padres?

—No, pero ya te dije, Josh, que lo haré después de los exámenes.

—Yo se lo he dicho a mi madre esta mañana.

—¿Y?

—Ha afirmado que está bien, que a ella siempre le habría gustado viajar, que nunca tuvo esa oportunidad... Ya sabes, el típico intento de hacerte sentir culpable.

—Oh —exclamé—, bueno, al menos ya se lo has dicho.

—¿Qué piensas que opinarán tus padres?

—Creo que dirán que vayamos más despacio, que antes de ponerme a viajar tendría que ir a la universidad, que necesito algo en lo que apoyarme. —Me acerqué un poquito más y le miré a los ojos—. Y yo les responderé que ya tengo algo en lo que apoyarme.

—¿Lulu?

—Humm... —dije con la boca pegada al lóbulo de su oreja.

—Tenemos que hacerlo, de verdad.

—Lo sé.

—Tú tienes que comentarles que nos vamos. Y yo tengo que empezar a reservar billetes.

—Ya te lo he dicho, Josh, lo haré en cuanto pasen los exámenes.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Lulu.

—¿Sí, Josh? —añadí, con una sonrisa.

Se sentó.

—Tengo que largarme de una puta vez de Juniper Bay —sentenció.

Annabelle no se presentó el último día de curso. Cuando todas lanzamos los sombreros al aire, el suyo no estaba, y tampoco aparece ni rastro de ella en ninguna de las muchísimas fotografías —Stella, Simone y yo con una sonrisa de oreja a oreja y sacando la lengua, con nuestras caras pegadas y Simone poniendo orejas de burro detrás de la cabeza de Stella en todas las instantáneas— que hicimos aquel día.

No hay ni una sola imagen de aquella jornada que recuerde que Annabelle Andrews cruzó durante una buena temporada las puertas con cristales tintados del St. Rita y dejó la huella de su reflejo dondequiera que yo mirara.

Cuando sonó la última campana, me alejé a toda velocidad de las chicas, que parecían estar volviéndose locas en el campo de fútbol, entre ellas Stacey Ryan dando volteretas vestida solo con sujetador, y corrí sin parar hasta plantarme en la casa del río.

—¡Annabelle! —grité al abrir la puerta de entrada, que nunca estaba cerrada con llave. Subí corriendo la escalera—. Annabelle, no puedo creer que no hayas venido precisamente hoy, ¿dónde te habías metido? ¿Dónde TE HAS metido? ¡Annabelle! ¡ANNABELLE!

Tenía el uniforme lleno de garabatos hechos con rotulador por las compañeras sobreexcitadas que habían dibujado flores y corazoncitos al lado de sus firmas; el sombrero metido hasta las orejas, completamente destruido por los pies calzados con

mocasines Bata que lo habían pisoteado; y, en la cartera, golpeándose todo el camino contra mis piernas según corría, estaba el libro que tenía pensado regalarle a Annabelle.

Era una especie de diccionario con todas y cada una de las palabras que habíamos inventado y su significado, que empezaba con «*Absopletamente*(absolutamente/completamente): estar incondicionalmente de acuerdo con alguna cosa» y terminaba con «*Zumbanático*(zumbado/fanático): persona con puntos de vista extremos que insiste en gritarle a la gente».

—No está —dijo Annie, materializándose de repente al pie de la escalera—. Creía que se encontraba contigo, Lulu, celebrando el último día de servilismo en el St. Rita.

—No —dije, dubitativa, puesto que no quería meter en un lío a Annabelle—, no hemos vuelto a casa juntas. ¿Te importa si me quedo aquí esperándola un rato, Annie?

Hizo un gesto de negación con la cabeza y se volatilizó.

Esperé en la escalera, con el sudor goteándome nuca abajo, entre las piernas, mordisqueándome la parte posterior de las rodillas, obligándome a sentirme agradecida por el frío silencio de la casa. Últimamente allí reinaba este; ya no había cenas con invitados que llenaban el ambiente con risas y humo, ya no se oía el tintineo de las copas ni el sonido de la música.

Pensé en Frank, sentado justo en aquel peldaño, en cuánto lo echaba de menos y en lo mucho que Annabelle fingía no echarlo de menos, recordé lo que me había dicho en la playa el fin de semana anterior, mientras estábamos las dos bajo la ducha.

Josh salía corriendo del agua con la tabla bajo el brazo, con el bañador a la altura de la cadera, y Annabelle y yo estábamos discutiendo, una vez más, por culpa de Frank.

—No entiendo por qué no quieres verlo —le dije, dejando que el agua corriera sobre mi espalda—, no fue él quien hizo algo malo, Annabelle. En serio, dime, ¿qué problema tienes?

Cerró la ducha y se sacudió de la cabeza a los pies, cubriéndome de gotitas saladas.

—¿Quieres dejarlo ya, Tallulah? —dijo—. De verdad, con este asunto pareces un perro que anda loco detrás de un hueso.

—Lo haré cuando me cuentes con pelos y señales por qué tratas con tanto mutismo a Frank y qué problema tienes.

—Mi problema —dijo lentamente, mirando a Josh, que se acercaba a nosotras— es que tengo un padre tan tonto que ni siquiera vio lo que sucedía delante de sus narices, y con su propio hermano, además. —Cogió la toalla del suelo, sin despegar los ojos de Josh—. Y si la gente es tonta, o no se entera de lo que sucede delante de sus narices, Tallulah, al final acaba recibiendo lo que se merece.

Antes incluso de que mis pensamientos se hubieran concretado del todo, mis piernas se levantaron por sí solas de la escalera de la casa del río y echaron a correr, cruzaron la puerta y pasaron de largo el «Adiós, Tallulah» que pronunció Annie.

Corrí hasta superar el perímetro de la casa, pasé por delante del taller de Frank y frente a la casa del árbol, atravesé la minúscula playa en forma de media luna, recorrí los irregulares senderos llenos de ramas que me arañaban la piel, hasta llegar al embarcadero de madera grisácea debajo del cual retozaban los amantes.

Mientras corría, empezaron a desfilar imágenes por mi cabeza, como si estuviera mirando por un visor: Josh retirándole un rizo a Annabelle y colocándoselo detrás de la oreja; bajar la vista en el supermercado de Snow y encontrar los pies de ambos pegados bajo el mostrador; los dos puntitos rojos en las mejillas de Annabelle cuando el pasado domingo por la mañana había entrado en el cobertizo de Frank y había descubierto que Josh estaba allí, sin camiseta... «Hace mucho calor —comentó—, muchísimo calor»; el apremio en el tono de voz de Josh cuando me había dicho: «Tengo que largarme de una puta vez de Juniper Bay».

Corrí hasta que los vi y apareció la última imagen: los dos, desnudos, peces plateados

a la sombra del embarcadero.

Josh se sentó, se llevó la mano a la boca y dijo: «Lulu». Annabelle replegó las rodillas contra el pecho y las mías se combaron bajo mi peso.

Grité sus nombres, extendí los brazos desesperada... pero ¿para qué?

¿Para qué?, me he preguntado posteriormente, mucho después de que se secaran, se vistieran, recogieran sus cosas y se marcharan sin decirme nada: Annabelle cabizbaja, desapareciendo con paso firme entre los arbustos, y Josh detrás de ella, llorando, pero no, supongo, por mí, puesto que cuando levanté la vista entre mis brazos no había nadie.

Annabelle y Josh pasarían los años siguientes haciendo todas las cosas que Josh y yo pretendíamos hacer: Josh ayudaría a Annabelle a cargar con la mochila y reiría con ganas cuando ella se derrumbara por el peso. Viajarían y harían fotografías con la cámara que Fergus les había dado como regalo de despedida, beberían cantidades impresionantes de vino tinto en tabernas de mala muerte en España, entrecerrarían los ojos para protegerse del reflejo de la luz contra las paredes encaladas que sustentan las islas griegas, se abalanzarían sobre Earls Court, en Londres, con la misma pasión que los *lemmings* se suicidan lanzándose por un acantilado, y yo seguiría en mi casa, en las mismas calles donde crecí.

Yo me quedaría en casa con Harry y Rose, miraría por la ventana y me preguntaría quién de los dos me había hecho más daño.

SEGUNDA PARTE

No quiero que sigas trabajando aquí, Lulu.

Levanté la vista de la mesa de despacho y vi la figura de Harry enfundado en su mono de trabajo azul y rascándose la nuca como si quisiera borrarla del mapa.

—No te quiero más aquí, en la oficina —insistió sin dejar de rascarse, y, por su modo de decirlo, intuí que había estado ensayando el discurso.

—Pues sí, llevas razón, lo que dices tiene mucho sentido, Harry. —Sonreí—. Por fin la contabilidad está al día, el sistema de facturación ordenado y he aprendido todo lo que necesitaba saber. ¿Qué más quieres de mí?

—No de ti, sino para ti, cariño.

—¿Qué?

—No se trata de lo que quiero de ti, sino para ti.

—Muy profundo, Harry, hoy sí que te veo desatascando cosas profundas.

Volví a posar los ojos en la pantalla y oí que Harry cerraba la puerta, con sus botas de trabajo dejando en la moqueta minúsculos montículos de suciedad negra. Si lo viese, a Rose le daría un ataque, pensé de manera automática.

Harry arrastró una silla para sentarse a mi lado.

—Es hora de que empieces a vivir, Lulu.

—¿Qué?

—Tienes veintidós años y llevas metida en esta oficina y en casa desde los dieciocho, desde que se fueron Annabelle y Josh.

Levanté la mano para hacerle callar.

—No, cariño, sé que no hay que mencionar esos nombres, pero me parece muy ridículo. Lo que pasó, pasó, y hace mucho tiempo que se marcharon. No puedes seguir mareando la perdiz, sobre todo si la perdiz ha levantado el vuelo. —Harry se sacó un pañuelo del bolsillo y me lo pasó, por si acaso—. Tu actitud ha sido magnífica, Lulu, y hemos ampliado el negocio de una manera increíble, pero no me parece correcto, cariño, no me parece correcto por mi parte mantenerte aquí encerrada dirigiendo el espectáculo.

—A mí me ha gustado hacerlo.

—No, no te ha gustado, Lulu, simplemente lo has soportado, eso es todo.

Fijé la vista en la pantalla del ordenador.

Por supuesto que lo había aguantado.

Entre mis ambiciones nunca había estado pasarme la vida diciendo: «Fontaneros De Longland, buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?», desplazarme en coche hasta las obras donde hombres con casco me recibían con silbidos y solo dejaban de hacerlo cuando alguien les decía que yo era la hija del jefe. Nunca me había tumbado en la cama y soñado con trabajar horas y horas en hojas de cálculo hasta que los ojos me ardieran.

Esta no era la vida que había imaginado al cruzar las puertas del colegio el último día de clase, cuando mi sombrero había quedado atrapado por el aliento del cielo, cuando todos mis nervios entonaban un futuro prometedor.

Jamás hubiera creído que me quedaría tan quieta.

Pero, por mucho que mi vida no se pareciera en nada a la que tenía planeada, seguía siendo, al menos, una vida. Había encontrado consuelo en su inercia, en los ritmos del despacho, donde llegaba a las siete y media la mañana y ponía la tetera a hervir tan solo un minuto después, y en casa, donde incluso el estado de ánimo de Rose, por volátil que fuera, seguía su propia pauta. Su depresión exaltaba y menguaba y proyectaba luces o sombras en casa, pero siempre permanecía allí, Rose, nuestra luna de papel.

Vivíamos alrededor de aquello. Harry leía tranquilamente el periódico en el jardín y los

chicos bajaban en tromba por la escalera, sacudiendo sus toallas hacia mí, cuando venían a recogerlos los del equipo de natación. Con dieciséis años, comían como osos, parecían gigantes y acudían a mí cuando Rose se derrumbaba.

La idea de abandonarlos, o de dejar todo aquello, me provocaba pánico.

—No quiero hacer otra cosa, Harry.

—Sí, lo quieres, y sabes que lo quieres. Tu madre y yo deseamos que pruebes otras cosas, Lulu, como ir a la universidad, como pretendías hacer, viajar, lo que sea, cariño, pero hacer algo... y hacerlo en otro lugar.

Ahí estaba.

—¿Estás despidiéndome y echándome de casa?

—Eso es más o menos a lo que me refería.

Sonrió. Recuperó el pañuelo y se sonó con fuerza.

Rose bajó a despedirme al coche vestida con Betty —una bata de algodón a rayas blancas y azules, bolsillos grandes— y puso en mis manos una cesta con pastelitos, bollos y galletas cubierta con un trapo de cocina a cuadros.

—Rose —dije—, es solo una hora y media de viaje en coche y aquí hay comida para una semana.

—Lo sé, pero es para que le des también algo a Simone cuando la veas. La otra noche salió en televisión y está seca como un palo. Y ponte ya en marcha o pillarás todo el tráfico.

Dejé la cesta en el asiento del acompañante y sonreí a Rose, que me devolvió la sonrisa. Nos miramos a los ojos.

—Anda, vete —dijo, cruzándose de brazos.

Le di un beso, subí al coche, enfilé el camino y me detuve brevemente al llegar al final de la calle para mirarla un instante por el retrovisor, y seguí diciéndole adiós con la mano hasta que doblé la esquina y puse rumbo a la ciudad a bordo de un coche cuyo interior olía a dulces bollos de canela.

Simone estaba ya establecida en la urbe y ascendía con determinación por la escalera de la televisión mientras muchos a su alrededor iban cayendo. Compartía piso con una chica llamada Beth, aficionada a vestir quimonos y fumadora empedernida.

—Puedes quedarte unas semanas con nosotras hasta que empieces a cogerle el tranquillo —me había dicho por teléfono Simone— o hasta que Beth muera de un enfisema; entonces podrás ocupar su habitación.

Decidí instalarme temporalmente con las dos y, al llegar, abrí el regalo de Rose ante la cara de incredulidad de Beth, que dijo: «¿Son pasteles caseros? No sabía que la gente los siguiera haciendo», y se lanzó a por la cesta de Rose, que apuró entre calada y calada.

Después de que Harry me dijera que había llegado la hora de dar por terminado un tipo de vida y de iniciar otro, había apelado a Rose, que se había limitado a repetir todo lo que él me había comentado. Y lo mismo había sucedido con Mattie y Sam, que habían manifestado que también querían que me marchase de casa para así no tener que seguir compartiendo habitación.

Unos días más tarde se lo había contado a Stella, que me había dicho: «Ya va siendo hora», y se había echado a llorar, y luego por teléfono a Simone, que había suspirado y me había dicho: «Vente aquí, Lulu, y deja de hacer el gilipollas de una vez por todas».

Tener poco en la vida tenía sus ventajas: no había mucho que preparar, solo la ropa, el currículum y el «kit de supervivencia en la ciudad» que los chicos que trabajaban con Harry me regalaron el último día de trabajo.

Pete, Micko, Chook, Simon, Lizard y Alexi me habían rodeado en semicírculo y habían esperado nerviosos a que lo abriera. Una linterna, una navaja, una máscara de

oxígeno, un callejero y un par de esposas con forro de peluche y una caja de condones estriados «placer máximo».

—¡En una ciudad grande nunca se sabe la suerte que puedes correr, Lulu! —había gritado Micko, y todos se habían echado a reír, mientras nuestro aprendiz de primer año, Lizard, apodado así, lagarto, porque se pasaba el día tumbado al sol, se puso colorado como un tomate.

Habían brindado en mi honor con vino *chardonnay* caliente servido en vasos de plástico y me habían sorprendido con una tarjeta de felicitación ridículamente grande que decía: «Te añoraremos», en la que Chook había tachado un par de letras para cambiarlo a «Te lloraremos».

Cuando salimos de la oficina estábamos todos medio borrachos y Micko me alborotó el pelo con sus manos enrojecidas.

—Eres una buena chica, Lulu, todo te irá muy bien —dijo.

Dos semanas más tarde, me encontraba acurrucada sobre un colchón en la habitación sobrante del apartamento de Simone, rezando para que así fuera.

Aquel día, junto al embarcadero, hacía ya tantos años, había sucedido algo que se había filtrado bajo mi piel y seguía allí estancado; que me hacía sentir tanto invisible como obvia, que me había convertido en ese tipo de persona cuya presencia la gente tarda mucho en percibir y que, una vez que lo hace, se pregunta por qué se ha tomado la molestia de hacerle caso.

Algo que hacía que, cuando los hombres me miraban con interés, me estremeciera. Y no es que hubiera sucedido muy a menudo: en todos aquellos años, ni uno solo de los chicos solteros que trabajaban para Harry, ninguno de aquellos tipos que lucían su nombre en el bolsillo del mono, me había pedido salir, también quizá porque era la hija del jefe, pero tal vez porque no había nada en mí que los invitara a hacerlo.

Una cosa que me marcaba con una acidez que casi podía saborear.

Cuando llegaban a nuestra pequeña ciudad retazos de noticias sobre Josh y Annabelle, y la señora Delaney gritaba desde el otro lado de la valla frases como: «Tus dos antiguos compinches se están haciendo un nombre, son fotoperiodistas, ¿no se dice así, pequeña?», me entraban ganas de abofetearle su estúpida cara de pan.

En una ocasión, al verlos por casualidad en una revista expuesta en un quiosco, acabé con sus caras en la mano y todo empezó a darme vueltas, superada por la amargura.

Pero, normalmente, sea lo que fuere lo que se apoderó de mí aquel día en el río me ponía triste. No como Rose, no triste y perdida en la desesperación de otro lugar, sino con la cara pegada a la ventana, observándolo todo desde detrás del cristal.

Había abandonado mi hogar sin apenas oponer resistencia, puesto que no me quedaban ganas de luchar contra nada. Pero, durante el viaje a la ciudad, percibí un cambio, como si mi cuerpo se liberara lentamente de su encierro. Es posible que fuera porque tenía veintidós años y la juventud posee su propia manera de gritarte al oído y hacerte cantar, pero aquel día en el coche, de camino hacia casa de Simone, empecé a dejarme ir.

Stella llevaba razón. Había llegado el momento. Y lo único que debía hacer era dejar que entrara el aire.

Aquella noche, cuando me metí en la cama en el piso de Simone, cerré los ojos y noté la caricia de la mano de Rose en la mejilla.

A la mañana siguiente estaba en la cocina mirando los anuncios clasificados cuando llegó Beth. Se anudó el cinturón del quimono y se sentó a mi lado.

—¿Qué haces?

—Buscar trabajo.

—¿De qué tipo?

—La verdad es que no lo sé. Cualquier cosa que no sea trabajar en la empresa de fontanería de mi padre.

—Entendido, veo que eres muy exigente. ¿Y qué se te da mejor?

—Pues no lo sé —dije, y me di cuenta en aquel momento de que era cierto.

—¿Eres torti? —preguntó, cogiendo la cajetilla de tabaco y sacando un cigarrillo.

—¿Qué?

—Que si eres amiga de Dorothy —dijo, susurrando en tono dramático.

—No creo —contesté con titubeos—. ¿Es colega de Simone?

Beth echó la cabeza hacia atrás y rio con tanta fuerza que de inmediato empezó a atragantarse con el humo del cigarrillo, a hacer muecas y a llevarse las manos al cuello hasta que le pasé un vaso de agua.

Se lo bebió de un trago, se secó los ojos y me miró, pestañeando.

—¿Sabes? —dijo—. Tengo el presentimiento de que ya no estás en Kansas, Totó.

Más tarde, cuando Simone y Beth se marcharon a trabajar —Simone a una reunión de producción y Beth a la clínica dental donde debía de trabajar como anestésista echándole el aliento a la gente para adormecerla—, saqué del bolso el papelito donde había anotado el número.

«¿Sufres en secreto por todo? —había preguntado en la radio aquella voz femenina, a medio camino entre mi casa y el piso de Simone—. ¿Eres tú la única persona que se cohíbe a sí misma? ¿Quieres recuperar toda esa fuerza que sabes que llevas dentro?».

—Sí —había susurrado yo en el coche—. Sí quiero.

«De ser así, llama al Epstein Institute, un nombre respetado en el campo del crecimiento personal que desempeña su labor desde 1982, y únete a nuestro “Seminario para mujeres sufridoras”, te enseñaremos a rugir».

Me sentí un poco ridícula cuando marqué el número, que, no sé por qué motivo, había acabado anotando tras detener un momento el coche en el arcén. Después de pasar tantísimo tiempo en silencio, estaba más que segura de que me encontraba lista para rugir o, como mínimo, para aullar un poco.

—Epstein Institute, buenos días —respondió una voz femenina, distinta de la de la radio—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola —dije—. Estoy interesada en uno de sus seminarios, el de las mujeres que sufren en exceso.

—Sí, pero, disculpe, ¿a cuál se refiere en concreto?

—A..., a uno que se llama «Seminario para mujeres sufridoras» —respondí—. Sí, ese que es para mujeres que quieren rugir.

Una pausa prolongada, luego una carcajada.

—Es «mujeres guerreras», preciosa, mujeres «guerreras»

[1]

.

—Oh —dije—, «mujeres guerreras». Claro, sí, bueno, siento haberla molestado, pero no creo que sea para mí.

Colgué, pero no con una carcajada, sino con un sollozo.

Aquella noche, en compañía de dos botellas y media de vino y una exótica cena hindú a domicilio, Simone y Beth rieron con más ganas aún que la mujer del teléfono cuando les conté lo que me había pasado.

—Me alegro de que no te matriculases en el seminario, Lulu —dijo Simone—, puesto que seguramente habrías acabado pasando un fin de semana en algún sitio donde te habrían hecho matar un cerdo y oler su sangre sobre las tetas de otra tía o alguna salvajada por el estilo... De hecho, ¡tal vez me apunte yo!

—Pues yo creo —dijo Beth, contoneándose enfundada en su quimono y hablando sin

quitarse siquiera el pitillo de la boca— que has sido muy valiente por haber llamado a ese sitio, Lulu, ¿y sabes qué más pienso?

—No.

—Creo que eres una mujer guerrera, que ha decidido emprender una nueva vida con una cesta llena de pasteles caseros.

—De ser así, sería más bien como Caperucita —sentenció Simone—. Me voy a la cama.

Un poco más tarde, cuando, vacilante, pasé frente a su habitación de camino a la mía, dije en voz baja:

—Simone, ¿estás todavía despierta?

—Sí.

—Quería darte las gracias.

—¿Gracias de qué?

—Por dejarme estar en tu casa.

—Tranquila.

—¿Simone?

—¿Hummm?

—Te quiero —le dije.

—Yo también te quiero, Lulu.

—Pero no de esa manera.

—¿De qué manera?

—Que no soy amiga de Dorothy —susurré—. Lo siento mucho, Simone.

—Buenas noches, Tallulah —dijo, y, a pesar de la oscuridad, supe que sonreía.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Simone había salido a correr —no tengo ni idea de cómo podía— y Beth estaba prácticamente desplomada en una silla en un rincón de la cocina. Se palpó los bolsillos en busca de un pitillo, se llevó uno a la boca y se lo sacó de nuevo.

—No, esta mañana no puedo ni con esto —dijo.

—¿Te apetece una taza de té?

—Me encantaría. Lo pasamos bien anoche, ¿verdad?

—Sí, es cierto, sí.

—Aún no logro creerme —dijo, y en su garganta empezó a formarse una carcajada que, al ascender lentamente, acabó convertida en rebuzno—, aún no logro creerme que dijeras eso de «el de las mujeres que sufren en exceso».

Su cuerpecillo se agarrotó con un ataque de tos.

—Ten —dije, pasándole un vaso de agua para apagar el fuego.

—¿Y qué es eso que te hace sufrir en exceso, Lulu? —dijo cuando acabó de toser—. Veamos, por ejemplo, ¿qué es lo que más te hace sufrir en este momento?

La miré, tan menuda, enroscada sobre la silla, con los pies que apenas rozaban el suelo, y pensé en todas las cosas que me ocupaban la cabeza aquella mañana: que no encontraría trabajo ni un lugar donde vivir, que tendría que volver corriendo a casa de Harry y Rose, que todo el mundo diría: «He visto que la chica De Longland ha regresado a casa», que, a pesar del largo viaje en coche que me separaba de mi casa y del aire que había entrado por la ventanilla del coche, seguiría sintiéndome toda la vida tal y como lo había hecho durante los últimos cuatro años.

Y entonces miré a Beth y pensé qué me estaba haciendo sufrir de verdad en ese momento.

—Me hace sufrir —dije, señalando la cajetilla de tabaco que había dejado encima de la mesa— que estas cosas acaben matándote.

Pasé el día buscando trabajo en el periódico, y al final de la jornada, tenía tres entrevistas, todas con agencias de trabajo temporal, todas para puestos en los que buscaban a alguien que se sentara, respondiera al teléfono, escribiera unas cuantas cartas, archivara algunos pedidos, llegara puntual, se marchara a su hora y no birlara la comida de la nevera a nadie.

Perfecto.

Me pregunto qué habría pasado de haber conseguido un trabajo de ese estilo.

Pero Simone insistió en que fuera a ver a su amiga Loreli Marks, de la agencia de colocación Marks and Abbott.

—Trabajan básicamente con medios de comunicación —me explicó Simone—: televisión, radio y agencias de publicidad y de marketing, y luego tienen también una división creativa que contacta con galerías de arte, teatros y agencias. Sigue siendo trabajo de oficina, pero de esas que al menos tienen un poco de vida. Podrías conocer a personajes famosos.

—Ya conozco a un personaje famoso: ¡tú!

—Todavía no lo soy, Lulu —dijo con una sonrisa—, pero lo seré.

—Tus referencias son estupendas —me dijo Loreli, radiante, con su pintalabios rojo intenso luciendo en su rostro como dos cintas brillantes—, aunque sean de tu padre.

—La verdad es que no he trabajado para nadie más, lo siento.

—No lo sientas —dijo resueltamente—. Tu mecanografía es excelente, tu taquigrafía muy buena, tus técnicas contables están a la última y tienes una presencia fabulosa. Ojalá tuviera un centenar de candidatas como tú, Tallulah, pero no es el caso, de modo que el problema está en dónde enviarte para que tanto tú como yo quedemos satisfechas al máximo... Y creo que voy a entregarte a Duncan.

—¿Entregarme a Duncan?

—No en sentido bíblico, por supuesto, no pongas esa cara de susto. No, te concertaré una entrevista con la gente de Duncan McAllister... Habrás oído hablar de él, imagino.

—Sí —dije—, el de la radio, el de las amígdalas mágicas.

—De platino.

—Ah, sí, de platino. ¿Y qué tipo de colaboradora necesita?

Loreli me sonrió.

—¿Por dónde quieres que empecemos, querida?

—Duncan es un gran tipo —me comentó uno de los hombres en el restaurante.

—Muy dinámico, está al cabo de todo, trabajar en 3KPG con él es muy divertido, no hay ni un momento aburrido.

—Desde luego —dijo el otro, que se llamaba PJ o JP, alguna cosa con iniciales, y que llamó a la camarera chasqueando los dedos.

Odio a la gente que hace eso.

—¿Y dónde está? —pregunté.

—¿Duncan?

—Sí, es que pensaba que, si busca una asistente personal, entrevistaría él mismo a las candidatas.

—Lulu —dijo PJ—, es mediodía. Duncan hace el programa de la mañana, lo que significa que está despierto desde las tres de la madrugada, e imagino que en estos momentos se encontrará durmiendo en su casa, disfrutando de un merecido descanso. Pero yo soy la mano derecha de Duncan y confía en mí para este tipo de decisiones.

En los seis años que trabajé para el hombre de las amígdalas de platino, primero como

asistente personal y, posteriormente, como realizadora, jamás volví a ver a JP, o PJ, o como quiera que se llamara ese hombre.

Duncan McAllister.

Rey de las ondas, amante del intercambio verbal con los radioyentes, fumador, bebedor de vino tinto y exmarido en serie de tres esposas —Kiki, Kerry-Anne-con-E, Karen, y otra que a buen seguro seguiría el mismo camino, Kimmy—, cuyo único criterio de la felicidad matrimonial era que el nombre de sus cónyuges empezara por K. Padre enamorado de Duncan Junior (Kiki), Rhees (Kerry-Anne), Jasmine y Jarrod (Karen) y propietario de Barney, un perro enorme de origen incierto y costumbres dietéticas de lo más cuestionables.

Un tipo único.

Un viejo farsante.

Un caos infernal.

—No puede ser que lo digas en serio, Lulu —comentó Simone cuando le conté quién iba a ser mi jefe—. Duncan McAllister, ¿en qué mierda estaría pensando Loreli?

—¿Lo conoces? —pregunté.

—Todo el mundo lo conoce, Lulu —respondió—. Te comerá viva, Caperucita.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué todo el mundo le tiene tanto miedo?

—Porque —respondió Simone— es la persona más poderosa dentro del mundo de los medios de comunicación, Lulu, y, por tanto, una de las más poderosas del país y, por tanto, un cabrón de primera.

—Oí contar que un día le prendió fuego a los pelos de una camarera solo porque consideró que no le hacía caso —dijo Beth, saliendo del cuarto de baño.

—Seguro que fue un accidente —dije, exhibiendo ya un portentoso nivel de lealtad hacia mi invisible jefe.

—Se trataba del vello púbico, Lulu —dijo Simone.

—Oh.

—Bueno, si sobrevives, tendrás que invitarlo aquí a cenar. Creo que no le haría ningún daño a mi carrera que Amígdalas de Platino terminara convirtiéndose en un amigo personal.

—Acabas de decir que es un cabrón.

Simone me sonrió.

—Estamos en el mundo de los medios de comunicación, Lulu —replicó—, aquí todos somos cabrones.

En mi primer día de trabajo en 3KPG tuve que dejar el coche en el aparcamiento de visitas, pues el vigilante de seguridad no pareció comprenderme cuando le expliqué que era una nueva empleada fija, la asistente personal de Duncan McAllister.

—Todas lo son, bonita —dijo, y puso una pegatina morada de visitante en el parabrisas.

Ascendí el corto camino en cuesta que conducía hasta los estudios, inmersa en el silencio y la tranquilidad de primera hora de la mañana, deambulé sola por los laberínticos pasillos y acabé encontrando el despacho de Duncan, que era difícil de pasar por alto gracias al relumbrante micrófono que tenía pintado en la puerta.

—Muy bien —me dije, haciendo mía una de las expresiones de Mattie y de Sam cuando eran pequeños, la que solían utilizar cuando estaban a punto de correr algún peligro—, hagámoslo.

Respiré hondo un par de veces y llamé a la puerta, que instantes después abrió un hombre de cara colorada, con una mancha de vino tinto en los labios y una camisa roja

estampada con un motivo de hibiscos gigantes y todos los botones desabrochados.

—Dime, por favor, que vienes a traerme mi café de última hora, porque, de no ser así, puedes largarte inmediatamente por donde has venido —dijo, con los hibiscos bailando de un lado a otro.

Duncan McAllister, imaginé.

Decidida a mostrarme como una profesional, le tendí una mano y sonreí.

—Soy Tallulah de Longland —dije—. Su nueva asistente personal.

—¿En serio? —preguntó, haciendo caso omiso de mi mano tendida—. Supongo que todo esto te resultará muy emocionante. Pues bien, Tabitha...

—Tallulah.

—Tallulah, mis disculpas tanto para ti como para la señorita Bankhead, esa actriz con la que compartes nombre. Y ahora, veamos, ¿crees que podrías prepararme un café? Porque, en caso contrario, ya puedes irte a tomar por culo.

Se balanceó un poco y vi, detrás de él, el inicio de un pequeño incendio en el cenicero que tenía encima de la mesa.

—¿Perdón?

—Oh, qué maravilla, me han mandado a una sorda... ¡MUNGO! —rugió de repente—. Prepárame un café de una puta vez y quítame de encima esta persona que parece salida del taller de minusválidos.

Y, entonces, me atacó un lobo.

Llegó procedente de algún lugar situado detrás de Duncan, una bestia enorme que se movía con torpeza y que se abalanzó sobre mí como un tren de mercancías, que me embistió a la altura de las rodillas y que apalancó la cabeza entre ellas.

Se apartó a continuación de entre mis piernas y, con un salto sorprendentemente ágil y elegante, me inmovilizó contra la pared del pasillo colocando sus enormes patas a sendos lados de mi pecho.

—Dios mío —musité cuando su aliento me atacó desde todos los ángulos posibles—, ¿qué demonios has comido?

La bestia me olisqueó con su hocico húmedo achuchándome el cuello y con la lengua babeando, y su propietario, evidentemente, no mostró la más mínima intención de ordenarle que me dejara en paz.

—¿Podría decirle que baje, por favor? —le supliqué a Duncan, que se había acomodado detrás de la mesa, removía papeles con grandes aspavientos e ignoraba por completo el fuego que ardía ya sin control en el cenicero que tenía a su lado.

—¿Perdón?

—¿Si podría decirle a esto que baje?

—«Esto» tiene un nombre: Barney —replicó—. Es un perro, y por alguna extraña razón parece que le gustas, Talisa.

—Tallulah —repetí, esta vez apretando los dientes.

Duncan lanzó un silbido y Barney bajó las patas. Me flojearon las piernas.

—Y ahora que has dejado de jugar con mi perro —dijo Duncan, que seguía removiendo papeles de un lado al otro de la mesa—, ¿crees que podrías asistirme personalmente preparándome un puto café o tendré que pedir que me lo traigan?

—Tendrá que pedir que se lo traigan.

—¿Qué?

—Que tendrá que pedir que se lo traigan, señor McAllister —repetí, recogiendo el bolso del suelo donde había caído después de que aquel lobo-perro me lo arrancara de mis temblorosas manos, y dirigiéndome acto seguido hacia la puerta.

Comprendí rápidamente que no podía trabajar con aquella persona.

No por su mala educación —a pesar de que nunca nadie me había hablado como él acababa de hacerlo—, ni por las palabrotas —las había oído todas cuando visitaba obras—, ni siquiera por su muy cuestionable gusto a la hora de elegir camisas.

Sino porque era hija de un fontanero.

Y, más concretamente, porque era hija de Harry de Longland, un hombre que desatascaba hasta alcanzar la excelencia día sí, día también, con uno de los pañuelos de Rose pulcramente planchado en el bolsillo. Harry, que se pasaba la vida arrodillado bajo los codos de los lavabos de la gente y que subía cada mañana a su furgoneta con una sonrisa y un saludo; Harry, cuyo despacho estaba siempre limpio y aseado, y cuyos aprendices eran corteses y mostraban interés por lo que pudieran contarles las ancianas que vivían en edificios de apartamentos con las tuberías atascadas.

Repasé con la mirada la inmundicia del despacho de Duncan, los ceniceros llenos a rebosar y las tremendas montañas de tazas de café que había por todas partes, las bandejas de documentos desbordadas y los papeles que poblaban el suelo, y vi también que todo aquello le importaba un rábano.

Miré a Duncan y pensé en mi padre, sentado en casa hasta las tantas de la noche, preparando los calendarios de trabajo a lápiz para poder borrar cualquier error que cometiera, encaramado en una escalera con sus piernas arqueadas repintando el cartel de delante de casa cada año o dos, y comprendí que estaba en el lugar equivocado.

—Lo siento, señor McAllister —dije—, pero esto no funcionará. Ahora, cuando salga, iré directamente a la agencia y se lo explicaré. Estoy segura de que podrán enviarle a alguien... mejor —rematé, y me dirigí a la puerta.

—¿Te vas? Me parece muy rápido, incluso para mí —dijo con tono grandilocuente—. Podríamos estar hablando de un récord personal.

Seguí caminando.

—Ha sido rapidísimo —dijo el hombre de la garita de la entrada, repitiendo las palabras de Duncan—. Creo que debe de haber establecido usted un nuevo récord.

—Humm... —repliqué, entregándole mi tarjeta de visitante y dejando muy, muy atrás los estudios 3KPG.

Una lástima.

El perro me gustaba.

Aquella noche, mientras estaba sentada en el suelo con una copa de vino y la cabeza apoyada en el sofá describiéndoles a Simone y a Beth mi encuentro con Duncan, sonó el timbre.

Simone cruzó la cocina para ir a abrir y regresó con Duncan pisándole los talones. Iba peinado, con la camisa planchada y calzado con unos mocasines claros con borlitas.

—Buenas noches. —Nos saludó a Beth y a mí con un gesto de cabeza y, a continuación, me abordó directamente—. Tallulah —dijo, pronunciando todas las sílabas de mi nombre—. He venido a disculparme por mi zafio comportamiento de esta mañana.

—Oh, vale —respondí, incorporándome, completamente confusa—. Siéntese, señor McAllister.

—Duncan.

—Duncan..., ¿le apetecería una copa? —le ofrecí, señalando como una tonta y, a modo de ilustración, la botella que tenía en la mano.

—No, gracias, Tallulah —contestó—, tengo el estómago como si me lo hubiera lamido un afgano fanático, de modo que no, me limitaré a postrarme a tus pies por un rato, si se me permite.

—Permitido —dijo Simone, encantada con la situación.

—¿Podría ser en privado? —inquirió Duncan.

Nos sentamos en la cocina y Duncan comió un par de bollitos de pasas de Rose que le calenté en el horno.

—Humnf —dijo Duncan entre mordisco y mordisco—, están muy, pero que muy

buenos.

—Los hace mi madre —le expliqué—. En el congelador debe de haber unos doscientos más, por si quiere llevarse unos cuantos a casa..., y también los hay de huevo, si le gustan.

—¿De huevo? —dijo Duncan—. Me imaginaba que la gente ya no sabía ni que existían.

—Los hace mi madre —repetí, y le comenté que Rose era aficionada a la repostería casera.

Le conté también cosas sobre Harry, porque me preguntó a qué se dedicaba mi padre, si tenía hermanos, me pidió que le diera detalles sobre el lugar donde me había criado, hasta que miré el reloj y comprendí que al menos uno de los motivos por los que todo el mundo lo conocía como Amígdalas de Platino era porque era buenísimo formulando preguntas.

Duncan también miró la hora, que rozaba las once, y estiró el cuerpo sin levantarse del taburete.

—Bueno, Tallulah —dijo, limpiándose con una servilleta las migajas de bollo de pasas—, quería ofrecerte mis más sinceras disculpas por lo de esta mañana, he tenido un comportamiento sumamente maleducado, incluso tratándose de mí.

Asentí y me pregunté si debía hacerle notar que aún tenía una pasa pegada a la nariz.

—El caso es que le gustas a Barney, que rara vez se equivoca con la gente, aunque he de decir que también le gustaba mi segunda esposa, Kerry-Anne-con-E... Qué coñazo era siempre con eso, llegábamos a un hotel y tenía que indicarle al pobre recepcionista cómo tenía que escribir su nombre. «Es Kerry-Anne, Kerry con Y, Anne con E» —dijo, imitándola—, incluso tuvo que deletrearlo aquel día, pobre de mí, en el juzgado de familia cuando fuimos a divorciarnos...

—Duncan.

—Oh, sí, me estoy desviando del tema, bueno, como iba diciendo, a Barney le gustas y...

—¿Y está aquí porque le gusta a su perro?

—Sí, exactamente —dijo con una sonrisa radiante, y entonces se percató de la cara que se me había quedado—. Bueno, no del todo. El problema es, Tallulah, veamos, que soy un poco gilipollas, de verdad, es algo que forma, incuestionablemente, parte de mí, pero también es porque vivo rodeado de otros gilipollas, ¿me explico?

Volví a asentir porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Llevo mucho tiempo metido en esto de los medios de comunicación y ha sido maravilloso, pero acaba convirtiéndonos a todos en pequeños monstruos, y entonces voy y te conozco y pienso que eres justo la persona que me ayudará a ser menos monstruo, ¿me explico?

—No sé si eso que dice está incluido en la descripción del puesto —repliqué con una sonrisa.

Él sonrió también y se abrió entre nosotros un pequeño mundo.

—De acuerdo —dije, dándome de pronto cuenta de que acababa de acceder a trabajar con aquel tipo tan raro—. Pero tendremos que adecentar el despacho.

—¡Hecho! —exclamó, sin dejar de sonreír—. Empezaremos de cero el lunes, a primerísima hora, tal y como manda la ley de la radio matutina. Pasaré a por ti a las cinco... Vivo muy cerca de aquí.

Se levantó, cogió la americana de sport, otro bollo y sonrió de oreja a oreja una vez más.

—Nos lo pasaremos de maravilla, Tamara.

Entablamos una amistad, Duncan y yo, una amistad que se inició aquella primera

mañana cuando pasó a recogerme con su ranchera de color verde que enfilaba el camino de acceso con Barney repantigado en el asiento de atrás y babeando feliz sobre las alfombrillas del coche.

Duncan cumplió su palabra y, cuando acabó su programa, nos dedicamos a limpiar el despacho. La gente se paraba, boquiabierta, para mirar a Duncan McAllister de rodillas, con el recogedor y la escoba o moviéndose con desenvoltura por los pasillos de 3KPG con un plumero entre las piernas.

Era, imagino, una amistad insólita, pero nos iba bien a los dos y la única forma que se me ocurre de describirla es decir que yo le enseñé a no pasarse demasiado y él a no quedarme demasiado corta: «Adelante, Tallulah, hazlo, ¿qué es lo peor que puede pasar?».

Descubrí que era un buen hombre, por mucho que sus demonios emergieran a veces y lo convirtieran en malvado, y en las ocasiones en que vociferaba y salía enfurecido de algún restaurante después de romper un montón de copas y farfullar: «¿Con quién se cree usted que está hablando?», nadie se sentía peor que el protagonista, que aparecía el día siguiente en el estudio y me decía: «No me mires así, Lulu, me envuelve el manto de la vergüenza».

Ayudaba, por supuesto, que no hubiera ningún sentimiento de deseo entre nosotros, puesto que Duncan me había comentado un día que nunca podría sentirse atraído hacia una mujer con pecas: «Son como cangrejos rojos que caminan por la superficie de la cara de la gente, ¿no te parece, Lulu? Oh, mierda, lo siento».

Con nuestra dinámica sexual aclarada, a Duncan seguía preocupándole que yo no tuviera sexo de ningún tipo y, de vez en cuando, lo sorprendía escuchando a escondidas mis llamadas con la esperanza de que hubiera un hombre al otro lado de la línea.

Un día, creo que llevaba unos seis meses trabajando con él, entró en mi despacho y dijo:

—Tallulah, tengo algo que decir.

—Tú siempre tienes algo que decir, Duncan, por eso diriges un programa de intercambio con los radioyentes.

—Muy gracioso, Lulu, pero mira, escúchame bien: eres una chica agraciada, de verdad te lo digo, me recuerdas un poco a mi segunda esposa Kerry-Anne, antes de que se deteriorara.

—Duncan.

—Lo siento, lo siento..., antes de que envejeciera con elegancia. El caso es que estás bien y no logro comprender por qué no hay ningún tío en tu vida, y creo que ha llegado el momento de que te diviertas un poco, de que vuelvas al ruedo.

—¿A cuál? —pregunté, para fastidiarlo.

—Ya sabes a qué me refiero, Lulu. Me ha comentado Simone que llevas años sin comerte un rosco.

—¿Qué? Oh, Duncan, todo esto me parece muy desagradable. No me creo que Simone te haya revelado eso —dije, aunque claro que me lo creía.

—Cálmate, Lulu, yo solo intento ayudarte. Y pienso que es posible que estés bloqueada.

—¿Bloqueada?

—Sí, me parece que hace tanto tiempo que no lo haces que te aterra la posibilidad de haber olvidado cómo hacerlo.

—Estás chiflado —dije.

Duncan me miró muy serio.

—¿Quieres que lo intentemos?

—¿Qué?

—Que si querrías que hiciéramos una intentona, para poner otra vez la cosa en

marcha.

—Oh, Dios, Duncan —añadí—, qué desagradable eres a veces, eso que dices es lo más desagradable que he oído en mi vida.

—Yo solo intento ayudarte, Lulu —replicó él, y volvió a entrar en el estudio.

No podía enfadarme con él porque sabía que, a su manera, tremendamente desacertada, completamente inaceptable y totalmente repelente, intentaba ayudarme.

Pero Duncan tenía razón. Llevaba años sin comerme un rosco.

No había querido hacerlo.

No estaba preparada para ello.

Estaba demasiado ocupada para esas cosas.

Seguía doliéndome alguna cosa.

Y me mantenía ocupada al máximo.

Me levantaba muy temprano e iba al estudio, por las tardes volvía a casa y me entretenía por el piso, o me citaba con Simone para tomar un café. Stella y Billy se habían mudado y su casa no estaba lejos, de modo que iba a visitarlos de vez en cuando, jugaba al Martín Pescador con los niños en el jardín, hacía masajes a los agotados pies de Stella y me quedaba a cenar macarrones con queso. Una noche a la semana nadaba en la piscina municipal, los sábados por la mañana iba a yoga y al mercado con Beth los domingos, hasta que nos anunció que regresaba a la pequeña ciudad de la que había huido.

—Es por mi padre —nos dijo a Simone y a mí—. El corazón. —Mientras guardaba en la maleta sus quimonos y sus cajetillas de Silk Cut, nos explicó—: Soy la única hija, y eso conlleva ciertas obligaciones, sé que mis hermanos no harán nada de nada... No quieren afrontar la situación, ya sabéis cómo son los hombres.

—La verdad es que no —respondimos a la vez Simone y yo, aunque por motivos distintos.

Le dijimos adiós.

—Hasta pronto, Simone, hasta pronto Mujer Guerrera —gritó desde detrás de la ventanilla a modo de despedida, y se fue, dejando un rastro de humo blanco.

El día en que Beth regresó a las callejuelas del lugar donde se había criado, dejó atrás mucho más que la cortina de humo que siguió cerniéndose sobre el piso de Simone durante años, o las cajetillas a medias que fuimos descubriendo en el interior de macetas o detrás de los cazos, recordatorios en forma de paquete blando de una chica que pensaba que podría acabar con aquel vicio ocultándoselo a sí misma... Dejó un signo de interrogación flotando en el aire.

Tal vez fuera la oleada de cambios que provocó su partida, el leve vaivén que trastornó mi pequeño mundo, pero, sea lo que fuere, casi desde el mismo instante en que su minúsculo coche *desapareció* colina arriba, empecé a sentirme inquieta.

Había pasado un año desde mi llegada a la ciudad y, a pesar de que había encontrado lo que mucha gente definiría como un buen trabajo y un lugar agradable para vivir en compañía de Simone, no había conocido a nadie nuevo, aparte de Duncan, desde que había llegado.

Había dejado entrar aire en mi vida, pero poco más.

Qué problema hay, Lulu? —me preguntó Duncan una semana después—. ¿Te has reestrenado?

—No, Duncan —respondí, y suspiré—. No me he reestrenado, por mucho que lo digas de ese modo tan gracioso. Solo que me siento muy, no sé, muy...

—¿Aburrida? —dijo.

—No —dije—, aburrida no.

—De acuerdo —afirmó—, vayamos, pues.

—¿Dónde? —pregunté.

—A todas partes —respondió él, y hablaba en serio.

Una de las ventajas de poseer amígdalas de platino era que todo el mundo deseaba tenerlas presentes en su fiesta, aunque Duncan rara vez se mostraba complaciente y prefería quedarse en casa con la esposa con la que estuviera cohabitando en aquel momento, y pasar los fines de semana con los hijos de sus distintos matrimonios en Lingalonga, la casa que tenía en la playa de Willow Island, a dos horas y media de la ciudad.

A veces los acompañaban sus madres, otras no, y en alguna ocasión yo también iba y me apretujaba en el coche ranchera de Duncan en compañía de Duncan Junior, Rhees, Jasmine, Jarrod y Barney, que se pasaba el viaje asomando su enorme cabeza por la ventanilla.

—¿Se casará papá contigo? —me preguntó Jarrod la primera vez que fui con ellos, cuando estuve todo el trayecto con la manita de Jasmine posada en el regazo.

—No seas tonto, Jarrod —dijo Rhees—, ¿cómo quieres que se case con Tallulah si su nombre no empieza por K?

—Ja, ja —replicó Duncan—, muy gracioso.

—Papá —dijo Jasmine—, Barney se está comiendo la manta de picnic.

A Duncan le encantaba pasar los fines de semana en Lingalonga, un nombre que le hacía gracia y le aterrorizaba a la vez, pero al que se aferraba porque era el que le había puesto a la casa la anciana pareja que había sido su antigua propietaria y porque, como solía decir Duncan, «con la historia no se juega, Lulu».

A Willow Island se llegaba mediante un transbordador que cargaba con todo tipo de vehículos. Walter Prentice, su capitán, y sus hombres, vestidos todos con monos de trabajo, vociferaban palabras ininteligibles para guiar a los conductores por la rampa, con el cabello eternamente tieso por la brisa cargada de sal y cigarrillos liados en unas bocas que esbozaban sonrisas en cuanto veían llegar a Duncan.

—Buenos días, colega —le decían cuando salíamos todos del coche—. Otra vez de vuelta al mundo real, ¿no?

Duncan sonreía, estrechaba manos y se transformaba al instante en un viejo lobo de mar: «Se ha levantado el viento. Sopla del sudeste, ¿no?» o «¿Cómo vamos de caballa? Estaba pensando en salir con el joven Rhees para que probase la pesca al curricán».

—Estos tipos sí que se lo han montado bien —me comentó en una ocasión—; trabajan en el exterior, respiran aire limpio, no tienen preocupaciones, ni índices de audiencia, ni exesposas locas, ni acosadores telefónicos.

—Ni palco reservado en el críquet, ni contacto personal y directo con el despacho del primer ministro, ni fans que los adoren y les supliquen que les hagan cosquillas con unas famosas amígdalas de platino... Durarías una semana, Duncan —le dije, riendo—. Como máximo.

Luego subíamos los inestables peldaños de acero de la barcaza para visitar la cafetería que estaba colgada, como un nido de águilas, en la parte más elevada de la embarcación, nos acomodábamos en un cubículo y pedíamos refrescos, chocolate

caliente y algo para Barney, que se instalaba debajo de la mesa. Duncan miraba por la ventana manchada de sal y decía:

—Allá vamos, niños, zarpamos hacia el paraíso.

—Siempre repites lo mismo, papá —le reprendió Jasmine durante una travesía en la que el viento soplaba con tanta fuerza que parecía que empujara la barcaza por el agua.

—Porque es verdad, Jazzy —replicó Duncan.

Pero, cuando le dije a Duncan que me aburría, prescindió de Lingalonga durante dos semanas, lo arregló todo para que sus esposas lo sustituyeran y durante quince días se convirtió en mi escolta en fiestas, bailes, subastas de beneficencia, inauguraciones de galerías de arte y conciertos, para luego volver a nuestro trabajo en el estudio, agotados.

—Tallulah —me comentó una mañana cuando pasó a recogerme después de haberme depositado en un taxi hacía tan solo dos horas—, creo que no podré seguir haciendo esto mucho más tiempo.

—Pero si dijiste que tenía que salir por ahí y conocer gente, dijiste que me había hecho vieja antes de tiempo, dijiste textualmente, si no recuerdo mal, que tenía que rascarme allí donde me escocía antes de que olvidara por completo dónde era.

—Lo sé —reconoció, apesadumbrado—, pero esto me está matando.

La verdad es que también esto estaba acabando conmigo, pero me divertía ver a Duncan retorcerse de incomodidad cada vez que la gente lo atacaba y le decía: «Duncan McAllister, viejo zorro, ¿dónde te habías metido?», «¡No me digas que sigues vivo, McAllister!, ¿con qué esposa estamos ahora?», «¡Oooh, señor McAllister, es usted muchísimo más guapo en persona que por la radio!», «Mi esposa y yo nunca nos perdemos su programa, señor McAllister, ¿verdad, Diana?», encuentros con los que Duncan disfrutaba y que aborrecía a la vez. Una noche en que asistimos a un cóctel de inauguración de una galería de arte, después de que Duncan insistiera mucho en que teníamos que ir —«Muchos personajes artísticos, Lulu, podrías conocer a algún tipo “vigoroso”»—, estaba observándolo tranquilamente desde un rincón cuando me abordó un hombre.

—Hola —me dijo, apoyando la espalda en la pared, como yo—, ¿te importa si comparto esta pared contigo? No encuentro ningún sitio donde sentarme, en estas cosas nunca lo hay.

—No, no, en absoluto —respondí, mirándolo: ojos azules, pelo corto rubio y ondulado, camisa de cuadros sin corbata, pantalones azul marino. Me pregunté si podría definirse como «vigoroso».

—Me llamo Ben Moreton —dijo, tendiéndome la mano.

—Lulu de Longland —dije, aceptándola.

—Un nombre estupendo.

—Gracias.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó.

No era «vigoroso», decidí.

—He venido con mi jefe —respondí—. Aún no sé muy bien por qué.

Ben Moreton sonrió.

—Yo con un colega —dijo—. Tampoco sé muy bien por qué.

No era «vigoroso», pero sí agradable.

Nos quedamos contemplando la fiesta, viendo cómo un estallido de risas y una oleada de agitaciones de hombros emanaban del grupo donde el rey Amígdalas de Platino concedía audiencia.

—¿No es ese el tipo de la radio, Duncan McAllister? —preguntó Ben—. No lo soporto, ¿y tú? Es tan..., no sé, previsible.

—Pues es mi jefe —le contesté, sonriendo.

—Ay, Dios, lo siento. Realmente no sé por qué me ha dado por decir eso, ni siquiera lo conozco, supongo que esto le pasa a menudo.

—No te preocupes. Duncan es de esa clase de personas que odias o adoras.

—Y tú ¿qué sientes por él?

—Lo adoro —contesté, observando cómo Duncan lanzaba anillos de humo por la habitación e introducía un dedo por ellos.

—Entonces retiro hasta la última palabra que he dicho sobre él, Lulu de Longland.

No era «vigoroso», pero sí muy, muy agradable.

Luego, cuando Duncan, Ben y yo nos disponíamos a salir para ir hacia su coche —el colega de Ben se había marchado hacía rato, pero Ben se había quedado y se había ofrecido a acompañarnos a casa en coche—, vimos que había alboroto en la puerta de la galería: Annie Andrews llegaba justo cuando nosotros salíamos.

—¡Polla de Platino! —exclamó Annie, con el pelo más canoso, con la raya de kohl tal vez algo más gruesa, con un perfume quizá un poco más empalagoso, pero Annie, sin lugar a dudas.

No había vuelto a verla desde el día en que salí corriendo de su casa, excepto en una ocasión, por la tele, cuando en 1985 recibió el premio Archibald por su «crudo, íntimo y cautivador retrato de Fergus Andrews, director de documentales y cuñado de la artista». Y ahora allí estaba, justo delante de mí, con los ojos abiertos de par en par al darse cuenta de quién tenía enfrente.

—Tallulah —afirmó—, no tienes ni idea de cuánto te hemos echado todos de menos.

Annie, borracha, me agarró con sus manos enjoyadas.

Y yo no veía otra cosa que aquellas manos tirando de mí para llevarme de nuevo a un lugar donde no quería ir, y la boca morada de Annie diciendo: «Es asombroso, es asombroso, Annabelle estará encantada cuando le diga que te he visto», hasta que Ben consiguió de algún modo interponerse entre las dos, cerró la puerta y nos sacó a Duncan y a mí de allí.

—Es hora de irse, creo —anunció.

—Eres nuestro héroe —comentó Duncan, sonriendo como un tonto, y se dejó caer en brazos de Ben.

—Muy bien —dijo—, llevemos primero a casa al viejo Polla de Platino.

Reí.

—Y luego tal vez puedas contarme quién era esa mujer, o no, o quizá lo hagas cuando estés en condiciones.

Muy, muy, muy agradable.

Ben trabajaba en una empresa de calzado propiedad de su familia, Moreton's Shoes —«Mantenemos Australia en pie desde 1967»—, en el departamento de importación, lo que implicaba que tenía que viajar a Asia con frecuencia y que, cuando me fui a vivir con él, justo doce meses después de aquel encuentro, yo había acumulado una colección de zapatos escandalosamente enorme.

«Es una suerte que tengas los pies tan pequeños, Lulu —me decía, besándome los dedos de los pies—. Te sientan bien muchísimos estilos». Me encantaba que Ben me besara los dedos de los pies, pero no que me dijera: «Te sientan bien muchísimos estilos», al igual que me desagradaba que explicara a la gente que entre su familia, que mantenía Australia en pie, y la mía, que desatascaba hasta alcanzar la excelencia, cubríamos los principales intereses de la nación; al igual que tampoco me gustaba que me llamara al trabajo en pleno programa para preguntarme cosas como: «¿Sigues en pie lo de ir a casa de Tony y Kate el sábado por la noche?».

—Vale —contestaba yo, sin apartar la vista de las luces que indicaban la entrada de llamadas—, a las seis y media.

—Estupendo —decía él—, estupendo. ¿Tenemos que llevar alguna cosa? Podría preparar aquella ensalada de rúcula y queso feta, si quieres.
—Perfecto —le decía—. Y ahora tengo que dejarte, de verdad.
—De acuerdo, Lulu, y siento haberte interrumpido, nos vemos luego en casa.
—¿Ensalada de rúcula y queso feta? —retumbaba la voz de Duncan en mis auriculares—, eso parece sacado del show de Maggie Tabberer.
—Calla, Duncan —decía yo—, y deja de escuchar mis llamadas.
—En realidad son mis llamadas, Lulu —replicaba él—. ¿Recuerdas que el programa se llama *Mañanas con McAllister*? ¡Lo que tienes que hacer es responder al teléfono pormoi!
—De acuerdo.
Y le pasaba la llamada de Peter, el cartero loco de Hobart, para castigarlo.

Cuando nos conocimos, Ben tenía veintinueve años y yo, veintitrés, pero él seguía conservando sus mejillas de bebé y, cuando iba con traje, parecía un colegial con uniforme y era, además, un vendedor de zapatos excelente al que las mujeres parecían incapaces de resistirse en cuanto ponían los pies en sus manos.

Su padre, Jeremy, era igual que él, a excepción de algunas canas en las sienes. Era un hombre callado y recio que trabajaba duro, jugaba al tenis dos tardes a la semana y escribía a los periódicos concienzudas cartas sobre las tasas de importación.

Jeremy Moreton me encantaba, al igual que Fiona, la madre de Ben, una mujer muy rubia con una estupenda colección de zapatos que cada tarde a las cinco se tomaba un whisky con soda.

Ben tenía tres hermanas mayores —Maria, Gwen y Lois— que lo adoraban, que siempre se habían mostrado algo recelosas con sus novias, y que cuando había alguna reunión familiar revoloteaban a mi alrededor y me formulaban preguntas como: «¿Qué crees que deberíamos comprarle a Ben este año por su cumpleaños?», para ver si conocía la respuesta.

Pero me gustaban, sobre todo Maria, que era una amante de los animales y que, a pesar de su linaje familiar, se negaba en rotundo a utilizar prendas de piel. Creo que yo también agradaba a las chicas Moreton, puesto que aceptaban la integración de mi persona con la de su hermano.

Integración.

Y así eran las cosas entre Ben y yo: después de la noche en que nos conocimos y de la visita que me hizo al día siguiente para ver qué tal estaba Duncan y preguntarme si quería ir a comer con él, nuestras vidas se fusionaron limpiamente y sin complicaciones.

Salíamos a cenar juntos, empezó a venir a nadar conmigo una noche por semana, me enviaba postales graciosas si estaba de viaje de negocios y, cuando me pidió que fuera a vivir con él, lo hice, y mi mobiliario encajó a la perfección en todos los espacios vacíos de su apartamento.

Me marchaba a trabajar y Ben seguía durmiendo, llegaba a casa unas horas antes que él y eso me daba un buen rato solo para mí antes de cenar juntos. Me acostaba temprano y dejaba a Ben deambulando por el apartamento sin hacer ruido para no despertarme.

Entre una y otra cosa, hacíamos el amor sin problemas, sin prisas. No de un modo que pudiera calificarse de «vigoroso», pero sí agradable.

A veces, sin embargo, cuando Ben me arrojaba en la cama y me daba un beso en la frente acompañado por un «Dulces sueños, Lulu», yo cerraba los ojos y otro hombre me susurraba: «Hola, Tallulah-Lulu», y conocía hasta el último centímetro de su piel.

El trabajo de Ben lo llevaba a Asia cada pocas semanas, tiempo que yo pasaba dividida entre echarlo de menos y no, entre sentirme culpable por ello y no.

Trabajar con Duncan era como ser la madre de un joven grandullón, y tanto Ben como Duncan eran capaces de enfurruñarse como adolescentes si creían que estaba dedicándole más atención al uno que al otro.

Cuando Ben estaba en Asia, o Duncan en Lingalunga, podía pasar más tiempo con Simone o Stella, o charlar más por teléfono con Harry y con Rose, conversaciones durante las cuales Harry me pasaba disimuladamente información sobre el estado de salud de Rose.

«Bien —decía sin levantar la voz—, saliendo un poco más al jardín, estuvo en casa de los Delaney en la fiesta de cumpleaños de su hija, fue con todas las chicas a hacer una caminata...».

Los informes de Harry, que eran como mensajes en Morse remitidos desde casa, me tranquilizaban pero, con todo y con eso, necesitaba ir a visitar a Rose cada pocas semanas para comprobar por mí misma la situación.

Mattie y Sam estaban cada vez más mayores y rondaban poco por casa; a punto de cumplir los dieciocho y en su último año de bachillerato, sus extremidades parecían ramas gigantescas que sobresalían de las articulaciones.

«Hola, Hallabalulu —decían, bajando acelerados la escalera—, nos vemos luego en la cena», y cerraban con fuerza la puerta mosquitera con la bolsa de deporte colgada al hombro, de camino al fútbol, al remo o al rugby, donde la gente no se cansaba de repetir: «Son los gemelos De Longland, son buenísimos», y mi corazón se llenaba de orgullo, como el de una madre, cuando escuchaba esas palabras.

Si la enfermedad de Rose los había afectado de alguna manera, no lo demostraban, tal y como Harry y yo habíamos confiado en que sucedería. Habíamos trabajado como un equipo, los habíamos protegido desde pequeños de los peores episodios depresivos de Rose; Harry y yo siempre habíamos resguardado sus cabezas con un par de sombrillas gemelas.

Los días Doris, los habíamos enviado a casa de sus amigos, o a colonias de fin de semana, o los habíamos encerrado arriba en su habitación para distraerlos con la última entrega de Zac McCain y su gigantesco cerebro.

Les encantaban aquellos libros sobre un niño con un cerebro enorme donde cabían todo tipo de cosas: puertas ocultas hacia otros mundos, contraseñas secretas, recetas de comidas asquerosas como pastel de moscarda y lamington, listas de chicas del colegio que debían serEVITADASATODACOSTA, en mayúsculas. Cada portal del cerebro gigantesco de Zac McCain tenía una clave secreta que Mattie y Sam descubrían con facilidad y se morían siempre de la risa con mis intentos de averiguarla.

—Es fácil, Lulu —decía Sam, dando brincos sobre la cama como si fuese un pogo saltarín—, coges simplemente el tercer número y lo sumas al de la última letra y luego lo multiplicas por el primer número del nombre de Zac.

—¿Qué? —decía yo, entrecerrando los ojos para intentar capturar todos los números—. Todo eso os lo estáis inventando.

—No nos inventamos nada —replicaban a coro, clavándome los dedos en las costillas y envolviéndome con sus piernas llenas de arañazos y tiritas para tumbarme en la cama—, eres tú que no sabes.

—Seguramente es porque eres chica —añadía Mattie—, y por eso no tienes un cerebro tan grande como el de Zac McCain.

Me escabullía de los dos preguntándome qué tal le iría a Harry abajo en la cocina y con el deseo de tener un cerebro como el de Zac McCain que me permitiera comprender cómo podía ayudar a mi madre.

Pero, por muy mayores que fueran ya mis hermanos, y a pesar de que Rose transmitía la sensación de estar más fuerte, iba a visitarlos cada pocas semanas, solo para asegurarme.

—¿Puedo librar el lunes que viene, Duncan? —le pregunté una mañana de camino al trabajo después de que Ben se marchara a Tailandia en un viaje de negocios de dos semanas—. He preparado ya todas las entrevistas, tienes cuatro grabaciones hechas y el tío de «¿Cuánto vale tu coche?» viene justo ese día, de modo que no me necesitas, y Suzanne dijo además que podía encargarse de gestionar las llamadas en directo.

—Suzanne no —replicó con petulancia—. Es lesbiana, y sabes que todas las lesbianas me odian.

—No todas, Duncan —dije—, y permite que te recuerde que el simple hecho de no querer acostarse contigo no convierte a una mujer en lesbiana, ¿entendido? Suzanne no es lesbiana, y, si lo fuera, no tendría por qué influir sobre su capacidad de gestionar las llamadas. Bueno, ¿puedo librar el lunes o no?

—Solo si puedo ir contigo.

—¿Qué?

—Quiero ir contigo a tu casa, Lulu —dijo—, ver ese pequeño Sleepy Hollow, quiero sentarme en el mostrador y pedir un vaso de leche malteada en ese supermercado de White...

—De Snow.

—De Snow, de White, da igual. Quiero columpiarme en el porche, acercarme a las verjas de tu colegio, ver de dónde vienes, Tallulah. —Me miró fijamente—. Yo también necesito un día libre y, de verdad, quiero y necesito alejarme de Kimmy.

—¿Qué ha pasado, Duncan?

—Una pequeña indiscreción en los premios de la radio, el jueves por la noche.

Suspiré y pensé, no por primera vez, que cuando Duncan McAllister se liberara por fin del torbellino de la vida las palabras que tendrían que figurar en su lápida deberían ser: «NOPUODOEVITARLO».

—De acuerdo —acepté—, puedes venir, pero solo si permaneces todo el rato en algún lugar donde pueda verte.

—Te muestras muy posesiva conmigo, Tallulah —dijo, y apagó el motor del coche—, no sé si esto es muy sano en una mujer tan joven como tú.

Unos días más tarde, de camino a mi casa en compañía de Duncan, Jarrod, Jasmine y Barney a bordo de la sauna sobre ruedas de Duncan, miré un momento por el espejo retrovisor hacia el asiento de atrás y vi que los dos niños estaban repantigados encima del perro gigante.

—Dormidos como un tronco —le dije a Duncan.

—Angelitos —replicó él—. Confiamos en que Barney no se los coma. —Se movió un poco incómodo en su asiento—. Gracias por dejarnos venir, Lulu, sé que, con todos nosotros aquí, probablemente no va a ser el fin de semana que tenías en mente, pero Karen no está y Kimmy comienza a plantearse eso que empieza por «L».

—No me digas que la has convertido en lesbiana.

—No me refiero a lesbiana. Sino a litigio.

Meneé la cabeza con preocupación, observé el efecto del calor sobre el asfalto y ahuyenté una mosca para que se fuera por la ventanilla.

Seguimos el recorrido en silencio, con la radio del coche apagada porque a Duncan no le gustaba escuchar en antena a nadie que no fuera a él. «No tiene ningún sentido —decía—, lo único que consiguen es que me regocije indecorosamente».

Sintonizábamos, pues, los dulces sonidos de los ronquidos de Barney y de alguna que otra palabra ininteligible que salía de vez en cuando de la boca de Jasmine.

El calor se había apoderado del coche y durante el resto del viaje redujo la conversación a perezosos retazos que no iban a ningún lugar en concreto.

A medida que fuimos acercándonos a casa, me dediqué a describir mis lugares conocidos a Jazzy y a Jarrod, que se habían despertado y tenían la cabeza asomada por sus respectivas ventanillas.

—Allí es donde iba al colegio de pequeña —dije—. ¡Y esa es la piscina donde aprendí a nadar! ¡Y allí estudié bachillerato, en el St. Rita's!

—Y ese es el estadio donde me follé a todo el equipo de fútbol —comentó Duncan para sus adentros.

No le hice ni caso.

—Y esta es mi calle... ¡y allí está mi madre! —exclamé, saludando con la mano a Rose, que estaba en el camino de acceso a la casa vestida con Kitty y sonriendo.

Duncan detuvo el coche y saltó al exterior sin que ni siquiera me diera tiempo a quitarme el cinturón.

—Hola, hola, usted debe de ser Rose, quién si no podría oler de un modo tan dulce —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja y estrujándola entre sus brazos.

«Afloja un poco —pensé—, afloja, Duncan, eres demasiado grande, eres demasiado para ella».

Pero Rose se reía, tocándose el pelo con coquetería, ronroneando, prácticamente, dentro de Kitty.

Me di cuenta, sorprendida, y para utilizar una expresión de la industria de la radio, que Rose acababa de ser «McAllisterizada».

—¡Y Harry! —Duncan estaba radiante—. Déjenme que le estreche la mano al hombre que ha devuelto la excelencia a la fontanería. Y, ahora, permítanme que les presente a Jasmine y a Jarrod, dos de los más exquisitos frutos de mi entropierna, y a Barney, que es posible que esté comiéndose los aspersores del riego automático mientras nosotros hablamos.

Nos volvimos todos para mirar a Barney y empezaba a decir alguna cosa cuando me di cuenta de que todo el mundo se disponía a entrar en casa y de que tenía a mis pies las maletas de Duncan.

—Vamos, Lulu —me dijo desde la puerta—. ¡Rose ha preparado ponche de frutas!

En cuanto Jasmine y Jarrod subieron a la habitación de invitados, donde empezaron a colorear con los rotuladores que Rose les había comprado, tumbados boca abajo en las camas con los pies colgando —con colchas nuevas en ambas, vi, mariposas para Jazzy y naves espaciales para Jarrod—, y Duncan y Harry fueron despachados al jardín con cervezas frías y un plato de queso, y Barney se perdió por algún rincón de debajo de la casa para devorar sus cimientos, me senté con Rose en la cocina mientras ella se ocupaba del cordero que tenía en el horno.

—Te he reservado la pierna —comentó con una sonrisa—. Que no se enteren los hombres.

—Rose —dije—, te has tomado muchas molestias.

—Me encanta —replicó simplemente.

—Lo sé —afirmé, y añadí—: Te veo estupenda, Rose.

—Y así me siento.

—¿De verdad?

—De verdad. —Sonrió—. Tienes que dejar de preocuparte, Lulu. De verdad que estoy mucho mejor.

—¿Cuánto tiempo hace que estás buena?

Sonrió, con un brillo intenso en los ojos; me encantaba cuando Rose tenía aquel brillo.

—Con referencia a tu pregunta, ¿no crees que sería mejor preguntar cuánto tiempo hace que estoy bien?

—De acuerdo, ¿cuánto tiempo hace que estás bien?

—Catorce semanas y media.

—Eso es magnífico, Rose.

—Bien —dijo, pasándome la pierna para que pudiera mordisquearla.

Aquella noche nos sentamos a la mesa a cenar, codo con codo, y mis dedos, como siempre, corrieron a buscar las dos «A» grabadas debajo, a recorrerlas de principio a fin, y me pregunté, una vez más, qué habría sido de la chica que las dejó allí impresas. Durante el viaje, mientras les mostraba a Jasmine y a Jarrod los lugares destacados de mi infancia, la había visto por todas partes: saliendo del colegio, atrapada entre el torrente de alumnas, sumergiendo la cabeza bajo la ducha de la piscina, de pie en un rincón con el gorro hasta las orejas. La había visto a mi lado en la casa del árbol, asomándose por la ventana y arrojándole a Frank notas que salían volando por los aires —«HAZNOSLLEGARLIMONADAYA,PORFAVOR»—, subiendo provisiones en la cesta sujeta a una cuerda que Frank nos había preparado. La había visto en la puerta de casa, quitándose el sombrero del colegio para enseñarme el cabello que acababa de teñirse de color negro azabache; la había visto agitando los brazos para arremeter contra Stacey Ryan: «Haré que te metas la lengua por el culo hasta que te quede bien limpio».

Sonreí y miré por la ventana de la cocina, busqué a Annabelle en la calle donde nos habíamos criado, siempre un paso por delante de mí, girándose para reír por alguna cosa que ambas compartíamos.

Josh también estaba, había levantado la vista cuando pasamos por delante del supermercado de Snow, lo había visto pedaleando en la bici Ladbroke Hill arriba, con el sudor dibujándole una V en la espalda; luego sentado en el murete delante del St. Rita's, esperándome, balanceando las piernas, mientras la hermana Buenaventura le decía que se largara. Lo había visto con Sam y Mattie en el jardín de casa, con los chicos abalanzándose como olas sobre él y Josh dando tumbos por el césped, muerto de risa. Lo había visto en la puerta de casa: «Hola, señora De Longland. ¿Hay algo de comer?». Había visto su cara bajo la luz de la farola, inclinándose para besarme, y lo había oído susurrar: «Eres mi chica».

Se encontraban por dondequiera que mirara, pero no podía tocarlos, y solo tenía la certeza de que en su día habían estado sentados allí cuando recorría con el dedo sus iniciales grabadas —Josh había añadido la suya por Navidad— bajo la mesa de la cocina de mi madre.

Noté los ojos de Harry fijos en mí, instándome a que regresara a la conversación.

—Y bien, Duncan —dijo, mientras empezaba a trincar el cordero desde su puesto en la cabecera de la mesa—, ¿qué te trae a este rincón del mundo?

Duncan respondió con un interminable discurso acerca de las bondades de la vida en las ciudades pequeñas, aunque por las miradas que me lanzaba y por su manera de enarcar las cejas en un gesto de exagerada reflexión yo sabía que su visita escondía algo más que su manifiesto deseo de conocer Juniper Bay.

Luego, cuando todo el mundo se retiró y nos quedamos él y yo en el columpio del jardín apurando una copa de vino tinto, lo abordé directamente.

—A ver, Duncan ¿quieres contarme sinceramente por qué te has empeñado en venir aquí? —le pregunté.

—Por Annie Andrews.

Se me cortó la respiración.

No había vuelto a hablarle de Annie desde aquella noche en la fiesta de inauguración donde conocí a Ben, cuando ella me había sorprendido con su entrada triunfal, con sus lágrimas, y tampoco Duncan la había mencionado de nuevo, aunque había dado por supuesto que era porque no recordaba el encuentro. Yo seguía sin saber de qué se

conocían, aunque podía imaginármelo.

—¿Qué pasa con Annie Andrews?

Se inclinó hacia mí.

—La razón por la que estoy aquí, Tallulah, es porque me interesa averiguar qué te pasó en esta pequeña ciudad que llegó a convertirte en la persona aburrida que eras cuando te conocí... Sinceramente, pensé que estaba ante una amish.

—Oh, vamos, Duncan, seguro de que a estas alturas ya le habrás sonsacado a Simone toda la historia.

—Solo trozos sueltos, Lulu, retazos minúsculos. Simone solo me cuenta lo que quiere que yo sepa... Esa mujer me saca de quicio. Otra lesbiana, esa puta ciudad está llena de lesbianas con camisa de vaquero. Y, cuando en tu fiesta de cumpleaños intenté soltarle la lengua a tu amiga Stella aprovechando que estaba borracha, lo único que conseguí fue que pidiera otra copa de vino y rompiera a llorar. —Se inclinó aún más hacia mí—. Pero sé que es algo que tiene que ver con Annie Andrews y su familia —comentó, con los ojos entrecerrados—, un oscuro secreto que lleváis años encubriendo.

—No es tan terrible, Duncan —empecé a responder, pero me acalló acercándome un dedo a los labios.

—Tranquila, Lulu —dijo—. De todos modos, lo comprendí claramente aquella noche en que nos tropezamos con Annie y tú te quedaste paralizada y tuve que sacarte de allí.

—¿Que tú tuviste que sacarme de allí?

—Sí, y para que quede constancia, me gustaría que controlases un poco más lo que bebes cuando estamos en público... Pero, bueno, el caso es que lo entendí todo y que quiero que sepas que tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Qué secreto, Duncan?

Detuvo el columpio y me miró fijamente.

—El de que Annie Andrews —hizo una pausa para darle dramatismo, todo un Sherlock Holmes pero con mocasines— es tu madre.

Lo miré con los ojos abiertos como platos.

—Nacida fuera del matrimonio y abandonada prácticamente en la puerta de Harry y Rose, que por aquel entonces no tenían hijos, acabaste convirtiéndote en la mejor amiga de Annabelle, la hija legítima de Annie, y descubriste, años más tarde, que en realidad ella era tu hermanastra, y desde entonces has vivido siempre torturada por la pregunta de quién es tu verdadero padre.

Me quedé sin habla.

—Tranquila, cariño —dijo Duncan, intentando consolarme—, tu secreto está a salvo conmigo, yo también soy un cabrón, lo sabes bien.

—Un cabrón imbécil.

—¿Disculpa?

—Tú, que eres un cabrón imbécil, Duncan McAllister —dije, columpiándome de nuevo.

—¿No he acertado?

—Ni de lejos.

—¿Y entonces de qué se trata?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, claro.

—¿Por qué?

—Porque me importa.

—De acuerdo —dije, y se lo conté.

—¿Y esto es todo? —me preguntó, una media hora después.

—¿A qué te refieres con eso de si esto es todo?

—A que si esto es todo. Resulta que un adolescente con la cara llena de granos y con una erección permanente te rompió tu corazoncito de pueblo al largarse con tu mejor

amiga y no conseguisteis convertirlos en el rey y la reina del baile de fin de curso. ¿Es ese el terrible pasado que te había convertido en la mujer más aburrida de la tierra cuando te conocí? ¿Es ese tu gran secreto, el amor que no se atreve a decir tu nombre? Por Dios, Lulu, ¿y a quién no se le partió el corazón en el instituto? Mi primera novia me pegó la gonorrea y luego se largó con su profesor de autoescuela.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—La chica, la que se largó con el profesor.

—Chloe —contestó.

—Oh —dije.

—Con K.

Nos reímos tanto que casi nos caemos del columpio.

—Lo siento, Lulu —dijo después—. No debería haber menospreciado lo que me has contado, por patético que sea en realidad.

—No pasa nada —repuse—. De todos modos, tienes razón. Dejé que todo ese asunto se prolongara demasiado, lo hice mucho más grande de lo que en realidad era.

—No, no tengo razón —replicó—. Tal vez, si yo hubiera amado con tanta intensidad como tú, no estaría ahora rumbo a mi divorcio número cuatro.

Me dio unos golpecitos cariñosos en el brazo y se desplazó un poco más hacia mí.

—Ahora no pienses en eso, Duncan.

—No lo hago —dijo—, de hecho, es en lo que menos pienso en este momento.

Y, entonces, me rodeó con el brazo y me explicó el verdadero motivo por el que había venido.

El hombre de las amígdalas de platino tenía un cáncer de garganta.

Con tratamiento, radioterapia, quimioterapia y, tal vez, con cirugía, podían, según le habían dicho, ganar algo de tiempo, pero cuánto era difícil saberlo, y los cabrones de los médicos se negaban a darle una respuesta concreta.

Sea como fuere, dijo Duncan, lo más probable es que acabara perdiendo la voz, algo que para muchos, añadió con una sonrisa, no sería tan terrible.

Cuando tenía ocho años, Harry me llevó un día a una pista de squash y me golpeó sin querer en el pecho con aquella bola negra tan dura, caí al suelo y se me cortó la respiración.

Las palabras de Duncan tuvieron el mismo efecto, como si acabaran de darme con una pequeña esfera de caucho duro, con su huella abrasándome el pecho y las manos volando automáticamente hacia aquel punto.

Lo sentía, un golpe físico.

Desde el instante en que Duncan me lo confesó, empecé a sentir dolor por él; la impronta física de la sensación me sorprendió por completo, el sufrimiento físico de un corazón destrozado.

El lunes a última hora de la tarde, durante el viaje de vuelta a la ciudad después de un fin de semana de visita turística y de fingir que no conocía el secreto de Duncan, me costaba mirarlo, pensar en lo que él había denominado su «plan de acción».

—Ha llegado hora de poner orden —me había dicho aquella noche en el columpio—. De atar cabos sueltos, de cerrar asuntos pendientes, de reparar todo lo que esté roto.

—Me había mirado con los ojos vidriosos, no por las lágrimas, naturalmente, sino por el enorme puro que se estaba fumando—. Y esto te incluye a ti, Lulu.

—Yo no estoy hecha trizas —repliqué—. Ya te lo he dicho, ya he superado todo eso.

—No, no es verdad —dijo—, y por eso, cuando Annie me llamó hace poco para pedirme si podía encargarme de gestionar algún tipo de reunión, le dije que lo intentaría.

Me tapé la cara con las manos.

—Sé —aspiró con satisfacción el puro— que si no me estuviera muriendo me matarías.

—No quiero hablar con ella, Duncan, no quiero hablar con ninguno de ellos.

—Ya, pero sabes que debes hacerlo, Lulu, para echar el cierre.

—¿«Echar el cierre» dices?

—Sí, eso acabo de decir —confirmó, con un gesto de asentimiento—. Kimmy dice que necesitas hacerlo.

La neblina empezó a despejarse.

—Kimmy, ¿le has contado todo esto a Kimmy?

—Bueno, le comenté mi teoría sobre la hija ilegítima abandonada en la puerta de una casa. Creo que aposté por el caballo perdedor, ¿no te parece? Pero da igual, el caso es que debes hacerlo, Lulu. Si algo he aprendido en estas últimas semanas es que todo el mundo ha de tener una oportunidad para despedirse. Son precisamente las palabras que no pronunciamos, Lulu, no las que pronunciamos, las que perduran durante más tiempo.

Pero yo les había dicho adiós. A ambos.

A Annabelle le había dicho adiós en la casa del árbol.

Harry había entrado en mi habitación una semana después de que sorprendiera a Annabelle y a Josh en el río y me había comunicado que, a finales de mes, se marchaban los dos a Canadá, donde al parecer Fergus les había encontrado algún tipo de trabajo como colaboradores de uno de sus documentales.

—Lo siento, cariño —había dicho Harry, dándome unos golpecitos tranquilizadores en la rodilla desde el extremo de la cama, donde se había sentado y se rascaba sin cesar la nuca—. Sé que todo esto tiene que doler mucho, pero tal vez sea mejor que se vayan, que los pierdas de vista, que alejes toda esta porquería de tu cabeza.

Me había besado en la coronilla, había apagado la luz y había cerrado la puerta a sus espaldas, abandonándome a oscuras y presa del pánico.

Había tenido la sensación de que acababan de borrar me del mapa, de que todo lo que hiciera y dijera carecía ya de importancia, de que podía desaparecer en las sombras de mi habitación, literalmente, de que podía dejarme absorber en silencio por sus rincones. Tenía la sensación de que Annabelle se había apoderado de mi vida, de que se había metido en mi piel cuando yo no era consciente de ello y de que, si no iba con cuidado, nadie sabría jamás de la existencia de la otra chica que antes la ocupaba.

Aquella noche la pasé prácticamente en vela y, cuando amaneció, saqué el libro del cajón de la mesilla de noche, lo guardé en la mochila, me vestí y salí de casa.

Cogí la bicicleta y me dirigí a la casa del río, crucé el jardín corriendo con el corazón retumbando con fuerza en el interior de mi pecho y estirando el cuello para no perder de vista la ventana de la habitación de Annabelle y trepé por última vez hasta nuestro nido en lo alto de aquel árbol del mango.

Tomé el libro que le había escrito y lo dejé en un rincón.

Luego apreté la cara contra una de las ventanas que nos había construido Frank, la que tenía forma romboidal, y contemplé la casa del río, dormida aún.

—Yo estuve aquí —susurré a la luz de primera hora de la mañana, con la sensación de que todo se me escapaba de las manos—. No olvides nunca que yo estuve aquí.

Le había dicho adiós a Josh en la pista de patinaje.

Una semana antes de que Annabelle y él se marcharan, me llamó y me pidió que nos viéramos allí para poder hablar, dijo, en privado.

—¿Sin Annabelle? —le pregunté—. ¿Sin tu novia?

—No —me respondió—. No, por favor, Tallulah.

Y no insistí. Me limité a reunirme con él en la pista de patinaje, donde estaba esperándome vestido con la camisa verde de cuadros que le había regalado para su cumpleaños, pantalón vaquero, zapatillas deportivas, y con las puntas del cabello rozando el cuello y rizándose.

Me mordí el labio, con fuerza, hasta hacerme sangre, el sabor me llenó la boca.

—Me alegro de que hayas venido, Lulu.

Asentí, como una tonta.

—¿Te apetece patinar?

La luna se cernía sobre nosotros e iluminaba los peldaños donde estaba sentada, con la bolsa a mi lado, muda, inamovible bajo la luz.

—¿Quieres que te ponga los patines?

Abrió la cremallera de mi bolsa, sacó los patines, inclinó la cabeza y me agarró un pie.

—Lo siento mucho, Lulu —susurró.

Me descalzó, me puso los patines, me los ató y comprobó el nudo, me costaba soportar el contacto de sus manos en mis pies, su firme sujeción, su forma de ladearme el tobillo y atar el nudo con esmero con unas manos que conocía a la perfección, con el nudillo hinchado y las uñas mordidas, con el contacto de esas manos con la piel de Annabelle, que buscaban su cara cuando yo volvía la mía.

—Mírame, Lulu —dijo—. Mírame, por favor.

Pero solo podía contemplar mis patines blancos, mantener la cabeza inclinada hacia el suelo.

Josh me levantó la barbilla y se incorporó.

Me guio hacia la pista, me rodeó los hombros con el brazo y me dio la mano.

Empezamos a patinar, a dar vueltas en círculo, a balancearnos, como siempre hacíamos, el uno contra el otro, y, cuando aparecieron las lágrimas en mis ojos, me atrajo hacia él, me cogió la cara entre ambas manos y dijo otra vez: «Lo siento, Lulu», y supe entonces que se iría.

No había venido a la pista para decirme que todo había sido un error, una anomalía, que era a mí a quien quería, y no a Annabelle, que no iba a marcharse y que, en realidad, nunca había sido esa su intención.

Le miré y comprendí que ya se había marchado.

—Es complicado —decía—, es algo que sucedió, sé que es muy doloroso para ti...

Cerré los ojos y comprendí que era cierto aquello de que cuando el corazón se rompe puedes incluso oírlo.

—Pero te quiero, Tallulah-Lulu —añadió—, siempre te querré.

Se inclinó hacia mí.

—Eres mi chica —me susurró al oído.

Eso fue lo que Josh Keaton me aseguró cuando la luna se alzó en el cielo y sus lágrimas acompañaron a las mías la noche en que nos dijimos adiós.

Duncan paró el coche en el camino de acceso a mi casa.

—Ha sido un fin de semana estupendo —dijo—, gracias.

No habíamos vuelto a hablar sobre su cáncer desde aquella noche en el columpio, una noche que había terminado con los dos bajo la manta que Rose nos había bajado y con Duncan detallándome su plan de acción, que consistía básicamente en tener al corriente de la noticia al mínimo de gente posible.

—Quédese con nosotros, Rose —había dicho Duncan.

—No —había respondido ella—, creo que volveré a entrar en casa.

—Dios —comentó Duncan con un suspiro, acurrucándose a mi lado—, esto es como estar en Walton Mountain.

Durante el trayecto de vuelta a casa tampoco había hablado del tema; Jarrod y Jasmine estaban presentes y sus pequeños oídos no tenían necesidad de atender a cosas tan grandes.

De modo que escuchamos las cintas que Duncan fue metiendo y sacando del casete.

—Hola, soy Johnny Cash —había repetido Duncan una y otra vez, rebobinando la cinta hasta el inicio de la frase y sonriendo siempre que la pronunciaba.

Cualquier otro día se lo habría impedido, le habría cogido la cinta y la habría guardado en su estuche, pero aquel día le dejé hacer, puesto que no sabía cuántos días más le quedaban para seguir sacándome de quicio.

—Me alegro de que hayas venido —le dije cuando me acompañó hasta la puerta—. Aunque pienso que mi madre se ha enamorado un poco de ti.

—Es mujer, ¿no? —replicó, y entonces comprendí cómo se desarrollaría el juego, como si no me hubiera comentado nada de nada—. Hasta mañana —dijo, y regresó al coche.

Y, durante las semanas siguientes, todo volvió a la normalidad, al menos superficialmente, a una normalidad que parecía inmersa en cocaína. La enfermedad de Duncan no le llevó a bajar el ritmo, en absoluto; todo lo contrario, daba la impresión de que había decidido vivir en modo avance rápido y con el volumen a tope. Si era verdad que se iba, lo haría pataleando y gritando, acariciando y camelando a sus oyentes desde detrás del micrófono, con los mejores índices de audiencia de su carrera.

Durante los primeros días de calor del verano de 1990, nadie podía siquiera rozar a Duncan McAllister, que iba a un mínimo de cuatro puntos por encima de sus rivales más próximos, y nadie, excepto yo, sabía que era la muerte lo que le proporcionaba aquella audacia.

En directo, le dijo al primer ministro: «Tenga más pelotas, señor», puso en marcha una petición para deportar a la totalidad del equipo de críquet sudafricano por su «acento horroroso» y, en lo que calificó como el momento de mayor orgullo de su vida, fue nombrado «Hombre más sexy del año» por la revista *Who*. Apareció en portada vestido como un boxeador: albornoz con capucha, guantes rojos, proyectando un golpe cruzado como Frank Sinatra, y con un micrófono de platino colgado del techo y las palabras «El campeón» bordadas en sus pantalones de raso.

—¿A que soy sexy? —decía cada vez que miraba la portada—. Nunca llegaré a comprender, Lulu, cómo te lo haces para trabajar tan cerca de mí y no explotar; debes de tener la entropierna de titanio.

Pero, cuando las semanas dieron paso a los meses, su voz empezó a perder su característico timbre meloso y se volvió más ronca, su respiración, más trabajosa, y, de vez en cuando, su piel cobraba una alarmante tonalidad gris bajo la barba incipiente.

Solicitó, y le fue concedida, una semana laboral de tres días, cuando anunció en tono

belicoso a los directivos que quería más tiempo para ir a pescar, y ellos, desesperados por conservarlo, aceptaron. Accedieron asimismo a reducir mis días de trabajo en la emisora. Duncan me necesitaba, les dijo, «para poner el cebo en los anzuelos», cuando lo que en realidad hacía era esperar en la puerta del oncólogo, el doctor Patrick Stephenson, mientras Duncan se sometía a sesiones de radioterapia.

La cirugía había quedado descartada —a Duncan no le gustaban las apuestas— y cada vez que acudíamos a la consulta de Patrick seguíamos rutas distintas, ridículamente complicadas. Íbamos siempre cuando era la hora de comer de la recepcionista, o cuando sabíamos que se había ausentado para hacer algún recado, y, cuando por casualidad estaba, la mujer fingía no saber que Duncan McAllister era paciente de su jefe.

Debía de saberlo, naturalmente, mucha gente debía de saberlo, sobre todo a medida que fue pasando el tiempo y la voz de Duncan se volvió cada vez más ronca, pero, de un modo u otro, conseguimos pasar desapercibidos durante una buena temporada, hasta que los susurros acabaron transformándose en gritos.

Después de cada sesión de radioterapia, a Duncan se le inflamaba el cuello y le dolía, sus niveles de energía se desplomaban y necesitábamos todos y cada uno de los cuatro días libres de que disponía para prepararse para la siguiente ronda.

Pero conseguía recuperarse para las tres horas que duraba el programa y, solo si lo escuchabas con suma atención, lograbas detectar algún fallo en su voz.

No acudió a la fiesta de mi vigesimoquinto cumpleaños, pero envió, en cambio, un stripper masculino vestido de mensajero a un tranquilo restaurante de esos donde uno puede llevarse su propia botella de vino al que Ben, Simone y Stella me habían invitado.

—Entrega especial para Tallulah de Longland de parte de Duncan McAllister —anunció el stripper al irrumpir en el restaurante, sorprendiendo a todo el personal.

—¡Aquí! —gritó Simone, señalándome, mientras Stella se ruborizaba y Ben me cogía la mano por debajo de la mesa.

—No te preocupes —me dijo en voz baja, y añadió—: ¿Qué mal puede haber en esto? Mi repartidor personal se plantó entonces delante de mí, se quitó la camiseta y se señaló el pecho.

—Firme aquí, por favor —dijo.

Pulsó entonces el «play» en el reproductor de CD que llevaba y empezó a bailar *It's Raining Mensin* dejar de mirar a Ben durante toda la actuación, mientras este y Simone reían a carcajadas y Stella mantenía la vista clavada, hipnotizada, en su pecho.

Al día siguiente, cuando Duncan entró en el estudio con una sonrisa radiante, yo tenía una buena resaca.

—¿Qué tal fue el cumpleaños? —dijo—. ¿Te gustó mi envío especial?

—¿Te refieres a ese stripper gay que me mandaste? —pregunté—. Estuvo genial, me parece que Ben y él serán muy felices juntos.

—¿Qué? Eso no es lo que pedí. Bueno, da igual, tenemos cosas mucho más importantes que comentar. Como esta —dijo, mostrándome un sobre blanco que llevaba en la mano—. ¿Sabes qué es? —preguntó, acercándomelo tanto a la cara que podría haberlo abierto con los dientes.

—¿Una tarjeta de felicitación por mi cumpleaños? —pregunté.

Duncan negó con la cabeza.

—¿Una citación?

—Muy gracioso, Lulu, no, esto, querida mía, es tu billete para ir a un pueblo llamado «Echar el cierre».

—¿Un pueblo llamado «Echar el cierre»?

—Sí, no has estado nunca, por eso es posible que no hayas oído hablar de él, se llega pasando por la calle de «Hay que seguir adelante y dejar de ser la reina del drama».

Abrió el sobre, puso en mi mesa la tarjeta que apareció en su interior y se dirigió a la puerta de mi despacho.

—Tal vez nos veamos por allí si tienes suficiente valor para afrontarlo —dijo.

Cerró la puerta y miré la tarjeta blanca que había dejado sobre la mesa.

«*Embrujo*—decía—, una exposición de Frank Andrews». Y, en el borde de la tarjeta, dos niñas pintadas a lápiz, con las cabezas unidas, las facciones borrosas y su expresión invisible, pero con los brazos entrelazados,*parasiemternamente*.

No tenía ninguna intención de ir, a menos que Duncan me viniera con que su último deseo antes de morir era que asistiera —y entonces no me habría quedado otro remedio—, pero al final fue Harry quien me hizo cambiar de idea.

Frank y él se habían hecho amigos después de que aquel dejara por fin a su madre y se instalara de nuevo en la casa del río.

Annie se había marchado, las fallas provocadas por su romance con Fergus eran demasiado profundas como para poder ser pasadas por alto, y Annabelle se había ido hacía ya tiempo, lo que había dejado a Frank perdido entre las sombras que su esposa y su hija proyectaban todavía sobre las desordenadas estancias.

Qué silenciosa debía de parecerle esa casa cuando pisaba sus suelos, qué estruendosos sus pasos sin el tintineo de los brazaletes de Annie o las risas en la habitación de Annabelle derramándose como corcheas por el hueco de la escalera.

Escuchaba la radio en el estudio, donde bebía café instantáneo hecho con agua caliente directamente salida del grifo, se pasaba las horas pintando y solo salía de casa para comprar provisiones, y fue en el transcurso de una de aquellas salidas cuando coincidió con Harry.

Fue en una ferretería poco después de que yo abandonara la ciudad; Harry había ido a buscar tuberías para aguas pluviales y Frank a comprar alcohol metílico —«No te preocupes, colega, no es para mí», le había dicho a Harry en el mostrador—, y entre risas y chistes habían trabado amistad.

Después de aquel encuentro casual, Harry y Frank habían empezado a verse una vez por semana en el Uxbridge Arms —Harry para tomar una cerveza, Frank para la única copa de vino tinto que tenía permitida a la semana— y descubrieron que encajaban «como un par de abrigos viejos», según palabras de Harry.

Cuando llevaban varias semanas viéndose, Harry me llamó para preguntarme si me parecía mal.

—No hablamos ni sobre ti, ni sobre Josh, ni sobre Annabelle, Lulu —me aseguró—, todo eso pertenece al pasado, pero, de todos modos, quería preguntarte si te molestaba.

—No, Harry —le dije con sinceridad.

Harry había dedicado su vida a desatascarlo todo hasta alcanzar la excelencia y a cuidar de nosotros, y nunca había sido de esos hombres que se quedan tomando copas con los colegas al salir del trabajo.

Me gustaba, por tanto, que Frank y él se hubieran encontrado entre taladros manuales y pistolas de encolar, aunque a veces me preguntaba qué pensarían de ellos los camareros del Uxbridge Arms: Harry con su mono King Gee y sus botas de trabajo, Frank con su camiseta de tirantes salpicada de pintura y su gorra de marinero.

En una ocasión le pregunté a Harry qué se decían y me contó que a veces hablaban poco, que se limitaban a pasar el rato sentados y a «dejar que la jornada tocara a su fin». Otras veces, me dijo, hablaban sobre las pinturas de Frank. Un día Frank le comentó: «No consigo sacar bien el negro». Y Harry le preguntó: «¿Qué quieres decir con eso de que no consigues sacar bien el negro? El negro es negro, ¿no?», a lo que Frank le respondió: «No, colega, hay distintos tipos de negro». Y Harry pensó en Rose

y comprendió qué intentaba decirle.

Harry me había llamado unos días después de que Duncan me diera la invitación para asistir a *Embrujoy* me preguntó si querría ir con él.

A él le apetecía ir, me contó, dijo que quería hacerlo por Frank y porque era en Bloom, la galería de arte de la ciudad, lo que significaba que no tendría que dejar a Rose sola durante mucho tiempo. Pese a que Rose estaba bien, nunca sabíamos cuándo la depresión podía asomar la cabeza por la puerta y anunciar su llegada con un vestido amorfo de color beis y un ataque maratoniano de bizcochos al horno. Empezaría, simplemente, y terminaría un tiempo después, y, entre medias, Harry estaría pendiente. Esta vez, aunque Rose estaba en medio de una larga racha de días buenos, no se encontraba tan bien como para meterse en una sala repleta de gente; decidió, pues, preparar un bizcocho con pasas para que lo lleváramos de su parte.

—No me hagas ir allí solo cargado con un bizcocho, Lulu, por favor —me dijo Harry con una sonrisa.

—No sé, Harry... ¿Quién va?

—Todo el mundo —respondió—, todo el cotarro.

—No sé —repetí—. No estoy preparada, no creo.

—Nunca lo estamos, cariño —replicó—, pero seguramente ya va siendo hora.

El día en que Harry me invitó, volví a casa y, durante la cena, le conté a Ben lo de la exposición.

—¿Y cómo te sientes, Lulu? —me preguntó.

Ben sabía lo de Josh y Annabelle. Cuando empezamos a salir, habíamos intercambiado versiones editadas de nuestras anteriores relaciones, y las de Ben consistían, en su mayoría, en chicas que sus hermanas le habían puesto prácticamente delante.

—Ninguna en serio —me había dicho—, hasta que te encontré.

Le había dicho que desde que pasó lo de Josh y Annabelle había tenido varias relaciones sin importancia, algo que, naturalmente, no era en absoluto cierto, ¿pero cómo le explicas a alguien que te has quedado congelada en el tiempo desde que acabaste el bachillerato? Incluso a mí me parecía ridículo.

Sirvió el vino.

—Me siento bien —le respondí—. Un poco nerviosa, como si fuera a ir a una reunión de antiguos alumnos del colegio, imagino.

Ben me sonrió.

—Todo irá bien —dijo—, y yo estaré allí, y tu padre, y el bizcocho de pasas de Rose.

Le devolví la sonrisa.

—Que es, supongo, la única razón por la que quieres ir —comenté en broma.

—No, no lo es —replicó, sorprendiéndome al levantarse, acercarse a mi lado de la mesa y darme un beso en el cuello—. Tengo que proteger a mi mujer.

Aquella noche, cuando Ben salió a correr, me quedé delante del espejo de cuerpo entero y ensayé comportarme con normalidad.

No, con normalidad no, con indiferencia.

—Oh, hola Annabelle, hola Josh.

No.

—Hola Josh, hola Annabelle.

—¡Anda, vosotros dos!

«¿Anda, vosotros dos?»

«¿Pero qué demonios me pasa?»

—Annabelle, Josh, qué alegría veros.

Mejor.

—Cuánto tiempo, ¿verdad? Estoy al corriente de vuestros viajes. Ben y yo, de hecho, estamos suscritos a *Gourmet Traveller*.

¿Ben y yo suscritos a *Gourmet Traveller*?

Era evidente que necesitaba la ayuda de un profesional.

Duncan estaba sentado detrás de su mesa, en el estudio, con un montón de periódicos esparcidos delante de él.

—Voy a ir —le dije, sin necesidad de explicarle dónde—. Harry también asistirá y necesita que lo acompañe. Y Ben también viene.

Duncan levantó la vista por encima de las gafas de lectura y sonrió.

—Y yo también, de modo que tendrás un batallón entero de tíos para protegerte de los malvados, un auténtico ejército. Tal vez deberíamos acudir con unas ristras de ajo colgadas al cuello...

—No sigas, Duncan—añadí—, la verdad es que estoy un poco nerviosa.

Asintió y se quedó a la espera.

—El caso es que no sé qué decir cuando los vea..., no tengo nada que decirles. Se han pasado los últimos ocho años viajando por todo lo largo y ancho del planeta, ganando un montón de putos premios y viendo mundo, y yo me he quedado aquí estancada.

—Conmigo.

—Oh, Duncan, lo siento. No lo decía por esto.

—Ya lo sé, Tallulah, pero la verdad es que últimamente no te has despegado ni de mí, ni de Barney, ni de todos mis hijos, ni de mis exmujeres. Luego, además, está tu padre, tu madre, tus amigas y Ben, todos los cuales, querida mía, estarían tremendamente perdidos sin ti.

—Duncan...

—No me hagas callar, que estoy inspirado. Y, además, por si acaso lo has olvidado, estoy muriéndome, y a los enfermos terminales no hay que interrumpirlos. —Me sonrió con aquella sonrisa vidriosa tan suya—. Y, ahora, como iba diciendo, te has quedado estancada aquí para dedicarte a lo tuyo que consiste, evidentemente, en procurar que todos sigamos sanos y no nos metan en la cárcel, en preocuparte por mí, en quitarle de la boca a Barney cualquier cosa rara que decida comerse, en hacer de canguro de los hijos de Stella, en dormir en casa de Simone cuando alguna novia tortillera la abandona, en poner orden a los negocios de tu padre, en planchar los vestidos de loca de tu madre, en intentar que Ben se vuelva un hombre más «vigoroso...».

Le sonreí.

—¿Y a quién le importa? ¿A quién le importa dónde hayan estado Annabelle y Josh? ¿A quién le importa si han escalado los Andes o han navegado por la costa amalfitana en un velero de mierda? Cualquiera puede subirse a uno, Lulu, basta con comprar el billete. Hay miles de personas navegando por los mares, pero como tú no hay tantas. Tú eres la que se queda en tierra y nos ilumina para que regresemos sanos y salvos.

—Cogió un periódico y fingió que se ponía a leerlo—. Así pues, que les den —sentenció.

Embrujo había despertado gran expectación en los círculos artísticos: el regreso de Frank Andrews con una muestra importante después de un periodo de sequía de casi siete años tenía a críticos y coleccionistas esperando su vuelta al redil con los brazos abiertos y, se rumoreaba, con los bolsillos bien cargados.

Pocos días después de que los sobres blancos llegaran a diversos buzones de la ciudad, la gente empezó a decir que *Embrujo*—treinta y seis pinturas y dibujos— era la mejor exposición de Frank hasta la fecha.

Todo el mundo se preguntaba también si Annie tendría agallas suficientes como para hacer acto de presencia el día de la inauguración.

Fergus se había olvidado de ella hacía ya mucho tiempo, Frank no había vuelto con ella y se decía que Christa estaba furiosa con Annie por haber enfrentado a sus hijos.

Pero yo intuía que Annie se presentaría, porque estaba casi segura de que el paso de los años no habría logrado cambiar una de las cosas que admiraba de ella.

«Me importa una mierda lo que la gente piense de mí, Tallulah —fue como si oyera de nuevo su voz en la casa del río, una tarde de tantas—, y a ti tampoco debería importarte. A nadie que se precie debería importarle».

Frank había decidido presentar *Embrujono* en una de las galerías más destacadas de la capital, como Rafferty's o Slater's, sino en nuestra pequeña ciudad, en Bloom, el espacio regentado por su amiga Laura Metcalfe.

La gente se quejó y refunfuñó —se encontraba demasiado lejos, ¿en qué estaría pensando Frank para obligarlos a realizar aquella excursión un sábado?—, pero asistiría todo el mundo, no me cabía duda, porque no era solo la obra de Frank lo que querían ver.

Querían asistir también al resto del espectáculo, el protagonizado por Christa, Frank, Fergus, Annie, Josh y Annabelle. «Podría vender entradas aparte solo para verlos a ellos», me dijo Laura Metcalfe unos días antes de la inauguración.

Duncan descansaba en Lingalonga y yo me había ido a casa la semana antes de la inauguración para comprobar qué tal estaba Rose; me tropecé con Laura justo delante de Bloom.

Conocía a Laura desde pequeña; Harry se había encargado de las obras de fontanería de la galería y Sam y Mattie habían ido al colegio con su hijo, Brett.

—Tallulah —me dijo con una sonrisa—, ¿qué tal estás, guapa?

—Muy bien, gracias, Laura —respondí—. ¿Y a ti qué tal te va todo?

—Mi vida es una locura —dijo, y me explicó que el teléfono no había dejado de sonar desde que mandara las invitaciones—. Es de locos —prosiguió—, normalmente tengo que suplicar a los periodicuchos locales para que hablen de mis inauguraciones, pero esta vez va a venir todo el mundo, todos los periódicos, algunos canales de televisión, y todos me preguntan lo mismo: que si vendrá Christa, que si acudirá Fergus. Lo que esperan es que haya pelea, evidentemente. —Soltó una carcajada—. Ya sabes..., que Fergus y Frank acaben rodando por el suelo, que Christa y Annie se peleen y se claven mutuamente las horquillas del pelo... —Y, a continuación, me comentó que le estaba tremendamente agradecida a Frank por haberle dado la posibilidad de organizar la exposición, en lugar de exhibir su obra en Slater's o Rafferty's, y añadió que imaginaba que las grandes salas estarían muy cabreadas por ello—. Pero ya sabes cómo es Frank, siempre al lado de los viejos amigos —sentenció, entrando en Bloom—. Y, naturalmente, no tengo ni la más puñetera idea de dónde voy a meter a tanta gente.

Hay una fotografía de Ben y mía de aquella noche que apareció en las páginas de sociedad de algún periódico y que Rose recortó y guardó en un álbum.

Ben lleva camisa blanca y corbata de color verde oliva, pantalón negro, el cabello casi rapado, recién cortado al dos con la excusa de que le resultaba más cómodo para viajar. Le daba un aspecto mucho más duro de lo que en realidad era y, con aquel gesto, enlazándose por la cintura, incluso parecía amenazador, cuando lo único que hacía, ahora me doy cuenta, era intentar salir airoso.

Yo estoy a su lado, con un vestido de escote cruzado en raso azul oscuro que me había confeccionado Rose, una flor de seda en el cabello y una sonrisa falsa animando mis sonrosadas mejillas. Llevo los ojos difuminados, los labios maquillados en rojo y el cabello suelto, liberado de su habitual coleta, para derramarse, ondulado, alrededor de la cara y más allá de los hombros. No me parezco en nada al tipo de chica que dejarías plantada junto al río.

—Estás fabulosa —me dijo aquella noche Ben en casa de Harry y Rose, donde nos habíamos instalado aquellos días.

—Gracias, aún no sé por qué voy a hacer esto.

—Yo tampoco —replicó él, sonriente—, pero si lo hacemos, hagámoslo ya de una vez y acabemos con el asunto.

Entramos en el coche y él extendió el brazo por encima del asiento para darme la mano.

—Puedes hacerlo, Lulu —dijo—. Puedes hacerlo con los ojos cerrados.

Habíamos quedado con Harry en la exposición; trabajaba los sábados y no sabía a qué hora terminaría.

Pasamos por delante de la galería y, al ver que ya había empezado a congregarse una auténtica multitud que fumaba y cotilleaba en el exterior, decidimos aparcar a un par de manzanas de distancia a fin de que el recorrido a pie me sirviera para respirar hondo un rato en el interior de mi vestido de raso.

Cuando llegamos, se había formado una cola, que Laura estaba mimando debidamente con la presencia de camareros que servían champán y cerveza mientras ella seguía dentro correteando de un lado a otro, reubicando cuadros que ya había reubicado después de reubicarlos una primera vez.

Junto a la muchedumbre esperaba un inquieto grupo de representantes de los medios de comunicación y, desde el lugar donde nos encontrábamos en aquel momento Ben y yo, vimos quién llegaba, un personaje iluminado por los flashes plateados de los fotógrafos.

Fergus Andrews fue el primero en aparecer, enfilando la calle con aire despreocupado y con su cámara colgada al cuello; estaba exactamente igual a como lo recordaba —«¿Qué será de los wahi-wahi?»—, pero, a medida que fue aproximándose, vi que la vida también le había dejado su huella.

Iba vestido como siempre, con un pantalón caqui y una camisa del mismo color con un montón de bolsillos complicados, cremalleras y rejillas —«El muy gilipollas sigue pensando que está en el Kalahari», oí que comentaba uno de los fotógrafos—, pero, a diferencia de antes, tenía la piel marcada por profundas arrugas y salpicada con manchas provocadas por la continuada exposición al sol.

Aunque no había perdido en absoluto sus andares chulescos y, cuando los fotógrafos volcaron sobre él sus ojos de cristal, levantó la cámara y empezó a dispararles mientras ellos lo hacían durante todo su recorrido por la escalera.

Retrocedí para dejarlo pasar justo en el momento en que Duncan salía de un taxi que acababa de detenerse en la puerta.

—Muy buenas, una noche maravillosa para Frank Andrews, ¿verdad? ¿O acaso estáis aquí por mí? ¿No? Qué lástima. Y bien, ¿quién ha llegado hasta el momento? ¿Christa? ¿No? ¿Y Annie? ¿Ha venido ya? Me pregunto si aparecerá con una «A» escarlata bordada en el vestido. —Y, entonces, al ver a Laura en la puerta, se aproximó a ella y dijo—: Lana, ¡cómo me alegro de verte, querida!

Unos minutos más tarde, y en una muestra de solidaridad hacia Frank, supuse, Christa y Annie hicieron acto de presencia juntas, sorprendentemente cogidas del brazo. Parecían dos joyas, pensé, observándolas desde la cola, Christa envuelta en un quimono verde esmeralda, con su mata de cabello blanco retirada de la cara en un moño tirante, y Annie, a su lado, vestida con un montón de capas. «Es mi look Sara Lee», solía decir entre risas, y aquella noche lucía un verdadero caos de mallas, túnicas, faldas, pañuelos y una chaqueta con cinturón ancho, estilo pirata, en diversas tonalidades moradas.

Las dos mujeres sonrieron a las cámaras y entraron corriendo a la galería. Oí que Christa respondía a las preguntas de un periodista diciendo: «¡Hoy es la noche de Frank!», y vi que Annie la seguía tímidamente, sin decir nada de nada, representando por una vez el papel de nuera obediente, por mucho que fuera exnuera, cuando en realidad —como descubriría más tarde— estaba desesperada por tomarse una copa.

Entonces apareció Frank seguido por Harry, cargado con el bizcocho de pasas de Rose en el interior de una caja metálica adornada con el dibujo de un gatito.

—¡Frank, Frank, aquí, Frank!

—¡Mira hacia aquí, Frank, justo a tu izquierda!

—Frank, Gary Clarke, del *Insight*, ¿cómo te sientes esta noche?

—Christa y Annie han llegado juntas, ¿podemos entender entonces que las relaciones familiares están distendiéndose?

—Frank, Pete Taylor, del *Bulletin*, ¿es cierto que la mitad de las obras expuestas aquí dentro están ya vendidas a la colección Flintoff?

—Frank, ¿podrías mirar hacia aquí? Lo siento, señor, ¿le importaría quitarse de en medio?

—Ningún problema.

Harry se retiró, claramente incómodo por encontrarse allí, molesto por verse en mitad de todo el revuelo.

Frank levantó la mano y silenció a la muchedumbre.

—Muchas gracias por haber venido. Es, como decís, una gran noche para mí y es también una noche que me alegro mucho de poder compartir con toda mi familia. Así que gracias de nuevo a todos.

Movió la cabeza para saludar y le indicó a Harry que lo siguiera escaleras arriba.

—¿Quién es ese vejete? —oí que decía Gary Clarke, del *Insight*, al pasar por mi lado.

—Ni idea —contestó Pete Taylor, del *Bulletin*—. No sé quién me ha dicho que es un fontanero.

—Vamos —dijo Ben—, entremos y vayamos con tu padre.

Asentí y lo seguí, y, al cruzar la puerta, me di cuenta, sorprendida, de que no me sentía aliviada, sino algo defraudada al ver que, al final, Josh y Annabelle habían decidido no asistir.

«Vaya —pensé, contemplando una vez más el precioso vestido de Rose y tocándome la flor que llevaba en el cabello, detrás de la oreja—, todo esto para nada».

Observé la sala y encontré a Harry plantado en medio, tieso como un palo y aferrado a su caja metálica.

—No, para nada, no —murmuré con una sonrisa mientras Ben y yo nos abríamos paso hacia él, un largo y complicado viaje entre brazos, codos, hombros y una mujer que reía como una hiena—. Harry —comenté—, te he visto fuera con los periodistas, supongo que tienes claro que te has convertido en alguien famoso.

—Hola, Harry —dijo Ben—, ¿una cerveza?

—Oh, sí, estupendo —contestó Harry, buscando la cartera.

—Todo es gratis, Harry —le expliqué—. Es la única manera de conseguir que la gente venga a estas cosas.

Ben se fue a buscar las bebidas y Harry y yo nos sonreímos.

—Gratis, debería habérmelo imaginado —dijo, y bajó la vista hacia la caja metálica que contenía el bizcocho—. Y, seguramente, no tendría que haber traído esto.

—Me lo quedaré yo —le tranquilicé—, por eso no te preocupes.

Harry volvió a sonreírme.

—Muy bien, cariño, lo has hecho.

—Lo he hecho.

—Me alegro de que hayas venido, Lulu.

—Y yo de que estés aquí.

—Aunque destaco más que un pulpo en un garaje, ¿no?

—Estás muy bien —dije.

—Y tú también —replicó él.

Cuando Ben regresó con las bebidas, cogí la caja de Harry y fui al cuarto de baño, comprobé que nadie estuviera mirándome, tiré el bizcocho a la basura y luego me santigué por el pecado que estaba cometiendo, tanto contra mi madre como contra Margaret Fulton, la gran reina de la cocina.

Entré entonces en un lavabo, cerré la puerta y me senté para respirar hondo.

—Lulu —oí que decía un susurro ronco al otro lado de la puerta, y vislumbré un par de mocasines blancos con borlas por la abertura inferior.

—Duncan —dije entre dientes—, ¿qué haces aquí?

—Déjame entrar —contestó y, a continuación, soltando una risilla de niña, añadió—: Estoy que reviento.

—Duncan, sal de aquí antes de que entre alguien.

—Abre la puerta —insistió.

—No.

—Si entro habrá menos probabilidades de que alguien me vea, ¿no?

Abrí la puerta.

—¿Qué quieres? —dije en voz baja cuando él entró en el cubículo—. ¿Qué pretendes? Duncan, no estoy metiéndome cocaína, si es eso lo que andas buscando.

—No seas tonta, Lulu, en estos momentos los treinta gramos rondan los seiscientos dólares, y no es que no pueda permitírmelo, sino que me niego a pagar precios como esos para que un macarra de Columbia pueda incrustarse un diamante en la dentadura...

—Duncan —dije, apretando los dientes.

—¿Qué? Ah, sí, mira, estoy aquí para poder hablar en privado contigo, y ahora, encarámate a la taza.

—¿Qué?

—Que te encarames a la taza... ¿Acaso no fumabas en los lavabos del colegio? No, claro que no, había olvidado que eras doña Perfecta. Anda, súbete a la taza para que solo pueda verse un par de zapatos por abajo y así no despertar sospechas.

—Eso, como si ya de por sí no despertáramos sospechas.

—Calla —dijo, llevándose un dedo a los labios—. Viene alguien.

Nos quedamos quietos, el uno frente al otro, pegados en el pequeño cubículo. Contuve la respiración y Duncan empezó a poner caras que supongo que imaginaba graciosas.

—Venga, arriba —dijo, cuando la mujer que había entrado se marchó.

—No pienso subirme a la taza, Duncan.

—De acuerdo —dijo—, pero luego no me echas la culpa si nos pilla la hermana Escolástica.

—Ya basta, Duncan. A ver, ¿qué querías?

—Solo decirte que he visto llegar a Annabelle y a Josh, era para que no te llevaras un susto al salir... Mujer prevenida vale por dos.

Noté que empezaba a formárame un nudo en el estómago.

—Mira, Lulu —estaba diciendo Duncan—, sé que no está siendo una noche fácil para ti

y quiero que sepas que me siento muy orgulloso de que hayas venido.

—Gracias —susurré, resignada a mi destino de tener que escuchar el «Monólogo en un lavabo», por Duncan McAllister.

—También quería decirte que estás impresionante y que he estado observando a Annabelle, a quien no había visto en carne y hueso en la vida, y he llegado a la conclusión de que está demasiado delgada y que envejece muy mal, y también a Josh, que evidentemente se ha sometido a un blanqueado dental, y con muy poca gracia, además.

Se abrió otra vez la puerta de los baños y nos quedamos de nuevo quietos y a la espera de que quien hubiera entrado se marchara.

—No hay moros en la costa, querida —anunció Duncan unos minutos después—. Y ahora toca salir de aquí... Tú primera; en unos minutos te sigo.

No había llegado ni a la puerta cuando Duncan volvió a hablar en voz baja.

—¿Lulu?

—¿Sí? ¿Ahora qué pasa?

—Solo quería que supieras que he venido con Barney. Lo he dejado atado con la correa en la parte de atrás y le he dicho que, si ese dentado de Josh te genera algún problema, le concedo permiso para comérselo.

Salí de los lavabos con la caja del bizcocho vacía y se la entregué al primer camarero que encontré.

—¿Podría, por favor, dejar esto en la cocina? —le pregunté—. Luego pasaré a recogerla.

Busqué a Ben entre la multitud.

—¿Qué hacíais Duncan y tú en los lavabos? —me preguntó, más por curiosidad que por preocupación, puesto que conocía ya lo bastante a mi jefe como para no preocuparse por sus desviaciones.

—¿Lo has visto entrar detrás de mí?

—Lulu, todo el mundo lo ha visto entrar detrás de ti. Solo le ha faltado tirarse al suelo y echarse a rodar siguiendo tus pasos.

Maravilloso.

—Lulu —dijo Harry a mis espaldas—, tengo conmigo a alguien a quien le gustaría saludarte.

Me giré y me encontré cara a cara con Frank Andrews, más mayor, un poco más curtido por la intemperie, con la barba más cerrada, las sienes plateadas y aquella boca encantadora esbozando una de sus luminosas sonrisas.

—Lulu, te he echado de menos.

Abrió los brazos y me arrojé en ellos.

Inspiré hondo.

Café, tabaco, trementina, vino tinto, pintura.

Aspiré su aroma y nada había cambiado, crucé la puerta verde y me encontré de nuevo en aquella casa, con su titilante río, en el jardín de los Andrews balanceándome en una cuerda y con Frank sujetándome por las piernas: «Todo va bien, Lulu, ya te tengo».

A salvo.

Cerré los ojos y aspiré su aroma, el aroma de mi amigo Frank.

Seguimos abrazados.

—Lulu, tu padre me ha puesto al corriente de lo que has hecho estos últimos años. Y te veo estupenda —dijo Frank.

—Gracias, Frank, ¿y tú qué? Estos cuadros son preciosos y hay muchísima gente aquí para celebrarlo. Has conseguido incluso que Harry pise una galería de arte, y te aseguro que eso no es fácil.

—Es una lástima que Rose no haya podido venir —dijo Frank.

—Sí —contesté—, una verdadera lástima. Pero no estaba preparada.

—Lo sé, Harry me tiene también informado.

Asentí y, con impaciencia, vi aparecer un montón de brazos que tiraban de él para alejarlo de mí.

—No quiero monopolizarte, Frank, hay mucha gente que quiere felicitarte..., pero me encantaría poder ir algún día al Uxbridge Arms contigo y con Harry.

Frank asintió y me abrazó una vez más, acercando la boca a mi oído.

—Antes de marcharte, pásate un momento a ver a Laura Metcalfe, la propietaria de la galería. Tiene algo para ti, Tallulah de Lovely.

Cuando Frank se marchó, me quedé sola unos minutos. Harry estaba aconsejando al crítico de arte del *Bulletin* sobre la instalación de un sistema de aguas grises y, por el rabillo del ojo, vi que Ben se encontraba junto a la barra de bar que Laura había improvisado.

Decidí ir a buscar otra copa de champán, aunque, antes de acercarme a la mesa repleta de copas aflautadas de color ambarino, eché un vistazo a la muchedumbre para intentar detectar la posible presencia de Josh y Annabelle y poder esconderme.

—Vaya, veo que ya eres lo bastante mayor como para poder beber al amparo de la legalidad.

Josh.

Estaba justo detrás de mí, con la voz pegada a mi oído.

Me giré. Era Josh, que, a diferencia de Fergus, no parecía en absoluto haber sido marcado por la vida. Estaba exactamente igual, a excepción de que llevaba el pelo más largo y parecía más relleno, una versión adulta del chico que yo conocía.

Todos mis ensayos para aquel momento, lo que diría, cómo me comportaría (había llegado a la conclusión de que la postura más adecuada era actuar como si acabara de encontrarme con un amigo que hacía tiempo que no veía; «¿Josh?», diría, con un leve matiz de interrogación, «me ha parecido que eras tú, caray, no tengo ni la más remota idea de cuánto hace que no nos veíamos, ¿qué tal estás?», modulando la voz para enfatizar el «estás», tal y como había visto que hacía siempre Simone), resultaron inútiles cuando me quedé completamente muda ante la sorprendente familiaridad que me inspiraba.

No sé de qué esperaba del momento del encuentro, pero desde luego no aquello, que estuviese exactamente igual, que su voz fuera la misma, tanto que casi paso la cabeza por debajo de su brazo, casi doy un paso hacia él.

Pero fue él quien avanzó hacia mí, abrió los ojos un poco más de la cuenta, su boca esbozó una media sonrisa y su mano abandonó el bolsillo de la chaqueta de pana para ponerse a la altura de mi mejilla y acariciarla, como si todavía fuese suya.

Y yo permanecí inmóvil, dejando que hiciera, atrapada bajo la caricia de aquella mano hasta que mi padre me liberó.

—¡Esta sorpresa sí que no me la esperaba!

—¡Harry! —exclamó Josh—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias, Josh... Esto habrá que contárselo a Rose, todos juntos aquí después de tantos años.

—Sí, tienes razón —dijo Josh con una sonrisa—, me alegro mucho de verte, Harry, de verdad.

Permanecí entre los dos hombres que había pasado años contemplando con ojos de enamorada mientras esperaba a los pies de la escalera de mano cada vez que limpiaban los canalones de la casa, cuando pateaban el tejado con las botas de trabajo, cuando pedían desde arriba que pusiera a calentar la tetera. Los había visto juntos al lado del incinerador de malas hierbas que teníamos en el jardín, rascándose la barbilla mientras retazos de conversación ascendían junto con las volutas de humo hacia la terraza, y había visto también a Harry decidido a olvidar a Josh la noche en que llegué a casa procedente del río.

—¿Qué ha pasado, cariño? —me había dicho nada más verme cruzar la puerta—. ¿Qué sucede? Tienes muy mala cara. Voy a buscar a tu madre.

Me habían puesto el pijama y me habían metido en la cama después de darme una taza de té. Rose me había consolado y Harry le había dado la espalda a Joshua Keaton.

Josh había ido a verlo una vez, me había contado Rose, justo antes de marcharse con Annabelle. Josh había acudido a las oficinas de Harry y había esperado a que Harry saliera. Harry le había dicho cuatro cosas y se había negado a estrecharle la mano.

Rose se llevó un disgusto al enterarse y le dijo a Harry que, independientemente de lo que hubiera pasado entre su hija y Josh, éramos jóvenes y a esa edad nadie tenía las ideas claras. Que la gente, le dijo a Harry, muchas veces se enamoraba de la persona equivocada. Argumentó que Josh era inmaduro, que no tenía un padre que lo guiara, pero Harry no quiso entrar en razón.

—Deposité en él toda mi confianza para que cuidara de mi hija —dijo—, y no lo hizo.

Pero ahora estaban de nuevo juntos. El paso de los años, y la patente alegría de Josh por el hecho de verlo, ablandaron a Harry. Josh siguió hablándole sin retirar todavía la mano de mi espalda.

—¿Y qué tal está Rose? —decía Josh—. Esperaba verla también por aquí esta noche...

Me excusé, me adentré de nuevo en la multitud y salí a la calle; necesitaba alejarme de la galería y del contacto con la mano de Josh.

Me había dejado confusa, no sabía muy bien qué era más sorprendente, si el hecho de que, después de todos aquellos años, después de todo, Josh me tocara con aquella libertad o el hecho de que me hubiera producido un placer en el sur profundo, como habría dicho Simone, mucho mayor del que tendría derecho a sentir.

Me senté en un peldaño de acceso a la entrada de una cafetería cerrada y me cubrí los ojos con las palmas de las manos.

—Tallulah.

De modo que la cosa iría así.

Levanté la vista y vi su cara, Annabelle, pálida a la luz de la cafetería, larga, angulosa y delgada debajo de un vestido negro con escote palabra de honor, con una gargantilla de plata al cuello de la que colgaba algo parecido a un talismán.

Me pareció que Annabelle, al igual que me había sucedido con Josh, tenía la misma cara, pero mayor, más segura.

Sus ojos verdes bailaban.

—Acabo de conocer a tu colega, Duncan —dijo con una sonrisa—, envuelto en un torbellino de poliéster. —Soltó una carcajada poco elegante—. Me ha comentado que cuidadito contigo. De hecho, me ha dicho que no te toque ni un pelo... Debe de ser agradable tener un amigo así.

—Lo es —afirmé, localizando por fin mi voz y pensando: «¿Acaso no te acuerdas, Annabelle? ¿No te acuerdas? Haré que te metas la lengua por el culo hasta que te quede bien limpio».

Annabelle me sonrió.

—Muévete un poco —dijo, como si los años se hubieran desvanecido de repente y la hermana Escolástica anduviera rondando por allí—. Deja que me siente aquí.

Nos sentamos codo con codo en los peldaños de acceso a la cafetería y tuve la sensación de estar otra vez en aquel primer día de colegio, cuando nos examinamos mutuamente con sigilo durante la hora de comer y aportamos retazos de nuestras respectivas vidas en busca de aprobación. «Cuando leo “El rincón del poeta”, de la revista *Dolly*, me entran ganas devomipotar». «¿Vomipotar?». «Sí, Tallulah, vomipotar, que es un cruce entre vomitar y potar». «Ah, vale, en ese caso, a mí también me provoca ganas devomipotar».

Tuve la sensación de que no había pasado el tiempo desde aquel primer día en clase de la hermana Escolástica. Y mientras que al encontrarme con Josh en la galería me había quedado muda, con Annabelle no pude parar de hablar.

Tenía tanto que contarle, tantas cosas que situar en el tiempo, que hasta que no empecé a hablar con ella no me di cuenta del enorme vacío que había dejado en mi vida y de lo grandes que eran mis ganas de llenarlo.

Con Duncan, con Simone y con Stella podía hablar de prácticamente todo, pero la mirada verde de Annabelle tenía algo especial, algo que se acumulaba en la comisura de aquellos ojos, y lo mismo pasaba con su forma de echar la cabeza hacia atrás cuando reía y decía: «Para, para, no lo aguanto más, espera, sí que puedo, anda, continúa», que siempre me hacía sentir más alegre, más divertida y más viva que en compañía de cualquier otra persona.

Hablé y hablé. Le conté cómo había conocido a Duncan, cómo estaban Harry y Rose —«Rose, cuánto he echado de menos a Rose», dijo Annabelle. Le expliqué en qué consistía mi trabajo en la emisora, mi vida cuando compartía piso con Simone y Beth, cómo había conocido a Ben, y fue como si no existieran palabras suficientes para explicarle todo lo que necesitaba contarle, a excepción, naturalmente, de la única cosa que no tenía el valor de decirle.

Cuando por fin dejé de hablar —nervios, me doy cuenta ahora, nervios y ese viejo sentimiento de querer ser suficiente para ella— y se desplegó el silencio entre nosotras, Annabelle dijo en voz baja:

—Tallulah.

Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—Sé que lo que hicimos Josh y yo estuvo mal, que es imperdonable, y me gustaría poder haberte dicho antes que nos estábamos enamorando, pero era tan complicado, no queríamos hacerte daño.

Lo que debería haber hecho en aquel momento era decírselo.

Decirle que nunca había vuelto a ser la misma desde aquel día junto al río, que había pasado los años siguientes suspendida en el tiempo, contarle la rabia que había acumulado y que a veces aún sentía bullir bajo la superficie.

Debería haberle dicho que verlos juntos me provocaba ganas *devomipotar*.

Debería haberle dicho que me habían roto el corazón.

Ojalá lo hubiera hecho.

Ojalá lo hubiera hecho, pero titubeé porque estaba atrapada de nuevo en la excitación que me provocaba tener a Annabelle Andrews sentada a mi lado.

Le sonreí.

—No pasa nada, te lo digo sinceramente, hace ya mucho tiempo, Annabelle. Éramos adolescentes y, cuando eres adolescente, todo parece mucho más dramático, ¿no te parece? Soy feliz —le dije—, no tenemos por qué volver atrás.

—¿Estás segura? —dijo—. Porque podría intentar explicarte qué sucedió.

No quería que lo hiciera, no quería oír que Josh y ella no tenían ninguna intención de enamorarse, que habían intentado no verse, que habían tratado de mantenerse alejados el uno del otro hasta no poder soportarlo ni un minuto más.

Que yo me interponía entre ellos.

—Segura —dije—. *Absopletamente*.

Y la mentira cayó como una lista interminable de nombres erróneos salida de boca de Duncan McAllister.

Cuando Ben nos localizó un par de horas más tarde, estábamos pasándonos un porro «como adolescentes borrachas», según me comentó de camino a casa, con Josh, Annabelle y Duncan dormidos en el asiento de atrás y Barney tumbado encima de ellos

como una enorme alfombra persa.

Cuando nos encontró, Ben no parecía estar nada contento. Había pasado la mayor parte de la velada en el improvisado bar en compañía de hombres cada vez más bebidos que se miraban la suela de los zapatos para ver si eran de la marca que fabricaba Ben y brindando con alegría si descubrían en ella el logotipo de Moreton.

Había permanecido, además, vigilando a Duncan, que, a medida que avanzaba la noche, se había mostrado más escandaloso y había pasado de la fase «Hola, amigo, encantado de verte» a meterse en terrenos más pantanosos. En circunstancias normales, cuando sucedían estas cosas, yo me ocupaba de distraerlo, y Ben se disponía a buscarme cuando Josh se había acercado a la barra y se había presentado. —Si buscas a Tallulah y a Annabelle —le había dicho a Ben, medio borracho—, están fuera. —Josh había levantado la copa—. Por los viejos tiempos, por los buenos viejos tiempos.

Ben lo había odiado solo con verlo.

—Eso será tal vez para ti — había murmurado a modo de réplica.

Cuando nos encontró sentadas en los peldaños de acceso a la cafetería, me incorporé para presentarle a Annabelle.

—Ben, justo iba a entrar ahora... Te presento a Annabelle Andrews.

—Hola, Annabelle.

—Hola, Ben.

Se hizo el silencio bajo la marquesina.

—Pues todo ha ido bien, ¿no? —dijo alegremente Annabelle, y las dos, Annabelle y yo, nos echamos a reír como tontas.

Después de aquello, Ben mostró su intención de volver a la galería.

—Me marcho en cinco minutos, Lulu —dijo.

Y, entre la confusión de la marihuana, debí de comprender que sería buena idea irme con él.

—Dios, Lulu —dijo en el coche—. Me siento como un puto chófer.

—Era imposible conseguir un taxi, Ben, y has sido tú el que se ha ofrecido a llevar a la gente.

—No, Lulu, has sido tú quien me ha ofrecido para llevar a la gente.

El viaje continuó envuelto en aquel silencio crispado que solo provocan las noches que se han prolongado en exceso.

—No sé por qué te enfadas tanto, no queda lejos y, además, todos están en el mismo hotel —comenté.

—No estoy enfadado por eso, Lulu, y lo sabes.

—¿Por qué, entonces?

—¿Quieres que te lo explique detalladamente?

—Sí, Ben —respondí cansada—, por favor.

—De acuerdo —dijo él—. Estoy enfadado porque me has dejado plantado durante más de dos horas en medio de una fiesta mientras estabas fuera con la única persona que, según me habías contado, te ha fallado rotundamente en toda tu vida, y luego, cuando por fin he dado contigo, estabas fumando marihuana con ella como si fueras una drogadicta fracasada, y las dos os habéis quedado allí sentadas, riéndoos de mí...

—No nos reíamos de ti, Ben.

—Pues es lo que me ha parecido.

Seguimos sumidos en un silencio más intenso si cabe hasta que caí en la cuenta de que Ben acababa de calificarme de «drogadicta» después de verme fumar el único porro que me había fumado en los cinco años que habían transcurrido desde que nos conocíamos.

Empecé a reír.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—De ti —dije.

—¿De mí?

—Sí, de ti.

—¿Por qué?

—Porque me has llamado drogadicta.

Ben sonrió.

—Sí, y sé que lo próximo será descubrir que traficas con crack.

Posé la mano en su rodilla.

—Lo siento, Ben, no debería haberte dejado allí solo.

—No es propio de ti, Lulu.

—Lo sé —admití, bajando la vista.

Y tenía razón, no era propio de mí, aunque, por otro lado, desde el instante en que había sentido la mano de Josh Keaton en la espalda, había dejado de ser la chica que Ben conocía.

Con los años, la exposición de Frank Andrews en Bloom alcanzaría la categoría mítica y, al final de la noche, absolutamente todos los cuadros y dibujos expuestos lucían una discreta pegatina redonda de color rojo que indicaba su venta, en su mayoría a un precio récord.

Durante los meses posteriores no habría cena social en donde no se relataran anécdotas sobre la velada, en donde la gente no se jactara de haber estado allí, e incluso hubo alguien que acabó robando el pomo de color verde en forma de angelito de la puerta de entrada de Bloom.

«Hubo demasiado alcohol —resumiría Laura Metcalfe diez años después en el programa *Sunday Arts*—, y fue por mi culpa, fui demasiado generosa y todo el mundo estaba sobreexcitado... Fue una de “esas” noches, imagino».

Dos mujeres acabaron peleándose, físicamente, por hacerse con el cuadro *Los doce apóstoles* de Frank, Annie Andrews se marchó con Fergus sin disimular, Maxine Mathers se presentó en la habitación del hotel donde se alojaba Duncan y le pidió que la «Mcallisterizara» y Harry y yo le mentimos a Rose y le dijimos que a todo el mundo le había encantado su bizcocho de pasas.

A la mañana siguiente, me desperté con el regalo de Frank a mi lado, un marquito detrás de cuyo cristal se atisbaba la figura de dos niñas.

Ben ya había salido a correr y, por una vez, agradecí que se hubiera marchado.

Normalmente, su insistencia de salir a correr cada mañana, incluso los domingos, me fastidiaba, y me sentía despechada cuando abandonaba sigilosamente la cama y empezaba a dar vueltas por la habitación para vestirse, incluso aquellas mañanas en que deseaba tenerlo a mi lado.

Pero aquel día en concreto me alegré de estar sola y, sintiéndome rara e inquieta, cerré los ojos ante el marco que tenía a mi lado y recordé el contacto de la mano de Josh en mi piel.

La semana después de la exposición, de camino al trabajo —una vez hubo fanfarroneado sobre la visita de Maxine Mathers a su habitación a horas intempestivas («La verdad, una mujer cuya reputación la sobrepasa...»)—, Duncan me anunció que no pensaba renovar su contrato cuando llegara el momento, al cabo de un mes.

—No puedo seguir, Lulu —dijo—, tengo que prepararme para dar mi último giro en la pista de baile con Jimmy Cáncer. Quería esperar a que tuvieras esa pequeña reunión de antiguos alumnos para comunicártelo, pero el tumor se aferra con más fuerza que Kimmy al acuerdo prematrimonial y, por lo visto, ese cabrón se ha expandido.

Aparcamos y entramos en el edificio de la emisora con Barney serpenteando entre nuestras piernas. Fuimos directamente a nuestro pequeño despacho junto al estudio. Hacía frío y Duncan, deambulando de un lado a otro, se frotó las manos y las ahuecó para soplar en su interior, mientras yo no podía pensar más que en encontrar una bufanda para que no cogiera frío en el cuello; esta, por fuerza, no podía hacerle daño

—Voy a buscarte una bufanda —dije.

—¿Qué?

—Que voy a por una bufanda, aquí hace mucho frío para ti.

—Más debe de hacer allí donde iré, Lulu.

—No digas eso, Duncan.

—Es verdad, Lulu —replicó, cerrando la persiana del despacho—. Ya está —dijo—, así ahora, cuando llegue todo el mundo, la gente pensará que estamos follando como locos y tu reputación subirá como la espuma.

—O la tuya —repliqué con una sonrisa.

—La mía ya no necesita mejorar más, Lulu... Veamos, ¿por dónde iba? Ah, sí, hay que poner en marcha mi plan de actuación. —Empezó a detallármelo, me contó que llevaba semanas de reuniones con su abogado, que estaba trabajando en un plan para distribuir su nada insignificante fortuna de manera equitativa entre sus exesposas y sus hijos—. El testamento está bien atado, más que el culo de un mosquito a un aljibe —concluyó con alegría—. No quiero peleas cuando me haya ido. Todas quedarán más que adecuadamente compensadas por la ignominia de haber estado casadas conmigo, sobre todo Karen. Me comporté con ella como un auténtico cabrón...

—No puedo creer que fueras tan malo —dije.

—La llamé Katie el día de la boda, en plena ceremonia, Lulu, y no te pongas en plan comprensivo solo por el simple hecho de que me esté muriendo —dijo—. Es muy condescendiente. —Le dio un sorbo al café, que sujetaba entre las dos manos—. Ahora tenemos que hablar sobre lo que le contaremos a la gente. Hasta el momento, solo tú, yo y los especialistas sabemos que, más bien temprano que tarde, voy a abandonar el torbellino de la vida, y así es como quiero que siga siendo. Nadie debe saberlo, Lulu, ni Kiki, ni Kerry-Anne, ni Katie...

—Karen —rectifiqué de manera automática.

—¿Qué? Sí, eso, ni Karen, ni Kimmy, ni los niños, ni, evidentemente, ninguno de esos hijos de mala madre mefistofélicos para los que trabajo.

Me senté en la mesa con las piernas colgando y preguntándome cómo tenía pensado llevarlo a cabo.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo, sin dejar de deambular de un lado a otro frotándose las manos.

«Guantes —pensé—. Guantes».

—En cuestión de un par de semanas, anunciaremos mi jubilación; explicaré que, después de cuarenta años, he decidido darles un descanso a mis amígdalas y que mi deseo es poder dedicar más tiempo a la familia... Es lo que dicen todos, independientemente de que vayan a jubilarse o a palmarla. Nada de entrevistas, ni

programas especiales, ni, por el amor de Dios, nada de permitir que me preparen un homenaje. Haré el último programa y me largaré. ¿Entendido?

Asentí.

—Y, a continuación, me retiraré tranquilamente a Willow Island para ver pasar las horas. Lo tengo todo hablado con el doctor Stephenson, visitaré a los especialistas cuando tenga que hacerlo y él me proporcionará los analgésicos que necesite. Tú pedirás a la emisora un tiempo de permiso sin sueldo, pero lo mantendrás igualmente porque te pagaré yo como asistente personal. Por cierto, voy a necesitar que me consigas algo de costo.

—¿Algo de costo?

—Sí —replicó con impaciencia—. Costo, Lulu, ya sabes, mierda, hierba, maría, costo, canutos, porros. Por lo visto, eso funciona de maravilla para paliar el dolor, ¡y deja ya de mirarme como si te hubiera pedido que pasases cocaína dentro de las bragas! De verdad, Lulu, no es tan complicado, se trata simplemente de pasear un poco por los pasillos y preguntar si alguien tiene un poco, estamos en una emisora de radio, ¿sabes? Pero no quiero mala calidad... Nada de hojas, sino flor, ¿entendido?

—Sí —dije—, tengo que salir a los pasillos del lugar donde trabajo y preguntar cualquiera que pase si tiene costo que ofrecerme.

—Buena chica —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja—, y ahora vamos a por el tema de los niños. Dejarán de visitarme cuando la cosa empiece a ponerse fea; no quiero que los niños me vean a menos que esté en plena forma, caña de pescar en mano, no sé si me explico.

Lo había hecho a la perfección.

A lo largo de todos aquellos años, Duncan McAllister había depositado su confianza en mí para que gestionara todos los aspectos de su vida, y ahora quería que hiciese exactamente lo mismo con su muerte.

«¿Se retira Duncan porque quiere más dinero, Lulu, es ese el fondo de la cuestión? Si es así, dile que nosotros se lo daremos».

«Tallulah, no creo que Duncan y tú podáis llegar a imaginaros lo vital que es para nosotros retener sus servicios... Acabamos de repintar el cartel con su nombre en el aparcamiento, por el amor de Dios».

«Que se joda, Lulu, de acuerdo, que se joda, si quiere jugar a este juego, dile que tenemos al cabrón de Alan Jones que se muere de ganas por hacerse con su puesto».

Las preguntas se hicieron interminables, planteadas por gente que cada vez ocupaba puestos más elevados en la escala, hasta que acabó convocándome el hombre sentado en el peldaño más alto, alguien que de vez en cuando asomaba la punta de un reluciente zapato para apartar de un puntapié a cualquiera que intentara expulsarlo de allí.

—¿Y no puedes hacer nada? —estaba preguntándome Jack Abraham, el propietario de OzRadio, que según se rumoreaba había volado expresamente desde Londres para intentar que Duncan cambiara de idea; no lo había conseguido porque Duncan permanecía escondido en Willow y me había dicho: «Gestiónalo tú, Lulu».

Negué con la cabeza.

—Lo siento, señor Abraham.

—Llámame Jack.

—Lo siento, Jack, pero no, no creo que pueda hacer nada en absoluto.

—¿Y crees que alguien podría hacer algo, Lulu? —dijo, mirándome con aquellos ojos que parecían tan sagaces.

—No, no creo.

—Bien —dijo, levantándose—, en ese caso, será mejor dejar que se largue.

El último día de trabajo de Duncan, los medios de comunicación acamparon junto a la verja de seguridad a la espera de que su coche atravesara la neblina del amanecer, y, a pesar de que tanto la prensa escrita como las ondas llevaban días cubriendo la noticia de su partida, nos quedamos sorprendidos al observar a tanta gente allí, una sensación similar a ver aparecer en una fiesta a un montón de invitados que no te esperabas.

—Comételes, Barney —dijo Duncan antes de detenerse junto al grupo, bajar la ventanilla, apoyar el codo en la puerta y forzar la vista para poder atisbar algo entre tanto foco.

—Un día con pocas noticias, ¿no? —dijo—. ¿O es que se ha muerto alguien? Bernie Hanson, viejo impostor, creía que la polla era lo único que se te levantaba a estas horas de la mañana...

Utilizó todo el repertorio, todos los trucos, los insultos, las frases ingeniosas, y, cuando la verja de seguridad se levantó, como el brazo de una azafata en un concurso televisivo, el grupo de periodistas se apartó para dejar pasar a Duncan McAllister por última vez. Y, a continuación, dejaron en el suelo cámaras y grabadoras para aplaudir.

—Joder —dijo Duncan, tratando de asimilar aquella ovación—, de no odiar como odio a más de la mitad de esos cabrones, estaría realmente conmovido.

El último programa de Duncan batió todos los récords de audiencia, pero, incluso cuando todo hubo terminado, no acabó del todo.

Cuando él se retiró a la tranquilidad de Willow Island, yo tuve que quedarme un tiempo en la emisora para «poner un poco de orden» y responder a las cartas de los radioyentes que seguían llegando cada semana, hasta mucho después de que Barney y él abandonaran aquel edificio para siempre, una curiosa procesión de hombre, perro y simpatizantes que abrían la puerta a su paso para estrechar manos y patas.

Me quedé también para responder a las llamadas telefónicas; las mentiras salían de mi boca una tras otra como en una labor de punto: «No, Duncan está bien, simplemente ha decidido tomarse un merecido descanso después de cuarenta años en el negocio». «No, lo siento, en estos momentos no concede ninguna entrevista, está demasiado ocupado con la pesca». «Muchas gracias por haberle confeccionado al señor McAllister esta colcha conmemorativa tan bonita; él agradece de todo corazón este gesto a las damas de McLean Valley».

Duncan llamaba cada dos o tres días desde la isla para vociferarme nuevas instrucciones, pedirme libros y periódicos, cualquier comida especial que me apeteciera llevarle, darme los nombres de las personas a quien quería que llamase y detallarme sofisticados planes para mantener la verdad oculta durante el máximo tiempo posible.

Sus planes implicaban viajes furtivos de ida y vuelta al transbordador, a la ciudad y al hospital, donde, no sé cómo, había conseguido acceder a través de una puerta distinta a la del público en general. Entrábamos en coche al aparcamiento subterráneo y allí cogíamos un montacargas que nos dejaba en un almacén de la tercera planta del que salíamos sigilosamente —con Duncan haciéndome señas con las manos: «¡Un, dos, tres, vamos!»— para después subir a un ascensor que nos dejaba en la consulta del doctor Stephenson.

No sé a cuánta gente conseguimos engañar, ni por cuánto tiempo. Pero con Kimmy no lo logramos.

Duncan y ella ya no estaban juntos, había sido un divorcio poco ruidoso, y un acuerdo aún menos ruidoso si cabe había dado por terminada su unión desde un punto de vista legal, aunque seguían en contacto, y un día se presentó en Willow Island, rugiendo por la carretera con el BMW rojo que el divorcio le había costado.

Posteriormente, Duncan me contó que había abierto la puerta y ella le había dicho:

—¿Qué es toda esta mierda de que has decidido retirarte aquí, Duncan?
Y él, incapaz de esquivar su mirada directa, le había confesado la verdad.

—Mala suerte, Mac —le había replicado ella.

Me dijo también que le había pedido perdón por haber «metido la pata» en su matrimonio y que ella le había respondido que tranquilo, que se lo habían pasado bastante bien juntos, y le había preguntado si todavía estaba en forma para un poco más.

—Le dije que aún no estaba muerto —me comentó con una sonrisa radiante, satisfecho consigo mismo.

Pero no fue solo Kimmy quien le vio el plumero a Duncan, a pesar de sus sofisticados, y cada vez más agotadores, ardidés. Había más gente que empezaba a sospechar que no se encontraba bien.

Los periódicos comenzaron a insinuar su fallecimiento, la gente me preguntaba sin tapujos qué le pasaba y, unos meses después de la exposición de Frank, cayó a través de la abertura del buzón de casa una carta que aterrizó con tanta suavidad sobre la alfombra que ni siquiera la oí, ni percibí tampoco el sonido de los pasos que la habían llevado hasta allí.

«Querida Tallulah». Estaba escrita en tinta de un llamativo tono verde. Y proseguía con:

Siento mucho lo de la enfermedad de tu amigo Duncan. Me gustó mucho cuando lo conocí en Bloom, creo. El caso es que aquella noche me contó algo que me gustaría comentar contigo. Esta es nuestra dirección, ven en cualquier momento. Estaremos aquí un par de meses más.

Con amor, *Annacascabel/Andrews*

Había subrayado «en cualquier momento» y, al instante, y riendo al ver de nuevo el apodo de cuando éramos niñas con que había firmado la carta escrita en bolígrafo verde esmeralda, deseé estar con ella.

Aquel color, el nombre, me recordaron también que todavía no le había conseguido a Duncan su hierba, aunque al menos ahora ya sabía dónde obtenerla y eso me daba la excusa perfecta para ir a verlos.

Releí la carta de Annabelle, la dirección del lugar donde se hallaban, e intenté no pensar en el plural de sus palabras —el «nuestra» dirección y el «estaremos» aquí un par de meses más—, Annabelle y el chico que me había robado junto a un río tan verde como la tinta de aquel bolígrafo.

Unos días más tarde, enfilé una calle flanqueada por laureles donde se encontraba la casa adosada que Annabelle y Josh «conservaban» en la ciudad mientras viajaban. En un artículo sobre ellos que apareció publicado en una revista había leído que «la elegante pareja conserva un santuario en el centro de la ciudad que es el hogar de los dos nómadas (palabra que Duncan había tachado y sustituido por “gónadas”) cuando regresan a Australia».

Y ahora me encontraba justo delante de aquella morada en el centro de la ciudad, tan agitada y nerviosa como si fuera a enfrentarme a mi primera cita con ellos.

Annabelle abrió la puerta antes de que me diera tiempo a llamar al timbre.

—Estaba esperándote —dijo—; de hecho, llevo toda la mañana haciéndolo. Josh ha salido, ha dicho que no soportaba más verme deambular de un lado a otro.

—Oh —pude decir, y la seguí por las escaleras que conducían al salón.

Con enormes fotografías en blanco y negro cubriendo todas las paredes, era como estar rodeada por un tablero de ajedrez gigante. Dejé el bolso, tomé asiento en el sofá y uní las manos en el regazo.

—Parece como si estuvieras esperando para entrar en el despacho de la hermana Escolástica —dijo Annabelle con una sonrisa.

Me relajé un poco.

—Ni mucho menos —logré responder—, si tenemos en cuenta que estoy aquí, en teoría, para conseguir droga. Para Duncan —añadí—, no para mí.

Annabelle asintió —nunca había sido persona que perdiera fácilmente la calma— y me preguntó si prefería café o té.

—Té, por favor —dije—, solo y con un azucarillo.

—Igual que siempre, entonces —dijo, y una pequeña parte de mí, por algún motivo que desconozco, se enfadó por el comentario.

—No del todo —repliqué, decidida también a no perder la compostura.

Cuando volvió con el té, se sentó delante de mí en un sillón confortable y enorme, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, delgada y angulosa, casi, pensé, recuperando una vieja expresión, *desavaneciendo* entre sus pliegues.

Estaba guapa, por mucho que dijera Duncan, los hoyuelos de las mejillas se habían rellenado un poco y llevaba un corte de pelo con un flequillo despuntado que le cubría la frente.

Cuadraba con ella, mierda, todo encajaba, pensé, observando el interior de la casa.

Las paredes que recordaban un tablero de ajedrez estaban repletas de instantáneas de Josh y Annabelle durante sus viajes y de imágenes de hombres y mujeres con mirada temerosa, aunque ninguna resultaba tan sorprendente como aquella en la aparecía Annie, desnuda y tumbada en el suelo, jadeando.

—Es de cuando me tuvo —dijo Annabelle—. Creo que no la habías visto nunca, ¿verdad?

—No. Resulta muy..., bueno, es como una ofensa, ¿no te parece?

—¿Una ofensa? No, no creo, a mí me parece agradable.

—Pues no tengo la impresión de que esté muy cómoda, la verdad.

Annabelle soltó una carcajada.

—Joder —dijo—, no sabes cuánto te he echado de menos, Tallulah.

No me encontraba preparada para aquello. No me encontraba preparada para Annabelle y, en consecuencia, no dije nada y me limité a beber un poco de té.

—Tu amigo Duncan me dijo que me echabas de menos.

—¿Qué?

—Duncan, aquella noche en Bloom, dijo que era tu mejor amigo en este mundo, un puesto que suponía que yo había dejado vacante, y me dio las gracias por ello. —Lo recalco mirándome fijamente a los ojos, aunque sus palabras, las de Duncan en realidad, salieron de un modo precipitado—. También que, a pesar de lo mucho que se había esforzado, tú, por razones de las que no estaba del todo seguro, seguías echándome de menos, y luego que, debido a circunstancias imprevistas, pronto se vería obligado a dejar otra vez el puesto vacante y que me lo ofrecía de nuevo, siempre y cuando yo cumpliera ciertos requisitos.

Permanecí sentada, escuchando la voz de Duncan en unas palabras que solo podían ser suyas.

—¿Y qué requisitos eran esos? —pregunté, intentando que mi voz sonara tan firme como su mirada.

Pero entonces bajó la vista.

—Dijo que podía recuperar tu amistad siempre y cuando no corriera a follarme a tu actual novio a la sombra de un embarcadero desvencijado.

El silencio inundó todo el espacio existente entre nosotras.

—Y luego —Annabelle levantó la cabeza y la ladeó—: «Y no es que tenga nada personal contra los deportes acuáticos, querida mía».

No pude evitarlo: reí, reí por Duncan, por la imitación casi perfecta que Annabelle acababa de hacer, y también por mí, sentada en el «santuario en el centro de la ciudad» de Annabelle y Josh —expresión que Duncan, como era de esperar, también había tachado y cambiado por «pajulario»—, como si fuera el tipo de chica que sabía perfectamente la clase de gente que se encargaba de conservarlo.

Annabelle rio conmigo y, entonces, de repente, me arrancó la taza de las manos y se marchó con ella a la cocina, para regresar poco después con la taza otra vez llena.

—Y, ahora —dijo—, cuéntame cosas de Rose, Tallulah, ¿qué tal está? En Japón, cada vez que veía un kimono pensaba en ella. Le compré uno, de hecho, y llevo un par de años guardándolo, lo tengo arriba, en una caja. He pensado que tal vez le gustaría llamarlo «Cherry», por lo de los cerezos en flor. Si quieres te lo enseño —añadió, y

echó a correr escaleras arriba.

En aquel momento me di cuenta de dos cosas. En primer lugar, comprendí que Annabelle Andrews nos había echado de menos, a mí y a mi familia, tanto como yo a ella. Y, en segundo lugar, noté que estaba nerviosa.

Cuando nos vimos la otra vez, era yo la que no podía parar de hablar; pero ahora era a Annabelle a quien se le trababa la lengua con las prisas por decir todo lo que pensaba. Continuó formulando preguntas. Que qué tal le iba a Harry, que si seguía desatascando hasta alcanzar la excelencia, que cómo estaban los gemelos y qué edad tenían ahora.

—Seguro que son guapísimos —dijo—. Me encantaría verlos.

Preguntó incluso por Simone y por Stella y, cuando ya me marchaba, cuando se disponía a entregarme el quimono para Rose, dijo:

—Tendríamos que vernos de nuevo, me gustaría conocer bien a Ben. ¿Qué te parecería si quedáramos los cuatro para ir a cenar?

Experimenté una minúscula y deliciosa —y también infantil— sensación de poder, de que por una vez fuera ella quien pidiera y yo quien tomara la decisión.

—A lo mejor, lo hablaré con Ben. Siempre anda liado con sus viajes de negocios al extranjero —añadí, sin tener ninguna necesidad de hacerlo, y transmitiendo el aspecto, supuse, de una mujer que no pierde la compostura con facilidad.

Quince días después de mi visita a Annabelle, Ben se marchó de viaje de negocios a Malasia, pero antes de eso nos tocó a los cuatro —Josh, Annabelle, Ben y yo— soportar una cena conjunta en un restaurante nepalí.

Ben no quería ir, pero lo presioné, deseosa, imagino, de demostrar que yo también tenía una vida propia y con un hombre, además, que iba de viaje de negocios a Asia y sabía con qué vino acompañar cada plato.

Le dije a Ben que sería divertido, que Josh y Annabelle conocían a los propietarios.

—Por supuesto que los conocen —farfulló, aunque con voz lo suficientemente alta como para que lo oyera.

Pero al final fuimos y nos sentamos en un reservado decorado con banderas de plegaria, Annabelle y yo a un lado de la mesa, Josh delante de nosotras, con los brazos extendidos sobre el respaldo del asiento e interrogando con desidia a Ben, que ocupaba una silla en la cabecera de la mesa.

—Así que te dedicas al calzado, ¿no es eso, Ben? —dijo Josh, arrastrando las palabras, después de beber un trago de Coronita.

Ben asintió.

—Se trata de un negocio familiar, Moreton's Shoes...

—«Mantenemos Australia en pie desde 1967» —remató Josh con una sonrisa, y añadió—: Deben de darte continuamente por el culo con la frasecita, tío.

Annabelle y yo nos echamos a reír, pero Ben no y siguió dando vueltas, muy serio, a los *mosques* que tenía en el plato.

—De hecho, a Lulu y a mí nos gusta decirle a la gente que entre mi familia, que mantiene Australia en pie, y la suya, que desatasca hasta alcanzar la excelencia, cubrimos los principales intereses de la nación.

Me sentí incomodísima, por él, por mí, y mandé una oración a las banderas para pedirles que me hicieran desaparecer de aquel reservado, en el que oí que Josh replicaba:

—Muy patriótico por tu parte, colega.

Sentada en compañía de Josh y Annabelle caí en la cuenta de que Ben y yo nos habíamos convertido en una pareja tremendamente convencional, nada que ver con ellos.

Aquella noche, todo en Ben me parecía fuera de lugar: el pelo, la camisa de cuadros, el

pantalón vaquero, de talle demasiado bajo; su voz, demasiado alta; los zapatos, demasiado brillantes. Parecía, pensé, que se había esforzado demasiado, y yo por aquel entonces era demasiado imbécil como para darme cuenta de que eso era precisamente lo que estaba haciendo y para quererlo por ello.

En el coche, de vuelta a casa, le dije, como una cascarrabias, como una auténtica bruja:

—¿Sabes, Ben? No es a mí a quien le gusta decir eso de que nuestras familias cubren conjuntamente los intereses de la nación, sino a ti.

Ben no apartó los ojos de la carretera.

—Lo siento, Lulu —dijo, sin inmutarse—. Pensaba que era cosa de los dos.

Cuando, a la mañana siguiente, se marchó temprano, no me despertó y no me importó en absoluto.

Con Ben de viaje, Duncan en Lingalonga con su primera esposa, Kiki, y el hijo que tenían en común, Duncan Junior, con Mattie y Sam estudiando para los exámenes de acceso a la universidad y Rose, según Harry, con el mejor estado de humor de los últimos meses, me encontré con un montón de días vacíos y necesitada de llenarlos con algo.

Y eso fue lo que hice con Josh y Annabelle.

Annabelle me llamó para sugerirme que fuéramos los tres a comer, luego a cenar, después a dar un paseo por la montaña y, entre una salida y otra, hubo además un batiburrillo de bares y de galerías de arte instaladas en sótanos, lugares de mi ciudad que ni siquiera sabía que existían y que habría sido incapaz de volver a encontrar a la luz del día.

Recorrimos las calles cogidos del brazo, pasamos por callejones que se movían al compás rítmico de la respiración y cruzamos puertas de bares sin nombre detrás de las cuales encontrábamos gente vestida de negro.

Entre ellos, me sentía embriagada: con la risa de Josh pegada al oído, con Annabelle a mi lado en los baños de las discotecas, con nuestras miradas encontrándose en el espejo.

—Estás *splendillante* —me decía con una sonrisa.

Compartimos desayunos en soleadas cafeterías, Annabelle callada detrás de sus gafas de sol, Josh fingiéndose capaz de resolver un críptico crucigrama y yo saboreando una tostada con canela con la sensación de pertenecerles, de algún modo, a ambos.

La séptima noche en que salimos juntos fuimos a casa de un amigo de ellos y, al cabo de un rato, rodeados de gente tumbada en cojines, Annabelle dijo que no se encontraba bien y que quería volver a casa.

Recuerdo que hice ademán de incorporarme.

—Voy contigo —le sugerí.

Pero ella negó con la cabeza.

—No es necesario —dijo—. Quédate aquí y diviértete. Nos vemos luego en casa, Josh.

Salió por la puerta y Josh y yo permanecimos sentados en un sofá con una mujer que insistía en que lo conocía y, sin necesidad de que me lo dijera, comprendí rápidamente que estaba harto de ella.

—Vamos, Lulu —dijo, levantándose—, larguémonos.

No conseguimos encontrar taxi, de modo que echamos a andar por la ciudad; pasamos por calles secundarias, por debajo de los cables del tendido eléctrico por donde correteaban temblorosas zarigüeyas.

Era la primera vez que estábamos solos desde la noche en que nos despedimos y parecía que la luna blanca que nos vigilaba era la misma de entonces.

Oía el sonido de nuestra respiración, el de las botas pisando la calle y, sin más intención que romper el silencio, dije:

—¿No tienes una sensación extraña, Josh? Extraña y familiar a la vez.

Sonrió.

—Extrañamente familiar, podría decirse.

Dobló la esquina un camión de la basura, sus luces anaranjadas me obligaron a saltar a la acera y Josh siguió mi ejemplo. El camión extendió un brazo descomunal y capturó un contenedor con el gancho agigantado de una máquina tragaperras en busca de chokolatinas, y se perdió de nuevo en la madrugada, mientras su vientre de acero bailaba como el de una embarazada.

Dimos unos cuantos pasos más y Josh se detuvo bajo una farola. Me cogió la barbilla para enfocarme la cara hacia la luz.

—Así te veo —dijo, y se inclinó y me besó.

Se oía aún el rugido del camión, no muy lejos, pero caí atrapada en un recuerdo donde nada había cambiado y mi cabeza se llenó de tristeza, de euforia y de una deliciosa avalancha de él.

Al día siguiente, cuando hube subido el coche a la barcaza que me llevaría hasta Willow Island, me quedé sentada dentro hasta mucho después de notar que la embarcación se separaba del muelle y cerré los ojos bajo el sol que filtraba su calor a través de los cristales.

Recliné el asiento y me concentré en el ritmo regular de los motores del barco que se oían abajo y dormité hasta que me despertó la presencia del rostro bronceado y curtido de Walter Prentice al otro lado de la ventanilla.

—¿Todo bien, Lulu? —dijo—. ¿Vas a ver a Duncan?

—Sí, voy a visitarlo unos días —respondí.

—Mejor será que te metas un café en el cuerpo antes de que llegemos —me aconsejó—, estamos ya solo a un cuarto de hora.

—Gracias.

Abrí la puerta y subí la estrecha escalera que conducía a la cafetería percibiendo en la mano la aspereza de la barandilla de acero.

Me alegraba ir a visitar a Duncan y dejar atrás la huella del beso de Josh. Lo sentía aún, su dureza en mis labios, sus manos que se deslizaban desde mi cara hasta el cuello, marcando mi piel con la certeza de un moratón.

—¿Quieres un café? Estoy a punto de apagar la máquina.

De repente me di cuenta de que me encontraba delante del mostrador con una mano pegada a la boca.

—Oh, lo siento, estaba a miles de kilómetros de aquí; sí, sí, por favor, si estoy a tiempo —le dije al hombre.

Me sonrió.

—Para un café siempre hay tiempo, Tallulah, ¿no te parece?

—Sí —respondí, dándome cuenta de que no lo había visto nunca en la barcaza y preguntándome cómo sabría mi nombre.

—Will —dijo, tendiéndome la mano—, soy amigo de Duncan. Estoy haciéndole unos trabajos en Willow. Me comentó que estarías hoy en la barcaza y me pidió que cuidara de ti. También acabo de empezar ahora unos arreglos en el embarcadero para Walter.

—Oh, estupendo —dije con una sonrisa, sin saber qué otra cosa podía responder, y añadí, de un modo completamente innecesario—: Yo también soy amiga de Duncan.

—Pues muy bien, amiga de Duncan, te prepararé un café buenísimo que te ayudará a superar esa resaca que llevas encima.

—¿Tanto se nota? —dije, sin dejar de sonreír.

—Sí, tienes ese aspecto sudoroso que suelen tener las mujeres al día siguiente.

Encantador, pensé, y cogí casi a escondidas una servilleta de papel para secarme a golpecitos las aletas de la nariz.

—¿Así que eres de la isla? —pregunté, en un intento por parecer una persona normal mientras él calentaba la leche en la máquina.

—Sí y no —respondió—. Es una historia un poco larga. Te la contaré algún día —enarcó las cejas—, tal vez cuando estés en mejores condiciones..., menos sudorosa. Sonrió y, a pesar de su evidente obsesión por la transpiración, le devolví la sonrisa.

Pese a tener los ojos inyectados en sangre, me di cuenta de que Will, amigo de Duncan, era un hombre muy atractivo, alto, cabello canoso, pequeñas arrugas, ojos oscuros, hoyuelo en la barbilla, el tipo de hombre con quien una chica podía darse una buena sudada, en el caso de que le entraran ganas.

Pero yo no las tenía, mi vida ya era suficientemente complicada, de modo que le di las gracias por el café y tomé asiento en un cubículo de cara al mar para ver cómo se agrandaba en el horizonte el perfil de Willow y agradecer que en aquellos momentos un océano se interpusiera entre la boca de Josh y la mía.

En algún momento entre el inicio y el final del beso, un taxi había doblado la esquina y había sentido un impulso desesperado por subir a él.

Había conseguido deshacerme de los brazos de Josh y había empezado a agitar los míos, como una mujer atrapada en una fuerte corriente que intenta llamar la atención del socorrista en vez de, simplemente, parar un taxi.

No hacía señas, sino que me ahogaba.

El taxi se detuvo a mi lado y hui.

Cuando llegué a Lingalonga, fui directa a la habitación de invitados y deshice la maleta rodeada por las ya conocidas fotografías de pesca que decoraban las paredes, con las caras de niños esmaltados por el sol sonriendo a la cámara y con la nariz sonrosada embadurnada de zinc, con las mujeres sujetándolos con fuerza para protegerlos del mar.

En el instante en que había cruzado la puerta, me había relajado y había pasado a estar ya fuera del tiempo; los móviles colgaban, como siempre, en el umbral, cargados de palitos, ramas, conchas y plumas, confeccionados por manos minúsculas, todavía con restos de arena.

Saqué de la bolsa la hierba y fui a la cocina, donde encontré a Duncan preparando el té.

—Muy buenas, viejo hippie —dije, dejando la hierba en la mesa.

—Bien hecho, Lulu —contestó Duncan, con una sonrisa—, ¿dónde la conseguiste?

—A través de Annabelle.

Duncan enarcó las cejas.

—He compartido bastante tiempo con ella estos días —comenté—. Con ella y con Josh.

Las cejas se enarcaron un poquitín más.

—¿Lo sabe Ben?

—¿El qué? ¿Que me has convertido en narcotraficante?

—No, no seas picarona, Lulu, no te va. Me refiero a que si Ben sabe que la banda vuelve a estar unida.

—La verdad es que no, pero últimamente está siempre fuera.

—Muy oportuno.

—Cierra el pico, Duncan, fuiste tú quien quiso que echara el cierre.

—Efectivamente, pero ahora te miro y no estoy del todo seguro de que sea eso lo que estés consiguiendo...

Dejó el té en la mesa y la frase quedó inacabada.

Más tarde, Duncan se tumbó en el sofá y enterró la mano en el pelaje de Barney, que se había instalado a su lado. Me senté delante de él y empecé a leerle en voz alta uno

de sus libros favoritos, *El nadador*, una costumbre que iríamos practicando cada vez más mientras él descansaba la voz y los huesos. Neddy Merrill estaba a punto de zambullirse en una de las muchas piscinas urbanas con las que intentaría encontrar su camino de vuelta a casa, cuando la voz de Duncan me interrumpió.

—Creo que lo mejor es que te quedes aquí hasta que vuelva Ben —dijo—, donde Barney y yo podemos cuidar de ti.

Seguí leyendo, un poco molesta por su tono paternalista y medio aliviada por sus palabras.

Me quedé en Willow con Duncan durante casi una semana, pero allí tenía poco que hacer.

Más adelante habría que secarle la frente y darle la mano; más adelante aún habría dolor que sería incapaz de paliar por muchos parches de morfina que le pegara; más adelante habría noches interminables en las que intentaría apaciguar sus sueños, pero, por el momento, Duncan estaba todavía en forma.

El dolor no lo había derribado aún, solo lo ralentizaba y obligaba a que todo lo que hacíamos juntos —pasear, lanzarle un palo a Barney, cocinar en aquella gigantesca olla de acero los mejillones que traían los pescadores— estuviera envuelto en parsimonia. Pero sea lo que fuere lo que hiciéramos, solo podíamos hacerlo durante una hora seguida, después de la cual Duncan regresaba al sofá y yo lo envolvía con la colcha conmemorativa que le habían regalado las damas de McLean Valley.

Me marché cuando llegó su segunda esposa, Kerry-Anne. A aquellas alturas ya se lo había contado a todas las K, pero no a los niños. Venía sola, sin Rhees.

—¿Dónde estás, viejo cabrón? —gritó desde la puerta.

—Aún sigue colada por mí —dijo Duncan, con una sonrisa, desde el sofá.

Cuando llegué a casa, limpié el piso para preparar la vuelta de Ben, cambié las sábanas, quité el polvo, pasé el aspirador y abrí las ventanas para que «corriera un poco el aire», como decía Rose, aunque mi interior sabía que lo que en realidad estaba haciendo era intentar eliminar el olor de todas mis transgresiones.

Hice acopio de todas las comidas favoritas de Ben, puse media docena de cervezas a enfriar en la nevera, compré lirios azules y los coloqué en un jarrón, puesto que alguien me había comentado en su día que eran flores «varoniles», y luego, en otro arranque con retraso de culpabilidad, cogí el teléfono y llamé a Simone y a Stella.

Las había descuidado, lo sabía, las había dejado de lado una vez más por Annabelle y por Josh, pero, cuando Stella descolgó el teléfono, se limitó a decir: «Lulu, no sabes cómo me alegro de tener noticias tuyas. Justo el otro día le dije a William —Stella había empezado a llamar “William” a Billy poco después de que él diera por terminada su breve carrera como monologuista, en un intento de reintegrarle parte de la dignidad perdida— que llevábamos ya un tiempo sin verte, los niños te han echado de menos».

Simone, sin embargo, fue más directa.

—Oh —preguntó en cuanto oyó mi voz—, ¿ya estás de vuelta del triángulo del amor de las Bermudas?

Nos vimos al día siguiente en Gottardo's, pedimos tostadas con queso y patatas fritas para acompañar el café y entablamos una conversación fácil para empezar, durante la cual hablamos sobre el nuevo realizador de Simone, al que aborrecía, sobre la nueva maestra de Riley, a la que Stella adoraba, y sobre la actuación de Thomas en el festival de claqué, que me había perdido.

Thomas era el primogénito de Stella, mi ahijado, y yo —a menos que estuviera enferma o tuviera que ocuparme de Rose— había asistido a todos los festivales en los que había participado y, o Rose o yo, nos ocupábamos también de confeccionarle los disfraces.

—Lo siento, Stella —admití—, ¿cuándo fue?

—El viernes pasado —respondió—. Te dejé algunos mensajes, pero no te preocupes... vino Simone.

¿Que fue Simone?

La miré y me sonrió.

—Tía Simone —dijo Simone, corrigiendo a Stella—, la que no deja tiradas a sus amigas como si fueran la mochila del colegio en el instante en que Josh y Annabelle aparecen de nuevo por la ciudad.

—No he dejado tirado a nadie, Simone —protesté—. Simplemente quería pasar un poco de tiempo con ellos. Llevaba años sin estar con ellos...

—No, perdona, no los veías desde que Annabelle te «robó la vida», creo que es así como lo decías cuando venías a llorarme.

—No os peleéis —dijo Stella, posando la mano en nuestros respectivos hombros—. Odio que os peleéis.

—Stella —dijo Simone—, te cabreaste con Lulu tanto como yo, y ahora no finjas que no fue así. En vez de aparentar que no te importa, deberías contarle lo mucho que se enfadó Thomas al ver que no aparecía. —Simone me miró a los ojos—. Estuvo fatal por tu parte, Lulu, ¿y sabes una cosa? La verdad es que pensaba que todo eso ya lo tenías superado, pero estás comportándote como si estuviéramos de nuevo en el colegio.

—Pues lo mismo haces tú —le espeté, incómoda y enfadada por el repentino vuelco de la conversación—. Siempre has tenido celos de Annabelle.

—No hablamos de eso, y lo sabes perfectamente —replicó Simone—, sino de que siempre te pones a su disposición... Estás haciendo el ridículo, Lulu, con la diferencia

de que esta vez es mucho peor porque ya no somos en el colegio y tampoco somos capaces de recuperarnos como antes.

Stella rompió a llorar.

—Es un poco como mis tetas, que ya no son las mismas —sentenció, sin dirigirse a nadie en concreto.

Cuando Ben llegó a casa, miró a su alrededor y cogió una cerveza de la nevera.

—¿Así que me has echado de menos? —dijo.

—Sí —respondí—. Siento lo de esa noche con Josh y Annabelle, creo que estuve desagradable contigo.

Ben asintió.

—No te preocupes, Lulu.

Miramos juntos el fútbol, el brazo de Ben me rodeaba el hombro, sus pies estaban encima de la mesita y tenía una cerveza en la mano.

—Esto está bien —dijo.

—¿El qué?

—Esto —respondió—. Tú y yo.

Luego, cuando nos acostamos, intenté volverme a disculpar por mi conducta.

—No pasa nada, Lulu —comentó—, mira, estoy machacado, de verdad, y ha sido una noche muy agradable, de modo que mejor que no volvamos a ese tema, ¿de acuerdo? Moví afirmativamente la cabeza contra su pecho, sin explicarle que yo ya había vuelto allí.

En un arranque de desagravio, dejé a Ben descansando unos días en casa después del viaje y fui a visitar a Harry y Rose.

Llevaba un mes sin pasar por casa y, a pesar de que Harry me había dicho que mi madre estaba muy bien, quería comprobarlo por mí misma.

Aparqué el coche delante de casa, saludé al cartel de Harry con unas palmaditas cariñosas, siguiendo mi ritual, y enfilé el camino de acceso hacia la puerta.

—¿Rose? —grité—. ¿Rose?

—¡Lulu! —exclamó Rose, echando a correr con los brazos abiertos por el suelo de linóleo, con Madeleine, a cuadritos rojos y verdes, emitiendo un frufrú—. Qué alegría verte. Tu padre acaba de irse un rato a la oficina y ha dicho que a la vuelta compraría para la cena algo de comida para llevar.

—¿Algo de comida para llevar?

—Sí.

—¿En un restaurante de comida rápida?

—Sí, es lo que hace la gente, Lulu.

Y era verdad, lo hacía mucha gente —yo misma un par de noches por semana—, ¿pero Rose, la eterna proveedora de comida casera?

—¿Y qué cenaremos?

—Comida tailandesa, me encanta.

—¿Te gusta la comida tailandesa?

—Sí, Lulu, me encanta la comida tailandesa, no sé por qué te empeñas en repetir todo lo que digo.

Lo repetía porque mi madre iba vestida con Madeleine, porque mi madre estaba dispuesta a comer comida tailandesa y porque no tenía las manos manchadas de harina. Porque mi madre parecía feliz.

Los gemelos se encontraban en un campamento de fútbol organizado por la universidad y la casa estaba tranquila sin ellos, parecía más pequeña sin sus cuerpos

larguiruchos llenando hasta el último rincón, tumbados en los sofás o balanceando las piernas encaramados a la barra donde solíamos desayunar.

A veces, cuando Rose se deprimía, la casa necesitaba su alboroto para llenarse, de un modo similar a como las parejas que ya no se hablan utilizan a los hijos para poner color a los espacios que se abren entre ellos.

Pero esta vez era la voz de Rose la que flotaba por el pasillo y salía al jardín, donde estaba regando las matas de fresas mientras canturreaba para sus adentros, recordándome una historia que Harry me había contado de cuando eran novios.

Habían ido a nadar a una cala muy apartada y Harry, consumido por la timidez ante la perspectiva de que Rose lo viera en bañador, se había quedado atónito cuando ella se había quitado el vestido con pasmosa facilidad y se había reído de él, diciéndole: «Vamos, Harry, desnúdate, ¿o acaso te da miedo que las anguilas te coman las joyas de la corona?».

Ahora, oyéndola cantar en el jardín, me imaginé sin problemas a aquella Rose, la que se lanzó al agua a continuación.

Por la noche, Harry y yo nos sentamos a oscuras en el columpio.

—Está muy bien, Lulu —dijo—, mejor que en mucho tiempo.

—Es estupendo, Harry.

—Lo es. Se debe al doctor Reynolds, el médico nuevo, le gusta, confía en él; al doctor Shaw lo aborrecía, lo llamaba doctor Poco Show.

—Lo sé —afirmé riendo.

—Hasta hemos ido al cine un par de veces, y ayer incluso fue al quiosco.

—¿Sola?

—Sí, volvió satisfecha como una gallina clueca.

—¿Cogió el coche? —pregunté, pensando en el coche ranchera de Rose, que llevaba una eternidad descansando en el garaje.

—No, fue andando... Pasito a pasito, Lulu.

—Lo sé, me alegro de que empiece a salir. —Descansé la cabeza en el huesudo hombro de Harry—. Siento haberme ausentado tanto tiempo, Harry, he pasado mucho tiempo ocupada en la emisora poniendo orden en todos los asuntos de Duncan.

—Se nos va, ¿verdad, Lulu?

—Sí. Cáncer, cáncer de garganta... Terminal.

—Mejor entonces que estés con él, cariño. Nosotros nos encontramos bien, Rose y yo, creo que ella empieza a salir de esta, se pasa el día persiguiéndome para que haga trabajillos de todo tipo por la casa, y eso siempre es buena señal.

—Me gusta oír eso, Harry.

—Y a mí poder decírtelo. ¿Quieres que entremos?

—Pues sí, estoy bastante cansada.

—¿Y que te lleve en brazos?

Sonreí al recordar noches de hacía muchísimo tiempo, brazos cubiertos con un pijama de franela que le abrazaban el cuello, dedos entrelazados detrás de su nuca, piernas enganchadas en su cintura, y Rose diciendo: «Por el amor de Dios, Harry, métela en casa, pillaré una pulmonía».

—Ojalá aún pudieras hacerlo.

—Podría intentarlo.

—Sé que lo harías. Estás loco, anda, vamos dentro.

Cruzamos el jardín hacia la casa y, cuando levanté la cabeza, vi a Rose mirándonos desde la ventana de su habitación con las manos hundidas en los bolsillos de Madeleine.

Me fui, dejé a Rose vestida con Betty y a Harry enfundado en su mono diciéndome adiós con la mano. Y regresé a la ciudad, entré en el apartamento y puse las llaves en la mesita del recibidor.

En la bandeja del correo había un sobre blanco, con los bordes festoneados y grabados en relieve, dos alianzas en una esquina y mi nombre escrito en tinta plateada. Lo cogí, acaricié el grabado y Ben apareció en aquel momento.

—Hola —dijo—, ¿quién es la feliz pareja esta vez?

—No estoy segura —respondí, aunque lo había sabido de inmediato al reconocer el trazo ancho de la caligrafía—, pero pienso que podría tratarse de Josh y Annabelle.

Lo abrí y cayó al suelo un minúsculo y perfecto capullo de rosa.

Annabelle y Josh, informaba la tarjeta, contraían matrimonio el 27 de agosto a las cinco de la tarde en la iglesia de St. Alban, en Juniper Bay, y después celebrarían una fiesta con los invitados en el Hotel du Laurent.

Habían reservado el hotel al completo para esa noche y todo el mundo estaba invitado también al desayuno que se serviría a la mañana siguiente.

Había también una nota, que no leí en aquel momento —no quería hacerlo delante de Ben— y que guardé para después, cuando Ben se marchó por fin del apartamento para ir a tomar una copa con unos amigos y dejó de mirarme desde todos los ángulos, con el objetivo de adivinar si todo iba bien, pero sin preguntármelo en ningún momento.

Cuando estuve segura de que se había ido, cuando escuché el clic de la puerta de abajo, corrí a nuestra habitación, me tumbé en la cama y la leí.

«Tallulah —había escrito Annabelle—, espero que vengas, nos encantaría que estuvieras presente, pero, si por algún motivo no puedes, quiero que sepas que *locomprenderemos* perfectamente. Amor eterno, A.»

Dejé la nota en la mesilla de noche y aplasté el diminuto capullo de rosa entre el pulgar y el índice.

Era una estupidez, la verdad, sentirse así, como si «acabaran de pincharme y no me encontraran sangre», como diría Rose.

Pero así me veía, estúpida e imbécil. Enterré la cara en la almohada y solté el puto capullito de rosa.

¿En qué estaría yo pensando? ¿En que Josh dejaría a Annabelle por mí? ¿En que Annabelle abandonaría a Josh por mí? ¿En que me llevarían con ellos en su próximo viaje? ¿En que se darían cuenta de que, de todos nosotros, era yo quien más merecía la pena?

No, a ellos les encantaría que estuviera presente y, si no podía, *locomprenderían* perfectamente.

De lo más *generoso* *flipante* por su parte.

Apagué la luz y cerré los ojos, oí que Ben llegaba un par de horas más tarde, se acostaba a mi lado y decía con aliento a cerveza que comprendía que estuviera «un poco molesta».

—No tienes por qué ir, Lulu —dijo—. Esa semana estoy en Hong Kong, podrías venir, un poco de terapia comercial.

Pero yo ya había tomado mi decisión.

—No puedes ir, Lulu —dijo Stella—, lo único que conseguirás es hacerte daño.

—Joder, Lulu, ¿por qué no te cuelgas un cartel que diga «dame una patada» y te ahorras las molestias? —comentó Simone, mucho menos diplomática.

—Ven conmigo —volvió a insistir Ben.

—Opinó que deberías hacer lo que tú quieras, cariño —dijo Harry.

—Siempre podrías envenenarla en su noche de folleto —sugirió Duncan.

Durante las semanas que precedieron a la boda, no tuve ni tiempo para pensar; me encontraba demasiado ocupada intentando apaciguar a Duncan, que, como cabía esperar, no estaba dispuesto a entrar dócilmente en la noche callada.

Había comenzado a despotricar contra los tratamientos, se negaba a que le administraran más quimioterapia argumentando que no quería perder ni un pelo más —«El pelo de un hombre es su fuerza, Lulu, mira qué le pasó a Sansón»—, me exigía que me desplazara a la isla, después declaraba que no, que se sentía mejor solo, luego volvía a llamarme, se reunía continuamente con Andrew Lyons, su abogado de siempre, para poner orden en los detalles de su vida hasta un punto tan intolerable que el infatigable Andrew acabó pidiendo una baja por estrés.

Permanecía sereno y, al minuto siguiente, se ponía nervioso, caía presa del pánico por las cosas más insignificantes.

—Lulu, no consigo dar con esa pelotita de goma a rayas de Barney, tenemos que encontrársela —rugió enfurecido un día, y me mandó a la playa a buscarla.

Cuando volví pasadas varias horas, quemada por el sol y con las manos vacías, se quedó mirándome.

—No sé por qué estás tan enfadada, Lulu —dijo, despectivamente—. No es más que una pelota.

Empezaba a perder mucho peso y había adquirido la costumbre de sujetarse el pantalón de chándal con una cuerda para que no se le cayera; tenía la piel cetrina y el paso, inseguro, y, a veces, cuando me abría la puerta, me preguntaba quién sería aquel anciano.

Pero, en otras ocasiones, si venía a visitarlo alguna de sus exesposas o amigos —sobre todo cuando se trataba de un antiguo compañero de trabajo—, tensaba la mandíbula, que empezaba a flojearle, sustituía los pantalones de chándal y la cuerda por unos vaqueros perfectamente planchados, enderezaba la espalda, escondía el pelo debajo de una gorra blanca de críquet, forzaba la sonrisa y se transformaba en un jubilado bronceado, sano y robusto, y más fuerte que cualquier viento que pudiera azotar Lingalonga.

Paseaba con piernas firmes por la arena junto a sus invitados, con los brazos extendidos y la cara vuelta hacia el sol, parecía un viejo prestidigitador sacándose de la manga un último truco.

Cuando venían los niños —y lo hacían casi todos los fines de semana—, descansaba en la cama hasta el instante en que oía el sonido del motor en el camino de acceso y corría entonces a la puerta para recibirlos justo en el momento en que bajaban del coche de sus respectivas madres: Duncan Junior, Rhees, Jasmine y Jarrod corrían para ver quién llegaba primero a la casa y a la habitación de las literas.

—¡Primer! —gritaba Jarrod desde la litera de arriba.

—No, yo he llegado primero.

—Eso no es justo, siempre te la quedas tú.

—¡Pa-páaa!

Duncan hacía su aparición en cuanto oía aquel familiar quejido, con Barney pisándole los talones, y entraba en liza.

Cuando se iban, dejando un rastro de arena, palitos y caramelos a medias envueltos en papel de celofán bajo las almohadas, Duncan se despedía de ellos, daba media vuelta, entraba en la casa, cerraba la puerta a sus espaldas y se pasaba horas durmiendo.

El mes siguiente transcurrió básicamente en la isla. Ben estaba de viaje y Harry me repetía una y otra vez que Rose continuaba bien, de modo que me dediqué a ir de un lado a otro con el transbordador y a beber café tibio en tazas de poliestireno, rodeada

por bolsas de fruta que sabía que Duncan se negaría a comer y consciente de que, por mucho que lo deseara, jamás podría llevar aquel barco a buen puerto.

Duncan, descubrí, se había creado una nueva vida en Willow, una vida que nada tenía que ver con la que llevaba en tierra firme. La gente no paraba de entrar y salir de la casa: Will, el marinero que había conocido en la barcaza, se sentaba a menudo con Duncan y estudiaban juntos los planos de quién sabe qué —una barca, seguramente—, el cartero le entregaba personalmente el correo y, al atardecer, solía presentarse por la puerta de atrás una pintoresca colección de pescadores dispuesta a compartir una cerveza y un poco de cháchara con el hombre que ahora ya no tenía amígdalas de platino.

Yo intentaba pasar con Duncan todo el tiempo posible, saboreándolo al máximo.

Rose me confeccionó un vestido para la boda de Annabelle.

Ella no se encontraba lo suficientemente bien como para asistir, pero me hizo un vestido de color rosa claro de encaje, por la rodilla, con manga tres cuartos y cuello Mao. Llevaba una chaqueta tipo bolero conjuntada, en tono beis, con una flor de encaje rosa que podía colocar a modo de broche o engarzar en el pelo: «Como te guste más, cariño», dijo. Mi madre se había esmerado tanto como si se tratara de mi vestido de novia.

En el coche, durante el recorrido hasta la iglesia, Harry y yo escuchamos la radio y, cuando aparcamos, me cogió la mano me la apretó.

—La próxima vas a ser tú, Lulu —dijo—.

Mi padre, el hombre que no tenía ni idea.

La iglesia estaba preciosa. Alguien —Frank, imaginé— había prendido a los bancos ramilletes de rosas minúsculas y colocado velas de sándalo sobre una base circular de yedra.

Me quedé parada en la puerta, con la mano de Harry en el brazo, asimilando aquello.

—Todo irá bien, Lulu, tranquila —comentó cuando entramos y, justo en aquel momento, Josh volvió la cabeza y me sonrió.

Le devolví la sonrisa y, con aquella mirada que se cruzó entre nosotros, salí de la iglesia para ir directa a un pequeño supermercado donde mis hermanos estaban enroscados entre mis piernas como puntos de interrogación y un chico vestido con una camiseta azul celeste se apartaba el pelo de los ojos. Entonces, Harry me tiró del brazo y nos sentamos entre dos grupos de personas que no conocía. Una mujer con cara colorada y falda abullonada me preguntó si era amiga del novio o de la novia y le dije, con total sinceridad, que no lo sabía.

Un arpa empezó a sonar en la galería, por encima de nosotros, y Christa hizo entonces su entrada, vestida con otro quimono y tocada con un complicado sombrero, seguida por Fergus, con camisa blanca y pantalones caqui, y Annie, con sus capas, caminando hacia el altar con un ligero balanceo, con un exceso de joyas, de maquillaje... y de whisky, como comentaría todo el mundo después.

Pearl, la madre de Josh, entró rápidamente y ocupó su asiento, en la primera fila, sin mirar a nadie. Cuando pasó por mi lado, noté fugazmente el olor del cigarrillo que acababa de apagar y vi el color de sus labios corrido por culpa de aquel.

Entonces entró Annabelle, del brazo de Frank, este con traje y su gorra de marinero.

La bellísima y alta Annabelle, con un vestido largovintagede color aguamarina y chaquetilla lila, con un matiz brillante, y portando un ramo de nardos y yedra. Alguien —ella no, Annabelle jamás se tomaría la molestia de maquillarse— le había pintado los ojos y le había puesto pestañas postizas; sus rizos oscuros le envolvían la cara y me pareció tan guapa como aquel primer día en que llegó y se sentó a mi lado, una de las flores más preciosas de la hermana Escolástica.

Ni siquiera escuché lo que se dijo durante la ceremonia, me limité a permanecer sentada en el banco, con el brazo pegado al hombro de Harry, y a sacar pañuelos de papel del bolso para pasárselos a la mujer de cara colorada que estuvo todo el rato llorando ruidosamente.

Luego estuve en la recepción que se celebró en el hotel, donde sonreí, reí, brindé con mi copa cuando se pronunciaron los discursos, bailé con todo el mundo, dediqué algún tiempo a los parientes de más edad, hablé sobre las flores y comenté que sí, que eran encantadoras, ¿verdad?; y que no, que ni en sueños podríamos haber imaginado que el tiempo acompañase tanto.

Comí todo lo que me pusieron, también la tarta, y dejé que me fotografiaran una y otra vez, pero en ningún momento crucé palabra con Annabelle o con Josh, porque estaba muy lejos y demasiado ocupada con mis sonrisas.

Harry se marchó pronto; Frank y él no se alojaban en el hotel, Harry porque tenía que volver a casa para estar con Rose y Frank porque dijo que no tenía ninguna necesidad de estar cerca de una barra libre.

De modo que me marché sola a mi habitación, donde caí muerta en la cama en cuanto entré y me quedé dormida, vestida y calzada, hasta que una llamada en la puerta me despertó.

Me levanté y atisbé por la mirilla.

Abrí la puerta.

—Josh —dije—, ¿qué pasa? ¿Va todo bien?

Se balanceaba un poco y me respondió con una sonrisa ladeada. Cerró la puerta a sus espaldas.

Y, de pronto, sentí sus manos en el cabello y en la cara, y agarré su corbata y no la solté cuando nos dejamos caer en el suelo. Y no me importó ni que fuera Josh, que no debería estar allí, ni que Annabelle se encontrara en la planta de arriba.

No me importó porque sentí su piel penetrando la mía, porque percibí el mordisco de sus dientes y el aliento de su boca cuando dijo «Tallulah-Lulu» y sus manos trazaron de nuevo el camino que habían recorrido tantísimas veces, y, entre tanto dolor, lo guie hasta su destino.

TERCERA PARTE

Lo siento mucho, Ben.

—Lo sé, Lulu, pero eso no cambia lo que ha pasado.

—Ya.

—Es tan..., no sé, tan de mal gusto, tan..., no sé.

Ben y yo nos encontrábamos en el apartamento, que muy pronto pasaría a estar vacío, unos quince días después de la boda, a su regreso de Hong Kong.

Después de mi comida con Simone y Stella, me había escondido en casa de Harry y Rose y había hecho algunas escapadas a mi apartamento en la ciudad para recoger las pertenencias que sabía que no podrían seguir allí en cuanto Ben regresara de su viaje de negocios.

Me habría gustado quedarme para siempre en mi antigua habitación de casa de Harry y Rose, pero sabía que le debía una explicación a Ben.

Más que eso; como mínimo, le debía una disculpa cara a cara, por mucho que supiera que su expresión me iba a resultar insoportable.

Había estado esperándolo casi toda la mañana, había pasado el rato deambulando de un lado a otro por las distintas estancias del apartamento, repasando con la mirada la vida que habíamos compartido, derrumbándome al ver la taza con la inscripción «La mejor novia del mundo» que seguía aún en el escurrerplatos.

Al oír que un taxi se detenía en la puerta, miré por la ventana y comprendí que no era la única que estaba deshecha. Todo en Ben parecía distinto: su manera de caminar, de coger la maleta, de no levantar la cabeza para mirar hacia la ventana, como siempre hacía, para ver si yo estaba allí.

Y ahora estábamos sentados a los pies de la cama, que ya no era nuestra, y yo le veía dejarme marchar.

—Lo sé, es de mal gusto, y una estupidez, disculpa, Ben, de verdad, no sé cómo expresar lo mucho que lo siento.

Permanecimos un rato sentados en silencio, hasta que él se levantó y empezó a deshacer la maleta.

—¿Dónde están tus cosas? —dijo al abrir el armario y ver los espacios vacíos.

—En casa de Rose y Harry, he pensado que lo más probable es que ya..., que ya no me quieras por aquí —dije, haciendo un gesto con la mano para abarcar el dormitorio—. De modo que me he medio trasladado allí para una temporada.

Ben asintió, volvió a sentarse en la cama y puso la cabeza entre sus manos.

Me acerqué algo a él y, cuando posé una mano en su espalda, noté que se retiraba un poco.

—No, Lulu —dijo y, a continuación—: ¿Tienes algún lugar donde ir a pasar la noche?

Asentí, pensando en Simone.

—De acuerdo —afirmó—, porque tienes razón. No te quiero por aquí.

Se levantó y entró en el cuarto de baño, el vapor de la ducha formó volutas por debajo de la puerta y yo seguí esperando, sentada en la cama.

Cuando me marché, se oía aún el siseo del agua al chocar contra las baldosas.

Más adelante decidiríamos de quién era y no era qué, clasificaríamos los minúsculos restos de una relación y, mucho más tarde, nos desearíamos mutuamente lo mejor, pero por el momento lo dejé allí, bajo la alcachofa de la ducha, limpiándose de todo lo nuestro.

No volví a verlo en varios meses, hasta que todo hubo cambiado y hasta que el sentimiento de culpa por haber roto disminuyó debido a otra pérdida, que me caló hasta la médula.

—Dios mío, Lulu —dijo Duncan con voz ronca al asomar la cabeza por la rendija de la puerta—, pasa, pasa, ¿te persiguen, acaso, las hordas de la prensa con la intención de capturar una instantánea de la Folladora de la Noche de Bodas de Juniper Bay?

—Calla, Duncan —repliqué—, y déjame entrar.

Lo hizo, y percibí un brío en sus andares que no había visto la última vez que estuve allí: nada como un escándalo para poner de nuevo en marcha a Duncan.

—Te veo bien, Duncan —dije—. Creo que debería acostarme más a menudo con el novio.

Duncan tomó asiento y me miró fijamente.

—Escucha, Lulu, cuando afirmé que necesitabas echar el cierre, no tenía ni idea de que te lo tomarías de esta manera.

—Ya, tampoco yo.

Me senté a su lado en el sofá, con Barney a nuestros pies, y Duncan me rodeó con el brazo.

—¿Qué pasó? —preguntó por fin.

—Bebí demasiado.

—Eso siempre es una buena defensa, aunque en absoluto digna, claro está, pero más que adecuada para muchas ocasiones.

—Y quería hacerlo.

—Ajá.

—¿Ajá?

—Sí, Lulu, ajá, que quiere decir que ahora sí que vamos a averiguar cuál es la semilla que se esconde bajo la cáscara... Adelante, continúa —dijo—. Ven, trae la mano, te la cogeré por si te sirve de ayuda.

Y se lo conté.

Le conté lo que había sido incapaz de responder al cura cuando me preguntó: «¿Y por qué hiciste eso, hija?», porque me quedé en silencio y me puse a rezar para pedirle a quien quisiera que estuviera escuchándome que me perdonara, además de por la evidente transgresión, también por el pecado de omisión.

Porque había pasado por alto referirle a aquel cura, que me hablaba con voz cálida y había posado una mano ardiente sobre la mía, que el verdadero motivo por el que me había revolcado en el suelo con Josh Keaton no era porque lo amaba, ni porque, como Rose había sugerido, me hubiera «dejado llevar» por las emociones de la jornada; y tampoco, como Annie con ojos de loca había declarado en televisión, porque «siempre había tenido unos celos patológicos» de su familia. Ninguna de aquellas cosas era esa semilla que Duncan decía que había debajo de la cáscara.

Lo hice porque estaba cansada de ser la chica que siempre se encargaba de llevar el barco a buen puerto.

Cansada de, vestida aún con el uniforme del colegio, tener que estar pendiente de la cocina para preparar la comida a la familia y cansada de tener que cuidar de Mattie y de Sam cada vez que Rose tenía uno de sus días Doris, cansada de llevar la contabilidad de Harry, de planchar los vestidos de Rose y de intentar no darle importancia a que los días, después las semanas y luego los años, fueran pasando hasta que llegara el día en que Josh o Annabelle volvieran a casa, y, cansada también de tener que fingir que no me importaba que hubieran vuelto.

Cansada de cuidar de Duncan, de prepararle comidas que luego no comía, de decirle que no pasaba nada cuando Barney llenaba de pelo la ropa que acababa de lavar, cansada de viajar de un lado a otro a bordo de la barcaza con la mitad de mi ropa en tierra y la otra en alta mar.

Cansada de fingir que el trabajo de Ben me interesaba, de comportarme como si me importara que el verano próximo se llevaran o no los tacones altos.

Cansada de ser la chica que había llegado a la orilla del río, la chica de la pista de

patinaje, la chica que se había quedado plantada bajo una luna perfecta, tan silenciosa como las estrellas que brillaban a su alrededor.

No quería seguir siendo aquella chica.

Y eso era todo.

—¿Te sorprende? —le pregunté a Duncan.

—No —dijo, pensativo—, en absoluto, no es eso.

—¿Y entonces qué es?

—Bueno, la verdad me preguntaba —dijo— por qué habrás tardado tanto. —Me atrajo hacia él y continuó, con su voz ronca—. Y ahora, querida mía, a esperar los efectos colaterales.

Y no tardaron mucho.

Mientras pude apagar el televisor antes de contemplar de nuevo el rostro devastado de Annie respondiendo a las acarameladas preguntas de Maxine Mathers sobre la boda, y hasta que no se difundió mi nombre, sus declaraciones no me importaron.

Pero luego había aparecido una fotografía mía con el vestido de raso azul en la inauguración que se había celebrado en Bloom, en la que se me veía justo detrás de Josh y Annabelle sonriendo a la cámara. La miran directamente, y yo, a pesar de que no recuerdo que se tomara la foto, estoy observándolos, con la cabeza ladeada, «como el espectro de la fiesta», había sugerido Simone.

La entrevista finalizaba con un plano fijo de la serie *Embrujode Frank*: dos niñas cogidas del brazo, una de ellas destinada a convertirse en la Folladora de la Noche de Bodas de Juniper Bay.

La aparición de Annie en *Today, Tonight and Tomorrow* acabaría formando parte del acervo de la televisión australiana y se reproduciría una y otra vez en los «Diez mejores momentos» y en los programas especiales de aniversario, sobre todo por el famoso «Me lo follé» de Annie, siempre disimulado con un *bip*, y por la expresión de asombro de Maxine que siguió a aquel comentario.

Durante una temporada, aquello no solo sería mi ruina, sino también la de Annie. Era evidente que la noche de la entrevista Annie no se encontraba bien, que estaba borracha o colocada, o ambas cosas, que a ratos miraba fijamente a la cámara, que se tiraba continuamente del lóbulo de la oreja, que luego tenía la mirada perdida, que esbozaba su sonrisa gatuna, como si conociera algo que nadie más sabía, o que nunca sabría.

Pobre Annie, la entrevista acabó destrozando más de una reputación.

Lo de la mía no tenía gran importancia y, por mucho que meses después, cuando la gente se fijaba en mi cara, siguiera preguntándose de qué le sonaba, mi descrédito quedó pronto eclipsado por el del «ministro del claro de luna», un político conservador que fue sorprendido en plena noche merodeando por un espacio público frecuentado por gais. Recuerdo aún la imagen de él y su esposa, sentada a su lado con su collar de perlas y su vestido de Laura Ashley, durante la conferencia de prensa, mientras la boca de ella esbozaba una austera sonrisa por el bien del servicio público.

Pero, durante un tiempo, supe qué se siente siendo esa persona de la que gente que no conoces de nada habla en el tren y, a los ojos de quienes me querían, caer en desgracia.

—Hola, me gustaría hablar con Tallulah de Longland, por favor —dijo la voz de la chica al teléfono.

—Soy yo —respondí.

—Tengo al doctor Patrick Stephenson al teléfono y desea hablar con usted.

—Gracias.

—Hola, Lulu.

—Hola, doctor Patrick.

—Lulu, acabo de estar con Duncan y va por mal camino. No quiere ingresar en el hospital, como bien sabes, y, francamente, aunque lo hiciera, no sé si serviría de algo.

—Entiendo —afirmé, aunque no era cierto.

—Se está acabando, Lulu —prosiguió el doctor Patrick—, y me ha hecho saber que, en el momento en que yo lo considere apropiado, te pida que se lo comuniques a determinadas personas... Dice que tienes una lista.

—La tengo —le confirmé, pensando en el sobre grande de color marrón, con la frase «Lista de muerte de Duncan» escrita en la parte anterior por la abrasiva mano de mi jefe, con una calavera y unos huesos cruzados pintados debajo, la calavera con una suspicaz sonrisa en su huesudo rostro—. La tengo —repetí—, tengo una lista, doctor.

—Pues ha llegado el momento de utilizarla —concluyó sucintamente.

Cuando colgó, me quedé mirando el teléfono como una tonta durante mucho tiempo y, cuando me espabilé, subí corriendo la escalera, entré en mi habitación y empecé a guardar ropa en una bolsa, saqué camisetas de los cajones, descolgué prendas de las perchas, y solo cuando me senté en el suelo con la bolsa llena a rebosar e intenté cerrar la maldita cremallera me di cuenta de que me temblaban las manos.

Rose entró en aquel momento, cruzó la habitación y se arrodilló a mi lado, extrajo todo lo que yo acababa de introducir en la bolsa y lo dobló, abrió el armario y apartó vestidos y zapatos y llamó a Harry para que preparara un vaso de whisky con leche.

—Para ti —dijo—, no para mí. —Y luego—: No has metido nada de ropa interior.

Y empecé a llorar y reír al mismo tiempo, mientras Rose, sin decir palabra, cogía el whisky que Harry acababa de subir y cerraba la puerta.

—Y, ahora —afirmó con una sonrisa, pasándome el vaso—, haremos esto juntas.

Me marché al día siguiente, con una cesta con bollos de pasas calientes bajo el brazo que Rose le había preparado a Duncan y con la cabeza levemente dolorida después de los dos vasos de whisky con un chorrito de leche que me había ofrecido Harry.

—No se los comerá, ya lo sabes —le comenté.

—Sí, lo sé —me sonrió—, pero los olerá.

Me senté en la barcaza y pensé en Duncan, y en que las lágrimas estaban hechas de sal, como el mar.

Luego conduje hasta su casa, entré y lo encontré dormido en la cama, con las manos unidas bajo la barbilla, como un niño, y saboreé la sal de mis labios.

Lo arropé con la manta y le comenté lo que Rose me había dicho:

—Y, ahora, haremos esto juntos.

Utilizamos un listado y espaciarnos las visitas, reservando para exesposas e hijos los momentos en los que imaginamos que Duncan se encontraría mejor, y dejando las tardes libres para una siesta que, pensé un día, cuando entré con sigilo en la habitación ya muy tarde, empezaba a ser cada vez más larga.

Barney permanecía tumbado, como siempre, a los pies de la cama, listo para levantarse de un salto en el instante en que olisqueara cualquier cosa vagamente comestible, y se notaba que Duncan descansaba bien, no como aquellos días en que esbozaba muecas de dolor y lloraba en sueños, en que gritaba palabras sin sentido y, a veces, se llevaba desesperado las manos a la garganta.

Cuando se ponía así, intentaba calmarlo, le acariciaba la frente y le susurraba: «Tranquilo, Duncan, todo va bien, ahora duerme», hasta que, en una ocasión en la que se despertó de repente, me apartó la mano y dijo: «Dios, Lulu, vaya susto me has dado, pensaba que eras Grammy McAllister que venía a por mí». Después de aquello, decidí que era mejor que luchara solo con sus demonios.

Un domingo a última hora de la tarde, me disponía a salir de puntillas de la habitación,

cuando oí que me llamaba con su voz ronca.

—Lulu.

—Estoy aquí.

—Lo sé, te oigo arrastrándote por la habitación como un siniestro fantasma.

—Lo siento.

—No lo sientas. ¿Se han retirado ya por fin las hordas?

—Sí.

—¿Estamos solos tú y yo? —preguntó en un susurro.

—Sí.

El sol envolvía la estancia con sus últimos rayos.

—Quiero salir.

—¿Estás seguro?

Asintió.

Se incorporó, se calzó las zapatillas y fui a por su batín.

—No, eso no —dijo—, es ropa de viejo.

—Pues algo tendrás que ponerte —repliqué, y saqué una chaqueta del armario.

Nos encaminamos poco a poco hacia el jardín y cruzamos la puerta de madera blanca para llegar a las dunas, en donde los matojos de hierba se aferraban a sus curvas.

Permanecimos allí un rato y, justo cuando iba a decirle que tendríamos que ir pensando en entrar para que no cogiera frío, me tocó el brazo.

—Mira —dijo, mientras estiraba los dedos sobre mi piel—, los pipis están floreciendo.

Duncan me había contado una y otra vez, con los ojos chispeantes, cómo, no solo en una ocasión, sino en dos, había sido testigo de aquel espectáculo: la primera vez de pequeño y la segunda hacía tan solo unos años junto a su viejo compañero de pesca Jack Jack Brearly, mientras tomaban una copa y disfrutaban de la puesta de sol en Nelson Bay.

Me había explicado que la gente se había reído de él, que habían dicho que tanto Jack como él iban hasta las trancas de ron, que no se habían creído que hubieran visto aquella danza, extraña y silenciosa, que empezaba cuando, siguiendo la orden de una mano invisible, todos los pipis, aquellas almejas que yacían enterradas y dormidas bajo la arena, se abrían de repente y de forma simultánea.

Se apiñaban en grupitos a lo largo de la playa, saladas aglomeraciones de *eugaries* enmarañadas como hombres chismorreando en corrillo en una esquina, y luego se desplazaban juntas hacia el mar, al unísono, sabiendo exactamente qué ola las llevaría justo allí donde querían ir.

Duncan hablaba de floración o, en sus momentos más románticos, lo denominaba «la danza de los *eugaries*». Permanecimos allí, contemplando la misteriosa danza acuática hasta que desaparecieron por completo, dejando en la arena pequeños huecos como muestra de su presencia.

—Bravo —musitó Duncan, dando media vuelta.

Volvimos a la casa y lo acosté, me quedé viendo cómo se adormilaba, preguntándome si la morfina estaría apoderándose de él y consciente de que había lugares a los que yo nunca podría ir.

—Lulu. —Me sorprendió oír su voz—. ¿Lulu?

Me incliné hacia delante y vi que daba unos golpecitos a la cama.

—Barney —musitó.

Al oír su nombre, el perro abandonó su puesto a los pies de la cama y, arrastrándose por encima del colchón, llegó hasta donde Duncan había dejado la mano.

—Arriba —dijo con voz ronca—, arriba, chico.

Con un único movimiento, antes de que pudiera decir: «No sé si es muy buena idea, Duncan», Barney obedeció y descansó la cabeza sobre la almohada, pegada a la de Duncan, una mujer muy peluda y muy fea.

Me eché a reír al verlos allí a los dos, acostados juntos, y entonces Duncan indicó el lado opuesto de la cama con otra serie de golpecitos, y comprendí que también me quería junto a él.

—De acuerdo —dije—, moveos para allá..., pero si esto acaba en los periódicos, «Duncan McAllister encontrado muerto en la cama con la loca Folladora de la Noche de Bodas y un perro», nunca, jamás, te perdonaré.

Duncan soltó una larguísima carcajada y Barney y yo nos acurrucamos contra él.

—Lulu —musitó.

—Sí.

—Te huele fatal el aliento.

—Calla, Duncan, ya sabes que es el de Barney.

—Y unas piernas sorprendentemente peludas —dijo, aunque cada palabra le costaba un auténtico esfuerzo.

Su mano localizó la mía bajo las sábanas y me la apretó.

—Bueno —dijo, volviéndose para mirarme con unos ojos que todavía brillaban por mucho que su fuego estuviera ya apagándose—. Me habría gustado que Lingalonga...

Duncan nunca recuperó la conciencia, y después de cinco largos días de viajes hacia la noche, y de gente entrando y saliendo para darle un beso en la frente, *loseugaries* bailaron en la orilla y se adentraron en el mar, palpitantes y trémulos, a salvo en el interior de sus imperfectas conchas perfectas.

Hola, Tallulah.

—Me alegro de verte de nuevo, Andrew.

—Siéntate, por favor. ¿Te apetece alguna cosa? ¿Té, café, un vaso de agua?

—No, gracias. Acabo de tomarme un café en la cafetería de abajo.

—Bien, pues vayamos al grano —dijo Andrew Lyons, dándose golpecitos en la palma de la mano con la punta de un bolígrafo—. Podría haberte llamado por teléfono para contarte todo esto, Tallulah, pero como te conozco desde hace tantos años, y como ambos hemos formado parte de algunos de los pequeños embrollos de Duncan, he pensado que quizá sería mejor hablar contigo en persona.

Asentí consciente de lo que iba a decirme; lo sabía desde que Duncan cayó enfermo y empezó a soltar pistas sobre mi futuro, a insinuar que «no tenía que preocuparme», que «siempre estaría bien atendida», palabras que me inquietaban cada vez que las oía.

Yo no quería estar siempre bien atendida, no quería nada de nada de Duncan McAllister, no quería continuar sentada en el despacho de Ferris and Lyons, posada en la punta de un sofá que conocía bien, con Andrew revoloteando a mi alrededor como una solícita mosca beis.

Lo único que deseaba —como una imbécil, de un modo imposible, como una niña— era que Duncan volviera.

Deseaba que Andrew dijera: «Tal vez sea un golpe muy fuerte para ti, Lulu, pero en realidad Duncan no está muerto, sino que en estos momentos, mientras tú y yo hablamos, se encuentra relajándose en la Melanesia, en una isla escondida donde no podrá coincidir con ningún conocido, y lo que ha hecho ha sido escenificar con enorme inteligencia su propia muerte para no tener que pagar más impuestos».

Desde la muerte de Duncan, mis pies habían permanecido firmemente asentados en el primer peldaño de las famosas cinco fases del duelo de Elisabeth Kubler-Ross, la negación, y mi cabeza no dejaba de dar vueltas a una serie de escenarios imposibles en los que me planteaba dónde podría estar Duncan, cada uno más fantástico que el anterior, y todos ellos, imaginaba, concebidos para seguir alejada de la dolorosa verdad: que mi amigo se había ido para siempre.

Pero sostener aquella farsa se me estaba haciendo muy difícil en el despacho de Andrew, notaba la parte posterior de las piernas pegada al sofá de cuero, mientras un hilillo de sudor me resbalaba por la nuca y Andrew estaba a punto de revelarme lo que Duncan me había legado.

No tenía ni idea de qué podía ser —aquel hombre era capaz de cualquier cosa— y, por mucho que antes de la muerte de Duncan siempre se dio por sentado que era un hombre rico, nadie tenía ni idea del alcance exacto de aquella riqueza; decían que incluso Kimmy se había quedado boquiabierta cuando le comunicaron la más que generosa parte del pastel de McAllister que le había correspondido.

Andrew se excusó y cruzó la impresionante puerta con paneles para entrar en una estancia a la que Duncan siempre se refería como «el sanctasanctórum de los sanctasanctórum» y permanecí sentada sin moverme, observando los títulos colgados en las paredes y pensando en que tendría que haberle pedido un vaso de agua.

Enfrente había una fotografía de Duncan, en la que este aparecía sentado en el mismo sofá que ahora ocupaba yo, con los hijos de Andrew, un confuso amasijo de piernas, brazos y sonrisas desdentadas, envolviéndolo por todas partes.

Revoloteaba por allí el recuerdo de una de las últimas conversaciones que había mantenido con Duncan.

—Lulu —me dijo una mañana mientras yo ponía orden en la habitación de invitados—. ¿Crees que algún día tendrás niños?

—No lo sé —respondí—. Me gustaría, pero, por si no te has dado cuenta, en estos momentos me enfrento a una evidente ausencia de un padre potencial.

—No creo que tengas que preocuparte por ese aspecto, querida mía —dijo, adoptando uno de aquellos semblantes tan enloquecidamente enigmáticos, como queriendo decir: «Sé algo que tú no sabes»—. No —continuó, riendo entre dientes—, no creo que esto sea ningún problema.

Caí presa del pánico en el instante en que se me ocurrió una cosa, que me llevó a enderezarme de un modo tan repentino en el sofá que el cuero me rascó la piel sudorosa.

¿Me habría dejado Duncan una muestra de su esperma?

Lo veía muy capaz; de hecho, cuantas más vueltas le daba a la idea, más probable me parecía, de manera que, cuando Andrew reapareció en el despacho, ya estaba totalmente convencida de que me entregaría una placa de Petri chapada en oro.

—Lo siento, Lulu —dijo—. Tenía que ir a comprobar algo... Bueno, no mantendré el suspense por más tiempo.

Se llevó los dedos a la boca y silbó, un sonido agudo y penetrante sacudió el ambiente.

Una figura conocida y lanuda abrió de un cabezazo la puerta del sanctasanctórum de los sanctasanctórum y avanzó como una tromba hacia nosotros.

Barney.

Duncan me había legado a Barney.

Andrew me entregó una carta mientras Barney brincaba a nuestro alrededor y metía la cabeza entre nuestras piernas, antes de instalarse definitivamente a nuestros pies. Abrí la carta.

Querida Lulu:

Cuando leas esto ESTARÉ MUERTO. Siempre quise escribir eso, suena de lo más dramático, ¿no te parece? Como en una novela de Agatha Christie, en plena noche de tormenta con todo el mundo reunido en una mansión para escuchar la lectura del testamento del protagonista. Bueno, el caso es que, cuando leas esto, estaré muerto de verdad y tú entrarás en posesión de uno de mis bienes más preciados: Barney.

Sé que hoy en día es complicado encontrar un lugar donde poder vivir con un animal, sobre todo con uno que podría ser un lobo, de modo que lo he dispuesto todo, a través de Andrew, para albergarlo en el tipo de vivienda a la que está acostumbrado.

Con ese fin, le he comprado a Barney una casa en Willow Island, no muy lejos de la que ya no poseo en Lingalonga, que, como seguramente ya sabes, he legado a mis hijos.

Tal vez no te hayas ni fijado en ella, ya que no se trata de nada tremendamente elegante y no es más que una cabañita junto al mar, con espacio suficiente para que Barney pueda corretear a sus anchas y muchos árboles a los que pueda reivindicar como suyos.

Por desgracia, y debido al hecho de que las leyes arcaicas de este país no reconocen todavía lo que tanto tú como yo conocemos, a saber, que Barney es humano, me he visto obligado a poner su nuevo hogar a tu nombre.

Y ahora no te enfades por esto, Tallulah, es tuya única y exclusivamente en título y propiedad, porque en realidad pertenece a Barney y es para que pueda destrozarla como le apetezca durante los años que le queden de vida. Entretanto, debes saber que serás bienvenida siempre que quieras visitarla o, de hecho, como imagino que será el caso, vivir en ella todo el tiempo que desees o todo el tiempo que necesites hasta que vuelvas a ser feliz.

Sé que no eres feliz, Tallulah, y mi mayor deseo es que, cuidando del hogar de Barney, encuentres en Willow un cobijo para la tormenta en la que te has visto inmersa.

No te enfades conmigo..., no soporto que te enfades conmigo y, además, no puedo darte la réplica, con lo cual entiendo que sería una actitud muy poco deportiva por tu parte.

Tu amigo,

Duncan.

P. D. Me pregunto dónde estoy, ¿y tú? Personalmente, confío en que sea en Hawái.

—Y bien —dijo Andrew—, ¿qué opinas?

Levanté la vista, y el hecho de ver a Barney, con su correa arrastrándose por el suelo sin ninguna mano conocida que la sujetara por el otro extremo, acabó, por fin,

desarmándome.

Duncan no estaba balanceándose en una hamaca colgada entre dos cocoteros, ni perdiéndose en la noche a bordo de una lancha pilotada por una mujer en biquini blanco y con un cuchillo de pescador entre los dientes.

Duncan estaba muerto y lo comprendí en el momento en que vi a su caballo, perdido y sin jinete.

—No sé —dije—, no sé qué pensar, yo no quería nada de él.

—Y él lo sabía, Lulu —replicó Andrew—, por eso te lo ha legado.

—Bueno, ¿y qué tipo de casa es? —preguntó Simone, excitada, impaciente, revolucionada por los tres cafés que había logrado engullir en la media hora que llevábamos sentadas en la cafetería que había en la acera de enfrente de su trabajo.

—No lo sé, todavía no la he visto.

—Dios mío, ojalá alguien me regalara una casa —dijo.

—Pues yo hubiera preferido que no lo hubiera hecho.

—No seas ridícula, Lulu, además, según me has dicho se la ha regalado a Barney, no a ti.

Miramos las dos a Barney, que lamía rítmicamente los zapatos de Stella con su enorme lengua.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Stella, apartando a Barney de su pie derecho con el pie izquierdo—. ¿Vas a trasladarte allí?

—No lo sé, he pensado que primero iré a verla, tal vez pasaré una temporada allí. De hecho, en estos momentos estoy sin casa...

—Sabes que siempre tienes la mía, Lulu. Pero deberías ir, sí, mirar qué tal es, decidir qué quieres hacer con ella. ¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Simone, que últimamente estaba tan ocupada que había decidido prescindir de lo que denominaba palabras «superfluas».

—No, creo que Barney y yo tenemos que hacer esto solos, pero gracias.

—Quieras.

—Ya basta, Simone, es «como quieras», «haz lo que quieras».

—Pero me has entendido, ¿no?

—No, yo no lo había entendido —replicó Stella—. Pero, bueno, volviendo al asunto este de la casa, ¿cuándo tienes pensado ir?

—Este fin de semana.

—Déjanos, al menos, que te acompañemos hasta el barco —se ofreció Simone.

—No, gracias. He hecho ese viaje un millón de veces, todo irá bien.

—¿Cuándo podremos ir a verla? —insistió.

—No lo sé —respondí—. Os llamaré en cuanto me haya instalado.

—Ten —dijo Stella, sacando una medallita de oro del enorme bolso portatodo que siempre cargaba de un lado a otro—, llévala contigo.

Observé el círculo brillante que acababa de caer en mi mano y descubrí a san Cristóbal, patrón de los viajeros.

—Maldita sea, Stella —dijo Simone—, ¿a quién se le ocurre llevar medallas de santos en el bolso? ¿A quién más llevas ahí dentro?

—Humm..., déjame ver —dijo Stella, hurgando en el interior de aquel abismo verde—. A santa Teresa, creo, y también a Judas y a Florián.

—¿Florián? —dijo Simone, casi resoplando—. ¿Y ese quién es? ¿El santo patrón de las peluqueras?

—No, de los deshollinadores —dijo Stella con gazmoñería.

—Pues debe de tener mucho trabajo por estos lares.

—Para, Simone —intervine—. Gracias por la medalla, Stella. La meteré en la mochila.

—Es el Señor quien nos salva, Simone, el Señor nos salvará —declaró Stella.

Al parecer, todo el mundo estaba decidido a realizar conmigo el primer viaje a casa de Barney, incluyendo Rose, a quien fui a visitar unos días antes de mi partida.

—Voy contigo, Lulu —dijo firmemente.

—No es necesario, Rose, de verdad, todo irá bien.

—Ya sé que no es necesario, Lulu —insistió—, pero iré igualmente.

—Si no te necesito.

—Pues yo necesito ir.

Harry nos miraba, disfrutando de cada minuto, estaba segura, de aquella batalla de voluntades entre su esposa y su hija, viendo cómo Rose era capaz de defender su posición.

—Rose —dije—, podrás venir más adelante, es una buena excursión, no basta simplemente con coger el coche y llegar.

Y, si fuéramos a subir al coche, sabía que sería la primera vez en muchísimo tiempo que Rose se pondría en serio al volante. Harry me había contado que hacía unas semanas, a petición de Rose, había sacado del garaje su coche ranchera, lo había lavado, lo había revisado de cabo a rabo y había dado con él unas cuantas vueltas a la manzana antes de permitir que Rose se sentara al volante, introdujera la llave en el contacto y se pusiera en movimiento, vestida con Alexis y un sombrero nuevo.

Desde entonces, había conducido un poquito más cada día, hasta que se habían dado cuenta de que el carné estaba caducado y había tenido que volver a presentarse al examen para renovarlo. Ahora ya tenía el carné en la cartera y me lo había enseñado.

—¿A que es increíble, Lulu? No estoy tan mal para ser una vieja, ¿no te parece?

—Estás estupenda —respondí, y nos quedamos las dos mirando a la Rose en miniatura que nos sonreía debajo del plastificado.

Yo estaba emocionadísima por ella, y por Harry, porque su Rose había emergido de nuevo como la chica risueña que se quitaba el vestido sin ninguna vergüenza y se zambullía en la poza, que se ponía al volante de un coche tocada con un sombrero y volvía a casa con una cajita con comida para llevar. «Así sin más», como decía Harry.

Pero con el tiempo había aprendido a no confiar en Rose, en la Rose que vivía con todo su esplendor. Ya la había visto así en otras ocasiones, y sabía que sus hombros podían desplomarse con suma facilidad, como pétalos que caen al suelo. Cuando estaba así, siempre se apresuraba a lanzarse de nuevo en brazos de la familia, impaciente por reparar los daños causados. Ahora quería acompañarme a Willow, pero yo no estaba preparada para eso, no estaba preparada para ella, todavía no.

—Rose —dije—, te prometo que la próxima vez podrás venir; pero deja que la primera vez vaya sola.

—De acuerdo —accedió Rose—, pero te prepararé unos mantecados.

Para llegar a Willow no cogí la barcaza.

Me decanté por el nuevo servicio «Excursión de un día», gestionado por el marinero que había conocido en la cafetería de Walter Prentice, el que me dijo que tenía la cara sudorosa.

—De hecho fue idea de Duncan —me había explicado cuando había llamado al número para realizar la reserva—. Dijo que Willow necesitaba un servicio para la gente que no quería todo el follón de embarcar un coche o iba solo por un día o dos.

O, pensé, para aquella gente que carga sola con tanto equipaje que no puede ya con más cosas.

—Pues perfecto —observó el hombre al teléfono—, me llamo Will Barton y estaré encantado de transportarte a ti y a Barney cuando gustéis. —Y añadió—: Duncan me dijo que tenía que cuidaros bien a los dos.

—¿En serio? —repliqué, sintiéndome, como me pasaba siempre, tanto enfadada como aliviada con Duncan que, al parecer, seguía velando por mí desde la tumba.

—Totalmente —dijo—. En Willow tengo también un pequeño astillero y un servicio de reparaciones y mantenimiento de todo tipo, y Duncan me comentó asimismo que te vigilara bien.

Me mosqueé un poco y, después de colgar, exclamé:

—¡Duncan, sabes perfectamente que no soy una niña de tres años que se va de excursión!

Y empecé a meter ropa en la mochila que quería llevarme a Willow.

¿A cuánta gente le habría dicho Duncan que me «vigilara»? Pero, cuando se lo conté luego a Simone y Stella, Simone se recostó en su asiento.

—Seguramente —dijo—, Duncan tenía sus motivos para hacerlo, Lulu. Basta con que analices lo que te pasa cuando tienes que apañarte sola.

Stella había insistido en acompañarme en coche hasta el lugar donde la barcaza de Walter, y ahora también la pequeña barca de Will, recogía a los pasajeros para transportarlos hasta Willow. Al verme llegar, Walter había levantado la mano para saludarme desde cubierta y yo le había devuelto el saludo, pensando, por un instante, que debería haber cogido el coche, aunque fuese solo para ver su cara curtida al otro lado de la ventanilla y oírle decir: «Muy buenas, Lulu, se acerca un poco de viento del nordeste, pero la travesía será plácida».

«Ese hombre parece un pastel de nueces pacanas a medio comer», decía siempre Duncan en cuanto Walter se daba media vuelta.

Duncan.

Hasta el momento en que había visto a Walter Prentice no había caído en la cuenta de lo difícil que llegaría a ser aquel recorrido hasta Willow. Por algún motivo, con todo el mundo preguntándome sobre la casa, se me había pasado por alto que aquel iba a ser mi primer viaje a Willow sin él a mi lado o sin él esperándome a las puertas de Lingalonga. Me sentía rara, como si no tuviera nada que hacer allí.

Dejé la mochila en el suelo y me arrodillé al lado de Barney para dejar que sus ojos color chocolate me miraran fijamente hasta que ladró y echó a correr hacia Will Barton, que entraba en la bahía con su barca.

—¡Hola, Barney —gritó—, me alegro de verte, colega!

Guió la embarcación, apagó el motor y arrastró la barca hasta la arena húmeda.

—Hola, Tallulah —dijo—. Encantado de verte de nuevo por aquí, ¿quieres que te coja la mochila?

—No, gracias, estoy acostumbrada a llevarla —respondí, pensando en que tendría que haber seguido el consejo de Simone y haberle cosido unos cuantos escudos, «para que así parezca que has estado en algún lado, Tallulah».

Barney ya había saltado a la barca y se había instalado ocupando toda su anchura. Le seguí, aunque con un paso indiscutiblemente más torpe y la mochila amenazó con arrastrarme con ella cuando me la descolgué de los hombros.

No sé por qué me había comprado una mochila nueva para ir a Willow; supongo que porque me pareció más apropiada que una maleta, «más isleña», había sugerido Stella, mientras que Simone, cuando la había visto, se había limitado a decir: «Veo que ahora vas de Lonely Planet».

Pensé entonces también, en cuanto Will puso en marcha el motor y empezamos a cortar las pequeñas olas que golpeaban la proa, que tendría que haber dejado que me acompañara.

Me sentía extrañamente nerviosa, y la intimidad de aquel reducido espacio no ayudaba precisamente, puesto que me creaba la necesidad de iniciar una conversación y era incapaz de encontrar alguna.

Pero Will Barton se ocupó de llenar el vacío y me contó detalles sobre la casa que Duncan me había comprado.

El propietario anterior, me explicó Bill, era un tipo llamado Terry Danvers, un hombre menudo y parlanchín que había intentado transformarla en un club recreativo, la Asociación de Deportes Acuáticos de Willow Island.

—Un nombre un poco complicado —apunté.

—Sí —replicó Will con una sonrisa—, intentó abreviarlo y dejarlo en ADAWI, pero el asunto nunca acabó de despegar.

Terry había pasado un par de meses tratando de capear el temporal, me contó Will, pero luego hizo una espantada, se largó con una de sus propias canoas y nunca se le volvió a ver por la isla.

Reapareció en tierra firme un par de años después, dejando una montaña de deudas que su madre había asumido finalmente y una casa-club abandonada en la que los niños de la isla encendían hogueras y compartían sus primeros besos.

El lugar había permanecido vacío desde entonces, un cascarón de casa con las ramas de las casuarinas equisetifolias apoderándose de ella y la arena amontonándose en los rincones. Cuando Duncan decidió comprarla, la gente pensó que se había vuelto loco.

Will sonrió.

—Pero no hizo caso de los comentarios y declaró que la casa tenía una osamenta excelente.

Duncan había encargado a Will las obras de restauración y la supervisión de los distintos contratistas, y una vez pintada de nuevo, cambiada la instalación eléctrica, solventados los problemas de fontanería y sustituidos los gigantescos agujeros de los muros por ventanas, Will había comprendido que Duncan tenía razón, que la casa tenía una osamenta excelente.

Y, hablando de huesos, continuó Will, el último trabajillo que había hecho para Duncan había consistido en cargar el enorme congelador que había comprado con una buena reserva para Barney.

—Tienes para años —dijo Will—. Si hay una guerra nuclear, pasaré a saludarte.

Le sonreí. Y, entonces, vomité por el lateral de la barca en las cristalinas aguas de la bahía.

—Lo siento —dije cuando hube acabado, ruborizada—. Normalmente no me pasa nada, pero creo que estoy un poco nerviosa.

Nerviosa y hecha polvo por el regalo de Duncan, por lo mucho que se había esforzado por conseguir que todo fuera perfecto para Barney y para mí, por lo mucho que deseaba tenerlo sentado a mi lado en aquel momento, viéndolo hundir la mano en el tupido pelaje de Barney.

—Echo de menos a Duncan —le confesé a Will Barton, que me había pasado una botella de agua helada que había sacado de algún sitio—, el muy cabrón.

—Todo irá bien —sentenció.

Bebí un trago y miré a Barney, que me miraba de modo reprobatorio desde detrás del asiento.

—Oh, para ya —le espeté—, como si tú no hubieras hecho cosas peores.

Y Will Barton soltó una carcajada.

—Duncan me contó que eres muy divertida —dijo.

Dios, ¿qué más le habría contado Duncan?

Y de pronto vislumbré el conocido perfil de Willow Island. Al principio, unas pocas casuarinas, luego, entre sus ramas, una pequeña bahía rocosa y, finalmente, el embarcadero de madera donde los visitantes depositaban el equipaje.

—Es precioso, ¿verdad? —afirmó Will—. Nunca me cansaré de este lugar.

—Humm-humm —balbuceé, con la botella de agua pegada aún a la boca.

Había cometido ya tantas indiscreciones durante el corto trayecto que no veía necesidad de añadir, además, mi aliento a vómito.

Will detuvo la barca, apagó el motor y lanzó un cabo por la cornamusa. Se colgó mi mochila al hombro y saltó al embarcadero.

Barney ya estaba en tierra y correteó de un lado a otro de la playa antes de desaparecer por completo por un camino cubierto de arena.

—¡Barney! —grité—. ¡Ven, vuelve!

—Tranquila, todo irá bien —repitió Will, y por un momento me pregunté si aquella expresión sería su respuesta a todo.

Cargó la mochila en un anticuado carrito de madera para equipajes y la transportó hasta el final del embarcadero.

—Te acompaño hasta la casa, si quieres —me sugirió Will—, no queda muy lejos.

—No, gracias, ya me las apañó desde aquí, tengo un mapa —dije, sacando el trozo de papel que me había dado Andrew Lyons y, al ver que Barney volvía a aparecer, añadí—: Y, además, parece que mi lobo ya sabe el camino.

—De acuerdo —aceptó Will—, pero luego pasaré por allí, para ver qué tal te estás instalando.

—Estupendo, gracias —concluí con una voz aguda y que no parecía la mía—. Hasta luego, Will.

Un pensamiento fugaz: la primera vez que pronunciaba su nombre.

Enfilé el camino y noté todos los ojos de la isla clavados en mí, algunos, imaginé, observándome a través de cortinas hechas con redes.

Duncan, me había contado Will, se había mantenido atípicamente discreto con los habitantes de Willow y no había hecho apenas comentarios sobre lo que estaba haciendo en la antigua sede de la ADAWI o sobre quién iba a vivir allí.

Como resultado de todo ello, mi identidad se había convertido en protagonista del juego de suposiciones de los isleños; los había que aseguraban que era una de las exesposas de Duncan, mientras que otros me asignaban el papel de amante. Una de las teorías más descabelladas consistía en que la persona que viviría en la casa sería un hermano desconocido y completamente desfigurado que se refugiaría allí de las miradas crueles y curiosas.

—Supongo que no te creíste ninguna de esas habladurías —le comenté a Will.

—Por supuesto que no. Solo lo que me contó Duncan.

—¿Y qué te dijo?

—Que te compró la casa porque eras su amiga —me explicó—, y la madrina de Barney.

Barney y yo acabábamos de plantarnos delante del panel de información para visitantes de la isla, un punto que estaba indicado en el mapa.

Willow Island, explicaba el cartel, era un lugar conocido oficialmente como Casuarina Island, en honor a los robles hembra, o casuarinas equisetifolias, que salpicaban sus

dunas, pero sus habitantes habían adoptado el nombre de Willow a principios de los cincuenta, porque los árboles, con los implacables vientos obligándolos a inclinarse ante lo inevitable, recordaban a los sauces. Pero, advertía el texto en tono elegante, Willow Island no era un lugar para llorar, sino en el que celebrar la fuerza de las casuarinas, que seguían en pie a pesar del fuerte azote de los vientos.

«Maldita sea, Duncan —pensé—, ¿pero cuántos mensajes es posible enviar desde la tumba?».

La isla, informaba el cartel, tenía sesenta y tres kilómetros de longitud por cincuenta y siete de ancho y albergaba trescientos setenta y seis residentes permanentes —una cifra escrita en tiza para poder modificarla según las circunstancias—, aunque los fines de semana y en época de vacaciones se llenaba de gente.

Cogí el trocito de tiza para cambiar la cifra a trescientos setenta y siete, o a trescientos setenta y ocho, si incluía a Barney, pero al final no escribí nada.

«No te adelantes, Tallulah», pensé, agarrando la correa de Barney.

Fui detrás de él, más tranquilo ahora, sin rebuscar entre los arbustos ni correr como una flecha por delante de mí. Caminé agachando la cabeza por debajo de las ramas, oyendo los pájaros látigo escondidos entre ellas, aspirando el aire acre y húmedo y fijándome en la huella alargada que había dejado el vientre de una serpiente al cruzar la arena del sendero.

Me sujeté el sombrero con la mano para que no se lo llevara el viento y correteé tras Barney hasta detenerme delante del muro de piedra alto y de forma curva al que me había guiado.

Avalon Road, antigua sede de la ADAWI y ahora una casa para Barney y para mí.

Este empujó la verja de madera con su cabeza de bala y enfiló corriendo el camino que llevaba hasta la casa, que estaba posada como un barco ebrio en lo alto de una cuesta, algo ladeada hacia la izquierda. Eché también a correr con la mochila brincando sobre mis hombros hacia una casa con tres niveles de tejado que parecían velas recortadas sobre el mar.

Barney había abierto también la puerta de entrada, que no estaba cerrada con llave, y, cuando llegué, jadeante, lo encontré sentado en el suelo de pizarra del recibidor, esperándome. Me descalcé para sentir la frialdad bajo la piel y empecé a inspeccionar la casa y sus habitaciones encaladas.

Eran espacios de tamaño generoso y ventilados, con ventanas con marco de madera y suelos toscos de hormigón, una cocina con techo inclinado y una mesa enorme, donde podía sentarse una docena de personas —«Como si yo conociera a que a una docena de personas, Barney», dije en voz alta—. Vi que los armarios contenían ya los utensilios y productos más básicos.

Me preparé un té, después de que mis manos buscaran a tientas tazas y azúcar en cajones y armarios y me sintiera ridículamente como una triunfadora al dar con ellos.

Con la taza de té en la mano, comencé a sentirme mejor, y bajé los tres escalones de piedra que daban acceso al salón, donde había dos confortables y mullidos sofás junto a una estantería, abarrotada de libros, que ocupaba la totalidad de una pared.

Acaricié los lomos y sonreí al darme cuenta de que eran de Duncan, un amante de los libros que deseaba que todo el mundo también lo fuera.

Localicé rápidamente con la mirada sus favoritos y lo vi con la nariz pegada a sus hojas, levantando un momento la vista para decirme: «A veces, Lulu, tengo la impresión de que no consigo acercarme lo suficiente».

Barney me acarició con el hocico, deseoso de continuar, de guiarme escaleras arriba hacia los dormitorios, seis en total, conté. Nunca los llenaría, seguro.

Subimos unos peldaños, más pequeños y empinados, que conducían a otra habitación, un trastero reconvertido en loft, que Barney reivindicó para nosotros al realizar sus tres círculos completos habituales antes de dejarse caer en la alfombra que acababa de

identificar como su cama.

—No sé, Barney —dije—, estas escaleras podrían ser un problema, colega.

Me miró con ojos vidriosos, resopló para insinuar algo desagradable en su idioma y se quedó dormido de inmediato.

«Estupendo —pensé—, ¿y ahora qué hago con la maravillosa cama para perro de Snoozy Paw que le he comprado para su nueva casa?».

Me tumbé en una cama que era igual que la casa que tenía debajo —grande, blanca, hinchada por el viento— y escuché los sonidos de mi nuevo hogar, los ronquidos de Barney, el crujir de los robles hembra contra la ventana, el rugido del océano y, después, obligándome a sentarme en la cama, una llamada en la puerta.

Barney se despertó, bajó brincando por las escaleras y olisqueó la rendija de debajo de la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Julia Bendon, tu vecina.

Abrí la puerta y descubrí a una mujer alta y flaca que sostenía un plato caliente cubierto con un paño de cocina.

—Hola —dijo, ofreciéndomelo—, te traigo algo de cena para darte la bienvenida a la isla y también porque quería fisgonear un poco.

Me eché a reír y cogí el plato, absurdamente feliz por conocer a alguien que vivía en la isla y muy cerca de mí.

—Estupendo —admití—, al menos eres sincera.

—No siempre —replicó Julia Bendon.

Más adelante, cuando nuestra amistad se hizo tan robusta como la cena que me trajo aquella primera noche, Julia me contó que, efectivamente, aquella tarde había estado observándome por la ventana.

—Normalmente no soy de las que se dedican a mirar a hurtadillas tras las cortinas —comentó—, pero Duncan te convirtió en un personaje tan misterioso que no pude evitarlo.

Me confesaría asimismo que se llevó una pequeña decepción con lo que vio.

—¿Porque no tenía joroba, quieres decir? —le pregunté.

—Ni siquiera cojera —replicó—. Boris —el marido de Julia— insistía en que me apartase de la ventana. «Deja a la pobre chica tranquila, dale la oportunidad de que se instale cómodamente».

—¿Y qué le dijiste? —le pregunté.

—Pues que te concedía una hora, pero que luego iría a llevarte la cena.

Nos echamos las dos a reír, pero aquella primera tarde fue en realidad embarazosa, llena de preguntas de cortesía que fueron derramándose de mi boca como si aquello fuera una entrevista de trabajo.

—¿Y cómo se llama tu marido, Julia?

—Boris.

¿Boris?

—¿Y trabajáis los dos en la isla?

—Ya no, estamos los dos jubilados; antes, en tierra firme, éramos vendedores.

Julia, haciendo gala de una contención admirable, no me había formulado muchas preguntas sobre mi persona, aunque posteriormente me contaría que, aquella misma tarde, casi había agarrado a Will por el cuello para sonsacarle información.

Will, me explicó, le había contado que yo parecía «agradable», un calificativo que, según dijo Julia, acompañando sus palabras con un suspiro que únicamente emplearía un hombre.

—Son poco observadores —declaró.

Pero Will no estaba tan ciego como Julia pensaba.

Acabaría descubriendo que lo sabía todo sobre mí, incluyendo el hecho de que, al ser

una chica que llegaba a la isla solo con una mochila, cargaba con mucho equipaje. Aunque, al menos, durante el trayecto, había vomitado una parte del mismo.

Mis primeras semanas en Willow se caracterizaron por la pereza y las pasé explorando la isla con Barney, leyendo los libros de Duncan y conociendo a la gente que vivía allí. Había ahorrado bastante dinero y todavía no tenía una necesidad real de encontrar trabajo, y, a pesar de que, entre los paseos por las pequeñas piscinas que se creaban entre las rocas de Lonergan's Bay y lanzarle palos al incansable Barney en Spanish Beach, era consciente de que aquella indolencia no podía durar eternamente, disfruté por el momento de la sensación de no hacer nada.

Julia estaba convirtiéndose en mi amiga y en mi guía en la isla, y prácticamente todos los días, cuando bajaba un poco el sol, enfilábamos la cuesta hasta el asiento de Racey O'Leary y, a veces, Julia cogía un trapo para sacar brillo a la placa de cobre que había adquirido un color verdoso.

Decían que, en 1902, Douglas O'Leary había subido corriendo hasta allí para encender una hoguera y guiar hasta la costa a los supervivientes del famoso naufragio del *Brereton Venture* que, cuando volvió a bajar, «Douglas» se había convertido en «Racey», el velocista, y acababa de nacer una leyenda en la isla.

Por aquel entonces, Racey O'Leary tenía solo diez años y a Julia le gustaba sentarse en su asiento e imaginárselo tantos años atrás, corriendo como un rayo entre matorrales, con las ramas de los pimenteros arañándole la cara, buscando ramas entre la hierba crecida para preparar la gigantesca hoguera y sin parar hasta tenerla encendida, y luego cayendo rendido, con la cara ennegrecida y su minúscula caja torácica jadeando por el agotamiento.

—¿Qué tal estás, Racey? —decía—. Soy Julia, simplemente pasaba por el mirador otra vez para presentarte mis respetos.

Nunca añadí ningún comentario a aquellos cumplidos, sino que me limitaba a escuchar a Julia, que aseveraba que era importante que la gente supiera que se seguía pensando en ella aunque ya no se encontrara con nosotros, estuviera donde estuviese el lugar al que se hubiera ido. Racey acabó dejándonos con ochenta y cinco años de edad, cuando aún subía por aquel camino casi a diario, según rezaba con orgullo la placa.

Que una persona hubiera dejado de caminar por un sendero no significaba, según Julia, que no pudieras seguir percibiendo su huella debajo de ti.

Como con Duncan.

Pensaba constantemente en él, y en Josh y en Annabelle, que debían de estar en algún lugar lejano intentando poner su matrimonio en marcha después de aquella salida nula.

Así lo había denominado Harry, como si fuéramos tres nadadores preparados para saltar a la piscina y uno de nosotros hubiera caído sin querer al agua.

Aún se me subían los colores cada vez que pensaba en ellos y después se me hacía un nudo de ansiedad en la garganta, por eso pensaba que Duncan sabía muy bien lo que se hacía cuando decidió enviarme a Willow para alejarlos tanto de mi vista como de mi cabeza, «como cuando mandaban la gente a Tasmania», le oía vociferar.

Cuando soportaba la idea de pensar en ellos, casi siempre era para desearles lo mejor y confiar en que el daño que yo pudiera haber hecho a su relación no fuera permanente. Ahora que ya no percibía ni su aliento sobre mi piel ni su voz pegada al oído, alejada de la distracción que Josh representaba, reflexionaba sobre él con la cabeza más clara y me daba cuenta de que Josh pertenecía a Annabelle; los dos, había comprendido por fin, encajaban mucho mejor de lo que yo hubiera podido hacerlo con él en su día.

Jamás habría sido suficiente para él; ni siquiera Annabelle, con todo su brillo, conseguía alumbrarlo por completo.

—Es de los que se cuelan por las rendijas —me dijo un día Duncan en Lingalunga, justo después de compartir conmigo la sorprendente información de que Josh había ido a visitarlo.

—¿Qué? ¿Que Josh ha estado aquí? ¿Y por qué ha venido? —le pregunté, levantando la voz.

—Porque yo lo invité —me respondió, volviéndome loca.

Por aquel entonces, Duncan aún estaba bastante bien y preparó el té en la cocina, sacó la caja de galletas y siguió hablando.

—Veía el rumbo que estaba tomando el asunto y me apetecía tener una pequeña charla con él, de hombre a hombre.

La visita de Josh, que ninguno de los dos me mencionó en su momento, tuvo lugar poco después de la inauguración en Bloom, y Duncan me explicó que había asumido la responsabilidad de «tener una charla» con el tío que, según él, era el origen del problema, en el mismo instante en que lo había visto.

—No me empieces ahora otra vez con lo del blanqueamiento dental —le supliqué.

Duncan no me hizo caso y continuó, explicándome que le había pedido a Josh que se acercara a Willow «para ir a pescar un poco».

—Le hice picar el anzuelo —dijo con una sonrisa satisfecha.

Tras la llegada de Josh, habían tomado una cerveza y después habían bajado a la playa para plantar las cañas.

—Cuando lo que buscas es que el otro hable —me explicó Duncan—, lo que tienes que hacer es callar, y eso fue lo que hice.

Josh, me contó, se había puesto nervioso y, al final, había llenado el silencio preguntándole a Duncan para qué lo había invitado, a lo que este le había respondido:

—Veamos, la verdad es que no lo he hecho para que me demuestres tus dotes de pescador, colega.

Y entonces había empezado a leerle la cartilla.

—Le dije que lo sabía todo sobre él: que su viejo se había largado, que su madre era una fumadora empedernida, que ni siquiera se enteraba de cuando él salía y entraba de casa...

Puse mala cara. No le había contado aquello a Duncan para que luego lo recitara en plan «Duncan McAllister: monólogo en una playa ventosa».

—El caso es, Lulu, que habiéndose criado uno así es imposible no acabar convertido en una de esas personas que se cuelan por las rendijas de la vida de los demás, en alguien que anda por el barrio en bicicleta en busca de un lugar donde aparcar ese trasto para después colarse en su casa.

»En busca de alguien como tú, Tallulah, con una familia hecha y derecha reunida para disfrutar de uno de los asados de Rose, con Harry abriendo una lata de cerveza y sirviendo la salsa de carne, con Mattie y Sam dándose puntapiés en la espinilla por debajo de la mesa. —Duncan suspiró—. Si Josh hubiese sido inteligente, se habría quedado allí eternamente y podría haber sido feliz, pero no lo hizo... ¿y quieres saber por qué?

—¿Por qué? —repliqué automáticamente, exasperada.

—Mira, Lulu, te diré lo mismo que a Josh, porque los hombres como nosotros no podemos quedarnos tranquilos, porque, en el fondo, nos cuesta creer que chicas como tú puedan querer a alguien como nosotros. Sabemos que no somos lo bastante buenos, que nunca lo hemos sido. Mi viejo también se largó de casa, no sé si lo recuerdas. Se marchó cuando yo tenía doce años, se encaminó hacia la puerta cargado con una bolsa y cuando yo le dije: «No te vayas, papá», él respondió: «Aquí no hay nada que me retenga».

Duncan se encogió de hombros.

—Y los hombres como nosotros solo nos sentimos lo bastante buenos, Lulu, cuando por fin estamos en la cama en compañía de una mujer que ni en un millón de años habríamos imaginado que pudiera estar con nosotros. Somos mujeriegos, Lulu, y no es precisamente una profesión muy honorable, la verdad, y tampoco muy inteligente.

»Le dije a Josh: “Llevo cuatro matrimonios a mis espaldas, cuatro mujeres estupendas a las que he fallado y que no se lo merecían. Tengo niños que corretean de un lado a otro de la playa y que hay días en que no sé ni de qué madre son...”. —Duncan volvió a suspirar—. Le dije que era un mal rollo, que desistiera, que desistiera de ti, o que desistiera de Annabelle, o de las dos, antes de que hiciera cualquier cosa solo para ver si era capaz de hacerlo.

—Maldita sea, Duncan —exclamé—, ¿le dijiste todo eso?

—Sí —replicó, sonriente—. ¿Más té, colega?

Pero ahora Duncan no estaba y, una vez más, había tenido razón.

Josh y yo no habíamos hablado sobre aquella excursión a Willow; de alguna manera, yo había conseguido alejarlo de mi cabeza después de que Duncan me lo contara y Josh..., bueno, quién sabe lo que Josh pensaba al respecto.

Lo evidente, de todos modos, era que aquel encuentro no le había impedido hacer lo que hizo.

Pensaba de forma tan continuada en Josh, Annabelle y Duncan que a veces tenía la sensación de estar compartiendo la antigua sede de la ADAWI con tres fantasmas y, al cabo de unas semanas, comprendí que tal vez no llevaba un estilo de vida muy sano.

De modo que cogí el teléfono para invitar a Harry y a Rose, para incorporar un poco del presente al pasado.

—Tu madre se entusiasmará, Lulu —dijo Harry—. Está impaciente por ir a verte, y a Sam y a Mattie también les encantaría ir, justo el otro día decían que no te veían desde que habían vuelto de Canberra.

Había colgado el teléfono y me había quedado mirando la gigantesca mesa de la cocina, feliz ante la perspectiva de tenerla un poco ocupada. Me puse a preparar la casa, a sacudir almohadas y a abrir ventanas, a preparar habitaciones y a llenar la despensa anticipando el hambre voraz de mis hermanos.

Llegaron un domingo por la mañana y se quedaron durante tres semanas que se fundieron entre sí sin ningún esfuerzo, los días con las noches y vuelta a empezar.

Había compartido poco tiempo con mis hermanos desde que eran pequeños; ahora ya se habían convertido un par de chicos que disfrutaban levantándose temprano para ir con Will a recoger los cangrejos capturados en los reteles y luego llevar la captura al pescadero de Willow, que se los compraba. Normalmente regresaban justo cuando Harry, Rose y yo nos sentábamos a comer, y no paraban de reír y contar historias, de pelearse entre ellos con los trapos de la cocina y de dirigirse a mí con los apodosos que utilizaban cuando era una niña.

Will nos miraba divertido y enarcaba una ceja cuando mis hermanos decían: «Vamos, Lulu la caquita» o cuando le obsequiaban con relatos sobre mi adolescencia:

—¿Recuerdas cuando intentó hacerse ella misma el agujero en las orejas para los pendientes?

—¡Oh, sangre, sangre! —exclamaba Mattie, dando vueltas por la habitación con cara de terror.

Durante su estancia, Will pasó muchas veces por casa, para llevarse a los chicos a dar una vuelta en la barca o para enseñarle a Harry los trabajos que había llevado a cabo en la ADAWI. Hablando de tuberías obstruidas y de sifones, Harry estaba más feliz que un cerdo revolcándose en el fango, según palabras textuales de Rose.

Mattie y Sam no habían querido seguir la tradición familiar de desatascar hasta alcanzar la excelencia, pero si Harry se sentía frustrado por no poder incorporar la

coletilla «e hijos» al cartel de la empresa De Longland, nunca lo demostró. Le encantaba tener dos hijos en la universidad, ambos cursando estudios de fisioterapia, ambos capaces, explicaba orgulloso a cualquiera que quisiera escucharlo, de arreglarle la corva después de tantos años de andar agachado reparando desagües.

Pero eso no quería decir que no siguiera gustándole hablar de su negocio, sobre todo con alguien como Will que, según decía Harry, «sabía un poco de todo».

—Confío en que mi padre no te agobie mucho —le dije a Will una mañana después de que Harry se hubiese pasado un buen rato hablando con él sobre la reparación del cobertizo donde guardaba la barca.

—Qué va —dijo Will, riendo—, me gusta que esté por aquí, es un buen tipo.

E hizo el ademán de irme a acariciar la mejilla.

—Y así tengo una excusa para verte un poco más.

El estómago me dio un pequeño vuelco cuando nuestras miradas se cruzaron por un instante y retrocedí un par de pasos para alejarme de él.

La verdad era que, desde el mismo instante en que lo vi por primera vez, constaté que Will Barton era un hombre muy atractivo, del mismo modo que uno tiene la certeza de que el sol sale cada mañana, pero en aquel momento no me encontraba en condiciones de plantearme coqueteos.

No estaba preparada, no me lo merecía, de modo que me aparté y decidí ignorar tanto el gesto de Will como lo que acababa de decir.

Durante los días siguientes, perdida en el caótico estrépito generado por Mattie y por Sam, me resultó fácil olvidar sus palabras. Me encantaba tener a mis hermanos en casa, tan mayores ya, tan escandalosos, tan ajetreados.

A veces, por mucho que amara Willow, había días en que las tardes se quedaban flotando vacías y noches en las que las casuarinas llamaban a la ventana y yo permanecía tumbada en la cama, escuchándolas y sumergiendo la mano en el pelaje de Barney.

Pero, ahora, los cuerpos larguiruchos de mis hermanos y sus voces profundas llenaban todas las habitaciones, donde comían, tocaban la guitarra y le gastaban bromas a su hermana como, según descubrí el día después de su partida, llenar la cesta de la ropa sucia con caparazones podridos de cangrejo.

La mañana en que se marcharon —después de que Harry me avisara para que evitara engordar demasiado con toda la comida que Rose me había dejado en el congelador, y de que esta se ofendiera con el comentario—, me quedé viéndolos desaparecer a lo lejos en la bahía, a bordo de la barca de Will, y luego di media vuelta, con Barney caminando a mi lado, mientras sentía el peso de su cuerpo contra mis piernas. No se despegó de mí en todo el camino, golpeándome las rodillas con la cabeza, hasta que cruzamos la puerta y correteó hacia el sofá, para tumbarse, jadeante, a mi lado.

Intenté asimilar aquel nuevo silencio: sin Harry tratando de solventar a golpes el gorgoteo de las tuberías de la ADAWI, sin Mattie y Sam jugando al fútbol en el jardín con Boris y Will, y sin Rose.

Sin Rose cantando en la cocina vestida con Lauren mientras amasaba, cortaba, trinchaba, mezclaba y me contaba, por primera vez, cosas sobre nosotras.

Harry y los chicos habían salido con Will en la barca y habíamos tenido toda la tarde para nosotras. Rose, que había preparado dos lasañas —una para nosotros y otra para Julia y Boris—, las había guardado en la nevera y me había dicho:

—Vamos a dar un paseo, Lulu, hace un día demasiado bonito como para quedarnos encerradas en casa.

Yo también lo había pensado, pero seguía pesándome mucho una infancia entera viéndola en la cocina y sin atreverme a preguntar si le gustaría ir a algún sitio. De modo que no le había sugerido el paseo, a pesar de que durante todos los días de la visita de mi familia los vestidos de Rose habían tenido una frescura especial y a pesar de que

sabía, sin necesidad de curiosear en su maleta, que durante aquellas vacaciones no habría ningún día Doris.

—Vamos —repliqué con una sonrisa, y silbé a Barney para llamarlo y pedirle así que nos acompañara.

Caminamos, mi madre y yo, por la orilla hasta llegar a Pipers Point y volvimos.

Entonces, Rose se quedó mirando el mar, me pasó el brazo por los hombros y se puso a hablar.

—Cuando tenía dieciséis años, Lulu, empecé a sufrir ataques de pánico —dijo con la mirada fija en el océano—. No sé por qué. Era como si me dieran golpecitos en el corazón, como si me aporrearan por dentro. Conseguí esconderlo durante mucho tiempo, pero no se me pasaba y los golpes se volvieron cada vez más fuertes, y con diecinueve años me mandaron al hospital para someterme a tratamiento y después estuve entrando y saliendo, entrando y saliendo de allí durante tres meses, y en una de esas ocasiones en que estaba fuera, fue cuando conocí a tu padre.

Comenzamos a andar de nuevo, ella rodeándome todavía los hombros, con sus ojos fijos aún en el mar.

—Le expliqué cómo era, Lulu, que no podría con esa carga tan grande, pero me dijo: «Cargaré contigo, Rose», y así lo hizo. Los años que siguieron fueron de altibajos, pero Harry y yo los pasábamos juntos y yo los sentía muy afortunada. Y entonces me quedé embarazada de ti.

Se volvió hacia mí y me estrechó las manos.

—Lo siento, Lulu —dijo—, pero no lo hice bien, no lo hice bien contigo desde el momento en que naciste.

»Todas las madres se aferraban a sus bebés como si se les fuera la vida en ello, pero, el mismo día en que iba a volver a casa contigo, te tenía en brazos y necesitaba sacar alguna cosa del bolso, así que le dije a una enfermera que pasaba por allí: “Tenga, ¿podría sujetarme esto un momento?”.

»Al instante me odié por haberte llamado “esto”, por mucho que la enfermera se echara a reír y me dijera: “No se preocupe, señora De Longland, no es más que falta de sueño”. Pero yo sabía que no era eso.

»Te llevamos a casa, pero entraste en brazos de Harry y yo fui directa a la cocina a prepararme una taza de té.

Rose meneó la cabeza con preocupación.

—Pasé años encerrada en esa condenada cocina —dijo—. Miraba por la ventana y os veía a tu padre y a ti jugando en el jardín. Veía cómo te lanzaba por los aires y me entraban ganas de salir corriendo y apartarlo para ser yo quien te cogiera al vuelo, pero era incapaz de hacerlo, incapaz de hacer otra cosa que no fuera quedarme en la cocina e intentar alcanzar el cielo con la ayuda del horno.

Le sonreí al recordar los paquetes de levadura Taylor que siempre había en la encimera de la cocina y en el eslogan estrella del fabricante, conocido por generaciones de mujeres australianas: «Del horno al cielo».

—Oh, Rose —dije, y las dos sonreímos ahora por el absurdo de intentar hacer realidad aquel eslogan; su publicista, desde luego, nunca se habría imaginado hasta qué punto una mujer podía ser capaz de aplicarlo de modo literal.

—Y luego —prosiguió Rose—, luego llegaron los gemelos.

Eso también lo recordaba, mis dos hermanos, chillones y rezongones, y la sensación de que se llevaban lo poco que a mi madre le quedaba por ofrecer, que la mandaban directa a la cocina donde se encerró, se encerró y se encerró, hasta que Harry y yo comprendimos por fin que la crianza de aquellos niños iba a depender de nosotros.

—Fuiste maravillosa con ellos, Lulu, hiciste lo mismo que yo hubiera hecho, todo el mundo decía que eras una madre en miniatura maravillosa, ¿te acuerdas?

Asentí.

—Odiaba que me llamaran así.

—Y yo también —dijo Rose—, porque tú no eras una madre en miniatura, Lulu, sino que eras mi hija, y yo te fallé.

—No, no me fallaste... —empecé a decir, pero vi que Rose negaba con la cabeza.

—Te fallé, aun sin pretenderlo en ningún momento, pero te fallé.

Habíamos echado a andar de nuevo, esta vez en silencio, sorteando las erosionadas rocas grises que salpicaban una pequeña bahía.

Caminamos hasta la punta y me cogió por el brazo.

—Lo que quería decirte, Tallulah, lo que probablemente debería haberte explicado hace muchos años, es que durante todo ese tiempo en que acudías corriendo a Harry si te hacías daño, durante todo ese tiempo en que eran sus brazos, y no los míos, los que te acogían, yo siempre te quise.

»Tal vez fuera a distancia, Tallulah —prosiguió, poniendo mi cara entre sus manos—, pero siempre te quise, con todas mis fuerzas.

Oí que llamaban, y regresé de repente de la playa y de la compañía de mi madre a mi casa donde, en la puerta de atrás, acababa de aparecer Julia para preguntarme si quería ir a cenar con ellos.

—He pensado que quizá te sentías un poco sola sin toda tu familia —dijo.

No, le respondí, estaba bien y no era necesario que se tomase la molestia de cocinar, le expliqué que Rose nos había dejado una lasaña que nos duraría bastantes cenas.

Además, durante las semanas que siguieron, tuve escasas oportunidades de sentir la soledad y, mucho menos, de estar sola. Duncan siempre decía que nunca sabías la cantidad de amigos que tenías hasta que te instalabas a vivir en la playa.

—Las personas no somos islas, Lulu —decía—, sobre todo si vivimos en ellas.

Había transcurrido una semana desde la partida de mi familia, una semana durante la cual había encontrado pertenencias de mis hermanos esparcidas por toda la casa como los restos de un naufragio —un calcetín aquí, un CD allí, unos calzoncillos debajo de la cama—, cuando el característico ladrido entrecortado que Barney utilizaba para anunciar visitas se coló entre las vigas.

Corrí a la ventana de mi habitación y vi que una figura enfilaba Avalon Road; cuando vislumbré aquellas zancadas, identifiqué al instante quién había decidido hacerme una visita.

Ben.

Barney cruzó como un cohete la puerta y esprintó hacia él como una bola peluda en una bolera y lo tumbó de rodillas con el impacto. Ben se echó a reír y se abrazó a Barney, mientras la brisa me acercaba su voz.

—Barney, chico —dijo—, colega, cuánto me alegro de verte.

Se me hacía extraño verlo allí, una imagen a la vez conocida y desconocida, y no sabía muy bien si bajar corriendo las escaleras para lanzarme a sus brazos o esconderme tras la cortina y fingir que no estaba en casa.

La última vez que lo había visto había sido en el funeral de Duncan, durante un extraño y breve momento en el que nos habíamos abrazado con torpeza, y él se había marchado justo después de la ceremonia. Antes de aquello, nos habíamos reunido unas cuantas veces para dividir los restos domésticos de nuestra vida conjunta —«¿Quieres el botellero de Ikea?»— y para que yo le devolviera las llaves del apartamento que compartíamos.

—Lo siento mucho —había afirmado yo, una vez más, cuando se las entregué.

—Lo sé —había replicado él, aceptándolas.

Desde entonces, había tenido algunas noticias de él por parte de Simone y Stella, que había compartido conmigo la sorprendente información de que en alguna ocasión lo había visto en la iglesia. Teniendo en cuenta que cuando vivíamos juntos nunca había ido a misa, solo se me ocurría que debía de haber decidido hincarse de rodillas ante Dios para agradecerle que me hubiera alejado por fin de su vida.

—¿Y qué pinta tenía? —le pregunté a Stella una de las veces en que me comentó que lo había visto.

—De santurrón —respondió Simone por ella.

Ben se había deshecho de mí, sí, pero eso no impedía que lo echara de menos, o que añorara nuestra vida en común. A veces pensaba en nuestro apartamento, en los veintisiete peldaños que había que subir para llegar a la puerta, en la bicicleta de Ben en el recibidor, en el periódico abierto sobre la mesa de la cocina por la mañana, y me descubría recordando con nostalgia aquella normalidad. Aunque en el fondo supiera que no era el hombre adecuado para mí, no dejaba de ser por ello un buen hombre, y a veces me preguntaba si con eso no habría bastado.

Pero ahora estaba aquí y comprendí que no podía quedarme eternamente escondida detrás de la cortina, de modo que bajé corriendo y abrí la puerta.

—¡Ben! —exclamé—. ¡Qué agradable sorpresa!

Sonrió y se pasó la mano por el pelo —que había crecido, me fijé, y le quedaba bien— para colocárselo detrás de las orejas, como hacía siempre que estaba nervioso, y entonces me puso un paquete en las manos.

—Ten —dijo—, para ti.

Y, a continuación, me anunció que se casaba.

Monica Golliana calzaba un treinta y ocho, tenía el cabello castaño oscuro y rizado y siempre se peinaba de tal modo que le quedara la cara despejada, era católica practicante —ah, eso explicaba lo de la iglesia—, había nacido en Nápoles, pero se

había marchado de allí de niña, cuando sus padres emprendieron un pequeño negocio de importación de calzado en Australia que habían convertido en «una empresa de lo más próspera».

Todo esto me lo contó Ben después de soltarme la noticia en la puerta, cuando nos sentamos juntos en el salón para tomar una copa de vino con Barney felizmente arrellanado entre los dos.

Me alegré de la noticia —totalmente—, porque, en cuanto terminó de disculparse por su forma tan repentina de comunicármelo, no paró de hablar de ella, Monica Golliana, a quien había conocido seis meses después de nuestra ruptura y a quien no le importaba que dijera cosas como «una empresa de lo más próspera», mientras que a mí siempre me molestaba.

—¿Tienes alguna foto? —le pregunté, y sacó una de la cartera: Monica Golliana, con el cabello rizado que siempre se peinaba de tal modo que le quedara la cara despejada, alborotado por el viento, de pie en el que en su día fuera mi balcón.

—Es muy guapa, Ben —reconocí, y lo era, mierda.

—Gracias —dijo él, y añadió—: Deberías abrir tu regalo. —Y, explicándose antes de tiempo una vez más, comentó—: Son esos zapatos que te gustaban, los de la colección de otoño de hace un par de años, ¿te acuerdas? ¿Esos con aquellos lazos que dijiste que parecían los de las cajas de bombones?

Los recordaba, y me conmovió sobremanera que él también lo hiciera; Ben, que no era adecuado para mí, del mismo modo que yo no lo era para él, Ben, que no era nada «vigoroso», pero sí muy, muy agradable.

—Y bien —me preguntó, después de que me los probara—, ¿quién es ese tipo tan vacilón que me ha traído hasta aquí?

—¿Te refieres a Will? —repliqué.

—Sí, un tío cachas, que sabe mucho de cabos.

—Tiene un servicio de transporte entre Willow y tierra firme y hace también trabajillos diversos por la isla —le expliqué.

—Un buen macho, ¿no?

—La verdad es que ni me he fijado —dije—. Es un tipo agradable, Ben.

—Ya. Juraría que se moría de ganas por saber de qué te conocía... Aunque no se lo habría dicho, me fastidió con tantos cabos arriba y abajo.

—Estaba en su barca, Ben —razoné.

—Lo sé, pero ya sabes cómo me intimidan esa clase de tíos, con sus cosas. «Hola, soy Will, reparo motores y organizo excursiones de pesca en alta mar». «Hola, soy Ben y vendo zapatos».

Nos echamos a reír.

—¿Así que sales con él, con ese tal Will, un hombre tan varonil? —me preguntó Ben.

—No —respondí—, no salgo con ese Will, «un hombre tan varonil», pero es un buen amigo y era también un buen amigo de Duncan.

Barney alzó las orejas, como siempre hacía cuando se mencionaba el nombre de Duncan.

—¿Y Josh? —preguntó Ben, sin levantar mucho la voz—. ¿Tienes noticias de él, o de ellos?

—No.

Asintió.

—Lo he olvidado, Lulu, quiero que sepas que he olvidado todo lo que pasó.

—Eso está muy bien —dije, con un nudo en la garganta.

—¿Y tú? —preguntó.

—No —respondí.

—Aunque, la verdad, aún me gustaría darle un puñetazo.

—¿En serio?

—Sí, por aparecer y destrozarlo todo y luego dejarte a ti sola limpiando la mierda.

—Fui yo quien se lo permitió, Ben —dije.

Ben volvió a asentir y se levantó.

—Tengo que irme, Lulu —concluyó.

Lo acompañé hasta la puerta y luego hasta el embarcadero, donde vi que la barca de Will se acercaba despacio para recoger a Ben.

—No deberías ser tan dura contigo misma, Lulu —me aconsejó Ben, y me dio un beso en la mejilla—. Y ese tal Will, tan varonil él, parece además un buen tipo.

Lloré un poco al verlo marchar: Ben Moreton, que seguía manteniendo Australia en pie, se alejaba para siempre de mi vida.

Kimmy McAllister, Varagos de soltera, era mi favorita entre todas las exesposas de Duncan.

Era la más reciente y la más joven, y mucha gente creía que se había casado con él por su dinero y calificaba a Duncan de viejo tonto o cosas peores. Pero, aunque la riqueza de Duncan formara parte de su atractivo —cuando un periodista, para hacer la gracia, le preguntó en una ocasión qué era lo que le gustaba leer, ella había respondido: «La lista de personajes ricos del *BRW*»—, Kimmy era mucho más inteligente de lo que la gente suponía y entre ella y Duncan habían saltado chispas desde el mismo instante en que se conocieron.

Kimmy trabajaba entonces para una empresa de productos cosméticos en unos grandes almacenes y se dedicaba a rociar con perfume a la gente y a preguntarle: «¿Ha probado ya nuestra nueva fragancia, *Detour*? Nunca se sabe hasta dónde podría llevarle».

Duncan, como explicaría durante la fiesta que siguió a la boda, era una de esas personas que pasaban por los grandes almacenes, y, después de quedarse un rato viéndola pulverizar comprador tras comprador, se acercó y le dijo:

—¿*Detour*? Qué ridiculez. Anda, vamos, que yo sí que voy a llevarte a dar una vuelta.

Y se fueron a su apartamento y emergieron de él dos días después, prometidos.

—Pensamos que qué demonios —me explicó un día Kimmy en la emisora—. Y mi madre dijo que sería un excelente marido para empezar.

Pero detrás del desparpajo de Kimmy había un enorme cariño hacia Duncan que, según me comentó, era un esposo amable, divertido y generoso que le había sido infiel desde el primer día.

—¿Y qué más da? —me dijo, encogiéndose de hombros—. Yo tampoco soy la madre Teresa. Pero le quiero —añadió—, estoy segura de que todo el mundo se quedaría sorprendido si lo supiera.

La muerte de Duncan la había convertido en una mujer muy rica de veinticinco años de edad que, como las demás exesposas de Duncan, seguía siendo fiel al hombre que la había encontrado en el departamento de perfumería de unos grandes almacenes, se negaba a conceder entrevistas y rechazaba cualquier oferta de escribir un revelador relato de su vida conyugal.

—Me limité a contestarles que no sabía escribir —dijo, con una carcajada.

Kimmy, además, se llevaba muy bien con los hijos de Duncan, y tanto Kiki como Kerry-Anne y Karen se los confiaban de vez en cuando, razón por la cual me llamó por teléfono a Willow una tarde, justo cuando yo estaba en la puerta para salir a dar un paseo con Barney.

—¿Diga?

—Hola, Lulu, soy Kimmy.

—¡Kimmy! Qué alegría oír de nuevo tu voz, ¿qué tal estás?

—Bien, muy bien, la verdad... Soy fabulosamente rica.

—Sí, ya me he enterado.

—¿Qué tal está el pequeño Barney? ¿Sigue comiendo por toda Australia?

—Es muy bueno... Ya sabes, Kimmy, si algún día quieres venir a visitarlo, serás muy bienvenida.

—No, gracias, Lulu, no se me ocurre nada peor que quedarme atrapada en una isla de mierda, sin ánimo de ofender, ¿eh? ¿Y qué tal la casa?

—Es preciosa, Kimmy, una auténtica maravilla. Espero que no te importe que me la diera... —empecé a decir, incómoda aún por el calibre del regalo que Duncan me había legado, pero Kimmy me interrumpió.

—En absoluto... Y, oye, ¿hay hombres guapos por ahí?

—No.

—Pues entonces sí que no voy, seguro... Pero ¿podría enviarte a Duncan Junior?

—¿A Duncan Junior?

—Sí, se ha marchado de casa de Kiki y lleva dos semanas instalado aquí conmigo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea, seguramente le gusto, pero el caso es, Lulu, que lo tengo aquí, ha dejado el colegio y no hace más que deambular por la casa y mirarme las tetas.

Duncan Junior era el mayor de los hijos McAllister y, mientras Kimmy seguía hablando, visualicé de nuevo su cara ojerosa durante el funeral de su padre y sus brazos extendidos para abarcar con ellos los hombros más menudos de Rhees, Jasmine y Jarrod.

Debía de tener dieciséis años, Rhees catorce y los gemelos ocho, tal vez nueve, y cada uno de ellos, según Kimmy, gestionaba la muerte de su padre de un modo distinto. Duncan Junior nada bien.

—Ahora dice que es emo —estaba diciendo.

—¿Que es qué?

—Emo, Lulu; seguramente ahí, en Chestnut Island, no tenéis ningún ejemplar de esos.

—Willow.

—Bueno, da igual, el caso es que un emo es un chiquillo que viste completamente de negro, que no quiere que le dé el sol, que siempre está triste y que escucha la música más espantosa que he oído en mi vida. Me está volviendo loca y de verdad pienso que necesita tomar un poco el aire, tal vez también ver a Barney. ¿Qué me dices, Lulu? ¿Crees que podría ir y mirar tus tetas en lugar de las mías durante una temporada?

—Creo que se llevará una decepción después de ver las tuyas.

—Lo sé —reconoció Kimmy—, es lo que suele pasar.

—Arriba, Barney, chico —dije, quince días después de recibir la llamada de Kimmy—. Tenemos visita.

Bajé por Avalon Road, pasé por delante de casa de Julia y seguí el camino de arena que conducía a lo que todo el mundo conocía como el Punto del Equipaje. Barney hundió el hocico en la arena y tembló de excitación al percibir un olor interesante. Echó a correr tras él, mientras las patas traseras intentaban como locas seguir el ritmo del resto del cuerpo.

Finalmente, aunque muy a regañadientes, según me había contado Kimmy, Duncan Junior había decidido viajar a Willow.

—No quiere ir —me había comentado Kimmy—, insiste en que no tiene sentido, que odia el sol y que no piensa ir a nadar.

—Estupendo —repliqué— y, entonces, ¿por qué viene?

—Dice que no le importaría verte unos días.

—De acuerdo —acepté, y me pregunté por qué.

No estábamos especialmente unidos, aunque yo siempre le había tenido mucho cariño al hijo mayor de Duncan y me daba lástima que tuviera que llevar el nombre de su padre.

En una ocasión, le pregunté a Duncan al respecto.

—No fue idea mía —farfulló a modo de respuesta— sino de Kiki. La pobre acababa de pasar treinta y seis horas con ese cruel e implacable dolor de entrañas que siempre me disgustó presenciar y, francamente, si hubiera querido ponerle Vlad el Empalador, tampoco le habría negado el capricho.

Sonreí al recordar a Duncan.

Llegué al embarcadero que se adentraba en el mar a partir del Punto del Equipaje, me senté con las piernas colgando por el borde y esperé, intentando reconciliar la nueva

versión de Duncan Junior, el que odiaba el sol y no quería nadar, con el niño que yo conocía.

Lo recordé en Lingalunga, un niño flaco y larguirucho con el cuerpo anguloso de un surfista, que llevaba siempre las mismas bermudas durante todo el verano, corriendo sin cesar por la casa, cerrando de un portazo la puerta mosquitera, entrando y saliendo del mar.

Vi acercarse la mancha grisácea de una barca procedente de tierra firme, pero el viento y la espuma desdibujaban el perfil y nublaron mi visión hasta que la embarcación se aproximó y vislumbré la forma de Will en la popa y delante, agazapado, algo que intentaba protegerse la cara del viento, un pequeño cuervo de perfil dentado.

Will levantó la mano en cuanto me vio, la figura negra de delante no hizo nada y permaneció posada en su lugar hasta que la barca se acercó lo suficiente como para que Will me lanzara el cabo.

—¡Duncan —grité, dirigiéndome a la extraña criatura negra—, cuánto me alegro de que hayas venido!

La cara me miró, sin ninguna sonrisa que admitiera haberme reconocido, y por un instante no supe muy bien qué decir a aquella nueva versión del niño que conocía.

—No te oye —comentó Will—, lleva uno de esos walkmans en los oídos, no se lo ha quitado en ningún momento desde que lo he recogido.

—De acuerdo —dije cuando Duncan saltó de la barca, mientras el borde deshilachado de su abrigo negro se arrastraba por el agua—, gracias por traérmelo, Will, ya me ocupo yo a partir de aquí.

—¿Estás segura?

—Humm... Duncan es un viejo amigo mío, ¿verdad, colega?

Pero ya se había puesto en marcha y el viento agitaba su grueso abrigo de lana.

—Espero que te apañes mejor que yo —dijo Will, con una sonrisa.

—Y esta es tu habitación —le dije a Duncan que, sentado en la cama y mudo, movió afirmativamente la cabeza—. Y ahí tienes toallas, para cuando vayas a nadar.

—No las necesitaré.

Sus palabras me sorprendieron, no porque fuera la primera vez que hablaba desde que había llegado, sino por el tono grave de barítono con que las había pronunciado. A pesar de aquel abrigo tan ridículo, veía que estaba delgado, demasiado delgado, y que, acurrucado en la cama, aun con aquella voz de hombre, parecía un niño de seis años.

Un niño de seis años con el abrigo de su padre.

—Duncan, ¿te gustaría que Barney durmiera esta noche aquí contigo? —le pregunté.

Aquella noche no cenó nada, comentó que no tenía hambre, y, en cuanto pudo, huyó a su habitación, cerró la puerta y me dejó con una tremenda sensación de no saber muy bien qué hacer y maldiciendo al padre que había engendrado a aquel hijo.

—¿Y ahora qué, Duncan Senior? —pregunté al vacío—. ¿Qué narices esperas que haga?

Más tarde, entrada ya la noche, escuché un alboroto en la escalera: Barney corriendo hacia la puerta seguido por la figura encorvada del joven expatriado.

—Querrá que lo saquen —le expliqué—, para hacer sus necesidades.

Duncan Junior asintió y abrió la puerta.

—¿Te apetece alguna cosa? —tanteé—. Yo estaba a punto de prepararme una taza de cacao calentito.

No era cierto, ni siquiera sabía si tenía cacao para prepararlo, pero, por algún motivo, con el viento que soplaba, el rugido del mar y aquel chico triste y fantasmagórico que miraba por la ventana, me pareció la bebida más adecuada dadas las circunstancias.

Volvió a asentir.

—Estupendo —dije.

Puse el cazo a calentar en los fogones, observé las burbujas de la leche cuando empezaron a asomar a la superficie, lo retiré del fuego antes de que empezara a hervir y repartí el contenido en dos tazones, removí el cacao, preparé una bandeja y lo llevé al salón. Esperé a ver si Duncan Junior me seguía.

Hacía mala noche, una noche que Duncan Senior habría calificado de no apta para medicas, el viento azotaba las dunas y las ramas de las casuarinas equisetifolias golpeaban los aleros.

Su hijo me siguió y tomó asiento a mi lado.

Le pasé un tazón y escuché los vagos sonidos procedentes del auricular. Por mucho que le hablara a aquel niño, no oiría lo que yo le dijera. Bebí mi cacao caliente y decidí que por mí estaba bien. Yo no tenía dieciséis años, tampoco sabía qué era ser hijo de un padre famoso y tener además que cargar con su nombre. Desconocía la sensación de perder a ese padre, de amar y odiar a la vez a tu madre, de que te gustara una de tus madrastras. Desconocía la sensación de dejar que el sol te calentara la cara un día, y de evitarlo con rotundidad al siguiente.

Yo no era un chico de dieciséis años.

No sabía nada de todo aquello.

Me bebí el tazón entero de cacao caliente.

Unos días después, nos levantamos los dos temprano y nos sentamos el uno frente al otro a la mesa de la cocina, separados por su gigantesca amplitud; los sonidos brotaban aún de los oídos de DJ. (Me había acostumbrado a llamarlo DJ; resultaba menos confuso cuando tenía que maldecir a su padre).

Y sentí que ya estaba bien.

Le indiqué con un gesto que se quitara aquello de los oídos, respiré hondo y me lancé a la piscina.

—Mira —dije—, me alegro mucho de que estés aquí. Quiero que estés aquí y puedes quedarte todo el tiempo que te apetezca, pero a veces tendrás que hablarme porque si no tengo la sensación de que vivo con un fantasma y eso está bien un rato, pero no siempre.

Asintió.

—Además —proseguí—, voy a pedirte que me ayudes un poco en casa, no demasiado —sonreí al ver su mueca—, solo con Barney. Estaría muy bien si pudieras pasearlo tú por las mañanas.

Otro gesto de asentimiento.

—Perfecto. —Sonreí y señalé los auriculares—. Y ahora puedes volver a ponértelos, si quieres.

Durante la estancia de DJ en casa, había estado en contacto con Kiki... y con Kimmy, con Kerry-Anne y con Karen, que llamaban para preguntar cómo estaba.

—Parece que está bien —les decía—, aunque la verdad es que no sé qué hacer con él. Pero sí sabía quién podría hacer alguna cosa.

—¡Hola! —gritó Will—. ¿Estás en casa, Lulu?

—Estoy aquí, Will, en la parte de atrás.

Will entró por la puerta principal, cruzó la casa y supongo que se percató de los numerosos indicios de la presencia de DJ esparcidos por todas partes.

—Desechos de adolescente —dijo sonriente, al verme junto a la verja—. ¿Qué tal va todo?

—Bien —respondí—, aunque me paso el día aquí pegada a la verja a la espera de que

vuelva a casa y, en cuanto lo veo, entro corriendo para que no sepa que he estado esperándolo.

—¿Sigue con el abrigo de la muerte?

—Pues sí.

—¿Algún avance?

—Poca cosa, ha empezado a hablar un poco más.

—Eso es buena señal.

—Pero no es suficiente, Will, no tengo recursos para gestionar todo este asunto. No me importa que esté aquí, de hecho me alegro, pero no sé si le sirve de algo. Yo no soy bastante para él, no soy su padre, ni siquiera soy un hombre. —Lo miré a los ojos—. Pero tú sí.

—Dios mío —me comentó Will al día siguiente; estábamos junto a los reteles para pescar cangrejos y DJ venía hacia nosotros—, ¿es rímel eso que lleva?

—Tú límitate a saludar. —Levanté la mano y grité—: ¡Ah del barco, marinero!

—«¿Ah del barco, marinero?» —repitió Will—. ¿Lo dices en serio?

—Ya te expliqué que necesitaba tu ayuda —añadí, sonriéndole a DJ que estaba ahora dando vueltas alrededor de los reteles con expresión incierta.

—Hola, colega, ¿listo para pescar cangrejos? —preguntó Will.

DJ asintió y se levantó el abrigo para saltar a la barca.

Will alzó la mano.

—Lo siento, colega, pero este abrigo no viene.

DJ se quedó mirándolo.

—Demasiado peso —concluyó Will—, alteraría el equilibrio de la barca.

No tenía ni idea de si Will decía la verdad o no; lo único que sabía era que, cuando DJ se despojó de la pesadez de las mangas de aquel abrigo, dio la impresión de no haberse sentido nunca tan aliviado en sus dieciséis años de vida.

Iban al río a buscar cangrejos, lejos de mar abierto, y cuando cebaron los aparejos con caballa y buscaron las zonas más profundas para instalar los reteles, DJ sorprendió a Will, según me contó luego, con su rapidez de maniobra y con su conocimiento de lo que Will denominaba las bellas artes de la pesca del cangrejo.

—¿Quién te ha enseñado, colega? —le había preguntado.

—Mi padre.

—Pues sabía lo que se hacía.

—Sí, casi siempre.

—Yo lo conocí —comentó Will—, reformamos juntos la casa.

Otro gesto de asentimiento.

—Era un buen tío.

—Sí.

Will le había pasado una camiseta vieja y le había dicho:

—Lulu me matará si te devuelvo rojo como una langosta.

DJ había sonreído —«Fue como si saliese el sol», me contó luego Will— y había comentado que yo no era capaz de hacer daño ni a una mosca.

«Eso es lo que tú te crees», había pensado yo al instante.

Cuando DJ se metió en su habitación, Will y yo nos sentamos en el porche y me contó los detalles de la jornada, incluyendo el momento en que había logrado convencer a DJ de que se zambulliese en las verdosas aguas del río.

Hacía un calor asfixiante y Will se había lanzado primero, enlazando las piernas dobladas entre los brazos para realizar el típico salto de bomba, consciente, dijo, de que no había en la tierra ningún chico de dieciséis años capaz de resistirse a imitarlo.

—Vamos, colega —le había dicho Will desde el agua, riendo—, salta, tú salta y ya está,

colega.

DJ se había parado a pensárselo una décima de segundo, se había incorporado y había sorprendido a Will con la ejecución de una zambullida perfecta en el agua.

Y había permanecido sumergido mucho tiempo, el suficiente como para que Will empezara a ponerse un poco nervioso, antes de emerger de nuevo a la superficie.

—Creía que habías decidido llegar buceando hasta China, colega —le había recriminado Will, pero DJ volvió a sumergirse y escuchó solamente el rumor del agua.

Después de aquello, los dos pasaron a ser prácticamente inseparables, DJ se levantaba y cruzaba la puerta para correr a ver a Will y acompañarlo en sus excursiones en barca, o para ayudarlo en el cobertizo, para hacer, como diría Ben, «cosas de hombres».

A veces, yo me sumaba a ellos, y los tres nos deslizábamos montados en trozos de cartón por la duna gigante de Bramble Bay, mientras Barney nos ladraba como un loco desde abajo, y había tardes de pereza, en las que el calor nos impedía hacer nada, en las que de hecho apenas hacíamos nada.

DJ se quedó tres semanas más, hasta que su madre no pudo soportar más su ausencia y vino a recogerlo.

Siempre le había tenido cariño a Kiki; me gustaba su forma de observar con buen humor la interminable procesión de señoras McAllister que habían llegado tras ella, e incluso había actuado como testigo en la boda civil de Duncan y Kimmy, vestida con un traje pantalón nuevo y luciendo una sonrisa resignada.

Me gustaba que siempre hubiera dejado que su hijo pasara con su padre todo el tiempo que quisiera, y también que hubiera permitido que su hijo pasara aquella temporada conmigo.

—No me importa en absoluto, Lulu —me había dicho por teléfono cuando hablamos antes de la visita de DJ—. A ver si logras que se quite ese abrigo de encima, aunque sea solo para que dé tiempo a lavarlo.

Ahora, un mes después de la llegada de DJ, el abrigo estaba colgado en una percha del lavadero, con un aspecto, a mi entender, más deprimente si cabe que cuando tenía un propietario debajo.

Lo doblé y lo metí en una bolsa para que DJ se lo llevara a casa. Cuando subí a su habitación, me lo encontré tumbado en la cama con Barney repantigado a sus pies.

—Mañana vendrá tu madre, ¿estás bien para volver con ella?

—Preferiría quedarme aquí.

—Ya sabes que puedes regresar aquí siempre que quieras, cariño, pregúntale a tu madre si te deja venir para las vacaciones de septiembre.

—Guay.

—Guay —repetí, y me senté en la cama—. Aquí tienes tu abrigo.

—No lo quiero.

—De acuerdo, te lo guardaré, para la próxima vez.

—Tíralo, Lulu.

—¿Estás seguro?

—Sí, la verdad es que nunca llegué a ser realmente un emo, supongo.

—No, quizá no.

—Aunque aún me gusta esa música.

—Bueno, es normal, JD —dije, obligándome a llamarlo por este nuevo nombre, intentando que en mi boca sonase fácil y cotidiano.

Sucedió la noche anterior.

Habíamos adquirido la costumbre de cenar juntos cuando él volvía a casa después de sus largas jornadas con Will. Comíamos, sacábamos a Barney para que diese el último

paseo del día, y luego volvíamos a casa y nos tumbábamos en los sofás a leer un rato en amigable silencio, interrumpido tan solo por los gruñidos y los suspiros que Barney emitía en sueños.

De vez en cuando, miraba de reojo al hijo de Duncan, viendo con satisfacción que sus blancos y hundidos pómulos iban rellenándose poco a poco, que llevaba brazos y piernas al aire y que volvía a coger color, que tenía los hombros relajados y que rascaba con indolencia con una mano la cabeza de Barney. Confiaba en que aquello, sea lo que fuere, que tanto le preocupaba y que lo había traído hasta mi casa se hubiera, como mínimo, apaciguado gracias a aquella estancia.

No habíamos hablado nunca del porqué de su visita y yo no tenía ninguna intención de abordar el tema, pero la penúltima noche fue él quien lo sacó a relucir.

—¿Lulu?

—¿Humm?

—Gracias por haberme acogido.

—De nada.

—Mi padre me dijo que viniese.

Me incorporé en el asiento y me quedé mirándolo.

—Me dijo que, si tenía algún problema después de su muerte, que viniera a verte.

—Entiendo. Pues me alegro de que lo hicieras.

—Decía que eras muy relajante.

—Ah, vaya... ¿Y lo soy?

—Sí, sí que lo eres.

—Estupendo.

—Porque no te pasas el día pinchándome, ¿sabes?

Le sonreí.

—Eso es porque no soy tu madre, el papel de una madre consiste en pinchar a sus hijos.

—Mi madre nunca para de hacerlo.

—Porque te quiere.

—Ya lo sé.

Volvimos a la lectura, pero transcurrido un minuto habló otra vez.

—Echo de menos a mi padre.

—Lo sé.

—Desearía que no hubiera pasado.

—También yo.

Y entonces salió todo, en un aluvión de palabras mezcladas con mocos, lágrimas y la historia de una chica del colegio, Marlena, otra emo, que, sin darse cuenta, al parecer, de lo irónico del tema, lo había dejado plantado por ser «demasiado depresivo».

Sonándose continuamente la nariz con la camiseta mientras yo intentaba fingir que me daba igual —aunque luego la tuve en remojo con detergente durante un montón de horas—, me explicó que Duncan le había comunicado la noticia de que se estaba muriendo anunciándole alegremente que, por fin, podría olvidarse de la parte «junior» que acompañaba su nombre, porque la parte «senior» de la ecuación no estaría mucho más tiempo por allí.

Después llegó la confesión de lo desesperado que estaba por tener que hacer eso: cambiar un nombre que siempre había odiado.

—Lo había deseado durante años —dijo—, y aunque mi padre decía que podía hacerlo, ahora que se ha ido pienso que eso estaría muy mal, ¿sabes?

—Estoy segura de que no hay nada de malo en ello —repliqué—. ¿Has pensado qué nombre te gustaría?

—Raoul, quizá.

—¿Raoul?

—Eso lo decidí cuando era emo.
—Ya —admití, intentando no echarme a reír, pero sin conseguirlo.
Pero me gustó ver que el chico que pensaba convertirse en Raoul también se reía.
—Es estúpido, la verdad —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.
—¿Y qué te parece como te llamo yo, DJ? —le insinué—. Suena muy guay y diría que te encaja, ¿no te parece?
—No.
—¿Por qué no?
—Demasiado forzado, todo el mundo pensaría que me imagino que soy un fabricante de tablas de surf.
—Ya —asentí, aun sin tener ni idea de a qué venía eso del fabricante de tablas de surf.
—Aunque JD no me importaría.
—¿JD?
—Sí, Just Duncan.

Just Duncan se marchó con su madre al día siguiente, después de que Kiki me explicara que el colegio le había concedido un permiso dada su especial situación personal y que si quería podía regresar para terminar el curso.

Era lo bastante inteligente como para ponerse al día sin problemas, pero su madre pensaba que tal vez podría terminar el curso por correspondencia y luego, al año siguiente, empezar la universidad, tal y como era inicialmente el plan.

Y añadió:

—Me ha pedido que lo llame JD.

—Bueno, siempre es mejor que Raoul —sentencié, dándole unas palmaditas en la espalda.

Will vino a verme la semana después de que se marchara JD.

—Lo echo de menos —dijo—, lo cual no es precisamente algo que habría predicho el día en que lo recogí con aquel disfraz de vampiro.

—Yo también —repliqué—, pero volverá.

—Lo sé —contestó Will—. Le comenté que podía venir a trabajar conmigo siempre que quisiera.

—Gracias, Will —dije—, fue estupendo que accedieras a acogerlo bajo tu tutela. No sé si no qué habría hecho con él.

—No hay ningún problema, al final fue de gran ayuda.

Se apoyó en la puerta, con un brazo en el marco y con su torso, me fijé, ocupando la mitad del espacio.

Le había dicho a Kimmy que en la isla no había hombres guapos, pero la verdad es que le mentí. Will Barton era guapo, era guapo hasta el último centímetro de su piel salada, comprendí, cuando me quedé mirándolo, apoyado en el umbral de la puerta de mi casa.

Will vio cómo lo observaba e hizo un gesto hacia mí, pero yo me aparté con torpeza de su trayectoria.

Era la última persona del mundo merecedora de un hombre y, sobre todo, de un hombre decente.

Después de la partida de JD, y de que tirara ceremoniosamente el abrigo en un contenedor, la casa volvió a quedarse silenciosa y tranquila, como si todas sus ventanas hubieran inhalado y soltado el aire.

Hice un poco de limpieza, puse una lavadora, cogí un libro de las estanterías y me encaminé hacia la terraza de atrás.

—¿Qué tal vivir con serenidad? —le dije con una sonrisa a Barney, que estaba tumbado ocupando todo el ancho de la escalera, pero, justo en aquel momento, empezó a sonar el teléfono.

Era Simone, que continuaba aún con su hablar taquigráfico.

—Lulu —dijo—. ¿Cómo va?

No había vuelto a ver ni a Simone ni a Stella desde que me había instalado en Willow, aunque hablaba con las dos al menos una vez por semana y tenía pensado invitarlas en cuanto me recuperara de la última ronda de invitados.

—Bien —respondí—, ¿y tú?

—Bien —dijo—, pero Stella no.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —pregunté, poniéndome ansiosa al instante, puesto que Stella era la única persona por la que, aparentemente, nunca tenía que preocuparme.

—Ya lo averiguarás cuando llegue.

—¿Que va a venir?

—Vamos las dos. Tu novio Will nos recoge a las cinco.

—¿Hoy? —dije, ignorando el comentario sobre Will, ya que lo que me preocupaba era Stella.

—Es lo que acabo de decir, ¿no?

Me mordí la lengua.

—De acuerdo, prepararé las camas.

—Bien —replicó escuetamente—. Yo solo me quedo esta noche, tengo que volver para una reunión con el Jefe de Misoginia del canal, pero Stella supongo que se quedará más tiempo, tiene una crisis.

—¿De qué tipo? —pregunté.

—Pues resulta que San Billy tal vez necesite también una medallita de algún tipo a la que rezar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé, Lulu, si existe algún santo patrón de los cabrones redomados.

—¿De modo que es una crisis matrimonial? —pregunté, intentando atar cabos.

—Sí, pero es mucho peor que eso.

—¿En qué sentido?

—Creo que Stella tiene una crisis de fe.

Colgó, dejándome confusa y con prisas para preparar las habitaciones.

A Stella le reservé la más bonita, la que tenía una ventana desde la que se dominaba la bahía y el lado sur de Spanish Beach, y también la mejor ropa de cama: sábanas blancas de algodón y una colcha con bordado inglés.

Salí al jardín para cortar unos cuantos hibiscos.

Era su flor favorita y, a veces, cuando íbamos al colegio, se ponía alguna detrás de la oreja, hasta que una de las monjas la obligó a quitársela y le dijo: «Esto no es ningún cuadro de Gauguin, señorita Kelly». Puse las flores en un jarrón junto a la cama, abrí bien las ventanas y bajé para elegirle un libro de la librería.

Al final de la jornada, Stella solía estar tan cansada que no tenía ni ganas de leer, pero le encantaban los libros y Billy la encontraba muchas veces dormida en la cama con uno abierto entre las manos.

Stella y Billy.

Billy y Stella.

Si lo que Simone había insinuado por teléfono era cierto, Stella debía de estar destrozada.

Cogí algunos libros y subí corriendo a dejárselos junto a la cama.

Habría hecho cualquier cosa con tal de que se sintiera mejor.

Llegaron al atardecer. Aparecieron las dos en el umbral de la puerta, Simone claramente incómoda y Stella, me pareció, muy enfadada.

—Pues aquí estamos —anunció Simone con una sonrisa tensa—. Thelma y Louise.

—Si eso que acabas de decir pretende ser algún chiste de lesbianas, Simone —le espetó Stella—, no le encuentro ninguna gracia.

Detrás de ella, Simone puso los ojos en blanco cuando yo cogí a Stella por la cintura para guiarla hacia la cocina y ofrecerle una taza de té, o una copa de vino o, como Simone sugirió después, una dosis de caballo de Valium.

—Primero beberemos algo —dije— y luego os enseñaré la casa.

— Simplemente muéstrame mi habitación —dijo Stella, sin más.

—Oh —titubeé—. Había pensado en echar primero un vistazo rápido y después, tal vez, dar un paseo por la playa antes de cenar.

—No, gracias —insistió Stella—. Lo único que quiero es meterme en la cama.

—Pero si no has comido nada —protesté—. He cocinado tu plato favorito, buey strogonoff con patatas con ajo y perejil.

Y era verdad, lo había preparado después de suplicarle a Will que realizara una excursión de última hora a tierra firme para comprar todo lo necesario.

—No, gracias —repitió Stella—. De verdad, lo único que quiero es meterme en la cama.

—Bueno, si quieres acostarte ahora un poco, podríamos olvidar lo del paseo...

—Déjalo, Lulu —me interrumpió la voz de Simone—, quiere estar sola. Creo que es bastante.

—¿Evidente? —rematé, exasperada—. ¿Qué te cuesta decirlo, Simone?

Stella suspiró.

—Parad ya, vosotras dos. Yo me voy a la cama.

Y echó a andar escaleras arriba. La seguí y le abrí la puerta de la habitación que le había destinado.

—Esta es para ti —dije.

Asintió y me dio con la puerta en las narices.

Abajo, Simone y yo atacamos mi mejor botella de vino tinto antes de la cena y nos sentamos en el césped de la parte de atrás para que me pusiera al corriente del precario estado del matrimonio McNamara.

Ella se llamaba Nadine, le había contado Stella a Simone por el camino, se encargaba de la gestión de los alquileres en la inmobiliaria donde trabajaba Billy y no significaba nada para él, decía, aunque, después de que Stella lo presionara, había reconocido que no había significado nada para él varias veces, entre casa vacía y casa vacía.

Y yo tenía razón, estaba enfadada, ese estado de ánimo que había notado nada más abrir la puerta, una rabia en ebullición que incluso había logrado desestabilizar a Simone: «En serio, Lulu, esta mujer está a punto de entrar en erupción».

Billy había confesado el romance una mañana al salir de la iglesia, donde la totalidad de los pequeños McNamara había permanecido sentada previamente en el banco de la familia —que se esmeraban en tener siempre reluciente—, mientras Billy ayudaba a pasar la bandeja para los donativos.

—¡Qué hipócrita! —le había dicho entre dientes Stella a Simone después de habérselo contado—. Un hipócrita y un cabrón, sí, Simone, he dicho cabrón... Todos estos años repitiéndome una y otra vez que éramos un equipo, el Equipo McNamara, nos llamaba, y luego va y se larga a jugar en campo contrario.

Billy había llorado, le explicó Stella, llorado y llorado, y le había prometido que se había acabado, que Nadine se había marchado voluntariamente de la inmobiliaria después de que Billy le dijera que aquello no podía continuar. Le había prometido a Stella que nunca volvería a suceder, que todo aquel asunto le había hecho darse cuenta de lo importante y valiosa que era Stella para él, de lo mucho que su familia significaba para él y de lo estúpido que había sido corriendo el riesgo de perderla.

Billy se había instalado en casa de su madre con los niños después de que Stella hubiera llamado personalmente a la otra señora McNamara para decirle que se lo mandaba y los motivos por los que lo hacía.

Simone había tenido que tragar saliva al escuchar aquel retazo concreto de información.

—¿Que le dijiste eso a Mary Josephine? —preguntó, al recordar, al igual que yo, a la imponente y devota madre católica de Billy.

—Pues sí —había replicado Stella en tono desafiante—. Espero que lo crucifique.

—¿Y piensa dejarlo? —le pregunté a Simone.

—Eso sí que no lo sé —respondió—, creo que por eso está aquí, para decidir qué hacer.

Simone se marchó por la mañana y me encontré compartiendo casa con mi segundo fantasma en tan solo dos meses. Stella se deslizaba sin hacer ruido de habitación en habitación, dejando apenas huella en el mobiliario y sin comer nada.

—Lo siento, Lulu —se lamentaba—. Es que no tengo hambre.

Yo retiraba el plato y esperaba a que sonara el teléfono.

Billy llamó repetidamente y el tono de sus llamadas pasó de ser afable y ansioso a exigente y desesperado, pero ella no quería ponerse, negaba con la cabeza o se escabullía en silencio de la habitación.

—Mira, Billy —le decía yo—, creo que necesita un poco más de tiempo. Te prometo que, cuando pueda, intentaré conseguir que te llame.

—Necesito hablar con ella, Lulu.

—Lo sé.

—¿Cuándo vuelve a casa?

Yo no tenía ni idea.

A la semana de la llegada de Stella, invité a Will a cenar. Se lo pedí porque necesitaba distracción, aunque había otros motivos que me negaba a plantearme, empezando por el hecho de que, desde la partida de JD, echaba de menos tener a Will rondando por casa.

Llegó con una botella de vino y Stella, sorprendiéndome, dijo que sí cuando él se ofreció a servirle una copa, que engulló con rapidez para luego pedir otra. Por experiencia, sabía que Stella necesitaba poco para emborracharse y, además, con los días que llevaba sin apenas comer, debería haber previsto la que se avecinaba.

Después de cenar, y cuando iba por la tercera copa, empezó a toquetearse el cabello, a acercarse a Will y decirle:

—No, de verdad, ¿tengo aspecto de tener cinco hijos? Porque los tengo, ¿sabes? Cinco... ¿A que es increíble?

—Increíble —replicó Will con una sonrisa—, estás estupenda, Stella.

—Sí, ¿verdad? —dijo Stella, dándole la razón, y, después de levantarse la camiseta, añadió—: Observa qué barriga.

Miramos.

—Impresionante —comentó Will, apartando con delicadeza la mano cuando Stella intentó guiarla hacia su ombligo—. Bueno, creo que tendría que ir retirándome.

—No, no te vayas —le pidió Stella, sirviendo lo que quedaba de vino en la copa de Will y riendo cuando se derramó un poco—. Tenemos más vino, ¿verdad, Lulu? Esta fiesta no ha hecho más que empezar.

Me avergoncé por Stella, que jamás en su vida había dicho: «Esta fiesta no ha hecho más que empezar», que no era consciente de que nadie decía: «Esta fiesta no ha hecho más que empezar», Stella, que evidentemente llevaba una buena turca encima, como habría dicho Duncan, siempre aficionado a utilizar expresiones curiosas, para dar a entender que estaba total y tremendamente borracha.

Vi que abandonaba su silla para situarse detrás de la de Will y murmurarle alguna cosa al oído.

Él se levantó también y le puso las manos en los hombros para mantenerla en equilibrio.

—Me encantaría dar un paseo por la playa —dijo—, pero me tengo que ir, de verdad, mañana toca madrugar.

Cogió la chaqueta y nos dio a cada una un casto beso en la mejilla.

—Buenas noches, chicas. Ha sido un placer conocerte, Stella, mañana daremos ese paseo —prometió.

Y cruzó la puerta, dejándome en compañía de mi amiga borracha.

—¿Es gay o qué? —preguntó ella al verlo marchar.

Y se derrumbó en el suelo, a mis pies.

A la mañana siguiente, me encontré retirándole el cabello de la cara a Stella con una mano mientras ella vaciaba el contenido de su estómago bajo una luchadora azalea —que no tenía absolutamente ninguna probabilidad de sobrevivir— y sujetando a Barney con la otra.

—Fuera, Barney —dije, apartándole el hocico húmedo—. Es una conducta desagradable, incluso para ti.

Me habían despertado los débiles gemidos de los zarapitos que anidaban en las casuarinas que se alzaban al otro lado de la ventana y los gemidos, algo menos agradables, de Stella vomitando en el jardín.

—Intenté seducir a aquel hombre, ¿verdad? —preguntó entristecida cuando en su pobre estómago ya no quedó nada más que expulsar—. A ese tal Will.

—No —respondí—, solo le dijiste si quería ir a dar un paseo por la playa. No creo que fuera un ataque frontal; no te quedaste ni en salto de cama.

—Ni siquiera tengo un salto de cama —declaró, más triste si cabe.

—Nadie tiene hoy esas cosas —le dije, poniéndole un paño húmedo en la frente—, excepto Kimmy, tal vez.

Pero resultó que emborracharse, una vez superados los vómitos, le sentó estupendamente a Stella. Aquella noche bajó de la habitación, donde había pasado el día entero durmiendo, se comió un plato enorme de pasta y me preguntó si me apetecía acompañarla a dar un paseo por la playa.

Silbé a Barney para que viniera también con nosotras, cruzamos la verja de atrás y nos descalzamos para ir hasta la orilla. Barney echó a andar delante, con aquel paso largo y majestuoso que utilizaba cuando ya no le quedaba energía pero seguía decidido a no perderse nada.

—¿No tienes miedo aquí, Lulu? —quiso saber Stella, moviendo los dedos de los pies sobre la arena—. ¿Viviendo sola?

—No, porque tengo a Barney.

—¿Pero no ves que no atacaría a nadie?

—No estés tan segura, aunque tampoco necesitaría hacerlo, le bastaría con echarle el aliento a quien fuera.

Nos quedamos mirándolo; estaba jugando en la arena con una medusa muerta. Stella se agachó para coger un caparazón de color verdoso y puntiagudo y lo hizo rodar entre sus dedos.

—No sé si yo podría vivir aquí sola. Es casi la primera vez que duermo sola desde que me casé —admitió, examinando su descubrimiento.

—No lo dirás en serio.

—Sí. Cuando nos casamos, Billy y yo acordamos que nunca pasaríamos una noche el uno lejos del otro a menos que fuera inevitable. Ridículo, ¿no te parece?

Le di vueltas a la idea, y también al hecho de que, por primera vez en todos aquellos días, hubiera pronunciado el nombre de su marido.

—A mí supongo que no me funcionaría, pero Billy y tú sois distintos.

—No, no lo somos, Lulu —negó, y percibí la tristeza que impregnaba aquellas palabras. Llegó una ola, me salpicó el borde de la falda.

—Sí, sí que lo sois, Stella —repliqué—. Ya sé que por lo visto ha cometido un desliz...

—Oh, ¿es así como lo llamas? ¿Un desliz?

Noté un tono acusador en su voz, pero no me amedrenté. Comprendía que resultaba irónico que yo, precisamente yo, estuviera ahora intentando ayudar a mi amiga a navegar por las turbulentas aguas del adulterio.

—¿Qué? No, no es más que una expresión... Mira, Stella, sé que en estos momentos estás muy dolida y confusa, que no sabes si quieres que Billy regrese o no a tu vida.

—Oh, claro que volverá a mi vida.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, sorprendida, puesto que no había percibido ni el más mínimo indicio de aquella decisión durante sus paseos sin rumbo por mi casa.

—Por supuesto, Lulu. Tengo cinco hijos que en estos momentos están en casa de Mary Josephine pensando que su madre se ha ido de vacaciones en pleno curso escolar, dos parejas de abuelos que los adoran y que no soportarían presenciar nuestra separación, no tengo trabajo, no poseo ningún tipo de habilidad profesional, no tengo dinero, no tengo dónde ir y todo el comité de la cabalgata de Navidad del colegio está esperando a que vuelva y les explique cómo hacer los angelitos con papel maché.

—A las chicas del comité no puedes fallarles —dije, sonriendo—. Me han comentado que son tremendas.

—No —respondió, sonriendo también un poco—, no puedo. —Y exhaló un suspiro tan prolongado como la noche y dio media vuelta para emprender el camino a casa.

—¿Así que has decidido perdonar a Billy?

—No es con Billy con quien estoy enfadada, Lulu, sino con Dios.

—Entiendo —añadí, aunque no lo entendía.

—Creo que a estas alturas paso incluso del Levítico...

—¿Del Levítico?

—Nunca prestabas atención a las explicaciones de la Biblia que nos daba la hermana Monica, ¿verdad? —me reprochó, y suspiró—. Nadie le hacía ni caso, excepto yo... Ya sabes, el Levítico: «Si un hombre comete adulterio con la esposa de otro hombre, el adúltero y la adúltera serán condenados a muerte».

—Suenan un poco fuerte, ¿no te bastaría con hacerle aguantar a ella alguno de los viejos monólogos de Billy?

Soltó una carcajada, y me sentí ridículamente feliz al oírla. Siempre había adorado la risa de Stella, era como un campanilleo de notas musicales ascendiendo por la escala. Simone decía a veces que le encantaría poder coger una y guardársela.

—Mira, Lulu, puedo perdonar a Billy porque Billy es un hombre y los hombres tienen la carne débil. —Me lanzó una mirada de advertencia—. Pero lo de Dios..., eso es otra

cosa.

Habíamos llegado a la verja y Barney entró directamente y subió a su cama, sin siquiera mirarnos, pero Stella y yo nos sentamos en el césped, luego nos tumbamos y contemplamos el débil rastro de unos rayos que iluminaban el cielo.

—Estoy enfadada con Dios —prosiguió— porque de pequeñas, mientras Simone, tú y las demás chicas acumulabais fotos de cantantes, yo coleccionaba santos..., imágenes de santos, Lulu, ¿me explico? Cuando vosotras ibais a la playa los fines de semana, yo asistía a la iglesia; cuando todo el mundo acudía a las colonias del colegio, a mí me tocaba estar en el campamento bíblico de Little Mountain, ¿y sabes qué hacíamos allí?

—No.

—Alfombras de nudos, Lulu, toda la semana.

Le acaricié el brazo para darle a entender que la compadecía, pero sin insinuarle que no tenía ni idea de qué era una alfombra de nudos.

—Todas trabajabais los fines de semana en alguna tienda de moda, en un bar o en los cines; pero yo hacía tareas de voluntariado y, luego, terminamos el colegio y todo el mundo se marchó de viaje al extranjero o a estudiar a la universidad o empezó a trabajar en algo estupendo, pero yo me casé con dieciocho años y recorrí el pasillo de la iglesia como la última virgen graduada con honores de la historia del St. Rita's... Y no te pienses que no sé que Annabelle me llamaba Virginia Intacta.

Asentí e intenté que no se me escapara la risa al recordar el mote que Annabelle le había puesto a Stella. Traté de no pensar en Annabelle.

—De modo que —continuó Stella— he sido fiel a mis votos matrimoniales y he crecido y me he multiplicado no solo con uno, sino con cinco hijos, y sigo todavía preparando los adornos florales de los domingos para la iglesia, y continúo arrodillándome cada noche y dándole las gracias al Señor por mi buena suerte, y comprendo también que esta ha sido mi elección.

»Y cabría pensar —prosiguió, punzando prácticamente la palabra en una noche que estaba cada vez más oscura—, cabría pensar, ¿verdad?, que con todo esto una tendría que conseguir algún tipo de premio por su fidelidad, no sé si me explico, o, como mínimo, algún gesto de reconocimiento por parte de Él —movió la cabeza para apuntar hacia el cielo—, algún acuse de recibo de que llevo toda la vida siendo su fiel servidora... Pero ¿qué pasa, Lulu, qué pasa?

Sabía que no me pedía una respuesta, de modo que seguí callada y sin moverme.

—Pues que tipos como mi esposo van y se follan a una empleada de veintidós años y no les ocurre nada, porque él continuará teniendo a sus cinco preciosos hijos que lo adoran y a una mujer estúpida que lo aceptará de nuevo en casa porque lo ama, y que gente como tú, Lulu, va y se acuesta con el marido de su mejor amiga en su noche de bodas, ¡en su noche de bodas!, y ¿qué le pasa? Que le regalan una casa maravillosa en la playa.

Esta vez sí que me asusté.

—Así que —dijo, incorporándose y sacudiéndose la arena pegada en los vaqueros—, creo que he acabado con Dios.

Eché a andar hacia la casa, siguiendo los pasos de Barney y sin volver la vista atrás.

Me quedé tumbada en el césped, notando cómo la humedad se filtraba a través del cortavientos, con el cuerpo completamente quieto, aplastado por unas palabras que se derramaban sobre mí como una avalancha ardiente. La vergüenza se abalanzó sobre mi pecho como una nube de insectos negros que batían las alas sin cesar. Stella llevaba razón, yo no me merecía esto, nada de todo esto.

El mar traía lluvia y me incorporé para entrar en una casa a la que no tenía derecho e ir a ver a Stella. Por mal que yo me sintiera, ella debía de estar mucho peor y lo importante, comprendí, era que, en medio de aquella diatriba, había mencionado que seguía amando a Billy. Y eso era algo en lo que podíamos avanzar juntas, y lo que

pensara de mí, y de Dios, habría de esperar hasta más adelante.

—Oh, Lulu —dijo, rompiendo a llorar en cuanto abrí la puerta de la habitación—, no sabía lo que decía, estoy tan dolida y todo me ha salido tan mal que creo que simplemente estoy agotada, con todos los niños, y ahora Billy...

—Calla —dije, sentándome a su lado en la cama—, no pasa nada, no estoy enfadada contigo.

—¿De verdad? —preguntó.

—De verdad —respondí—. Sé que lo que hice estuvo mal, Stella, y estoy intentando solventarlo de la mejor manera posible. Pero entretanto quiero decirte algo que Duncan me comentó poco antes de morir.

Asintió.

—No sé si te servirá de ayuda, pero a él sí lo ayudó —añadí, pasándole uno de los pañuelos bordados de Rose.

—Vale.

—Me explicó que no sabía muy bien en quién o en qué creía, pero que creía en alguna cosa, que tenía fe. También que pensaba que era eso que aún éramos capaces de oír en medio de tanto griterío.

Stella sonrió.

—Y luego me dijo que le apetecía comer pollo.

Y entonces rio, y el sonido de las campanillas inundó la estancia.

—Exnovios, adolescentes que se largan de casa, católicas con dudas... La verdad, Lulu, es que Willow Island está de lo más animado desde que te has instalado aquí —decía Will, mientras pelaba otra gamba y le echaba a Barney la cáscara.

—No lo acostumbres, Will —dije—, eso es asqueroso.

—No tanto como el murciélago muerto que intentó comerse ayer.

—Cierto —admití, y los dos miramos a Barney, que masticaba ahora la cabeza del crustáceo muerto.

Había pasado una semana desde la partida de Stella, que se había puesto colorada como un tomate cuando Will había venido a casa para recogerla.

—Hola, Stella —la saludó sonriente—, ¿has tenido una buena estancia?

—Sí, gracias, William —le respondió ella—, muy agradable.

«¿William? ¿Muy agradable?»

—No sabía que nos habíamos mudado a Brideshead —le susurré al oído, y le di un beso de despedida.

—Calla —me replicó ella también en voz baja.

—Nada de calla, milady —dije.

Y se marchó, con Will cargando su equipaje Avalon Road abajo, para volver con Billy, sus hijos y el comité de la cabalgata de Navidad, y recé para que todos comprendieran lo afortunados que eran por tenerla.

—¿Quién es el siguiente? —estaba preguntando Will—. ¿Quién será tu próxima visita?

—Nadie por una temporada, espero, estoy agotada.

Will había venido a ver el partido de críquet a casa y había traído unas cervezas y unas gambas. Me encantaba encontrarme sentada allí con él, mirando la tele y con Barney acurrucado entre nosotros.

—Esto es perfecto —anunció Will desde el sofá—, hace un día precioso, tengo cerveza, gambas, un partido de críquet en marcha, Barney no me come los zapatos y te tengo a ti.

Esbozó una sonrisa torcida, una sonrisa que me quería decir: «Aquí lo tienes, Lulu, tómalo».

Sentí una oleada de calor, como si hubiera bebido un trago de whisky.

Aquello no funcionaría, en absoluto.

—Gracias —reliqué remilgadamente, retornando también a Brideshead.

Una tarde a última hora, Julia y yo nos acomodamos en el asiento de Racey O'Leary con la intención de ver si había ballenas rondando por las cercanías de la isla, cuando la conversación acabó girando en torno al funeral de Duncan.

—Te vi allí, no sabía que eras tú, naturalmente, pero entre tanta gente me fijé en ti —dijo Julia con su mirada clavada en el mar—. Resulta gracioso, ¿verdad? Y ahora somos amigas.

—¿En serio? —contesté—. Pues siento no haber reparado en ti en concreto, Julia, pero sí que reconocí sin problemas a todos los habitantes de Willow.

La verdad es que no había sido fácil pasarlos por alto; con tres bancos reservados en la iglesia, los isleños habían destacado como moluscos pegados en sus asientos mientras el rutilante pescado que había acompañado la vida de Duncan —políticos, estrellas de cine, periodistas y atractivas exesposas— entraba en el recinto.

Había sido una ceremonia formal y, a pesar de que James Clivedon, el primer productor de radio que había tenido Duncan y amigo suyo de toda la vida, había hecho un animado elogio, la mañana había estado envuelta por un manto de tristeza que pesaba, especialmente, sobre los hombros de sus hijos.

El velatorio, sin embargo, fue tal y como Duncan lo habría querido, una fiesta que adquirió proporciones de bacanal al final de una noche larguísima y que acabó con Kimmy realizando una curiosamente conmovedora interpretación de *Islands in the Stream* ante un taburete de bar vacío.

—¿Te fijaste en Will? —estaba preguntándome Julia, sin apartar la mirada del mar.

—No, no reparé en Will, Julia —le respondí, sonriendo.

—Pues estaba allí —dijo—. Duncan lo quería mucho, lo llamaba «licuadora de entrepiernas».

—¿Que lo llamaba qué? ¡Dios mío!

Nos echamos las dos a reír.

—Decía que Will era justo el estilo de tío con quien se hubiera enrollado si fuera gay, un tipo con médula en los huesos, no un tío que se abre camino en la vida porque sabe cómo pronunciar *focaccia*.

Reímos otra vez a carcajadas y, cuando el sol empezó a ponerse por detrás de Crook's Rock, emprendimos el camino de vuelta a casa y nos despedimos delante de mi buzón.

—Bueno, me voy a ver a Boris —dijo Julia—, a prepararle algo de cena... Ahora no lo creerías, claro, pero en sus tiempos también fue una auténtica licuadora de entrepiernas.

Me despedí de ella y miré el buzón antes de entrar en casa. En Willow recibía poco correo, pero esta vez encontré un par de catálogos y una carta. Reconocí la caligrafía al instante; no podía sonarme más.

Era de Duncan.

Miré a mi alrededor, inspeccioné Avalon Road, volví la cabeza hacia la casa, esperando casi encontrármelo en la puerta y que me dijera: «¿Qué pasa, Lulu? Parece que hayas visto un fantasma».

Pero a este lo sujetaban mis manos temblorosas.

¿Cómo había llegado aquello hasta mí? Era típico de Duncan, evidentemente, pero ¿con quién habría hablado en su día para que me la enviase? Le di la vuelta a la carta para mirar el anverso y me estremecí al darme cuenta de que no llevaba sello. La habían entregado en mano.

Entré corriendo a la casa y me senté en el sofá, junto a la estantería. Abrí la carta.

Querida Lulu:

¿Qué tal estás? Yo bien, aunque un poco frío.

¿Estás ya instalada? ¿Qué opinas del nuevo hogar de Barney? Es maravilloso, ¿verdad? Tantas preguntas que formular y tan fastidioso no poder conocer las respuestas... A menos, claro está, que yo ande flotando por los rincones de la ADAWI y acechándote por detrás como Patrick Swayze en el torno de cerámica. Deberías apuntarte a un taller de cerámica, por cierto, es la típica cosa que haría una mujer joven que se va vivir a una isla, ¿no te parece?

Lo que me conduce al objetivo de esta última misiva: a qué vas a dedicarte.

Estoy seguro de que pasear por Willow recogiendo conchas y algún que otro marinero naufragado —¿qué tal esta Will Barton, por cierto?— es sumamente agradable, pero ya llevas tres meses aquí y lo más probable es que se esté acercando el momento en que tengas que decidir si regresas a tierra firme o aceptas ser habitante de Willow y te conviertes en una de esas pintorescas identidades locales de las que se hablará en los estupentos libros de historia del lugar:

«Merece la pena echar un vistazo a la Asociación de Deportes Acuáticos de Willow Island, en su día hogar de Tallulah de Longland, la famosa Folladora de la Noche de Bodas de Juniper Bay. Tallulah fue una querida, aunque excéntrica, habitante de Willow, que pasó sus días dedicada a la confección de mermelada de amapolas vestida simplemente con un velo de novia. Vivió hasta los sesenta y seis años de edad, cuando se cree que su perro Barney —en su día propiedad de Duncan McAllister, famoso por su virilidad— acabó devorándola».

El caso, querida mía, es que, si decidieras quedarte, estoy seguro de que encontrarás algo útil que hacer.

Entretanto, disfruta de la nueva casa de Barney. Confío en que no sea demasiado grande para vosotros dos, con tantas habitaciones vacías y con esa enorme mesa de cocina con tantas sillas también vacías en las que sentarse.

Estoy seguro, de todos modos, que encontrarás la manera de llenarlo todo.

De un viejo amigo a su más querida amiga,

Duncan

P. D. ¿Qué opinas del funeral? ¿Te pareció que tal vez el *Requiem* de Verdi fue demasiado? Kimmy quería *Let's Get It On*, pero Kerry-Anne no la dejó.

En la parte superior de la carta estaba la frase impresa: «Desde el despacho de Duncan McAllister», una muestra de ostentación que siempre le había hecho mucha gracia.

—Me encanta —decía él—, parezco un capitán de barco. Me pregunto si debería tener eso en todas las habitaciones que frecuento: «Desde el cuarto de baño de Duncan McAllister», «Desde el garaje de Duncan McAllister», «Desde la cama por hacer de Duncan McAllister».

—¿Y qué tal «Desde la cabeza desquiciada de Duncan McAllister»? —le había sugerido un día, y sonreí al recordar cómo había arqueado las cejas.

Volví a mirar la carta, la caligrafía pulcra y precisa de Duncan completamente incongruente con el hombre que guiaba la pluma con una mano rematada con uñas mordidas.

Era importante tener buena caligrafía, decía a menudo, porque daba a entender que dedicabas el tiempo que fuera necesario a redactar tus cartas, que dejabas espacio suficiente entre palabra y palabra para que el lector pudiera viajar con facilidad por ellas, por mucho que las palabras en sí fueran duras, y muy especialmente si eran duras, decía.

Recorrí con un dedo aquellas líneas, intentando seguirle el rastro.

—Y bien, desde el despacho de Duncan McAllister —dije en voz alta—, ¿de qué va todo esto? ¿Quién quieres que se siente a mi mesa?

Supe que habría más —con Duncan siempre había más— y la respuesta llegó al día siguiente, con otro mensaje extracelestial remitido por mi antiguo jefe, de nuevo sin sello de correos, y esta vez encabezado con un «Desde la cabeza desquiciada de Duncan McAllister».

Querida Lulu:

Te pido disculpas por apropiarme de la frase, pero me dejó encandilado, y, además, ambos sabemos que llevo años robando frases a los demás.

La verdad es que mi cabeza nunca ha estado más nítida que en estos momentos, aquí tumbado y con unos días que se vuelven cada vez más cortos. Tengo por ello una gran necesidad de compartir lo que

he aprendido a lo largo de estos sesenta y ocho años durante los cuales se me ha permitido deambular libremente por este mundo sin necesidad de ningún tipo de carné especial.

No te preocupes, no se trata de una de esas horribles cartas llenas de frases como: «Ojalá hubiera bailado más», puesto que la verdad es que me habría gustado bailar menos, igual que le sucede, estoy seguro, a tantos otros.

Durante mi vida he tenido muchos amigos, Lulu, y también muchos enemigos. He amado a mujeres que no debía haber amado y a otras que sí, y a veces he conseguido, de un modo u otro, hacerles daño a todas, con una única excepción: tú.

El tuyo es el único gran amor de mi vida que no he conseguido chafar; no te he fallado nunca, espero, tampoco te he dado plantones ni te he contado mentiras inimaginables.

Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, ¿no crees?

Pues bien.

La verdad es que acostarte con Joshua Keaton en su noche de bodas no fue tu momento de máxima inspiración.

Sé que en parte consistió en un acto de desafío contra tu implacable bondad, la manifestación de un deseo eternamente reprimido de ser una buena chica mala, por una vez.

Pero también resultó mezquino, algo atípico en ti. Tú no eres una mala chica, Lulu, y nunca lo serás.

Y así llegamos al meollo de esta carta.

Creo que lo más importante que he aprendido a lo largo de los años que se me ha permitido vivir es que no podemos luchar contra quien somos, Lulu. No podemos; cada vez que lo he intentado, todo ha acabado en lágrimas, en furtivas excursiones en taxi para volver a casa y en alguna que otra noche en el calabozo.

Yo, por ejemplo, estoy en esa incierta frontera entre ser y no ser alcohólico, tengo unos hábitos higiénicos tremendamente cuestionables, soy un sabelotodo, un mentiroso empedernido, abuso de sustancias ilícitas de vez en cuando, envidio en secreto la vida de los demás, busco descaradamente la publicidad, visto fatal y soy, además, un adúltero en serie, un hombre que nunca jamás debería haberse casado y que, aun así, y haciendo caso omiso de todas las señales que le indicaban lo contrario, no lo hizo una vez, sino cuatro, porque otra verdad indiscutible sobre mí es que soy incapaz de resistirme a un final feliz.

Ese soy yo, Lulu, no puedo evitarlo, del mismo modo que tú no puedes obviar ser alguien tan decente que casi no parece natural, alguien que siempre está allí para tenderte la mano, que cree incluso en las peores personas.

Ya sé que piensas que ser así es aburrido, razón por la cual me apresuro a añadir que opino que además eres divertida, rápida y afilada como una navaja automática y tremenda e increíblemente deliciosa.

De modo que, una vez dejado bien claro quién eres, la cuestión es qué vamos a hacer contigo, ahora que ya no estoy allí con mis follones.

Pues resulta que tengo una idea, una idea buenísima, creo. Ahí va.

Willow Island tiene muchos atractivos, pero ningún lugar decente donde la gente pueda alojarse para disfrutarlos debidamente. La casa de Barney es grande, preciosa y pide a gritos gente que haga traquetear sus vigas. Los pasteles, los panes y las galletas de Rose se aburren en su cocina, metidos en cajas, y sus atareadas manos necesitan un lugar donde estar ocupadas. Harry se merece largos periodos de vacaciones. Tú tienes derecho a un tipo de vida que te guste.

En resumen, mi idea consiste en transformar la Asociación de Deportes Acuáticos de Willow Island en un Bed and Breakfast, un «B and B», como creo que lo llama la gente a la que le gustan esas cosas.

Serías la anfitriona ideal —derrochas afabilidad, encanto, organización, eficiencia, puntualidad, serenidad y no aburrirías a tus huéspedes con interminables relatos repetitivos—, excepto en el caso de que yo siguiera con vida, puesto que entonces podría ser mi trabajo.

La gente devoraría los pasteles de Rose. Harry podría ocuparse de reparar cosas hasta hartarse, Mattie y Sam podrían venir por vacaciones y todos los gorriones que a buen seguro acabarían llamando a tu puerta descubrirían que la posada está completa. El caso es, Lulu, que siempre te ha gustado cuidar de los demás y que podrías recibir un buen dinero a cambio.

En cualquier caso, mi idea es esta y tú haz lo que quieras con ella.

Entretanto, todo mi amor para Barney y, por supuesto, también para ti. Confío en que mi carta no te haya molestado... He intentado dejar el espacio adecuado entre las palabras más duras y, por si acaso estos mensajes desde el otro lado empiezan a tener un efecto turbador sobre ti, no te preocupes, esta es mi última carta.

Así que aquí está, ahora viene la parte del final.

Me gustaría que se me ocurriera algo devastadoramente inteligente, pero solo me viene a la cabeza una frase que mi madre solía decir. Era una jardinera fabulosa, Lulu, y siempre llevaba los bolsillos llenos de pétalos aplastados, hojas, semillas o ramitas... Cuando metías la mano en sus bolsillos, siempre encontrabas algún tesoro. Pues decía mi madre: «Sé que te parecerá una tontería, cariño, pero allí donde quiera que termine, me gustaría hacerlo llevándome un trocito de jardín conmigo».

Cuando murió, fui al jardín, recogí un montón de cositas verdes de todo tipo y me lo llevé a la funeraria. Una vez allí, metí en su bolsillo aquel trocito de jardín.

Yo nunca he tenido buena mano para las plantas, razón por la cual no poseo un jardín que poder llevarme conmigo, pero sí una mano que coger y un lugar donde descansar mi fatigada cabeza. Cuando tengo miedo —y lo tengo, Lulu—, pienso en ti, en todos estos años tan estupendos que hemos disfrutado juntos, y me maravilla, me maravilla de un modo increíble, que yo, Duncan Rowan Slattery (no hagas preguntas) McAllister, haya vivido el tiempo suficiente y con la decencia necesaria como para recibir el regalo de una amiga como tú.

No necesito una fotografía tuya, ni un mechón de pelo que llevarme conmigo; cuando llegue mi momento, y mi momento se acerca, Lulu, lo percibo a solo un paso por detrás de mí cada vez que me giro, intentaré cerrar los ojos y concentrarme en ti.

Tú eres el jardín que llevaré en el bolsillo.

Gracias,

Duncan McAllister

Bueno, la verdad es que me parece una idea maravillosa, Lulu, te lo digo en serio.
 —Pues yo no estoy tan segura, Julia, nunca he trabajado en cosas de ese estilo.
 —Eso no es motivo para no intentarlo.
 —Ya, supongo, pero me resulta abrumador.
 —Algo tendrás que hacer.
 —¿Yo?
 —Claro —dijo Julia, trabajando la masa en la encimera de su cocina y luego soltando la mezcla con determinación—, no puedes pasarte la vida encerrada en una cueva, Lulu, tarde o temprano tendrás que salir y enfrentarte a los animales salvajes.
 De pronto se me despertó un recuerdo; ¿dónde habría oído ya eso, aquella cantinela?
 —¿Julia?
 —Humm...
 —¿Tienes idea de cómo llegaron las cartas de Duncan a mi buzón?

Unos días después de la llegada de la última carta de Duncan —todo aquello, naturalmente, formaba parte de un sofisticado plan elaborado por Duncan antes de morir, empezando por el reclutamiento de Julia para que depositara las cartas en mi buzón cuando yo llevara en Willow la cantidad adecuada de tiempo y terminando, imaginaba, con una fatídica boda entre Will y yo a la sombra de las casuarinas—, decidí ir a visitar a Harry y a Rose.

Quería comentarles la idea de Duncan y después pasar a ver a Andrew antes de regresar a Willow.

Will me acompañó a tierra firme y enarcó exageradamente las cejas cuando vio mi equipaje.

—No sabía que te mudabas de nuevo a la contaminación.

—Muy gracioso.

—¿Cuánto tiempo vas a pasar fuera?

—Unos días.

—¿Y dónde está Barney?

—Lo he dejado en casa de Julia, enfurruñado.

Will se echó a reír.

—Iré a visitarlo durante tu ausencia, le llevaré un poco de pescado podrido.

Después de cargar mis bolsas en la barca, me tendió la mano para ayudarme a subir. Me gustó la sensación de sus dedos sobre los míos, igual que ver el largo cuerpo de Will moviéndose por la barca, bombeando la gasolina, asfixiando un poco el motor, con sus gestos rápidos y elegantes, mucho más equilibrados en el mar que en tierra. Y, sobre todo, me gustó cuando se sentó una vez que nos pusimos en marcha y me dedicó aquella sonrisa perezosa tan suya.

Le devolví la sonrisa, y entonces recordé que no debería estar «animándolo», como habría dicho la hermana Escolástica.

—Te echaré de menos —dijo, pero fingí que sus palabras se las llevaba el viento que azotaba la barca.

Harry estaba columpiándose en la tumbona del jardín, con una taza de té en una mano y los resultados de las apuestas en la otra, mientras entrecerraba los ojos para intentar leer la letra pequeña.

Mirándolo por la ventana, le conté a Rose, que estaba doblando ropa, lo de la posible transformación de mi casa en la isla. Sin dejar de prestarme atención, sus manos

siguieron moviéndose rápidamente entre la colada hasta transformarla en ordenados montoncitos.

—Pues qué quieres que te diga, Lulu —dijo—. Suena estupendo y estoy segura de que eres la chica adecuada para llevarlo a cabo. —Sonrió—. Vayamos a contárselo a tu padre, a ver qué piensa él.

Salimos las dos al jardín y Harry dejó el periódico y extendió los brazos al verme.

—Lulu, justo estaba leyendo sobre una yegua llamada Isleña... Y vas y apareces tú —comentó con los ojos todavía entrecerrados.

—Ponte las gafas, Harry —dijo Rose.

—No sé dónde están.

—En esa mesa que tienes al lado.

Nos sonrió.

—De modo que las dejé aquí.

—Tu padre se vuelve más vanidoso a medida que pasan los años —me dijo Rose.

—¿Más vanidoso o más vago?

—Más vanidoso, y lo sabes. ¿Quién quieres que te vea con gafas excepto yo?

Harry indicó que nos sentáramos.

—Nadie excepto tú, Rosey mía, pero tú eres la única que me importa.

Rose se sentó a su lado.

—Lulu ha tenido una idea, Harry. Está pensando en transformar la casa en un Bed and Breakfast. Bueno, fue idea de Duncan, pero está planteándose hacerlo. —Hablaba de manera precipitada, como si no pudiera pronunciar las palabras a la velocidad que le gustaría—. Julia la ayudaría a gestionarla, con la ropa de cama y esas cosas, y Will llevaría a los huéspedes a excursiones de pesca y alquilaría esas canoas viejas y esos kayaks que guarda en el cobertizo.

—¿Y tú qué harías, Lulu? —preguntó Harry.

—Pues Lulu haría de Lulu —respondió Rose, tan segura de mis habilidades como siempre, y luego continuó hablando—. Tú tendrías que encargarte de toda la fontanería y de construir más cuartos de baño, y quiere que yo prepare pasteles y galletas, y tal vez también alguna comida.

—¿Y qué piensas de eso? —le dijo Harry a Rose, conociendo de antemano la respuesta.

—Pues que me gustaría ayudar. Dice Lulu que tal vez lo mejor para mí sería cocinar aquí entre semana y luego ir los dos allí los fines de semana..., no todos, claro, para llenarle la despensa.

Harry sonrió al ver que se le trababa la lengua, su Rose, que no cabía en sí de alegría.

—Dice Lulu que tengo que pensar en un nombre para mi línea de productos, Harry... Mi propia línea de productos.

—Muy chulo —dijo Harry, sonriéndome.

—En estos momentos estoy solo en fase de aclarar las ideas un poco —les expliqué—, todavía no hay nada fijo ni nada por el estilo.

—¿A ti te apetece hacerlo, cariño? —me preguntó Harry.

—Aún no estoy del todo segura; aunque creo que sí, que me gustaría intentarlo.

—Esa es mi chica.

La primera noche de mi vuelta a Juniper, me acosté en mi cama a leer revistas de decoración para obtener ideas sobre Bed and Breakfast, que básicamente consistían en repartir cestas de mimbre, acompañada por el débil sonido de fondo de la sintonía del programa de Michael Parkinson en el televisor de abajo.

—¿Puedo pasar, cariño? —preguntó Harry, asomando la cabeza por la puerta con las manos en los bolsillos de su pijama verde oliva y los pies sumergidos en sus zapatillas

a cuadros.

—Harry —dije—, llevas el mismo modelito para ir a dormir desde que yo tenía siete años.

—Lo sé —replicó, tomó asiento en la cama y estiró los pies para inspeccionar el trillado calzado que los protegía—. Grrrosby, unas zapatillas estupendas, colega, ¡guau! Le sonreí.

—Pues bien —empezó a decir—, he pensado que tenía que ponerte al día.

Moví la cabeza en dirección a la puerta.

—Está absorta viendo *Parky*.

—¿Y?

—Y todo va bien, Lulu. Sé que todos tenemos problemas con la medicación, tu madre la que más, pero el doctor Reynolds se la está retirando poco a poco, mes a mes. Calcula que podrá dejarla por completo a finales de año.

—¿Y tú qué opinas?

—Lo de siempre, cariño, que iré controlándola, ya sabes, para ver cómo va.

—¿Y qué dice el médico sobre los vestidos?

—Le parece fabuloso, piensa que todos deberíamos vestir prendas que nos hicieran sentirnos felices.

—Eso suena muy bien —comenté.

El doctor Shaw nos había dicho que un día, sin que Rose se diera cuenta, tendríamos que tirar a la basura a todas las chicas. «La conmoción que le provocaría podría devolverla a la realidad», nos había dicho, y Harry se había quedado blanco bajo su propia piel.

—Y ahora está haciendo que visite también a un especialista en acupuntura. Yo no le veo el sentido a eso de clavarse agujas, pero Rose dice que nota la diferencia.

Miré a mi padre; las arrugas de la cara eran más profundas y los mechones de pelo de las sienes, cada vez más grises.

—Está muy bien, la verdad, y sigue bien —decía—. Hace meses que no tenemos un día Doris, y cada vez sale más de casa.

—Así que —dije—, en una escala del uno al diez...

Nos miramos a los ojos, mis palabras eran un código secreto para evaluar el estado de salud mental de Rose, siendo uno el estado óptimo y diez el de aquel día del que nunca hablábamos.

—Pues un tres —sentenció Harry, sin dejar de mirarme a los ojos—. No te preocupes, cariño.

Salió de la habitación con una sonrisa, cerró la puerta y me dejó recordando un día en particular, que me devolvió, como sucedía a veces y de manera espontánea, a la cama de mi infancia.

Annabelle me había dejado delante de la verja de casa, después de caminar conmigo hasta allí «para hacerte compañía», había dicho, e ir corriendo enseguida a su casa para llegar a tiempo a la clase de gaita, idea de Annie y efímera, evidentemente. (Annabelle recibió unas tres clases y después regaló la gaita a un «pobre escocés» que vivía en la calle, que resultó ser tan escocés como nosotras y que acabó vendiéndola a una casa de empeño).

Había recogido las cartas del buzón y luego había abierto la puerta de entrada de cristal tintado, que nunca estaba cerrada con llave.

—Mamá, ya estoy en casa, ma-má, ma-má, ya estoy en casa —dije, canturreando las palabras como hacía siempre, aunque enseguida supe que algo no iba bien, noté su peso atrapado en la tranquilidad que reinaba en la casa.

Se me cayeron las cartas cuando eché a correr hacia la puerta de la cocina, que tenía

una toalla que cubría la rendija de la parte inferior. Abrí de un empujón y el aire envenenado me provocó al instante una fuerte sensación de mareo. Fui deprisa hacia el horno y lo cerré con unas manos que ya no parecían mías. Tiré de la ventana de guillotina para abrirla y me dirigí entonces hacia mi madre, que yacía rota en el suelo. La arrastré desde la cocina hasta el salón, envolviéndola con mis huesudos brazos de catorce años, y cogí el teléfono para llamar a la ambulancia.

Me senté a su lado y esperé, prestando atención en todo momento al sonido de su respiración y con la sensación de estar conteniendo la mía, sin soltar el aire hasta que el personal de urgencias cruzó la puerta. Salí a la calle y corrí hasta el lugar donde sabía que Mattie y Sam se apeaban del autobús escolar y los abordé justo cuando llegaban para conducirlos a casa de la señora Delaney, que pululaba por su jardín sin saber muy bien que ocurría deseosa de ayudar, muerta por conocer detalles, atrapada entre la curiosidad y la lástima.

—Mamá ha tenido una caída, debo permanecer en casa por si acaso llama el médico, vosotros quedaos con los vecinos, la señora Delaney os ha preparado un pastel.

Eran demasiado pequeños y estaban demasiado hambrientos como para poner en duda la lógica de mis palabras.

Entré de nuevo en casa para llamar a Harry y limpiarlo todo metódicamente, levantar las sillas que había derribado a mi paso, lavar los platos, barrer la harina del suelo y perfumar la estancia con Brisa montañesa Forest Glen, que, según el bote, garantizaba «eliminar incluso los olores más tercos del hogar».

A excepción, naturalmente, del olor de aquel día, que continuó adherido a mi piel hasta mucho después de que aquello pasara.

Fue un diez.

Me quedé en Juniper una semana, que pasé discutiendo ideas para el Bed and Breakfast con Harry y Rose y vacilando entre liarme la manta a la cabeza y sacar aquello adelante o descartar por completo el tema, marcharme de Willow y regresar a mi vida anterior.

Pero, antes de tomar cualquier decisión, sabía que tenía que hacer algo, que había una parte de mi pasado que necesitaba reparar para emprender el camino hacia mi futuro.

Después de despedirme de Harry y Rose, cogí el coche, enfilé la calle y llegué a un cruce que conocía muy bien: a la izquierda iba hacia Laurel Terrace, a la derecha hacia la casa de Annabelle, hacia Beddington.

Frank seguía viviendo en la casa del río y le debía una disculpa.

Había echado a perder por completo la boda de su hija, mi intromisión había contribuido decisivamente a alejarla de allí justo cuando ella había vuelto al redil, había gastado miles de dólares en una ceremonia nupcial que nadie deseaba recordar y en fotografías de la feliz pareja que nadie quería ver.

Había querido decirles a Frank, a Annie, a Annabelle, a todos ellos, que lo sentía mucho, pero lo había eludido cada vez que lo había intentado. Me resultaba mucho más fácil esconderme detrás de los robles hembra que resguardaban mi casa en una isla que apenas nadie visitaba.

Era lo que había hecho toda la vida, huir siempre que las cosas se ponían feas. Lo había hecho cuando Harry y Rose me habían dejado quedarme en casa tantos años atrás y estaba haciéndolo de nuevo ahora, en Willow.

Pero, si de verdad estaba dispuesta a poner en marcha mi propio negocio, tal vez hubiera llegado también el momento de empezar a solventar mis negocios internos. ¿Qué les aconsejaba siempre a Mattie o a Sam, cuando se retorcían como sacacorchos para esquivarme cuando yo intentaba quitarles una tirita de aquellas rodillas que llevaban eternamente tintadas con yodo?

—Estate quieto, te dolerá más si lo hago despacio. Si dejas que te la arranque, casi no lo notarás, te lo prometo.

Enfilé la calle de Annabelle con el coche.

—Arráncate de una vez esta tirita, Lulu —me dije.

Aparqué lejos de la casa, con un nudo en el estómago provocado por los nervios.

Caminé hacia la casa, a la espera de que se produjera ese momento en que, cuando la sombra de la poinciana real que se alzaba detrás de la verja acariciaba con sus ramas el alquitrán, el resplandor blanco del camino cedía paso a la sombra; tenía la copa repleta de flores rojas, distribuidas de manera irregular. Respiré hondo varias veces para sosegarme y dejé que sus fríos dedos se apoderaran de mí y me guiaran hacia el interior.

«Vivo en una selva», me susurró Annabelle cuando crucé la verja. Las gárgolas me sonrieron con sus dientes musgosos.

«Buenos días, Lulu, Annabelle», dijo como un eco la voz de Rose cuando pasé por debajo de ellas para encaminarme hacia las escaleras, donde estaban sentadas dos niñas, con las cabezas casi pegadas, escribiendo algo en un libro y cerrándolo sin decir palabra al detectar mi presencia, incorporándose sobre sus blancas piernas para desaparecer hacia el interior de la casa.

Alrededor de puertas y ventanas se enroscaban zarcillos que ascendían hasta el tejado, parecía como si la glicina quisiera apoderarse de toda la casa. Me planté delante de la puerta, cerrada, aunque sabía que para abrirla bastaba con un leve empujón y que, para entrar, sería suficiente con que uno de aquellos zarcillos se desenredara y me empujara hacia dentro.

Puse una mano sobre la puerta.

—¡Frank! ¿Estás en casa? —grité.

—En la cocina, Lulu —respondió levantando la voz, como si fuera lo más natural del mundo que yo estuviera allí, en aquella casa, donde todo y nada había cambiado—. Tallulah —dijo—, qué maravilla verte por aquí.

Frank estaba sentado detrás de su mesa, cubierta de papeles, botes de pintura, trozos de cinta, grapas, blocs de notas, tazas de café, un jarrón con agua y unas flores de franchipán derramando su sustancia lechosa en su interior.

—Dicen que hay que quemar los tallos para que no goteen —comentó—, pero no consigo encontrarle el sentido.

—Tampoco yo —dije, pensando que una de las cosas que siempre me habían gustado de aquel hombre era que rara vez conseguía verle el sentido a las cosas.

—Me alegro de que hayas venido.

—¿De verdad? —le pregunté—. Porque no estaba del todo segura de que fuera así. De hecho, lo entendería si no estuvieras rebosante de alegría por verme por...

—«arráncate de una puta vez esa cosa, Lulu»—, por lo que hice en la boda. Es imperdonable, Frank, y estoy aquí para pedirte disculpas.

—No es necesario.

—¿Qué no es necesario? Frank, lo que hice fue horroroso y lo siento mucho, fue mezquino, odioso y equivocado. —Ahora que ya me había arrancado la tirita, era imposible detener la hemorragia—. Y me cuesta incluso estar en esta casa y mirarte a la cara, Frank, no puedo ni mirarte a ti ni a esos preciosos y lechosos franchipanes que tienes en el jarrón.

Rompí a llorar, gruesos lagrimones que me inundaron los ojos y me hicieron moquear.

Frank me pasó un pañuelo de papel.

—Sopla —me ordenó, guiándome las manos hacia la nariz—, sopla y expúlsalo de una vez por todas, Lulu.

Encendió el hornillo, puso a hervir la tetera, introdujo unas hierbas en el cazo azul esmaltado y preparó dos tazas.

—Siéntate y tomaremos un té —dijo, sonriente—. Pocas cosas hay en el mundo que no puedan solventarse con una buena taza de té.

Me senté y empecé de nuevo con mis disculpas.

—Ya es suficiente, Tallulah —replicó—. Me alegro mucho de verte, de que estés aquí, en esta casa y conmigo, bebiendo mi té y acabando con todos mis pañuelos de papel.

—Deja ya de mostrarte tan amable conmigo, Frank —le pedí—. No lo aguanto.

Sirvió el té y me pasó una taza.

—Lulu —me recriminó—, no tienes por qué justificar ante mí tus actos, del mismo modo que yo no tengo por qué explicarte los de mi hija. Le comenté exactamente lo mismo a tu padre cuando intentó hablar conmigo del tema.

—¿Eso hizo? No lo sabía.

—Pues lo hizo... y le pregunté si recordaba lo que dijo el rey Eduardo cuando abdicó.

—¿Qué, Harry?

—«Venga, Frank, que tan viejo no soy».

Reí, y Frank rio conmigo.

—Bueno el caso es que lo que respondió el rey Eduardo, cuando nadie alcanzaba a comprender por qué lo mandaba todo al traste, todo, un imperio, nada menos, por una mujer de la que hasta la persona más amable del mundo solo podía decir que tenía una cara interesante, fue: «El corazón quiere lo que quiere».

»Cambiemos de tema —añadió, sirviendo el té—. Me alegro de verte, Lulu, y la verdad es que has llegado, como dicen, justo a tiempo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque quieren destruir la casa del árbol.

La carta había llegado hacía unas semanas, me explicó Frank, y me contó que se había llevado un disgusto enorme al descubrirla entre todo el lío acumulado sobre la mesa de la cocina.

Estaba escondida entre un dibujo rápido que había hecho con bolígrafo y tinta —bastante bueno, en su opinión— de Harry y su furgoneta, y ahora disponía solo de tres semanas, más o menos, para presentar una solicitud y obtener el permiso de construcción por parte del ayuntamiento de Moreton, una solicitud que no tenía ni la más remota posibilidad de acabar siendo aprobada.

—Lee la carta, Lulu —me pidió—, para ver si lo he entendido bien.

Examiné el contenido de la carta y comprendí que las posibilidades de Frank pasaban de remotas a nulas. Debido a su tamaño y a su naturaleza, decía la carta, la casa del árbol era «una ampliación» que carecía de la debida autorización del ayuntamiento. Más aún, el 7 de septiembre, el señor K. Munroe había llevado a cabo una inspección de la «ampliación» y había llegado a la conclusión de que infringía la normativa de urbanismo local en los apartados 34, 36A, 36B, 42 y 78, cuyo contenido se adjuntaba a la carta.

Aunque eso carecía realmente de importancia, puesto que la carta anunciaba asimismo que el «árbol que alberga la ampliación» —«casa del árbol», murmuré, basta con que digan «casa del árbol»— estaba situado fuera de los límites de la finca de Frank. Por lo tanto, se hallaba en terrenos del ayuntamiento y, por lo tanto, nos encontrábamos, como diría Harry, con la mierda hasta el cuello.

Carecía por completo de formación legal, no tenía ni idea de cómo funcionaban las ordenanzas municipales, y aquella carta me mareaba, pero, con todo y con eso, busqué de inmediato un clavo ardiendo al que agarrarme.

—Frank —dije—, ¿diste permiso a ese tal Munroe para que entrase en tu propiedad?

Frank me explicó que al principio pensaba que no, pero que luego, unos días antes, había recordado que hacía cosa de un mes se había presentado un tipo que le había

pedido echar un vistazo al jardín. Frank estaba trabajando en aquel momento en el estudio en un retrato de Annie (normalmente no era muy de retratos, me dijo, pero llevaba años trabajando en aquel). Lo hacía a partir de una antigua foto tomada con una Polaroid, justo de cuando habían salido las Polaroid y en las fiestas todo el mundo esperaba con ansia que el vientre de aquellas cámaras expulsara las fotos. Annie odiaba aquellas cámaras, me explicó Frank —desviándose alegremente del tema que nos ocupaba—, puesto que no consideraba natural capturar la imagen de la gente de un modo tan instantáneo.

—A Annie le gustaba más ese proceso lánguido de ir conociéndote —añadió, riendo. Pero había guardado varias de aquellas fotos y estaba trabajando con una de Annie tomada, precisamente, en una fiesta en la que cenaron *fondue*, cuando aquel tipo había asomado la cabeza por la puerta y le había preguntado si podía echar un vistazo. Frank le había dicho que sí y ya no había vuelto a hacerle caso. En su casa siempre había gente entrando y saliendo, también en el jardín, «allí abajo, con las hadas».

—¿Y has hecho algo al respecto? —le pregunté, intentando devolverlo al problema que nos incumbía y que se asentaba en la copa de un mango del jardín de atrás de la casa.

—No, me he limitado a guardar la carta a la espera de que viniera alguien a ayudarme a averiguar qué tengo que hacer... Y aquí estás tú, Tallulah —dijo, y los zarcillos entraron por la ventana para arrastrarme hacia allí.

—Me gustaría verla, ver la casa del árbol.

—Como gustes, Tallulah de Lovely —asintió Frank, levantándose.

Bajamos por el jardín hasta llegar a los pies del árbol, trepamos por los peldaños y nos encaramamos con la cuerda hasta la terracita. Cuando asomamos la cabeza por la puerta decorada con la luna y las estrellas, Frank dijo:

—¿Te acuerdas, Lulu?

Aspiré hondo.

—Sí —respondí, pensando que, a pesar de que lo había hecho una vez, nunca jamás volvería a fallarle a Frank Andrews.

—Dame esa carta, Frank —le pedí—, tal vez conozca a alguien que pueda ayudarte.

Cuando pasé a ver a Andrew de camino a Willow, me quedó claro que estaba al corriente de la idea de Duncan y, en consecuencia, había confeccionado una hoja de cálculo con gastos y presupuestos y había preparado varias listas detalladas con todos los pasos que había que seguir, disfrutando enormemente con la tarea, me di cuenta enseguida.

Haría un par de semanas que había regresado de mi visita a Harry y a Rose, cuando Andrew me llamó para decirme que tenía ya trazado un plan de negocios preliminar y que le gustaría reunirse conmigo, con Julia y con Will para repasar algunos puntos. Ya habíamos mantenido dos reuniones desde que había vuelto a casa y empezaba a pensar que a Andrew le gustaba venir a Willow, aflojarse la corbata en cuanto subía a la barcaza y charlar sobre los horarios de la marea con Walter Prentice y sus chicos. No me cabía la menor duda, aquellos monos de trabajo tenían algo especial que provocaba en los hombres un deseo de hundir en sus bolsillos sus pulcras y aseadas uñas.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, esperando que llegaran todos, cuando Barney levantó las orejas y cruzó corriendo la puerta de atrás, dándome a entender con ello que uno de mis invitados subía ya por Avalon Road.

Will.

Habría recibido a Julia con un entusiasta saludo en el umbral de la puerta, a Andrew con algún que otro apático lametón, pero, con Will, Barney lo daba todo. Sonreí y pensé en Will andando por el camino; imaginé a Barney lanzándose en tromba sobre él; a Will extendiendo los brazos para intentar impedir que Barney le saltase encima, y a Barney con las patas sobre el pecho de Will para ladrarle hola al oído.

No podía reprochar a Barney que desease con tantas ganas tumbarlo en el suelo.

A veces, también yo lo deseaba.

Pero eso no estaba bien. Will Barton era un buen hombre, un hombre honrado, un hombre de puta madre, por decirlo franca y llanamente, y se merecía una mujer muchísimo mejor que yo.

No podía acercarme a Will Barton, aunque fuera el único hombre en condiciones de Willow, naturalmente, y sin contar a Paddy Stuart, el de la bolera, lo era. (Y Paddy, que ya había superado los cincuenta, vivía con su madre y estaba intentando entrar en el *Libro Guinness de los Récords* con la hazaña de capturar la lombriz de tierra más larga del mundo y, por lo tanto, seguramente tampoco contaba).

Me asomé a la ventana y vi que Barney guiaba orgulloso a Will hacia la puerta de mi casa, que trotaba por el camino por delante de él y volvía la cabeza hacia atrás de vez en cuando para comprobar que Will seguía allí, que la giraba de nuevo hacia delante y que sus patas brincaban con un poquito más de impulso.

—Mira a quién me trae mi caballo —dije cuando llegaron a la puerta de la cocina.

—¡Lulu! —gritó Will, intentando desembarazarse de Barney, que me miraba triunfante con la cabeza calzada entre las piernas de Will—. ¡Detén a esta fiera!

—No puedo —contesté, sin dejar de llenar una jarra con agua—, me parece que está enamorado de ti.

—Pues debe de ser el único —replicó Will, cruzando la puerta y cerrándola con habilidad a sus espaldas, una milésima de segundo antes de que la cabeza de bala de Barney pudiera abrirse paso—. Así que más reuniones —añadió, apoyándose en la puerta con las manos en la espalda.

—Sí —respondí, después de decidir ignorar el comentario de «Pues debe de ser el único»—, Andrew es muy quisquilloso con los detalles.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y te molesta?

—¿Qué?

—Lo de tener que venir aquí para tantas reuniones.

Will bajó la cabeza y le susurró alguna cosa al suelo.

—¿Qué?

—He dicho que no me importa venir aquí, porque así te veo.

—Oh.

—¿Oh?

Will ladeó la cabeza y la apoyó en el marco de la puerta, y se cruzó de brazos.

Naturalmente, sabía que aquel momento llegaría, un momento atrapado entre muchos otros que se habían producido entre nosotros, pero seguía sin estar preparada para aquel «¿Oh?» y todo lo que significaba.

¿Y qué podía hacer? ¿Qué podía decirle a Will, que seguía apoyado en la puerta de mi cocina mientras una palabra tan minúscula como aquella se cernía como un gigante entre nosotros?

—Will, yo... Mira, los demás están al caer, de modo que supongo que no es un buen momento, pero no creo que tú y yo, si es eso lo que somos, si es eso lo que insinúas, bueno, que no creo que sea buena idea.

—¿Porque eres la Folladora de la Noche de Bodas de Juniper Bay?

Dejé caer la jarra de agua, simplemente abrí la mano y la solté, y cayó a cámara lenta al suelo, y ambos nos quedamos allí, viéndola hacerse añicos contra las baldosas, mientras el impacto proyectaba trozos de cristal de formas irregulares.

Y seguimos mirándola mucho después de que se hubiera roto en mil pedazos, y allí plantada pensé que, si existía un momento en mi vida en que hubiera podido elegir voluntariamente desaparecer, era justo ese.

«Duncan, cabrón, cabrón, eres un cabrón, Duncan».

—¿Te lo contó?

—No.

—Sí que lo hizo.

—Bueno, sí, pero solo después de que yo le dijera que ya conocía esa historia.

Abrí el armario de la limpieza, saqué la escoba y empecé a barrer los cristales, presioné metódicamente y con fuerza las cerdas contra el suelo, hasta que descubrí a Will a mi lado, intentando quitarme la escoba.

—Creo que ya lo has recogido todo, Lulu.

Por algún motivo que desconozco era incapaz de soltar la condenada escoba, y nos encontramos con aquel trasto entre los dos, sujetándola ambos como si nuestra vida dependiera de ello.

Will sonrió.

—Suelta la escoba, Lulu.

—No.

—¡He dicho que la sueltes!

—No, tú.

—No, he dicho que tú.

Nos echamos a reír, Will y yo, por la estupidez de la escena, y seguíamos riendo cuando entró Julia por la puerta corredera de atrás.

—Le he dado esquinazo a Barney —anunció—, está de lo más ofendido. —Se quedó mirándonos a los dos, que seguíamos agarrados a la escoba—. ¿Se ha producido algún accidente? —preguntó.

—He tirado una jarra —dije, y los ojos de Julia se fijaron en los cristales pulcramente amontonados en un rincón.

—Ya veo... ¿Era alguna jarra especial?

Miré a Will Barton, a quien no me merecía.

—No especialmente —contesté, y aparté la vista.

Cuando Julia y Andrew se marcharon —después de una reunión pesada y difícil, durante la cual Julia estuvo mirándome continuamente con expresión inquisitiva y Andrew se pasó el rato diciendo: «De verdad necesito que todo el mundo se concentre en esto, en serio»—, salí a sentarme un rato con Will y a observar la faena de los pesqueros de arrastre en alta mar.

—Siento que hayas roto esa jarra —empezó a decir Will.

—No pasa nada.

—No tendría que haber dicho eso, Lulu, lo de Juniper Bay.

—¿Por qué no? Es verdad.

—No.

—Sí que lo es, Will, no sabes ni la mitad, no sabes lo que hice.

—Tampoco necesito saberlo, ¿no?

—Por supuesto que sí, si quieres... —Fijé la vista en las barcas, en sus perfiles oscuros y angulosos—. Bueno, si es que algún día quieres aceptarme tal como soy.

—Te aceptaré, Lulu —dijo, y al instante pensé en Harry y en Rose, tantos años atrás.

Esa fue la noche en que Will me contó cómo había llegado hasta Willow, cómo se había criado allí con sus padres y su hermana antes de que se trasladaran todos a tierra firme para que los niños pudieran ir a un colegio «decente»; cómo había odiado aquello, cómo había insistido en seguir andando descalzo para descubrir que el asfalto y los cristales rotos por el suelo eran una porquería en comparación con las finas arenas de las islas.

—No hubo manera, Lulu, me sentía perdido.

Sus padres se instalaron bien —aún seguían «allí», dirigiendo una pequeña empresa de contratación de servicios de hostelería— y su hermana Judy tenía una consulta de masaje terapéutico en tierra firme. Iba de vez en cuando a Willow para tratar las contracturas de algunos isleños que tenían las espaldas dobladas hacia delante como los robles hembra que los retenían allí.

Will había estudiado, y había hecho un «intento chapucero de terminar un grado en Biología marina» y varios otros intentos chapuceros de llevar a buen puerto una relación. Había habido una chica —naturalmente, mirando a Will, siempre tendría que haber alguna chica—, pero no había funcionado. La había llevado varias veces a Willow y, aunque ella lo había intentado —Will la recordaba tambaleándose a bordo de la barca con una sonrisa clavada por el viento en su cara—, ambos habían acabado comprendiendo que los dos juntos no iban a ningún lado, excepto en direcciones opuestas.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—Melissa —respondió—. Ahora está casada con un dentista... Tres niños, todos con una dentadura excelente.

Había estado una temporada dando vueltas, trabajando en las oficinas de su padre y su madre, en una empresa de diseño de barcos y en un pub, y allí fue donde conoció a Duncan McAllister.

—Sabía quién era, claro —dijo Will—, era difícil no saberlo, pero lo conocía también de haberlo visto por Willow. Había comprado la casa hacía unos años y, de vez en cuando, lo veía por allí los fines de semana.

Duncan estaba borracho, una borrachera de las malas, de esas en las que se ponía repelente, sudoroso, miraba lascivamente a las camareras, declamaba a Joyce y se burlaba de los perplejos clientes si no se sentaban a escucharlo boquiabiertos y cautivados. Yo también conocía a Duncan cuando llegaba a esos extremos, y no me sentía en absoluto orgullosa de él, ni de las cosas horribles que decía, aunque siempre, a la mañana siguiente, entraba en el estudio y decía: «No me mires, Lulu, me

envuelve el manto de la vergüenza».

Pues una de esas noches fue cuando Will conoció a Duncan, y Will, al reconocer a un isleño que había perdido más que de sobra el equilibrio del marinero, había llamado un taxi y lo había acompañado fuera para que le diera un poco el aire mientras esperaba la llegada del coche.

—Te conozco —le había dicho Duncan, mirándolo con ojos entrecerrados—. Tú eres de Willow, ¿verdad? ¿Qué haces en esta fosa séptica de ciudad? Deberías liberarte de sus garras —había continuado diciéndole, enderezándose para mirar a Will a los ojos— y echarte de nuevo a la mar, puesto que es allí donde deberías estar, eso lo sabemos los dos.

Había llegado el taxi, Will había hecho entrar a Duncan y, al día siguiente, Duncan había llamado al pub y había dicho que quería hablar con el camarero que atendía la barra la noche anterior.

—¿Hola? —había dicho Duncan al teléfono—, ¿eres tú el tipo que me metió en ese taxi anoche?

—Sí —respondió Will—, ¿llegó usted bien a casa?

—¿A casa? —replicó Duncan—. Oh, no llegué a casa, hijo, fui... Bueno, esto del aquí y allá es un lío. Solo llamaba para darte las gracias por haberme ayudado e invitarte a una copa... ¿cómo te llamas?

—Will Barton, y no pasa nada, señor McAllister, no es necesario que me pague ninguna copa.

—Duncan.

—De acuerdo, vale, gracias, Duncan, pero no es necesario, de verdad.

—Insisto... ¿A qué hora acabas?

—A las seis.

—Pues nos vemos luego.

Se había presentado puntual, había invitado a Will a una cerveza, él había bebido solamente limonada y se había disculpado efusivamente por cualquier ofensa que pudiera haber causado la noche anterior.

—No pasa nada, de verdad —había insistido Will, sorprendido al ver que un hombre tan poderoso como aquel estuviera tan afectado por sus propios errores.

—Claro que pasa —había replicado Duncan—, son malos modales, de verdad. Pero ya basta de hablar de mí, ahora cuéntame qué haces aquí y por que no estás dando vueltas por ahí a bordo de una barca.

Y hablaron..., bueno, mejor dicho, Will habló y Duncan escuchó, y al finalizar aquella conversación Will admitió que le interesaba un puesto de marinero en la barcaza de Walter Prentice y que se apañaba bien con las manos y que seguramente podría ayudar a Duncan con la reforma de la sede de la Asociación de Deportes Acuáticos de Willow Island que, según le había dicho Duncan, tenía una osamenta excelente.

—De modo que —remató Will— aquí estoy, en gran parte por culpa de Duncan McAllister, imagino.

—Y yo también estoy aquí total y absolutamente por él.

Se levantó un poco de brisa. Will cambió de postura.

—¿Crees que no somos más que dos marionetas en sus manos, Lulu? ¿Que está ahí arriba, en algún lado, sentado en una nube y sujetando una de aquellas cosas de madera en forma de cruz —ya sabes, eso que sirve para mover las marionetas—, sí, sentado tranquilamente allá arriba, accionando las cuerdas y partiéndose de risa?

Pensé en Duncan, en su sonrisa maniaca, y asentí.

—Es completamente posible —dije, sonriendo.

Will me pasó el brazo por los hombros.

—Creo que quería que estuviéramos juntos, Lulu.

—Yo también lo creo —musité.

—Y bien —preguntó, atrayéndome hacia él—, ¿qué piensas?

Pensaba que seguramente era una de las mejores ideas que había tenido Duncan; que me encantaba sentir el brazo de Will envolviéndome; que encajábamos perfectamente; que podría levantarme, cogerle la mano y guiarlo hacia mi casa.

Pero entonces me lo pensé mejor y me escabullí de aquel brazo.

—Creo que el simple hecho de que quieras una cosa no la convierte en la correcta —dije—, y créeme, Will, que sé lo que me digo.

Will suspiró y, a continuación, me contó lo que deseaba.

Aquellas reuniones con Andrew y Julia le resultaban cada vez más incómodas, sobre todo cuando Andrew se refería a él como mi «socio de negocios». La idea de Duncan de que Will organizara excursiones de pesca con los huéspedes se había ampliado y Will se había convertido, en palabras de Andrew, en «director de deportes acuáticos», responsable de las actividades de pesca, de los kayaks, las canoas y los veleros, de dar clases a todos los que se alojaban para que llegaran a dominar el manejo de aquel tipo de embarcaciones, además de responsabilizarse del mantenimiento del cobertizo de las barcas y de todo el material que contenía.

Pero Will no quería ser mi «director de deportes acuáticos».

Y me contó que a veces, en cambio, se sentaba en su barca por la noche, lanzaba la caña en la zona más profunda del meandro, veía mi casa entre los árboles y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no lanzarse al agua, emerger en la orilla y ascender entre los árboles hasta mi puerta.

—Eso es lo que quiero, Lulu de Longland —dijo, con la mirada fija en los pesqueros de arrastre e incorporándose para irse—, nada que ver con los negocios, ¿verdad?

No sabía que mi casa se veía desde el río, solo la parte superior del tejado, según me explicó Will, y pensé que, si era realmente así, también debía de suceder en el sentido contrario.

Cuando Will se marchó, me acerqué a la ventana para mirar, presioné la cara contra el cristal, pero me resultó imposible distinguir el río de los árboles.

Las palabras de Will me habían alterado y, pese a que yo no había dicho nada, sabía que, si no encontraba muy pronto mis propias palabras, acabaría explotando, entraría en combustión de manera espontánea por pura frustración.

En una ocasión, Duncan me había comentado que así era como le habría gustado irse.

—Hay gente, Lulu —me había dicho, mientras sus ojos inyectados en sangre se abrían asombrados—, hay gente que entra en combustión espontáneamente; que está tomando tranquilamente una cerveza y que, al minuto siguiente... —Duncan había chasqueado los dedos y había emitido un sonido que pretendía emular una explosión—. Y toda la gente del bar empieza a decir: «¿Pero dónde está Lionel? Si se encontraba aquí hace un momento», y allí está él, ardiendo sin llama en la alfombra, a sus pies, como un cigarrillo convertido en ceniza. —Momento en el cual Duncan le había dado una larga calada al suyo, para añadir a continuación—: Una condenada maravilla.

Pero no le confesé a Will que me sentía así. No estaba en Willow para encontrar un amor que no me merecía y, además, todo el mundo sabía que mezclar negocios con placer era una temeridad.

Cerré los ojos frente al cristal de la ventana; si Will iba a convertirse en el «director de deportes acuáticos» del Barney's Bed and Breakfast, nuestra relación sería de negocios, no de placer.

Mierda.

Hola, Lulu.

—Hola, Andrew.

—Mira, le he echado un vistazo a esa carta que me diste de Frank Andrews, a lo de esa casa del árbol, y me parece que es irrevocable. Lo siento, Lulu, pero no soy muy optimista en cuanto a la posibilidad de que pueda ayudarte de alguna manera.

—¿Estás seguro? ¿De verdad que te la has mirado bien?

—Lulu.

—Lo siento, Andrew, claro que la habrás repasado; ¿y ahora qué puedo hacer?

—Con tu permiso, se la pasaré a una colega, Linda Mayberry, cuya firma está especializada en este tipo de asuntos, es muy buena, aunque no es barata, claro.

—Eso no importa —añadí enseguida.

—Nada barata, Lulu, unos doscientos la hora la última vez que traté con ella.

—Eso no importa —repetí, por mucho que mis ahorros estuvieran menguando a pasos agigantados.

—Te diré algo en cuanto tenga noticias. Le subrayaré a Linda que tenemos muy poco tiempo, pero tranquila, es un lince y hará lo que esté en sus manos. Bueno, pasando a otra cosa, ¿qué tal va el Bed and Breakfast?

—Bien —contesté—. Will está acabando de repintar todas las canoas, Julia ha decidido ya la ropa de cama y las toallas de las distintas habitaciones, tengo a los escayolistas aquí para arreglar ese techo del baño de abajo y la primera noche ya está completa.

—¿Y cómo es posible, Lulu? Faltan semanas y ni siquiera hemos empezado con la publicidad.

—Son todo gente de Willow —le expliqué—, que quieren fisgonear.

—Mientras paguen, Lulu —replicó—, pero nada de descuentos por ser isleños, recuérdalo.

—Sí, Andrew, ya me lo comentaste, y ahora, volviendo un momento a lo de Frank, ¿crees que tu amiga podrá encontrar alguna brecha jurídica para solventar el caso? Debes de pensar que sí, puesto que de lo contrario no te tomarías la molestia de pasárselo, ¿no?

—Lulu —dijo Andrew—, concéntrate ahora en poner en marcha Barney's Bed and Breakfast y yo lo haré en impedir que echen abajo la casa del árbol de Frank.

—Gracias, Andrew.

—No me des las gracias, Lulu, pero ocúpate tan solo de lo que te incumbe.

Colgué el teléfono e iba a ponerme a ordenar el antiguo trastero cuando sonó el timbre.

—¡Sorpresa! —exclamó Stella, con una sonrisa radiante, cuando abrí la puerta y me encontré con ella y Simone plantadas allí.

—No te asustes —dijo Simone—, venimos a ayudar, nos ha traído Will, tu novio.

—No es mi novio.

—Pues estás como una cabra si no lo es —añadió Simone—, incluso le puso el motor en marcha a Santa Stella, ¿a que sí, Stell?

Stella hizo caso omiso del comentario.

—Venimos a ayudar —replicó—, estaremos solo un par de días, pero tu madre nos contó que te había llegado la ropa de cama y la vajilla y pensamos que podríamos echarte una mano con las habitaciones y los armarios.

—A enrollar vendas para los chicos del frente, ese tipo de cosas —añadió Simone—. ¿Piensas dejarnos entrar?

No aceptaron ni que les preparase una taza de té, sino que se pusieron directamente manos a la obra: Stella a llenar los armarios que faltaban y Simone a adecentar con

Will el viejo cobertizo del cortacésped. Trabajaron el día entero con solo una breve pausa para comer y luego se tumbaron conmigo en el césped para ver cómo el día se transformaba en noche.

—Dios, me duelen todos los huesos —se quejó Simone, estirando el cuerpo de la cabeza a los pies.

—No digas el nombre de Dios en vano —la amonestó Stella.

—De acuerdo —replicó Simone—. Joder, qué cansada estoy, ¿te parece mejor?

Reí, disfrutando del eterno toma y daca entre mis dos amigas más antiguas, su tira y afloja.

—Pues sí —dijo Simone, sentándose—, me han ofrecido el informativo del fin de semana, si lo quiero.

—¡No me habías comentado nada, Simone! —exclamó Stella.

—Acaban de proponérmelo y, además, hay muchas cosas que no te cuento, Stella.

Y era verdad, había ciertos asuntos del universo de Simone —su vida sexual, sus visitas ocasionales al territorio de las sustancias ilegales, el hecho de que tuviera el carné de la AGLA, la Alianza de Gais y Lesbianas Ateos— que no tenía sentido que Stella supiera, y yo estaba de acuerdo.

Además, tampoco Stella lo compartía absolutamente todo con Simone, me imaginaba, como el hecho de que estuviera de nuevo embarazada.

Yo siempre adivinaba cuando Stella estaba preñada, puesto que su rostro se volvía más sereno incluso de lo habitual.

Las tres subimos temprano a las habitaciones, completamente reventadas, pero antes de acostarme me senté en la cama de Stella.

—¿De cuántas semanas, Stella? —le pregunté.

—De doce y media, pero no le digas nada a Simone.

—Desde luego que no, pero no tendrías que haber trabajado tanto.

—No lo he hecho, me has dado trabajillos fáciles.

—¿Y te encuentras bien? ¿Cómo te sientes?

—Como siempre, agradecida.

Le sonreí.

—De verdad, Lulu, ya sé que hoy seis niños parece muchísimo, y lo es, pero no me pone nerviosa, sino que simplemente pienso: «Estupendo, uno más que todos nosotros podremos amar».

—Eres muy afortunada.

Movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque tienes esa aura de Lady Madonna.

Se incorporó un poco.

—Me encantaría que tuvieseis un bebé, Lulu, tú y Simone.

—¿Juntas? Es muy liberal por tu parte, Stella.

—Muy graciosa. No, en serio, me gustaría que un día tuvieses un bebé, y también Simone, creo que sería una madre fantástica.

—¿Tú crees?

Asintió.

—Tengo una mentalidad mucho más abierta, Lulu, desde que Billy se acostó con esa chica de la agencia... Ya sabes: «¿Por qué miras la mota en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo?».

—¿Qué?

—Mateo, siete, dos —respondió—, aunque siempre he pensado que si anduviéramos por la vida con una viga en el ojo nos daríamos cuenta, ¿no?

Me eché a reír y le ofrecí el vaso de agua que había dejado en la mesilla de noche.

—Bebe un poco —dije—, hace mucho calor y no quiero que te deshidrates, y tienes

que prometerme que mañana te lo tomarás con más calma.

Asintió de nuevo.

—Si es niña, estoy pensando en llamarla Simone.

—Stella —comenté—, me parece todo un detalle por tu parte.

Y lo era, sobre todo teniendo en cuenta que, cada vez que Stella anunciaba un embarazo, Simone se estremecía como si acabara de tragarse un puerco espín y murmuraba no sé qué sobre «el Papa», los cerdos y la vasectomía.

—La verdad es que no —razonó Stella—. Si le pongo su nombre al bebé, tendrá que venir al bautizo, y ansío comprobar si le arden las cejas en cuanto pise la iglesia.

—¡Eres una mujer malvada, Stella McNamara! —exclamé.

—Lo sé —contestó, sonriendo feliz y acomodándose entre los cojines.

Luego llamé a la puerta de Simone.

—Si eres Ellen DeGeneres ya puedes pasar —gritó desde dentro.

—Eso ya es un poco cansino, Simone —repliqué, mientras tomaba asiento en la butaquita del rincón—, llevas años diciéndolo.

—Lo sé. —Suspiró—. Pero ya no quedan lesbianas poderosas.

—Estás tú —sugerí.

—Bueno, supongo... Y tal vez Maxine Mathers.

—Maxine Mathers no es lesbiana, Simone.

—¿Estás segura? Me pareció recibir alguna señal por su parte la semana pasada, en la fiesta de despedida de Larry Hay que organizó Channel Nine.

—¿Que Larry se jubila?

—Sí, y tú también deberías haber asistido a la fiesta de no haber estado tan ocupada preparando pasteles de crema de coco aquí en la isla de Gilligan.

Negué con la cabeza.

—Mira, eso da igual, pero lo que tengo claro es que Maxine Mathers no es lesbiana.

—¿Cómo lo sabes?

Le conté que Duncan —que siempre pregonaba su vida privada a los cuatro vientos, siendo esa una de sus menos admirables virtudes— me había confesado que Maxine se presentó en su habitación la noche de la inauguración de la muestra de Frank.

—¡Imposible! —exclamó Simone, feliz por enterarse de un chisme sobre su peor enemiga, y yo, debo reconocer, recordando aquella terrible y acaramelada disección que hizo de Annie, encantadísima también de contárselo.

—Ajá —dije, moviendo afirmativamente la cabeza—, pasaron toda la noche juntos.

—¿Y qué más te contó Duncan?

—Que su reputación la sobrepasaba.

Y Simone se echó a reír con tales carcajadas que el agua que estaba bebiendo le salió por la nariz.

Barney y yo estábamos paseando por la playa, viendo cómo los cangrejos fantasma emergían de sus hogares sembrados por la arena como cuevas, con sus ojos posados en restos de cañas que apuntaban hacia el mar. Will me había contado que aquella carrera hacia el océano que se producía al atardecer tenía un objetivo.

—Van allí para respirar —me explicó—. Necesitan que el agua se filtre por las rendijas de su cuerpo para obtener oxígeno, que almacenan para después, en invierno, poder esconderse en su caparazón y contener la respiración durante seis meses.

Desde que me lo contó, me gustaba verlos entrar en el agua y coger aire.

Eran mi hora y mi lugar favoritos en Willow, el atardecer y la playa que se extendía detrás de las dunas de la verja de mi casa, aquel espacio de tranquilidad y silencio entre el día y la noche.

Barney y yo nos habíamos dado la tarde libre y nos habíamos tumbado en dos sofás

del salón, yo me había dedicado a leer y Barney a soñar con las imágenes que tuviera en la cabeza, a esbozar curiosas sonrisas con su boca negra y gelatinosa.

Simone y Stella se habían marchado, pero Harry, Rose, Mattie y Sam llegarían en pocos días; en el corcho del despacho tenía un montón de listas colgadas con tareas que ir tachando, proveedores que atender e inventarios que realizar, y había decidido que Barney y yo no íbamos a hacer nada de nada. Por eso nos habíamos tumbado en la sala hasta que el ambiente había refrescado y las sombras habían empezado a jugar por las estanterías.

Me incorporé a regañadientes y desplegué las extremidades.

—Vamos, Barney, chico —dije—, la fiesta ha terminado.

Se había levantado lentamente, se había balanceado un poco por tener que asumir todo el peso de su enorme cuerpo y me había mirado con aquella boca, no enfadado, de eso estaba segura, sino con una sonrisa.

Llevábamos paseando por las dunas al menos una hora, cuando por fin había llamado a Barney con un silbido para volver a casa. Se había acercado con sus andares torpes y, entonces, había levantado las orejas, su garganta había emitido un gruñido grave y había presionado su cuerpo contra el mío.

—¿Qué pasa, Barney? —le pregunté—. ¿Te encuentras bien, colega?

Sus grandes ojos de color chocolate se posaron en los míos, me miraron fijamente un instante y luego se deslizaron hacia el interior de su cabeza al caer al suelo.

—¡Barney!

Me arrodillé a su lado, le acerqué la cara a la boca y, a pesar de que su fétido aliento estuvo a punto de tumbarme, fue un alivio percibirlo todavía por debajo de su hocico. Pero no se movía, tampoco respondía a su nombre.

—Espera un momento aquí, colega —dije—, espera aquí.

Eché a correr hacia la casa y vi que Will estaba en la verja, que asentía a mis explicaciones y me decía que llamase a Miranda Tate, una veterinaria jubilada que vivía en Willow, mientras él se quedaba con Barney para hacerle compañía.

—¡Tienes el número en la nevera! —gritó al pasar por mi lado.

Marqué el número de Miranda e intenté mantener la calma mientras respondía a sus preguntas.

¿Respiraba? Sí, creía que sí. ¿Pensaba que eran convulsiones? No, le dije, simplemente había perdido el equilibrio y se había derrumbado en el suelo.

Mantenlo en un lugar fresco, me sugirió, e intenta darle un poco de agua. Intentaría llegar lo más pronto posible y, entretanto, había que darle agua y esperar.

Llené un cartón de leche de agua y corrí otra vez hacia las dunas, donde Barney estaba de nuevo sentado mientras Will lo abrazaba.

—Vaya susto nos has dado, colega —estaba diciéndole Will. Barney tenía aún la mirada fija, perdida—. Mira, aquí está Lulu que te trae un poco de agua.

Después de llevarlo a casa y acostarlo en la cama que le había preparado, llegó Miranda.

—Normalmente no realizo visitas domiciliarias a estas horas —comentó, sonriéndome—, pero Barney es una excepción.

Se había desmayado, nos explicó Miranda, tal vez por el calor o por agotamiento. El «síncope», continuó, era un fenómeno muy común en perros de la edad y el tamaño de Barney, seguramente no era nada grave, pero sería buena idea examinarlo a fondo en tierra firme, donde tenían todo lo necesario para realizarle una resonancia y mirarle la tensión arterial.

—Podrías revisar la de Lulu también —comentó Will, mirándome.

Ahora estábamos los dos tumbados, uno a cada lado de la cama de lujo Snoozy Paws que le había comprado al llegar a Willow y en la que, naturalmente, Barney nunca había dormido.

La oscuridad y el silencio se apoderaron poco a poco de la habitación.

—¿Piensas pasar la noche aquí? —preguntó Will.

Asentí desde mi lado.

—Me quedaré contigo... por si pasa algo.

Volví a asentir.

—Será como estar de camping.

Sonreí.

—Más o menos.

—Con un oso enorme entre los dos.

Fui a buscar unos cojines y unas sábanas y nos instalamos para pasar la noche con las manos unidas por encima del pecho de Barney.

El día después del desmayo de Barney, fui a ver a Will al cobertizo de las barcas —que ahora estaba ordenado, con las canoas recién pintadas colgadas en estantes de tal modo que parecían capas de un pastel—, y lo encontré sentado en el suelo con las piernas cruzadas, tratando de desenredar un terco rollo de sedal.

—Hola —dije—, qué complicado parece eso.

—No lo es, en realidad —replicó Will—, solo hay que tener la paciencia de un santo.

¿Qué tal está nuestro chico?

—Esta mañana ha intentado comerse el pie de la sombrilla, de modo que imagino que ha vuelto a la normalidad.

—Vaya susto nos dio, ¿eh?

—Pues sí —respondí, recordando sus ojos color chocolate hundiéndose en la nada—. Venía a darte las gracias por haberme ayudado, Will, estuviste fantástico.

—De nada.

—Ni siquiera te pregunté qué querías cuando llegué a la verja de casa corriendo como una loca y te encontré allí, ¿era algo relacionado con el Bed and Breakfast o simplemente una visita de carácter social?

—Ambas cosas.

Esperé.

—Lulu —me explicó, dejando a un lado el rollo de sedal—, he estado pensando en lo que Andrew y tú queréis que haga aquí, y estoy entusiasmado, pero no creo que podamos hacerlo oficial hasta que aclaremos todo esto que no pasa entre nosotros.

Sonreí por la forma de expresarlo que había elegido.

—De modo que quería comunicarte que, si subo a bordo, es decir, si me convierto en el «capitán de deportes acuáticos», o como quieras llamarlo, prefiero dejarlo así.

Mi corazón se desplomó una pizca, arrastrando los hombros con él.

—Lo he entendido, Lulu, de verdad... Tienes muchas cosas en la cabeza, poner en marcha todo esto, para empezar, de modo que ayer venía a decirte que no pienso saltar del bote en plena noche y llenarte la casa de agua.

—Gracias a Dios —consegui decir—, porque me preocupaba la posibilidad de que acabaras matándote por ahí.

Se rio y se acercó.

—No pasa nada, Lulu —admitió—, tampoco es necesario saltar por la borda, nos limitaremos a achicar el agua.

Asentí y di media vuelta, dispuesta a volver a casa.

—Por el momento —concluyó la voz de Will a mis espaldas.

Cuando llegué, Barney estaba tumbado en su cama, que había instalado debajo de la escalera, lamiéndose una pata.

—¿Qué tal estás, Barney? ¿Cómo se encuentra mi pequeño enanito? —le pregunté, pegando la cara a la suya y cogiéndolo por aquellas orejas ridículamente flexibles.

—Una imagen conmovedora —dijo Julia desde la puerta—. Espero que no te moleste que haya entrado sin avisar. Te he llamado pero no contestabas, de modo que he decidido seguir la pista a esos sonidos de arrumacos.

Dejó la bandeja que llevaba y se arrodilló al lado de Barney.

—Hola, ¿cómo está mi soldadito? ¿Cómo se encuentra este chico tan valiente y grandullón? Julia te ha traído unas galletas, ¿a que sí? Galletas para su soldado, grandullón y valiente.

—¿Y ahora quién da lástima? —comenté.

Julia sonrió.

—A mí me está permitido porque soy su tía.

—¿Quieres un té?

—Sí, gracias, una taza de té para mí y unas galletas para ti, Barney, tus favoritas, te las he preparado especialmente, galletas crujientes con canela y manzana.

La miré con resignación y entré en la cocina. Julia me siguió al cabo de unos instantes y se cruzó entonces de brazos.

—A ver, cuéntame qué pasa entre Will Barton y tú.

—¿Perdona?

—No, no me vengas con «perdona», Tallulah de Longland, me has oído perfectamente

—contestó Julia, y vi que el cabello se le desprendía del pasador de concha que llevaba en la nuca.

—Nada.

—¿Nada? Pues a mí no me parecen «nada» todos estos encuentros que estáis teniendo, sino más bien uno de esos documentales sobre apareamiento de David Attenborough.

—Julia.

—Pues eso creo que es, ya le dije a Boris que era como ver dos gatos monteses dando vueltas en círculo para hacerse la corte.

—Pues no lo somos —dije—, en absoluto, no vamos a saltar por la borda... Achicaremos el agua.

Meneó la cabeza con preocupación y fue a ver a Barney para darle sus galletas de manzana y canela, razón por la cual no oyó mi «por el momento».

Cuando Julia se marchó a casa, después de dejarle un hueso a Barney de parte de Lyle y Denise, de la oficina de correos —al parecer, los tamtam de la isla habían transmitido la noticia del desmayo de Barney antes incluso de que cayera al suelo—, sonó el teléfono.

—Buenos días, Barney's Bed and Breakfast, ¿en qué puedo ayudarle?

Había ensayado la frasecita y me sentía un poco ridícula. Andrew había dicho que era una buena idea que empezara a responder al teléfono de aquella manera y yo estaba perfilando mi voz de propietaria con el objetivo de encontrar un tono que sonara profesional y cálido a la vez, algo entre Jana Wendt y Maggie Beer.

—Tallulah, soy Linda Mayberry. Andrew Lyons me ha dado tu número.

—Oh, hola, Linda, te agradezco que hayas llamado.

—No es necesario que me des las gracias —dijo secamente—. Siento comunicarte que poco puedo hacer por tu amigo, y es una lástima... Soy una gran admiradora de la obra de Frank Andrews.

—Entiendo —repliqué, dubitativa, pues no me esperaba aquello. En aquel momento comprendí que esperaba una llamada que me dijera: «Ya está todo solucionado», solo porque Andrew así se lo había pedido—. Cuando dices «poco»...

—Quiero decir poco. He estudiado con detalle la postura del ayuntamiento, he estado en la finca y he echado un buen vistazo, he comprobado los lindes y he intentado ver si podíamos eximir la casa del árbol de seis de esas normativas catalogándola como obra de arte, en lugar de edificación, pero por desgracia queda descartado, está sujeta a

cuatro cláusulas que me impiden decantarme por esa estrategia, de modo que os espera un camino largo y lleno de vicisitudes.

—Entiendo.

—No, seguramente no lo entiendes, por eso he redactado un informe completo para que se lo presentes al señor Andrews... Aunque, naturalmente, si de verdad quiere liarse la manta a la cabeza con esto, estaría encantada de representarle.

—No —admití—, no creo que quiera meterse en todo este lío... Los odia, pero pásamelo. Hoy mismo lo veré y hablaremos del tema.

—No olvides que solo le quedan dos semanas para presentar alegaciones.

—Sí, de acuerdo —dije—, dos semanas, gracias.

—Tallulah —añadió—, algo que sí sé seguro es que, si presentáis unas alegaciones extensas, muy complicadas de entender, con muchísima jerga legal, lo que puedo proporcionar encantada sin ningún coste, podríais ganar bastante tiempo, durante el cual no me importaría en absoluto seguir dándole vueltas y preparando información.

Andrew tenía razón, Linda Mayberry era un lince.

Dos semanas; había escasas probabilidades de que Frank lo tuviera todo listo en ese plazo de tiempo, pero justo aquella tarde venía a visitarme a Willow junto con mi familia, de modo que al menos podríamos hablar sobre el asunto.

Estaba contenta de que Frank hubiera aceptado mi invitación y me había pasado casi toda la mañana recorriendo la isla en busca del ramo perfecto de franchipanes, cuyos tallos no pensaba quemar.

Llegaron a última hora de la tarde.

—¡Ya estamos aquí, Lulu! —gritó la voz de Harry entre los ladridos de Barney.

—Hola, Louie-Pooey —dijeron a coro mis hermanos, más grandes, si acaso esto era humanamente posible, que la última vez que estuvieron en casa.

—Oh, Lulu, has hecho maravillas —exclamó Rose, vestida con Phoebe, desde el umbral de la puerta.

—Lulu..., esto es una delicia, creo que incluso podría acostumbrarme a vivir aquí.

Frank, con su camiseta Bonds y sus bermudas, que juraría que tenía soldados a las piernas, estaba recorriendo todos los rincones de la ADAWI con sus ojos de artista.

Durante los días siguientes, la casa se estremeció de nuevo con la combinación de los sonidos de mi familia con los de los isleños, Rose y sus charlas con Julia, que había aparecido veloz como una bala en cuanto los había oído llegar, Harry y Boris, repasando las habitaciones con gestos de aprobación, Frank arrodillado para palpar las irregularidades de la pizarra, Harry encaramado en una escalera para verificar los desagües, Will y mis hermanos entrando y saliendo del cobertizo todo el día.

Y yo entrando y saliendo de las distintas conversaciones, feliz de tenerlos a todos reunidos alrededor de la gigantesca mesa de la cocina y llenando los espacios, tal y como había deseado Duncan.

Una tarde, a última hora, estaba arriba colocando unas fotografías en el pasillo, cuando oí que Rose y Julia charlaban en el tercer dormitorio.

—Es un vestido precioso, Rose.

—Gracias, es viejo pero resultón, como suele decirse.

—Como nosotras.

—Eso es, Julia, exactamente igual que nosotras.

Estaban colgando las cortinas que Julia acababa de traer: Rose admirando su caída, Julia confesando que Boris, de hecho, era el autor de la obra.

—No quiere que la gente lo sepa —dijo Julia—, pero es un costurero excelente.

—¿De verdad? ¿Y crees que podría hacerme algún vestido? En las tiendas no encuentro nada que me guste y yo ya no tengo paciencia para coser.

—Puedo preguntárselo, aunque tus vestidos me parecen preciosos, Rose, al menos los que te he visto.

—Seguramente habrán sido todos; hace años que llevo siempre variaciones de los mismos vestidos, Julia, y creo que ha llegado el momento de hacer una revisión general, de probar algo completamente distinto.

Agucé los oídos, ¿estaría de verdad planteándose incorporar nuevos miembros al coro?

De ser así, sería realmente *asombrosante*.

—Se lo preguntaré —estaba diciendo Julia—, creo que estaría encantado. Hace mucho tiempo tenía una tienda, en Melbourne, antes de conocernos.

—¿Una tienda de ropa?

—Ajá, solo con diseños propios.

—¿Y qué pasó?

—Me contó que nunca llegó a vender la cantidad suficiente de vestidos como para ganar dinero y que a su padre no le gustaba nada que se dedicase a aquello. Al final, creo que simplemente se rindió.

—¿Y cómo se llamaba la tienda?

—La Casa de Boris.

Me gustó que mi madre no se echara a reír.

—Así que he oído —le comenté más tarde a Rose— que la Casa de Boris podría volver al negocio.

—¿Has oído o has oído sin querer?

—De acuerdo, he oído sin querer.

Rose sonrió.

—Es que he pensado que, ahora que voy a ser una mujer de negocios, debería vestirme como tal.

—Le diré a Boris que se olvide de las hombreras.

Estábamos poniendo la mesa para cenar y empezaba a ser consciente de que la próxima vez que se reunieran muchas caras a su alrededor no conocería a ninguna. Desconocidos..., huéspedes, me dije con rotundidad, huéspedes que vendrían aquí y se enamorarían de la excelente osamenta de la ADAWI tanto como lo había hecho yo.

Durante la cena observé a todo el mundo, las ridículas imitaciones de Sam, la cara de Rose, sonrosada para hacer honor a su nombre, Will charlando con Frank, que tenía un lápiz detrás de la oreja, Julia acurrucada como un gato junto a Boris... y me di cuenta de que me sentía feliz como si fuera con el botón desabrochado.

Era una de las expresiones de Duncan, y pensé entonces que, de todos los huéspedes ausentes aquella noche, de toda la gente que podría haber estado pero que ya no estaba, el lugar vacante de Duncan en la mesa era el que más vacío me parecía.

Duncan decía que sentirse feliz como si fueras con el botón desabrochado era vivir uno de esos momentos en los que todo era exactamente tal y como tenía que ser.

—Has ido a trabajar y todo ha salido sin contratiempos, ninguno de esos hijos de puta ha podido contigo, vuelves a casa y el tráfico no parece una maldita arteria colapsada, y cenas y la persona que tienes sentada delante de ti es justo esa persona que quieres tener sentada delante de ti, la comida es excelente, el vino incluso mejor, te fumas un buen puro y te desabrochas el botón de los vaqueros y dejas que cuelgue lo que tenga que colgar. Eso —oí que decía la voz de Duncan—, eso es sentirse feliz como si fueras con el botón desabrochado.

Y así me sentía aquella noche viendo a la gente reunida alrededor de mi mesa.

Hacía muchísimo tiempo.

A la mañana siguiente, encontré a Frank en el jardín jugando con Barney a lanzarle una

pelota y aproveché la oportunidad para explicarle los detalles de la valoración de Linda Mayberry sobre las posibilidades de supervivencia de la casa del árbol.

—Oh —exclamó—, veo que son malas noticias, tendría que haber movido el tema hace tiempo.

—Disponemos aún de un par de semanas. Yo tengo que estar aquí unos días, pero luego puedo ir y, si quieres, redactamos juntos la reclamación y, de vuelta, la entrego en el ayuntamiento.

—¿Crees que serviría de algo?

—Me parece que si redactamos un texto muy pero que muy largo, y muy complicado, al menos podríamos pararlos por un tiempo —respondí, repitiendo más o menos lo que me había aconsejado Linda.

—Esta es mi chica —dijo Frank, lo que me pareció muy generoso por su parte, sobre todo teniendo en cuenta que su chica de verdad estaba a muchos kilómetros de ahí, y por mi culpa, además.

—¿Lulu?

—¿Sí?

—Me gustaría que algún día invitaras a Annie a la isla.

—Oh, bueno, no sé, Frank, no sé si ella querría venir. No creo que yo sea precisamente su persona favorita en estos momentos.

—Eres una de ellas —replicó.

—No creo, no entiendo por qué tendría que serlo —dije, recordando la aparición de Annie en televisión, con sus ojos de mapache fijos en la pantalla y su boca derramando carmín.

—Lo eres, Lulu... El problema es que..., es que creo que has olvidado.

—¿Olvidado?

—Que has olvidado a Annie..., lo mejor de ella.

Aquella tarde, mientras paseaba con Barney por la playa, pensé en Annie e intenté recordar. Annie, que parecía entrar y salir de aquella gran casa como una inquilina exótica, que la llenaba con su sonido cuando estaba allí y la cubría con un manto de silencio cuando no estaba; Annie, que nunca se acordaba de ayudar a Annabelle con los deberes, ni de tenerle el uniforme preparado; Annie, cuya firma habíamos perfeccionado tanto Annabelle como yo para cumplimentar los formularios del colegio que siempre olvidaba firmar para que Annabelle pudiera ir a las excursiones con la fiambrera que mi madre le había preparado.

Annie, que se había marchado, que «se había levantado un día y se había largado», como murmuraban las demás madres del colegio, medio conmocionadas, completamente emocionadas; Annie, que enviaba a su hija postales que nunca decían «me gustaría que estuvieras aquí», porque en realidad no lo deseaba.

Y, sin embargo...

¿Cuántos días y noches Doris había dormido yo bajo su tejado, noches en las que Annie arrastraba la cama plegable para colocarla al lado de la de Annabelle; cuántas veces había entrado en aquella casa con el sombrero del colegio hundido hasta las cejas para que nadie me viera los ojos y Annie me lo había levantado y me había dicho: «No tengas miedo de enseñar la cara, Lulu»; cuántas veces había estado Annie a mi lado, en silencio, sin hacer preguntas, cuando mi madre no podía estarlo?

Pasmada, me di cuenta de que, a su manera, Annie Andrews había sido para mí una madre, igual que Rose lo había sido para Annabelle; ninguna de las dos habían sido mujeres convencionales, pero ambas habían llenado el vacío que la otra dejaba cuando lo habíamos necesitado.

El sol empezaba a esconderse detrás de la bahía, y recordé.

Bajamos todos juntos hasta la barca; Boris y Julia ya nos esperaban allí para despedirse. Boris le entregó una carpeta a mi madre —diseños, imaginé, de la Casa de Boris— y me pregunté si mi madre bautizaría también su nuevo guardarropa. Pensé que, si decidía hacerlo, me gustaría que hubiese alguna Lily.

Sam y Mattie se metieron de carrerilla en el agua, gañendo como cachorros gigantes y haciendo caso omiso de las instrucciones de Rose, dirigidas a dos hombres adultos, de que no se mojaran la ropa. Harry se me acercó y estuvimos un rato mirando a Will, que se encontraba en la orilla.

—Pues bien, cariño —dijo por fin—, gracias por estos días tan estupendos y llámame si necesitas cualquier cosa... El sistema de agua caliente es un auténtico coñazo, pero creo que lo he arreglado. Rose volverá en un par de semanas, así que también podría venir con ella, si quieres, para ver si todo funciona como es debido.

—Daba por sentado que vendrías con ella de todos modos, Harry.

—No —replicó, viendo que Rose dejaba ya por un caso perdido a sus hijos y se remangaba la falda de Lauren para meterse en el agua con ellos—, dice que preferiría venir sola.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

Me miró y se rascó la barbilla, cubierta con una barba incipiente.

—Como el primer día que te llevé al colegio.

—¿Y cómo fue?

—Pues tuve ganas de dar media vuelta y de llevarte al trabajo conmigo, para así poder vigilarte.

Le cogí del brazo.

—Cuidaré de ella.

—Lo sé, cariño. A lo mejor me cojo unos días de vacaciones, para ir de camping.

—¿De camping?

—Antes lo hacía, de jovenzuelo, los fines de semana, en vacaciones.

Me quedé mirándolo, a Harry, que iba de camping, que seguramente solía hacer muchas cosas antes de que apareciese Rose, formara una familia con ella y se dedicara a la fontanería y a desatascar hasta alcanzar la excelencia. Harry, que, después de consagrar su tiempo a cuidar de su esposa, no sabía qué hacer consigo mismo ahora que ella ya no lo necesitaba.

—¿Tienes tienda?

—Creo que andaré por el cobertizo... Una individual.

Harry se sumó a los demás en la orilla y pensé que hacía mucho, muchísimo tiempo, que Harry no era eso.

Un solo individuo, simplemente.

Rose llamó por la noche para decirme que habían llegado sanos y salvos a casa.

—Nos lo hemos pasado de maravilla, Lulu; confío en no haberte dado demasiado trabajo.

—No —dije—, me habéis ayudado mucho, ojalá os hubierais quedado más tiempo.

—Bueno, enseguida estaré de vuelta para poner en marcha la cocina y llevarle unas telas a Boris.

Reí para mis adentros, imaginándome a Boris inclinado sobre la máquina de coser en el trastero, confeccionando en secreto vestidos para Rose y confiando en que Deano y Mick, de la bolera, no lo pillaran con las manos en la masa.

—¿Vas a ponerles nombre?

—¿A los vestidos? Creo que sí; no quiero que se sientan marginados.

—¿Alguna idea?

—He pensado que tal vez Romy y Charlotte, también había pensado en llamar a uno Julia...

—Yo había pensado en Lily.

—¿Lily?

Quería que mi madre tuviera una Lily, ese diminutivo de la flor del lirio, me gustaba su forma de ser reservada, que ocultara sus pétalos en su garganta y no desplegara su belleza en forma de campanilla hasta estar completamente preparada para mostrarse en toda su plenitud.

—Creo que te encaja —dije.

—De acuerdo, cariño —contestó—. Te prometo que uno se llamará Lily.

Colgué el teléfono con una sonrisa.

Los dos días siguientes los pasé pegada al teléfono, hablando con el ayuntamiento para verificar que tenía todos los permisos necesarios para inaugurar Barney's Bed and Breakfast, solucionar los últimos detalles referentes a la normativa de incendios y seguridad y al número autorizado de huéspedes, poner en marcha todo el proceso para «servir comidas en un lugar público». No hice ninguna mención a las galletas de Rose, no estaba dispuesta a llenar doscientos formularios más por unas gotitas de mermelada.

No, decidí, tumbándome en el sofá con Barney, las galletas de Rose serían de contrabando, llegarían a la isla de forma ilícita procedentes de tierra firme y se repartirían entre los asombrados huéspedes al amparo de la oscuridad.

Estaba agotada, demasiado cansada como para intentar mover el peso muerto de Barney que permanecía tumbado a mis pies. Me encontraba allí, leyendo un libro de Duncan, viendo saltar arriba y abajo las líneas del texto, cuando sonó el teléfono.

—Cógelo tú, Barney, anda ve, gandul —dije, moviendo los pies debajo de él. Gruñó.

—Tienes razón, que suene.

Escuché mi voz aguda, excesivamente entusiasta, en el contestador.

«Hola, has llamado a Barney's Bed and Breakfast —chillé—. Deja, por favor, tu nombre y tu número de teléfono y te llamaré enseguida».

Andrew quería que dijera: «Y un miembro del departamento de reservas te devolverá la llamada», pero yo le había puesto todas las pegas del mundo y le había dicho: «Esto no es el puñetero Hilton».

Se escuchó entonces la voz de mi padre.

«Aquí Harry de Longland, dejando un mensaje para Lulu de Longland...».

—Harry —descolgué el teléfono—, ¿qué haces llamando cuando están dando *Parky*?

Harry, Rose y Michael Parkinson tenían una cita a tres los sábados por la noche; Rose adoraba a Parky, decía que tenía una cara por la que podrías descender en rapel.

—¿Harry?

No respondió.

Barney saltó del sofá y correteó hasta mí.

—¿Harry?

Harry emitió un sonido en el teléfono.

—¿En una escala del uno al diez?

Mi madre pasó haciendo frufrú por mi lado con uno de sus vestidos.

—Harry, ¿en una escala del uno al diez?

Se llevó a la cara las manos llenas de harina.

—Harry —repetí—, ¿en una escala del uno al diez?

Me dio un beso, un ala de mariposa me rozaba la oreja.

—Diez, cariño.

Cruzó la puerta de la cocina.

Desavaneciendo.

Rose.

Estaba ahora al otro lado de la ventana, descalza.

Caminaba hacia las dunas y el viento levantaba la falda de Grace; eché a correr hacia ella con Barney transformado en mi sombra.

Iba directa hacia el agua y sabía que yo la seguía, porque me miró por encima del hombro cuando la llamé por su nombre.

Corrí hasta allí y el agua no estaba nada fría, sino caliente, los *eugaries* iniciaron su danza.

Se adentraban en el mar y la falda de Grace, al seguirlos, iba empapándose.

Les grité diciéndoles que Rose no conocía los pasos, que justo ahora acababa de empezar a bailar.

Entonces Rose se giró y se inclinó hacia mí, acercó los labios a los míos.

—Las distancias no existen —susurró.

Grace, Alexis, Betty, Phoebe, Greta, Madeleine, Lauren, Kitty, Audrey y Constance se cogieron del brazo, me sonrieron y se sumergieron en lo más profundo.

Rose.

Mamá.

Noté algo caliente y blando envolviéndome el cuello, la mano de alguien moviéndose arriba y abajo de la zona lumbar de mi espalda, como si intentara encender un fuego.

—Vamos, Lulu —Julia, en bata—, tenemos que entrar.

Asentí, preguntándome qué haría Julia allí fuera. «Tendría que estar en casa —pensé—, ayudando a Boris con los vestidos de Rose».

—Es el shock —explicó alguien en voz baja, y deseaba decirles a todos que se marcharan, pero mi voz se había sumergido en la arena, se había refugiado en un lugar frío y oscuro donde, imaginaba, seguiría conteniendo la respiración durante al menos seis meses.

—Tenemos que meterla en casa.

—Dejad de hablar como si no os oyera.

—¿Quién la ha encontrado?

—Lyle Wilkins, desde su casa oyó los ladridos de Barney.

Will se sentó a mi lado.

—Lulu —dijo—, voy a levantarte, ¿entendido? Ahora te cogeré en brazos, así.

Noté que se inclinaba sobre mí, que me agarraba los brazos y los enlazaba por detrás de su cuello.

—Tú no tienes que hacer nada —añadió—, solo sujétate.

Asentí, muda todavía.

—Cariño —dijo Simone, en la rampa del embarcadero, donde estaba con Stella.

—Lulu —intervino Stella, y vi que lloraba.

—Para, Stella —oí que le pedía Simone mientras guardaba mi equipaje en el maletero.

—No puedo —respondió Stella—, no puedo.

—Da igual —les comenté, mirando a la nada a través de la ventanilla, de camino a casa de Harry.

Giro a la izquierda al llegar a Swan Terrace, luego a la derecha en Plantation Street, la parada del autobús y veo unas niñas pelirrojas chupando polos helados, mirando mi cara dentro del coche. Una de ellas saca la lengua, que se despliega como un lagarto morado al sol, y yo le respondo sacando la mía con escaso entusiasmo. Pasamos por delante de casa de la señora Delaney, cuyas persianas están cerradas como un guiño para protegerse del sol. Simone y Stella delante, yo detrás con Barney, su cabeza en mi regazo, mis manos en su collar.

Espero, busco el cartel.

«FONTANEROSDELOGLAND:DESATASCAMOSHASTAALCANZARLAEXCELENCIA».

—Te acompañaremos hasta casa —dijo Simone al enfilar el camino de acceso.

—No, gracias.

—Lulu, creo que deberías dejarnos entrar contigo —insintió.

—No pasa nada —contesté, y salí del coche—. Conozco el camino.

Esperé a estar segura de que se habían ido antes de echar a andar, gritar «¡Harry!» y dirigirme al jardín de atrás, donde sabía que estaría.

—Hola, cariño —me saludó Harry, mirándome desde el columpio del jardín con ojos añosos y sorprendidos—. ¿Has tenido buen viaje?

Me instalé a su lado y nos columpiamos juntos.

Fue un accidente.

Un simple accidente, sin culpables, sin nadie con las manos manchadas de sangre, y mucho menos las de Rose, que estaban aferradas al volante de su coche ranchera,

que iba a comprar la cena enfundada en Greta. El otro conductor se había perdido, estaba distraído, Rose intentó apartarse de su trayectoria, pero ya era demasiado tarde, se estampó contra el poste, y acabó en el acto.

—No debió de sentir nada —nos explicó la mujer policía a Harry, Mattie, Sam y también a mí, sentada en el sofá frente a nosotros y comiendo galletas de Rose—. Cuando las cosas pasan con esta rapidez, tranquiliza, creo, saber que la persona implicada no sintió nada... Todo sucede de forma muy rápida —prosiguió.

Harry y yo nos intercambiamos una mirada y luego la desviamos hacia la mujer que no entendía nada porque no conocía a Rose, porque no sabía que Rose lo sentía todo.

Más tarde, fui a darles las buenas noches a Mattie y a Sam, con Barney siguiéndome como una sombra.

Estaban los dos acostados en sus camas infantiles, demasiado cortas para ellos, evidentemente.

—Me voy a dormir —dije—, ¿necesitáis alguna cosa?

—¿Puede quedarse Barney con nosotros? —preguntó Mattie.

—Pues claro. Arriba, Barney —le ordené, indicándole la cama de Mattie.

Me senté en la de Sam y él instaló los pies en mi falda.

Aquella habitación era como un viaje en el tiempo, con su papel pintado con dibujitos de cohetes espaciales y las pegatinas que brillaban en la oscuridad adheridas todavía al techo.

Me había sentado a los pies de aquellas camas infinidad de veces, los tres y Zac McCain, con su gigantesco cerebro. Les contaba cuentos hasta que Mattie se subía la colcha hasta la barbilla y Sam se acurrucaba doblando las piernas, y entonces apagaba la luz sin hacer ruido y los dejaba con sus sueños.

Y, a pesar de que ahora estaban más cerca de ser hombres que niños, empecé de nuevo a contarles cuentos, versiones para adultos de Zac McCain. Les hablé de mis planes para la ADAWI, de cómo me gustaría que ayudasen a Will cuando tuvieran vacaciones en la universidad y que repararan y repintaran con él todos los cachivaches relacionados con los deportes acuáticos y, si tenía huéspedes suficientes, que los llevaran en pequeños grupos de excursión por el río.

Conversé con ellos hasta entrada la noche, hasta que Mattie se subió la colcha hasta la barbilla, aunque ahora era tan largo que le asomaron los pies por debajo; hasta que Sam se acurrucó doblando las piernas y oí que ambos se relajaban en la oscuridad, hasta que los ronquidos de Mattie se sumaron por fin a la respiración profunda de Sam. Me incorporé para apagar las lámparas y Barney levantó la cabeza.

—Quédate —le pedí, y se relajó de nuevo, con la pierna de Mattie por encima de su lomo.

Bajé a ver qué tal seguía Harry.

—Los chicos ya se han dormido.

—Gracias, Lulu.

—Tranquilo.

—Lo siento, cariño, creo que en estos momentos soy incapaz de ayudarlos.

Harry en bata con las gafas de leer en el bolsillo.

—Las perderás, ya lo sabes —dije automáticamente, con la voz de mi madre.

Rose siempre intentaba remendar los agujeros que pudiera haber en los bolsillos de la bata, pero Harry no se lo permitía y asomaba los dedos por abajo.

—Déjalos así, a mí me gusta como están —decía.

Harry asomó entonces los dedos por abajo y los movió en mi dirección.

—Hola, Rosey —saludó, y comprendí que mi padre estaba destrozado.

Pero, aun así, moví también los dedos a modo de respuesta.

—¿Habéis hecho algo con respecto a los preparativos? —nos preguntó el padre Duffy al día siguiente.

Harry miró por la ventana y yo respondí en nombre de los dos.

—No, nos hemos limitado a quedarnos en casa, con Mattie y Sam.

El padre Duffy asintió y miró a Harry.

—No es fácil —dijo—, nunca lo es, por eso he venido, para ayudar, si lo necesitáis.

A Rose siempre le había gustado Joe Duffy, recordé, decía que le gustaba reír y que no le importaba si a veces reías con él.

—Lo necesitamos —admití—, creo que no tenemos ni idea de qué debemos hacer.

—Yo sí —replicó el padre Duffy—. Rose me lo explicó.

Esparcimos las cenizas de Rose cerca de la laguna donde en su día se zambulló desnuda y maravillosa y le dijo a Harry que siguiera su ejemplo.

—Se encuentra tan lejos —había dicho él, preocupado—; no me parece correcto que no esté más cerca de nosotros.

Pero Rose había dejado instrucciones concretas sobre el lugar donde quería estar, qué vestido quería llevar —Alexis, que nunca era discreto—, lo que quería escuchar: «Nada de baladas —había escrito con rotundidad, y, a continuación, en letras mayúsculas—: YNADADEMÚSICADEÓRGANONICOSASPORELESTILO».

Nos despedimos de Rose en la iglesia de la ciudad donde se había criado bajo la mirada atenta de las dos hermanas, Audrey y Constance.

—¿Por qué piensas que tu madre quiso que el funeral se celebrara aquí y no en St. Rita's? —me preguntó después Simone.

No estaba del todo segura, pero le dije lo que pensaba: que Rose había querido abandonar este mundo desde el primer lugar donde se había sentido segura.

Tomamos un té en el salón contiguo a la iglesia, donde todo el mundo «trajo un plato», básicamente galletas y pastelitos confeccionados a partir de recetas de Rose, aunque nada sabía igual a lo que preparaba ella.

Cuando se hubo marchado el último asistente —la señora Delaney, de amarillo chillón: «Adoraba a tu madre, lo sabes de sobra, Lulu, siempre tan valiente»—, Harry y yo volvimos lentamente a la furgoneta, Harry arrastrando los pies, horrorizados ante la idea de tener que dejar allí a Rose. Subimos y Harry puso en marcha el motor con los ojos clavados en el espejo retrovisor.

Me incliné hacia él.

—Las distancias no existen.

No lloré por Rose.

Había mucho que hacer, llamadas que responder y cartas que escribir, gente a la que dar las gracias, cenas que preparar y palabras que encontrar para explicar a aquellos que tenían la pregunta en la punta de la lengua que no, que simplemente había sido un accidente.

Esperé hasta que todos se marcharon, hasta que dejaron de depositar lasañas en el umbral de la puerta, hasta que no quedaron cartas que responder, ni llamadas que hacer, y entonces entré en la cocina de mi madre.

—De acuerdo, Rose —dije en voz alta—, emprendamos el camino de la cocina al cielo. Encontré una de las libretas de Rose en la estantería y la dejé abierta en la encimera,

delante de mí. «Pastel de mantequilla básico», escrito con la caligrafía grande e infantil de Rose. Perfecto, no se trataba de intentar nada complicado.

Precalentar el horno a 180 grados.

Mezclar en un cuenco 250 gramos de mantequilla, 1 taza de azúcar extrafino y 2 cucharaditas de esencia de vainilla.

Añadir tres huevos, de uno en uno, dos tazas y media de harina preparada con levadura y 2/3 de taza de leche, vertida poco a poco.

Empecé a añadir los ingredientes, escuchando la voz de Rose en mi oído, notando su mano sujetando la mía para mover la cuchara de madera.

—No es necesario que batas tan fuerte —me corrigió.

Recordé en el último momento que tenía que echar también algunas pasas.

—No escatimes, Lulu —le oí decir.

De modo que añadí un puñado más y, a continuación, vertí la mezcla en una de aquellas viejas y sobadas bandejas de horno que siempre se había negado a tirar. Reí, recordando que Harry había intentado venderle la idea de comprar un nuevo juego de bandejas para hornear.

—Ahora las hay de teflón, Rosey —le había comentado—, y no se pega nada de nada.

Rose había levantado la vista de la masa de hojaldre que estaba trabajando.

—¿Y entonces dónde está la gracia?

Metí lo que había preparado en el horno, me senté a la mesa de mi madre y esperé a que subiera. Entonces, cuando estuvo hecho, después de introducir el pincho y ver que salía limpio, tal y como ella me había enseñado, y la cocina se inundó del dulce aroma del último pastel de Rose, lo saqué y le di la vuelta encima de una bandeja con cuidado para no romperlo.

Volví a sentarme y lo observé.

Y entonces lloré por mi madre.

—Lulu.

Levanté la vista hacia la puerta de la cocina y me llevé una sorpresa al ver que era Annie.

—Lulu —volvió a decir, la voz de Annie tan bajita, Annie tan silenciosa que ni había escuchado que llamaba, ni siquiera había oído el tintineo de sus collares y brazaletes—. Te he traído una cosa —dijo, acercándose para dejarme un libro en las manos.

Me quedé mirándolo y lo reconocí al instante, y recordé que la última vez que lo había tocado había sido cuando lo había escondido en una casa construida en un árbol para que las manos de su hija lo encontraran.

Annie me contó que, durante todos aquellos años, Annabelle lo había llevado con ella en todos los viajes que había realizado con Josh, me comentó que lo había envuelto con cuidado en plástico en aquellos lugares donde la humedad podría devorarlo, que en los aeropuertos siempre formaba parte de su equipaje de mano y que, en una ocasión, en Tailandia, me explicó Annie, había tenido que pelearse con un funcionario que decía que contenía palabras inventadas que, evidentemente, formaban parte de un código secreto y, por esa razón, había intentado confiscárselo.

Y ahora me lo devolvía.

—Ha llegado hoy, Lulu —dijo Annie—. He venido a traértelo. Dice Annabelle que es muy importante que lo tengas.

Se inclinó para darme un beso, envolviéndome en sándalo, y puso el libro en mi regazo. Un marcapáginas a rayas señalaba el lugar donde Annabelle quería que lo abriese.

—Me marchó —estaba diciendo Annie—. Me alojo en la antigua casa, en casa de Frank, por si me necesitas.

Oí el clic de la verja al cerrarse y el coche de Annie poniéndose en marcha, devolviéndola a un pasado que yo también consideraba mío.

Abrí el libro por la página que Annabelle me indicaba, me encontré con mi propia caligrafía, letras grandes y floridas.

«*Emergensis*—había escrito—, “emergencia/ crisis”: situación tan nefasbólica que todas las partes deben acudir de inmediato».

Al lado, Annabelle había escrito, con su curvilínea caligrafía: «Estoy en camino».

Annabelle.

Estaba en camino.

Vi sus sombras a través del cristal tintado de la puerta principal.

Josh y Annabelle.

No los esperaba a ambos. Annabelle había escrito: «Estoy en camino», no: «Estamos en camino», pero, cuando bajé para abrir la puerta, supe que lo adecuado era que los tres hiciéramos aquello juntos.

Despedirnos.

De Rose, naturalmente, pero también de aquellas iniciales talladas bajo la mesa, entrelazadas desde hacía demasiado tiempo.

—Tallulah —dijo Annabelle cuando abrí la puerta—, sentimos mucho lo de Rose.

Y medio tropecé, medio me arrojé hacia ella.

A continuación, los brazos de Josh nos abarcaron a las dos y, por muy extraño que aquello pareciera, no lo fue en absoluto.

—¿Es demasiado temprano para decir «como en los viejos tiempos»? —preguntó Josh.

—Josh —respondió Annabelle, rompiendo el abrazo—, me cuesta creer que menciones eso ahora... Lo siento mucho, Tallulah, es tonto.

Pero yo estaba riendo, seguramente como una pequeña histérica, por la alegría de verlos, porque Josh acababa de decir la única cosa que se cernía en el ambiente entre nosotros, por la muerte de Rose, por la muerte de Duncan, por haberme ido a vivir a una isla para huir de mi propio reflejo, por todas las cosas que nos habían pasado desde que extendimos un día las toallas bajo el mismo sol del verano.

—Lo siento —me disculpé, mordiéndome el labio—, no sé por qué río, la situación no es graciosa.

Annabelle me miró con sus ojos verdes de gata.

—Bueno, tal vez sea un poco graciosa —replicó sonriente—. Ya sabes, de un modo *absopletamentefuera* de lugar.

Le devolví la sonrisa y pensé que seguía sin haber en el mundo una persona que me comprendiera mejor que Annabelle Andrews.

Entramos para sentarnos a tomar un té en la mesa de la cocina de Rose y me complació ver que Josh y Annabelle se daban la mano.

Hablamos mucho sobre Rose, sobre sus pasteles y sus vestidos, sobre sus asados de los domingos —«Legendarios», observó Josh, con un suspiro— y sobre lo mucho que, a pesar de ser una persona poco convencional, o tal vez precisamente por ello, todos la habíamos querido.

—Era estupenda —recordó Annabelle.

—La mejor —añadió Josh, y durante el silencio que siguió pensé en lo que mi madre habría querido que mencionara en aquel momento.

«Arráncate la tirita, Lulu».

—Lo siento, Annabelle —dije, y las palabras que había ensayado tantísimas veces surgieron de forma natural, como si fuera la primera vez que las pronunciaba, tal vez porque por fin las dirigía a la persona para quien estaban pensadas—. Siento de verdad lo que te hice en tu noche de bodas. Me he odiado a diario desde entonces, y haría lo que fuera para volver atrás y evitarlo.

—También lo haría yo —replicó Annabelle con voz segura—, pero tú no eres la única que debería disculparse. Yo hice exactamente lo mismo, y podría admitir ahora que entonces no éramos más que unos niños y que no tuvo mucha importancia, pero la tuvo. —Me miró a los ojos y sostuvo la mirada—. Sé que la tuvo, Tallulah.

Rompí a llorar; sus palabras me liberaron, por fin, de la chica del río.

Josh se levantó y apoyó las manos en el respaldo de la silla, balanceándola.

—Bueno, es evidente que quien de verdad tendría que pedir perdón aquí soy yo

—empezó a decir—. Soy un...

Dejó de mover la silla para buscar la palabra adecuada.

—¿Gilipollas? —sugirió Annabelle, y Josh continuó.

—Soy un..., bueno, soy un tipo de esos que se cuelan por las rendijas —continuó por fin, y me quedé mirándolo con incredulidad—. Hay gente —prosiguió— que es como si fuera por la vida buscando un lugar donde aparcar la bici y que, cuando lo encuentra, se siente, bueno, que se queda pasmado ante la idea de que alguien le haya dado permiso para aparcarla, no sé si me explico.

—Josh —lo interrumpió Annabelle—, no entiendo nada de lo que dices.

Pero yo sí, el fantasma de Duncan McAllister pululaba por la cocina de Rose.

—Entendido, Josh —concluí—. ¿Más té, colegas?

Luego, cuando se marcharon a la casa del río, me tumbé en la cama y pensé en nosotros tres. «El triángulo de la perplejidad», había dicho Annabelle cuando el té fue sustituido por el vino y las lágrimas —sobre todo las de Josh, que seguía dándole vueltas a su bici—, por las risas.

La gente, pensé, se quedaría perpleja viéndonos.

«¿Cómo ha podido?», diría de Annabelle, que seguía casada con Josh, y también de mí, la Folladora de la Noche de Bodas de Juniper Bay, y de nosotros tres, que superamos aquella noche confusa y que, cuando el cielo empezó a clarear, volvíamos, una vez más, a ser amigos.

Aunque alguna gente, la que había tenido un gran primer amor, lo entendería... Y yo había tenido dos. Los dos habían sido mi primer amor, y aquella noche los dejé marchar, porque comprendí por fin que el primer amor, por grande que haya sido, no tiene por qué resultar, necesariamente, el amor verdadero.

—¡Lulu! —gritó Will desde la entrada—. ¡Estoy aquí!

Bajé corriendo las escaleras.

—Lo siento —me disculpé, abriendo la puerta—, se ha estropeado el timbre.

Lo había llamado por teléfono el día después de la visita de Josh y Annabelle y le había pedido que viniera a Juniper para hablar sobre los planes del Bed and Breakfast, aunque lo que quería en realidad era comentarle los planes que tenía con él, que esperaba que me implicaran también a mí.

Nos sonreímos y Barney se volvió loco revoloteando entre los dos.

—Ya ves que te ha echado de menos —le dije a Will Barton, guapísimo, encantador y, por fin, aquí, Will Barton, que me regalaba una de sus perezosas y varoniles sonrisas—. Y yo también —continué y, por si acaso no me había explicado con claridad suficiente, añadí—: Mucho.

—¿De verdad? —preguntó cuando entramos en casa.

—¿Te apetece tomar algo? Harry te ha dejado unas cervezas en la nevera. Debes de estar sediento después del viaje. Hace calor, ¿no? —farfullé, impresionada por la imagen de Will en la casa de mi infancia, de pronto tan alto, tan «isleño».

—Hace calor —concedió Will sin dejar de sonreír—, y me encantaría una cerveza, Lulu. Bajamos al jardín y nos sentamos en el columpio para que Will me contara cosas sobre la ADAWI y los planes aplazados de su apertura.

—Todo está arreglado, Lulu —me explicó—. Julia ha llamado a todas las reservas y les ha comunicado que les informaremos cuando estés de vuelta.

Asentí y pensé que acabaría entrando en combustión espontánea si no dejaba de hablar para besarme.

—¿Vas a volver, Tallulah? —preguntó con la vista fijada al frente.

Me di cuenta de que estaba nervioso, inseguro sobre mis intenciones, sobre lo que tenía pensado hacer con la ADAWI, conmigo.

¿Y cómo reprochárselo? Había pasado la mitad de mi tiempo en Willow dándole largas.
—Voy a volver, seguro —respondí—, y pienso gestionar Barney's contigo.
—¿Como tu «director de deportes acuáticos»?
—Algo así.

Me levanté, le cogí la mano, lo guie hasta mi habitación y me tiré de cabeza.

Luego, por la tarde, cuando tenía la cabeza refugiada en su brazo, me miró y me sonrió.

—Menos mal —dijo—, estaba harto de achicar agua.

—Y yo, ni te lo imaginas —repliqué.

EPÍLOGO

Se movían como mercurio entre las sombras, siluetas plateadas que cobraban forma y cambiaban para crear grupos bajo las ramas.

A pesar de la penumbra, empecé a distinguir caras, la banda, como diría Duncan, todos presentes.

Annie y Frank, Fergus, Christa, Josh y Annabelle, Simone, Stella, Billy, Mattie, Sam, incluso Ben, con Monica Golliana cogida del brazo.

—Espero que no te importe que haya venido —dijo cuando nos presentaron, y me gustó al instante, por mucho que no estuviera especialmente guapa a aquellas horas tan tempranas.

También estaban presentes los isleños, Julia y Boris, y Will intentando mantener a Barney bajo control, que parecía embriagado con la mareante colisión de olores antiguos y nuevos.

Annie había dicho que teníamos que llegar antes de que lo hicieran las excavadoras —«para pillar desprevenidos a esos hijos de puta»—, y allí nos encontrábamos todos, con la expresión trasnochada y perpleja de los que han dormido poco.

—Tal vez sea una vieja hippy borracha —había comentado Annie en una de las reuniones que había convocado en la casa del río—, pero si algo sabemos hacer los viejos hippies borrachos es organizar una protesta, así que escuchadme y aprended, gente, sobre todo tú, Lulu, nada de mearte en las bragas cuando llegue la policía.

Maxine Mathers apareció en aquel momento por el camino de acceso a la casa, acompañada por un equipo de filmación, y noté que a Simone se le ponían los pelos de punta.

—Recuerda —le dije con una sonrisa— que estamos haciendo el amor, no la guerra.

Entre un universo de periodistas, Annie había decidido invitar precisamente a Maxine y concederle a ella la exclusiva de las diversas ramas guerreras de la familia de Frank Andrews aliadas para salvar la casa del árbol.

—Queremos el máximo de publicidad —había proseguido Annie— y eso significa, nos guste o no, Maxine Mathers.

Annabelle me había mirado y había puesto los ojos en blanco y, en aquel momento, había vuelto a tener doce años, a hacerle muecas a su madre por haberle puesto un huevo sin hervir para comer.

Annabelle y Josh se habían alojado allí esta vez, enfrascados en la labor de realizar un buen inventario de la obra de Frank, del material de todo tipo repartido por la casa del río, cuadros, grabados y acuarelas metidos en cajones, en el fondo de armarios, en el maletero del coche.

Annie los estaba ayudando, Frank y ella se encontraban entrelazados de nuevo en la casa del río; Frank, y eso lo sabía por propia experiencia, perfectamente familiarizado con el arte del perdón. Fue durante una de las incursiones de Annie en la casa en busca de más obras de Frank cuando encontré, por casualidad, el aviso de demolición de la casa del árbol que había remitido finalmente el ayuntamiento. Por lo visto, se había limitado a menear la cabeza con un gesto de preocupación y a decir: «Me parece que no».

Y el caleidoscopio de Annie había acabado atrapándonos a todos nosotros, un caos de llamadas telefónicas y de reuniones con Annie como protagonista, pero no por beber, esta vez, sino por gritarnos órdenes a todos con un porro colgado de sus carnosos labios.

En algún momento, en medio de todo aquello, Ben me había llamado para preguntarme: «¿Podemos ir? Me encantaría, Lulu», y Fergus había aparecido también y había comentado: «¿Qué es lo que vamos a hacer?», como si no hubiera pasado nada.

Los isleños de Willow habían llegado el día antes de la protesta, Julia con chancas y pantalón corto, piernas bronceadas y un sombrero de pescador en la cabeza, Boris con camisa de vestir y pantalones inmaculadamente planchados. «No sé qué ponerme para una protesta», había dicho.

La noche anterior había dormido en la casa del río, donde Annie había convocado una última reunión para dar detalles sobre la hora de convocatoria bajo el árbol, qué vestir, cómo comportarse cuando llegaran primero las excavadoras y luego la policía.

—No os mostréis maleducados —nos había pedido—, limitaos a manteneros firmes en vuestros puestos.

Nos había enseñado cómo enlazarnos por el brazo de tal modo que fuera complicado separarnos.

Al amanecer, oí un zumbido al principio de la calle y comprendí que ya había empezado.

—Muy bien —dijo Annie—, enlazaos todo lo que podáis por los brazos.

Noté una oleada de emoción.

Maxine Mathers enderezó la espalda y se repasó el pintalabios mirándose en el espejito de una polvera. Todos pasamos a ocupar nuestros puestos, pero no todo el mundo estaba allí.

Miré a mi alrededor y pensé en Duncan, en cómo le habría gustado aquello, en que habría lucido una camiseta con el eslogan «Pan, no bombas» y habría fingido toda la mañana que en los setenta había sido un estudiante radical, cuando lo que había hecho en realidad era dedicarse a montar fiestas envuelto en un caftán de seda largo hasta los pies.

«Maravilloso —fue como si escuchara su voz entre las ramas—, esto es condenadamente maravilloso, Lulu».

Y Rose.

Rose también habría estado allí. Rose, que se habría sentido feliz por vernos de nuevo unidas a Annabelle y a mí, sin nada que nos irritara la piel, y que le habría dicho a Josh: «Estos huesos necesitan un poco de carne, ven el domingo a casa a comer asado»; Rose, que habría estado repartiéndonos galletitas calientes recién salidas del horno.

Pero Rose no estaba allí... y tampoco, me di cuenta, presa repentinamente del pánico, tampoco estaba Harry.

Me deshice del brazo de Annabelle.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Harry —le dije.

Annabelle se apartó del círculo, repasándolo con la mirada. Se volvió hacia mí y me cogió ambas manos.

—No temas, Tallulah —me tranquilizó—, vendrá, y no empezaremos sin él.

Miramos hacia la calle, donde saltaban arriba y abajo las luces de la excavadora, y comencé a preocuparme, mientras mi aliento formaba pequeñas nubes de ansiedad en el aire.

¿Dónde estaba Harry?

El día anterior había comentado que no pensaba perderse aquello «ni por todo el arroz de China» y ahora no se encontraba allí, y pensé que, si a mi padre le había pasado algo, no lo soportaría.

Fijé los ojos en la calle, instando a Harry para que apareciera, y entonces, cuando la excavadora asomó la cabeza, vi un coche con faros más pequeños que la adelantaba, y cuando se acercó un poco más, vislumbré las letras «FONTANEROSDELONGLAND» decorando el lateral y, debajo: «DESATASCAMOSHASTAALCANZARLAEXCELENCIA».

Harry enfiló con la furgoneta el largo camino de acceso a la casa del río, se detuvo y salió; llevaba puesto un vestido del color amarillo de los ranúnculos encima del mono.

Tenía un cuello bebé y una ristra de botones de perla, y su vaporosa falda plisada rozaba con la parte superior de las botas de trabajo.

—Siento llegar tarde —dijo, y enlazó un brazo conmigo—. Tenía que traer a tu madre —me explicó, con una sonrisa—, no se habría perdido esto por nada del mundo.

Le devolví la sonrisa a mi padre que iba vestido con Grace. Un pañuelo de color rosa con la letra R bordada en una esquina descansaba en el fondo del bolsillo.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias al equipo de Pan Macmillan, a Brianne Collins, por ser la mejor pedante del mundo, y a la maravillosa Emma Rafferty, por blandir sus correcciones como Eduardo Manostijeras con un vaporoso vestido.

Mi amor y mi agradecimiento a la *glamur* y paciente Cate Paterson, por ocho años de sólida fe en este libro y en mí.

Gracias también por la temprana ayuda que me brindó Julia Stiles, a quien quiero tanto que di su nombre a un personaje, y a Bernadette Foley, que me dijo que escribiera una novela.

A Sandra, por proporcionarme una habitación propia cuando realmente la necesitaba, y a Peter Jenyns, por explicarme la danza de los *eugaries* y otros asuntos relacionados con la pesca.

Gracias a Stephen Lambie, que me ofreció mi primer trabajo como periodista y me enseñó todo lo que sé.

A los Q Weekenders, pasados y presentes, y muy especialmente a Matt Condon y Susan Johnson, por sus ánimos y por enseñarme los secretos del mundo del libro. A los chicos Verdict, a Crash Craddock y a Dennis Atkins, la mejor parte de mi semana laboral.

A todo el destacamento de Kingscliff, por ayudarme a hacer juegos malabares y por bailar fatal.

A mis encantadoras amigas: Rebecca, Nushie, Alison, Jane, Slinky, Liss, Lou, Kate, Maxine, Boo, Sally, Ness y Helen, y en recuerdo de Rosalita, más bonita que una mosquita.

Gracias a mi familia y a la familia de John, por su amor y sus palabras de aliento.

Gracias a mi padre, Paul Whiting, por abrirme las páginas. Te echo de menos, papá.

Gracias a mi madre, Shirley Whiting, el jardín en mi bolsillo.

Y, finalmente, gracias a mi marido, John, el mejor hombre que conozco, por cada paso de nuestro camino, y a nuestros hijos, al épico y asombroso Max, y a nuestra querida Tallulah, que nadie vio venir, pero que estuvo siempre esperando allá arriba.

NOTA DE LA AUTORA

Siempre me ha gustado el nombre de Tallulah, y, cuando me dijeron que no tendría más hijos, decidí ponerle ese nombre a otra niña, a la de este libro.

Pero, entonces, sorprendiéndonos gratamente, tuve otro hijo, una niña, a la que llamamos, por supuesto, Tallulah.

Pensé durante mucho tiempo en cambiarle el nombre al personaje, pero no encontraba ninguno que le encajara, y, a aquellas alturas, me sentía ya muy unida a ambas.

De modo que ahora tengo en mi vida un Max y dos Tallulahs, la de ficción y la real.

¿Existe una mujer más afortunada?

NOTAS DE LA TRADUCCIÓN

[1]

El juego de palabras resulta intraducible al castellano. En inglés, se juega con la similitud entre *worrier*, «sufridor», y *warrior*, «guerrero».

A la mañana siguiente de la boda de su mejor amiga de la infancia, Tallulah se despierta en la habitación nupcial. Junto al novio. Para poder explicarlo habrá que remontarse años atrás...



Desde el día en que, con doce años, Annabelle Andrews entra pavoneándose en su clase, Tallulah, conocida como *Lulu*, queda hechizada: por Annabelle, por su familia y por su casa medio en ruinas con gárgolas en la fachada.

Su insólita amistad crece gracias a un lenguaje secreto con el que comparten confidencias sobre sus madres, sus primeros amores y sobre cómo es la vida en una pequeña ciudad costera. Pero la euforia juvenil dura poco, y una tarde junto al río, el día de la graduación del instituto, su amistad explota dejando heridas profundas y un legado de inseguridades que persigue a Lulu hasta la madurez.

Años más tarde, a Lulu se le plantea un dilema: seguir siendo la chica buena que siempre se queda fuera o finalmente dar un paso al frente y hacer algo extraordinario. Y quizá imperdonable.

Reseñas:

«Una tierna exploración de la amistad, la familia y el primer amor.»
Liane Moriarty, autora de *El secreto de mi marido* y *Pequeñas mentirosas*

«Un viaje fascinante y emocional... Un cuento honesto hasta encogerte el corazón, y absolutamente sincero, sobre amistad femenina, vínculos irrompibles y sobre aprender a renunciar.»

Booklist

«La novela de Whiting evoca todas las emociones de los buenos libros: alegría, tristeza y la realidad de que la vida es complicada, pero puede estar llena de amor.»
RT Book Reviews

SOBRE LA AUTORA

Frances Whitinges una de las autoras más conocidas de Australia. Trabaja como editora adjunta del *Sunday Maily* colabora en *Q Weekend* para el *Courier-Mail*. Ha publicado dos libros con sus columnas, *Oh To Be a Marching Girly* *That's A Home Run, Tiger!* Esta es su primera novela.

Título original: *Walking on Trampolines*

© 2015, Frances Whiting

© 2016, Isabel Murillo por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-894-9

Diseño de cubierta: Christabella Designs

Fotografías de cubierta: Trevillion

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>

) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[El arte de caminar sobre trampolines](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas de la traducción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)